



1176554

DR 3206

A. Ruizmeja —
1946

AGUADO

PRIMERA PARTE

DE LA

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE
SANCTA MARTA Y NUEVO
REINO DE GRANADA

TOMO II



PRIMERA PARTE

DE LA

RECOPIACIÓN HISTORIAL RESOLUTORIA DE SANCTA MARTA Y NUEVO REINO DE GRANADA DE LAS INDIAS DEL MAR OCEANO

EN LA CUAL SE TRATA

DEL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE SANCTA MARTA Y
NUEVO REINO, Y LO EN ÉL SUBCEDIDO HASTA EL AÑO
DE SESENTA Y OCHO: CON LAS GUERRAS Y FUNDA-
CIONES DE TODAS LAS CIUDADES Y VILLAS DE ÉL

HECHO Y ACABADO POR EL REVERENDO PADRE

FRAY PEDRO DE AGUADO

Fraile de la orden de Sanct Francisco de la regular
observancia, ministro provincial de la Provincia de Sancta Fee, del mismo
Nuevo Reino de Granada

EL CUAL VA REPARTIDO EN DIECISÉIS LIBROS

*Dirigido a la S. C. R. M. del Rey Don FELIPE nuestro señor,
segundo deste nombre*

TOMO SEGUNDO

PRIMERA EDICIÓN

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Publica de Soria

J206

ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

MADRID \diamond BARCELONA
Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

1931

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1931
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24. — MADRID

LIBRO SÉPTIMO

En el libro séptimo se escribe y trata la población y fundación de la cibdad de Ibague, hecha por el capitán Andrés López de Galarza, que antes había sido contador de la Hacienda Real del Nuevo Reino de Granada, en el año de mill y quinientos y cincuenta, siendo oidores de la Chancillería y Audiencia Real del Reino los licenciados Góngora y Galarza.

CAPITULO PRIMERO

Cómo fué nombrado por el Audiencia del Nuevo Reino el capitán Galarza para que pacificase y poblase el valle de las Lanzas y los demás indios que hay entre Tocaima y Cartago, y las causas dello, y la gente que juntó y salida que con ella hizo

Después de la fundación de la Audiencia Real y Chancillería en el Nuevo Reino de Granada, que fué el año de cincuenta por el mes de abril, la primera comisión que se dió para ir a poblar por los oidores della, queran los licenciados Góngora y Galarza, fué al capitán Andrés López Galarza, que antes había sido contador de la Hacienda Real en la cibdad de Sancta Fee, donde resultó poblar-se la cibdad de Ibague que hoy permanece, de cuya fundación y trabajos quen sustentalla y pacifica-lla han pasado los españoles quen ella han residido se tratará, mediante Dios, en la siguiente narra-ción; lo cual pasa desta manera:

Había entre la cibdad de Tocaima, del Nuevo Reino, y la villa de Cartago, de la gobernación de Popayán, ciertas poblaciones y valles de indios muy bellicosos y guerreros, que impedían el atra-vesar y pasar de un pueblo a otro y de una guber-nación a otra por breve camino, y causaban que los viandantes y la comunicación y comercio des-tas dos gobernaciones fuese por partes y caminos muy largos y ásperos y malos, llevando la derrota

por los pueblos de Neiva y Timana, por donde se pasaba un muy largo y despoblado páramo, tan frío y perjudicial, quen él se helaban y perecían muchas personas de las que habían de andar esta jornada; y demás desto y de la aspereza y maleza deste camino, se hacía un gran rodeo de muchas leguas, que doblaba el trabajo a los que lo caminaban su grande longura; y porque para remediar y atajar todos estos inconvenientes no había otro medio alguno, salvo pacificar y allanar los naturales de los valles de las Lanzas y de Choa, que son los quentre Cartago y Ibague estaban, con otros muchos naturales a ellos comarcanos, juntáronse y concertáronse los vecinos de las cibdades de Sancta Fee y Tocaima e hicieron que sus procuradores, con otros del distrito que con ellos se juntaron, pidiesen al Audiencia que nombrase persona y diese comisión para quentre los naturales dichos poblase un pueblo y pacificase el camino real por donde por más comodidad se tratasen y comunicasen los pueblos del Nuevo Reino con los de la gobernación; demás de que por mano de los españoles que allá poblasen serían los naturales dotrinados y puestos debajo del dominio de la Sancta Madre Iglesia, y darían la obidiencia a Su Majestad, y con ellos los reinos de su corona real se acrescentarian, y las rentas y quintos reales serían más, porque la tierra tenía, según decían los quen ella y cerca della se habían hallado, grandes insinias y muestras de minas de oro y plata; demás de que serían los naturales reducidos a vivir políticamente y en razón y justicia y sin perjuicio unos de otros y al contrario de como lo hacían, matándose y comiéndose, de todo lo cual tenían bastante información.

Parescióles bien a los oidores y muy justa y acertada petición, y habiendo sido bastantemente informadas de la braveza y crueldad de los indios y gentes del valle de las Lanzas y sus comarcas,

y cuán bárbaramente y contra natura vivían, matándose unos a otros y sin causa ni razón ninguna se movían guerras más que civiles los unos a los otros, y ansí entre sí se consumían y apocaban, y de la utilidad que a las repúblicas de los españoles se les seguía con que por las tierras destes indios hobiese camino abierto y seguro por donde se comunicasen y tratasen la gobernación de Popayán y el Nuevo Reino con menos trabajo que antes se solía hacer, nombraron a Andrés López de Galarza por capitán y justicia mayor para todo lo dicho y para hacer y juntar la gente de a pie y de a caballo que para ello fuese menester y quisiese. Y juntamente con esto le dieron poder para que pudiese encomendar los indios de las provincias dichas en las personas y soldados que con él fuesen y se hallasen en la poblazón y pacificación del pueblo o pueblos que poblase; cosa que desde su tiempo acá, ni aun muchos años antes, se había jamás dado a ningún capitán de los que iban hacer nuevas poblaciones o descubrimientos; pero como a este tiempo no había en las cosas de las Indias las delicadezas que agora hay, ni había suspensión en las nuevas poblaciones, ni se ponían los escrúpulos en el encomendar de los indios que agora se ponen, concedían las Audiencias con más facilidad cualquiera cosa que se les pedía, lo cual no se hace agora, que no sólo no se da poder para poblar ni encomendar indios, mas ni aun para hacer depósitos dellos, que tengan ni puedan tener ninguna fijeza.

El capitán Andrés López aceptó sus poderes y provisiones, y luego comenzó a usar dellas y juntar soldados y aun vecinos de unos y otros pueblos, de todos los cuales en pocos días juntó de la otra banda del río Grande, al paso que dicen de la Canoa de Montero, noventa y tres hombres españoles, los cuarenta de a caballo y los demás peones, todos bien aderezados, según la usanza de las Indias, con

armas de hierro y de algodón. De todo lo cual hizo reseña y registro delante de Juan de Avellaneda, alcalde de Sancta Fee, a quien el Audiencia Real había enviado con comisión bastante para que aquel paso registrase y mirase toda la gente, así española como naturales, que con el capitán Galarza iba y los examinase y supiese dellos si había alguno que lo llevasen forzado o contra su voluntad, y a los que deliberaron no querer seguir ni ir con el capitán Galarza los volvieron a tierra de paz, donde los dejaron en su libertad y se volvieron a sus casas y tierras y naturalezas.

Llevó consigo entre la demás gente el capitán Galarza un sacerdote llamado Francisco González Candis, con todo el recaudo necesario para decir missa, la cual oída un día después de San Juan de Junio del mismo año de cincuenta, se partieron todos en concierto y con buena orden la vía del valle de las Lanzas, a cuyo principio llegaron sin subcedelles cosa próspera ni adversa los primeros días del mes de julio, donde el capitán Galarza y toda su gente fueron alojados y allí divulgadas unas ordenanzas hechas por el mismo capitán para el buen gobierno de su gente y compañía, por las cuales con gran rigor prohibió los pecados públicos, blasfemias y todo abuso de juramentos de que los soldados suelen usar muy comúnmente. Prohibía ansimesmo, amenazando con gran castigo a los soldados que, sujetándose a su avaricia, hiciesen fuerza a los naturales tomándoles sus haciendas y comidas y robándoles lo que en sus casas tenían de cualquier condición que fuese. Exhortaba por las propias ordenanzas que conservasen en paz y amistad a todos los naturales que la diesen y ofreciesen, y no se la quebrantassen ni traspasassen ni les hiciesen ningunas ofensas, injurias, males ni daños en sus personas, hijos y mujeres, de las que comúnmente los libres soldados en las Indias suelen hacer a todos géneros de per-

sonas, usando con ellos de bárbaras crueldades, con apercibimiento de usar con cada uno del que lo contrario hiciese de todo el rigor que las leyes disponen y castigos que señalan y mandan dar a los que semejantes delitos cometen, y otras muchas cosas muy a propósito de lo que tenía y llevaba entre manos, sólo para poner pavor y terror y aun castigo en algunos soldados de cruel y mal inclinación; porque para muchos y muy principales hijosdalgo quen su compañía llevaba e iban ninguna destas leyes era menester.

Era el capitán Galarza hombre de buena habilidad y cortesano, y bien entendido y concertado y bien hablado; y ansí hacía más con sus persuasiones y buenas razones que con todas estas capitulaciones y ordenanzas que por vía de leyes hacía.

Hecho esto, nombró capitanes y caudillos y otros ministros y oficiales quen semejantes jornadas se suelen nombrar para diversos subcesos y acaescimientos a los capitanes Francisco de Prado, vecino de Tocaima, y Juan Bretón, vecino de Timana, quen el mesmo tiempo había salido del valle de la Plata y despoblado a Neiva por no ser parte para sustentarse en ella, y con ocho soldados se había juntado con el capitán Galarza para entrar en esta tierra del valle de las Lanzas, los cuales dos capitanes señaló y nombró por sus sustitutos y caudillos sobre toda la otra gente que consigo llevaba, que, como se ha dicho, era la más della muy principal, y de los señalados y conocidos por tales eran Mendoza de Artiaga, caballero vizcaíno, alguacil mayor de la Audiencia; Alvaro García, Bartolomé Talaverano, soldados que habían sido del mismo Juan Bretón; López Salcedo, Pedro Gallegos, Gaspar Tavera, vecinos de Tocaima, y Francisco de Trejo, vecino del propio pueblo, uno de los que más calor metían y habían puesto en que se hiciese y efetuase esta jornada; porque por noticia le había sido encomendado el valle de las Lan-

zas y había procurado entrar dentro, y nunca se había atrevido con compañía ni sin ella, temiendo la mucha y bellicosa gente quen él había y el daño que le podría sobrevenir por entrar temerariamente en una poblazón de tantos naturales y tan indómitos; pero había sabido de otros indios más cercanos a Tocaima, y que trataban con éstos, la mucha gente quen este valle había, y cómo era menester juntarse copia de españoles para entrar en él, y así venía agora a hallarse presente y a ver si era cierta la noticia que se le había dado y si había la gente y naturales que le habían dicho y certificado algunos indios. Ultra de los dichos, iban otros muchos vecinos de Tocaima y soldados de mucha cuenta y pundonor, de quien se hace muy gran ponderación y estimación en el Reino, de suerte que con razón se jactaba y podía jactar el capitán Galarza que debajo de su bandera y mando había congregado y juntado parte de la mejor gente quen el Reino había entrado; y así iban todos muy conformes y con toda amistad y concordia sin recibir ni tener entre sí ninguna discordia, ni dar a su capitán ningún desabrimiento.

CAPITULO II

De cómo los españoles, saliendo del alojamiento del valle de las Lanzas, se metieron la tierra adentro hasta llegar al pueblo del cacique llamado Laembiteme. Cuéntase de la bestialidad que estos indios usan en comerse unos a otros

En el tiempo que los españoles y su capitán estuvieron en este alojamiento del valle de las Lanzas, a quien sus propios moradores llaman Combaima, mediante los buenos tratamientos que a los indios se les hicieron salieron todos de paz y hicieronse amigos de los españoles y proveyéronles de comida, con que se sustentaron el tiempo que allí estuvieron; y porque esta buena obra no fuese remunerada con ingratitud y obras malas, Galarza se excusó entrar en las poblaciones de los indios, por no dar ocasión a algunos atrevidos soldados y a los indios ladinos que su servicio llevaba que, metiéndose por las casas y pueblos de los indios, les hiciesen algunos daños y forçiblemente les tomasen lo que tovisen y les diesen ocasión a que los que de su voluntad habían dado la paz y coligado de enemistad con los españoles, constreñidos a redimir las vejaciones que se les hiciesen, se rebellasen y, tomando las armas, se moviesen con ánimos guerreros contra los nuestros.

Tenía ya Galarza noticia y sabía cuán briosa y bellicosa gente era la de aquel valle y con cuánta

obstinación peleaban y se defendían si una vez tomaban las armas, y ansí, apartando y excusando todas estas ocasiones, alzando sus toldos y tiendas tomó la vía de cierta poblazón llamada Methaima, questaba apartada de aquel alojamiento donde había estado tres leguas, de la cual le habían dado noticia los indios del valle de las Lanzas y aun le dieron guías para que por derecho y buen camino lo llevasen y guiasen a la poblazón y tierra de Methaima, cuyos moradores luego tuvieron noticia y aviso por sus espías y centinelas de la vía y camino que los españoles llevaban, y pretendiendo estorbársela, se juntaron y congregaron todos los más que pudieron, y en un pedazo de arcabuco o montaña de casi dos leguas, que los españoles habían de pasar, derribaron todos los árboles que junto al camino iban asidos para con ellos embarrar y ocupar el camino, de suerte que por él no pudiesen pasar los caballos; pero todo este impedimento y estorbo les fué inútil; porque como los españoles iban proveídos de hachas y machetes y otras herramientas aptas para semejantes necesidades, fué abierto nuevo camino por mano de Lope de Salcedo y por otros españoles a quien el capitán Galarza envió al efeto, por donde sin ningún peligro pasaron los caballos y todo el bagaje y carruaje que los españoles llevaban, con gente que hacían gran ostentación y muestra de ir más españoles y gente de guerra de la que iba.

Llegados a Methaima, los indios, viendo que su ardid no les había aprovechado cosa ninguna y que los españoles y sus criados les podrían hacer mucho daño, no curaron ponerse en defensa ni ausentarse; mas estándose con sus mujeres y hijos en sus poblazones, salieron sus principales, que se llamaban Lobone y Otapue, con sus mujeres y hijos y con muchos indios cargados de comida de maíz, turmas, ñámez y raíces de apios, guayabas, curas y otras frutas de la tierra a recibir

a los españoles, y llevádoles a sus propias casas los aposentaron en ellas, queran unos buhíos que comúnmente los españoles llaman caneyes, por ser de diferente hechura que los demás y ser las casas de que usan los indios de tierras calientes por la mayor parte hechas de aquesta hechura. Son de vara en tierra y no muy anchos; tienen de largo a setenta, ochenta y a cien pasos; son cubiertos de palmicha o de hojas de bihaos o de paja o heno, quen tierra baja se cría. En cada buhío destos vivía cuasi toda una familia o cognación, porque se hallaba en cada casa déstas haber y morar de cincuenta personas para arriba.

El capitán rescibió con alegría su amistad, y con afabilidad y benevolencia les habló largo por medio de los intérpretes y lenguas que llevaba, haciéndoles saber algunas cosas tocantes a nuestra religión y fee católica, exhortádoles a tenella y creella y a conoscer y adorar un solo Dios inmortal, creador y hacedor de todas las cosas, manifestádoles la ceguedad de su manera de vivir y gentilidad, y el engaño en quel demonio, capital enemigo del género humano, los tenía a ellos y a todos los demás indios; y despues desto, cómo para vivir naturalmente bien y conforme a justicia les era necessario ser vasallos y súbditos del emperador y rey de Castilla, cuyos súbditos él y los demás españoles que presentes estaban eran; y juntamente con esto les pidió que les diesen guías para pasar adelante a ver y andar las demás poblaciones comarcanas a aquella provincia.

Los indios, aunque atentamente oyeron todo lo que Galarza les decía, ninguna cosa les fué más grata y agradable quel pedilles guías para pasar adelante y el decilles que no se les haría ningún daño, ni lo rescibirían; porque juntamente con lo demás les dijo Galarza quen ningún tiempo se les haría agravio por sus soldados y compañeros, y que si algún español o indio de su servicio les dam-

nificase, se lo dijese y manifestasen, qué lo castigaría y satisfaría el agravio que hobiesen recibido, porque le era así mandado por el rey y señor que a aquella tierra les había enviado. Destas dos cosas últimas se holgaron extrañamente los indios, y más con el dar a entender que querían pasar adelante, porque como ellos tenían gran miedo de los españoles y les habían de proveer de lo necesario de sus comidas a ellos y a sus criados, hacía-seles muy pesado el gasto de solo medio día que allí habían estado; y así le respondieron a Galarza que no sólo le darían guías, pero si fuese menester indios para llevar las cargas adelante, también lo harían; y que si quería, que al momento se lo traerían todo, tanto era el deseo que tenían de echallos de su tierra y poblazón.

Pero Galarza, que no pretendía andar la tierra tan por la posta, se detuvo en este alojamiento tres días con toda su gente, después de los cuales tomó guías y lo necesario y se fué con su gente la vía de Ibague, pueblo de indios enemigo y contrario de los de Methaima, aunque de una misma nación y lengua; porque en toda esta provincia los naturales son enemigos entre sí y se hacen guerra unos a otros sólo por comerse y sustentarse de sus propias carnes, no guardando en esto aun siquiera la costumbre quentre brutos animales se tiene, que no comerse los de una especie unos a otros; porques averiguado quel tigre no come ni aun acomete a otro tigre, el león a otro león, el oso a otro oso, el perro a otro perro, ni el gato a otro gato, y sólo los hombres, y entre los hombres sólo los indios, se halla comerse los unos a los otros y hacerse guerras y matarse para este efeto; porquentre los que tienen y usan esta perversa y depravada costumbre jamás se ha hallado ningún género de riquezas ni haciendas más de las comidas de maíz y otras raíces silvestres; y si se halla algún oro, es poco para que por respeto de robarse

y saquearse y tomarse las haciendas los unos a los otros se hagan guerra; pero ello es averiguado y muy cierto que por sólo el apetito de comer se mueven las guerras entrellos, y cuando las comunes ocasiones de matarse faltan entrestos bárbaros, tienen por medio para venir a las manos el juntarse y congregarse en ciertos tiempos del año en algunas partes que tienen señaladas, y allí van todos los indios de cada pueblo o parcialidad con sus armas en las manos, y llevan consigo sus mujeres, las cuales llevan cosas que feriar y trocar entre sí, y juntas las mujeres de todos los pueblos de un valle o comarca, hacen sus ferias y contrataciones unas con otras todas juntas. Y en tanto que las mujeres están haciendo este mercado, los varones se están por sus parcialidades juntos con las armas en las manos y apartados unos de otros, mirando el mercado que las mujeres hacen. Conclusas estas ferias de las mujeres y apartadas unas de otras adonde estaban sus maridos, ellos hacían cierta señal y comenzaban todos a pelear unos con otros y a herirse y descalabrarse muy reciamente con las armas que traían, hasta que caían algunos muertos en el suelo, los cuales tomaban los del bando contrario y se los llevaban para comer; y ellos mismos cuando les parecía se apartaban y hacían señal de retirarse y se volvían cada cuadrilla a su pueblo con la carne o indios muertos que habían podido haber.

Tornando del viaje de los españoles salidos de Methaima, dieron en el río de Tolima, el cual tiene este nombre de los propios naturales de aquella tierra, quen su lengua llaman a la nieve tolima, y porqueste río bajaba del cerro nevado de Cartago, donde tenía su principio y nascimiento, y las aguas dél eran derretidas de la propia nieve, ques mucha y tura todo el año, le llamaron el Tolima, que, como he dicho, quiere decir nieve, y los españoles le llaman río de Tolima. Este hallaron muy cres-

cido y de dificultoso pasaje, a causa de ser grande su velocidad y corriente y no tener ni hallarse en él ninguna tabla ni vado por donde pudiesen pasar sin temor de perder algunas piezas del servicio, porque los naturales de Ibague, que cerca dél estaban poblados, aunque para pasalle tenían y usaban puentes, en sintiendo que los españoles se les acercaban las deshicieron y quebraron todas, queriendo con esto excusar el pasaje a los nuestros, paresciéndoles que un río tan ahocinado y cargado de piedras como éste iba en ninguna manera lo pasarían los españoles si no era haciendo puentes. Pero, finalmente, ninguna destas oposiciones fué parte para que los españoles se detuviesen sin pasar el río mucho tiempo; porque luego que vieron su furia y aspereza metieron sus caballos en medio de la corriente, y haciendo dellos puente pasaron toda la gente y chusma que tenían que pasar y su fardaje; y alojándola de la otra banda del río, sin que indios de paz ni de guerra se les acercasen, al siguiente día marcharon adelante y llegaron a la junta de dos ríos, el uno que baja del valle de Anaima y el otro del valle de Matagaima, en donde había una meseta llana quen redondo tenía como media legua, en la cual el cacique y señor Laembiteme tenía parte de su poblazón, y en ella un gran golpe de gente de guerra con las armas en la mano esperando a que los españoles llegasen o pretendiesen subir cierto paso o subida que para la mesa de la poblazón había, el cual pretendía defender obstinadamente, porque fuera de aquella subida no había otra en toda la mesa que fuese acomodada para poder por ella subir los caballos al llano de la poblazón.

Los españoles, aunque reconocían la ventaja que los indios les tenían, así en tenelles tomado el alto y paso de la subida como por su mucha multitud, que al parecer eran más de dos mill indios de pelea, no por eso dejaron de írseles acercando

y llegándose a ellos hasta ponérseles a tiro de piedra; los bárbaros, como vieron la osadía con que los españoles, menospreciando su multitud y poder, se les habían acercado, comenzaron a dar muy grandes alaridos y a tocar sus fotutos y cornetas y otros rústicos instrumentos de canillas de indios muertos que consigo traían, dando muestras de querer despedir y arrojar las armas arrojadizas que traían contra los españoles; pero luego se reportaron, paresciéndoles quera bien hacer antes alguna amonestación a los nuestros para justificación de su causa y comenzar la pelea; y así les dijeron, de suerte que los intérpretes lo entendieron, que se volviesen atrás y no curasen de pasar adelante, si no querían en breve tiempo verse sepultados en sus vientres y destruidos y arruinados todos sin escaparse uno ni ninguno, con lo cual enteramente pagarían su temeridad y atrevimiento. Los soldados y caudillos, alborotados de ver la soberbia y elación con que los indios hablaban, quisieron *in continenti* arremeter a ellos para, desbaratándolos y matando los que pudiesen alcanzar, dalles a conocer su poca constancia en cosas de guerra y el poco valor que para con los españoles tenían. Pero el capitán Galarza, conociendo la locura y fragilidad de aquella bárbara gente, hizo que los suyos se reportasen y mudasen consejo, y llegando a las lenguas o intérpretes que tenía les hizo que hablasen a los indios y les dijese la poca razón y causa que tenían para hacer los fieros que habían hecho y dicho; porque él y los demás españoles no iban a hacelles guerra ni mal ni daño alguno, sino a manifestalles la ley evangélica, cuya profesión tenían y guardaban, y por ello se llamaban christianos, mediante lo cual su principal intento era dalles a conocer el verdadero Dios inmortal, y enseñalles la observancia de sus mandamientos y su fee católica, mediante la cual y el bautismo que se les daría, queriéndolo

ellos recibir, serían salvos y gozarían de la perpetua bienaventuranza que Dios por su misericordia daba a los christianos que profesaban y guardaban su ley; y que temporalmente eran vasallos del rey de Castilla, señor muy poderoso, a quien estos indios llaman en su lenguaje Amima, a quien obedescían y servían todos los christianos y todos los indios, al cual ellos ansimesmo debían obedescer y servir y reconocello por tal, y a él en su nombre dar la obidiencia y hermandad. Por tanto, que, dejadas las armas, se abrazasen con la paz qué les ofrecía y qué los recibiría en su amistad y haría que ninguno de los que con él venían, españoles ni indios, ni otra persona alguna, no les hiciesen mal ni daño ni les agraviasen en cosa ninguna. Y en estas razones y otras que los indios replicaban fueron detenidos sin acometerse ni hacerse mal alguno los unos a los otros hasta puesta de sol, en el cual tiempo los indios mudaron de propósito, dejando de seguir lo que al principio habían comenzado, y se retiraron y apartaron del paso y subida questaban guardando y pretendían defender y dieron lugar a que los españoles subiesen sin guerra ni pelea al llano y mesa de la poblazón, donde los propios indios los aposentaron en sus propias casas, y se estuvieron allí con ellos toda la tarde hasta que anocheció y todos se recogieron adonde les pareció; porque el siguiente día en toda la poblazón ni en lo que de la comarcá se devisaba no pareció ninguna persona de los naturales, sino sólo los españoles y su servicio, que se quedaron alojados en los buhíos y casas de los indios.

CAPITULO III

Cómo los indios prosiguieron su paz y Galarza su descubrimiento y pasó al valle de Anaima, donde tuvieron cercado a Salcedo los indios, y tuvo noticia de los indios de Buga y Gorones. Escríbese el modo de las armas con questa gente pelea

Puso mala sospecha a los españoles el haberse retirado y ausentado los indios con sus mujeres y hijos, porque se tiene ya experiencia que cuando, después de haber dado la paz, se recogen y desaparecen, que para poner sus mujeres, hijos y haciendas en partes seguras y revolver con las armas sobre los españoles; pero éstos esta vez no lo hicieron así; antes, conservando de su parte y prosiguiendo adelante con la paz que habían dado, volvieron pacíficamente a su propio pueblo, donde los españoles estaban alojados, y allí les traían de la comida que tenían y algunas chagualas de oro, que contrataban y feriabán con los españoles y con los indios de su servicio ladinos.

Lo que más los naturales procuraban haber de los nuestros era sal de la del Reino, que en panes en pedazos grandes, y algunas gallinas blancas, porque de las otras ellos no las querían, y algunos otros rescates y cuentas de España, que los españoles llevaban para el efeto; porque de todas estas cosas y de otras muchas es esta tierra muy estéril y falta. Daban en pago de un pedazo de

sal de dos o tres libras una chaguala de oro fino que pesaba seis pesos, y dende arriba, y por una gallina, lo mesmo, y al respecto pagaban los demás rescates y contratos.

Detúvose en este alojamiento el capitán Galarza con sus compañeros ocho días y más, tiempo donde le vinieron todos los naturales de aquel valle de paz y amistad, entrellos los caciques y señores del valle de Matagaima y del valle de Anaima, y le vinieron a ver los caciques de Villacaima. El valle de Matagaima tendrá dos lenguas y media de largo, todo poblado lo raso dél, porquesta tierra toda es poblada y muy quebrada, y todos los valles son rasos y pelados, sin monte alguno hasta la mitad de las lomas y cuchillas, y de allí para arriba es arcabuco o montaña muy crecida y espesa, y esto es general en toda tierra de Ibagué. El valle de Anaima tendrá cuatro leguas de largo y dende arriba, y todo lo raso dél, que se entiende lo bajo, estaba poblado.

Las armas de que generalmente usan los naturales de toda esta provincia y región de Ibagué son lanzas hechas de los hijares de unas gruesas cañas huecas que los españoles llaman guaduas, las cuales son muy largas; hiéndenlas los indios y cuartéanlas y lábranlas, de suerte que les quedan de cada una dellas hechas tres o cuatro lanzas de a veinte y cinco y treinta palmos de largo; y a las puntas destas lanzas engiren una punta de palma delgada, que maderas más recia y tiesa, para con ella hacer mejor golpe. Con estas lanzas usan unos escudos o paveses de cuero de anta seco y tieso, que gran amparo y defensa y muy ligero. Estos escudos traían los indios colgados del pescuezo, y cuando peleaban y jugaban de sus lanzas los echaban delante para amparo de las barrigas, y cuando se retiraban o huían, cosa muy común y nada vergonzosa para ellos, se los echaban muy ligeramente a las espaldas, colga-

dos del pescuezo como los tenían, y así huían yendo adargados y arrodados por detrás, que les era harto remedio para no recibir mucho daño de los que iban en su alcance. También usaban con los mismos escudos dardos de palma arrojadizos, y macanas muy agudas a manera de montantes, hechas de madera de palma negra. Usan ansimesmo para la guerra hondas, con que arrojan y tiran con gran furia piedras y guijarros rollizos del grandor de huevos, de los cuales traen consigo mochilas llenas para tenellos más a mano al tiempo del menester; y también se aprovechan en la guerra de las hachas de cobre que tienen para cortar madera.

En todos estos géneros de armas son tan diestros estos indios, que aunquello en sí son gente bruta y las armas tan rústicas como por lo dicho se puede ver, defendían con ellas y con sus bríos, que no eran de menospreciar, muy bien la tierra, porque cualquiera de los naturales desta provincia nunca rehusaba el esperar uno por uno a cualquier español y pelear con él a pie quedo; y si como en los ánimos tenían igualdad la tuvieran en las armas, averiguadamente se estuvieran el día de hoy por conquistar, y antes hobieran hecho daño que recibídolo; pero como traen los cuerpos sin ninguna defensa, porque todos andan en carnes, y así pelean, métense sin ningún temor los soldados armados por entrellos, y allí cada cual les hiere como puede según se ofresce la ocasión y necesidad.

Aunque los indios del valle de Anaima o algunos dellos habían salido de paz e ido a visitar al capitán Galarza a su alojamiento, no por eso su amistad fué sincera y llana, antes muy doblada y llena de maldad, como lo dieron bien a entender dende a poco que López de Salcedo, con ciertos soldados que por compañeros le fueron dados, entró en sus tierras y poblaciones, contra los cuales

tomaron las armas, no yéndoles a hacer ningún daño ni maltratamiento, mas de a ver la poblazón y gente quera y a descubrir camino para quel resto de los soldados y carruajes pudiesen pasar adelante.

Juntáronse gran número de indios de aquel valle, y cercando y tomando en medio a Salcedo y a los españoles que con él estaban, les pusieron en grande aprieto y riesgo de matallos a todos, porque como esta gente sea animosa y su pelea sea acercándose a barloar con los españoles, los cuales no tenían consigo caballos, ques toda la fuerza desta guerra, ni arcabuces, y el número de los combatientes tan desigual, porque para cada soldado de los que con Salcedo estaba había quince y veinte indios, fueron los nuestros forzados a dar mayores muestras de su valor, peleando con la turba de los bárbaros que les tenían cercados y haciendo en ellos todo el estrago que podían, no cesando de pelear ni soltando las armas de noche ni de día de las manos, hasta que, teniendo noticia el capitán Galarza del suplicioso peligro en questos soldados estaban, porque dello le fué dado aviso por mano de indios amigos, envió más copia de gente y soldados que, juntándose con los cercados y acrecentándose a todos con el número el ánimo, sacudieron y echaron de sobre sí honrosamente la gente de la tierra, que con entera esperanza estaban de haber presto vitoria de los españoles que cercados tenían, con cuyas vidas y cuerpo entendían hacer devotos sacrificios a sus carniceros vientres, sepulturas de carne humana.

Vueltos Salcedo y los demás españoles, el capitán Galarza se partió luego otro día con toda la compañía junta y marchó concertadamente la vía de Anaima; lo cual visto y entendido por los naturales de aquella poblazón, determinaron entre sí tomar de nuevo las armas y, acometiendo a los españoles, hacer en ellos la resistencia que les

fuese posible; para el cual efeto se juntaron en el proprio sitio donde habían tenido cercado a López de Salcedo más de cuatro mill indios de guerra con todos los géneros de armas arriba nombrados.

Era este lugar un sitio muy llano, puesto por ribera y barranca de una quebrada que bajaba de la sierra y venía a dar al río principal que pasa y corre por medio del valle. Este llano, pareciéndoles a los indios quera acomodado para el alojamiento de los españoles y que se habían de ir derechos a él, fortaleciéronlo con mucha cantidad de hoyos quen él hicieron de a dos estados de hondo cada uno, y muy llenos destacones de palos de palmas las puntas para arriba, y por encima cubiertos con varas delgadas y paja y tierra encima para questuviesen ocultos y no los echasen de ver hasta questuviesen en la celada o trampa. El anchor de cada hoyo destos era tal que cabía en cada uno dellos dos hombres con sus caballos armados; y cierto era invención con que pudieran hacer muy gran daño a los nuestros si no fuera gente recatada para tener cuenta con semejantes cautelas y engaños. Porque los bárbaros, para más incitar y convidar a los nuestros a que cayesen en los hoyos, aguardaron a los españoles junto a ellos para que arremetiendo o cobdiciando dar en los enemigos, y arremetiendo con la furia que suelen, hallasen por delante aquella manera de foso, y cayendo dentro se metiesen las estacas por los cuerpos y muriesen a cuchillo de palo.

El capitán Galarza, según lo tenía por costumbre, luego que vió y reconoció que los indios les estaban esperando para pelear con ellos, hizo detener la gente antes de pasar la quebrada y comenzó a hacelles requerimientos y protestaciones, convidándoles con la paz y dándoles noticia del efeto de su venida y entrada en aquella tierra, según lo había hecho siempre antes de venir a pelea con los indios; y en estos requerimientos se detuvo

un gran rato, de suerte que viendo los indios que se detenían los españoles y creyendo que su detención era por su temor y por estar ellos con las armas en las manos esperando el recuento, desampararon el puesto que tenían y volviendo las espaldas se dieron a huir por entre los hoyos y a dejallos atrás. Los españoles se movieron perezosamente contra ellos, no queriendo hacelles daño ni bañar con sangre de aquellos bárbaros la tierra, pretendiendo conservallos para después tener quien les sirviese y sustentase; pero como un Juan Ortiz de Zárate, vizcaíno, quisiese señalarse, procuró tomar la delantera a todos sus compañeros y puso las piernas a su caballo, y encarando a unos indios que de industria estaban esperando, fué tan veloz e inconsiderado en su arremetida y con ella desatinó de tal suerte a los indios, aquellos y él y su caballo todos cayeron dentro del hoyo y celada; pero el daño no fué igual a todos, porque como los indios cayeron primero, con sus cuerpos ocuparon las estacas que el hoyo había, metiéndoselas por las carnes, y así Juan Ortiz y su caballo no recibieron ninguna lisión y fueron sacados del hoyo sanos y salvos, con lo cual fué descubierta la celada y fosos que los indios tenían hechos y cesó el daño que pudieran recibir; porque dende en adelante caminaban todos con gran cuidado, mirando con atención dónde ponían los pies.

Alojáronse aquella tarde en un lado o punta de la sabana que estaba más escombrada y limpia de hoyos, y dende en adelante por más de veinte días se corrió toda la poblazón y tierra desde valle de Anaíma, sin que los indios osasen venir a las manos con los nuestros ni en ninguna parte dél tuviesen pelea ni batalla trabada los unos con los otros, más de ponerse por los altos y arcabuces a dar grita; y cuando la comodidad de la tierra les ofrecía ocasión, desde algunos altos junto a la montaña echaban a rodar contra los nuestros grandíssi-

mas piedras, que pesaban, según su grandeza, a diez y a quince y a veinte y a más quintales; porque con palancas movían en lo alto de las laderas las peñas que la Naturaleza había puesto y criado en lugares tan pendientes, que con sólo meneallas o movellas con los palos las hacían rodar con extraña furia. Mas aunque en lugares muy perjudiciales a los nuestros les daban esta batería, fué Dios servido que nunca se recibió ningún daño.

En este valle subcedió que, después de haberse mitigado los indios y dado muestras de querer la paz y amistad de los españoles, un soldado extranjero, llamado Ricardo, llevaba consigo un indio ladino quentendía bien la lengua de aquella tierra; y como el Ricardo fuese algo cobdicioso y viese quentre aquellos naturales había algunas piezas de oro, envió al indio ladino que fuese y anduviese entre aquellos naturales y les dijese quel capitán lo enviaba a que le diesen oro porque lo había menester; donde no, que irían los soldados a sus rancherías a hacelles guerra. Los indios con este temor dábanle al indio ladino de Ricardo todo el oro que podían. Ultimamente subcedió que Ricardo envió a su indio ladino por oro, el cual encontró con cierto principal que le dijo qué tenía un poco de oro que dar al capitán, pero qué en persona se lo quería dar por su propria mano. El ladinejo, queriendo salir con su demanda sin ser sentido, esperó a que fuese de noche y vino con el principal y otros indios al alojamiento, y como estaban ya puestas velas y era ya cuando llegó al alojamiento muy tarde, fué sentido de las velas, los cuales creyendo queran indios que venían a dar sobre los españoles, dieron alarma, y con su entrada hobo alguna turbación entre los soldados, porque todos o los más salieron al rebato con la alteración quen semejantes casos suelen causar. Tomaron los indios y súpose dellos la causa de su entrada a tal hora, y del ladino el oficio qué y su

amo traían en tomar con honesto modo el oro a los indios; de lo cual se enojó mucho el capitán Galarza, y haciendo apariencias de que quería castigar con pena pública a Ricardo, él mismo incitó secretamente a los soldados que le rogasen por él y se lo quitasen para con aquella ostentación y muestra de castigo poner temor en semejantes soldados para en adelante; pero el indio ladino pagó por él y por su amo, porque fué públicamente azotado y cortados los cabellos, aunque todos los indios son de tan poca vergüenza que no sienten por afrenta el azotallos.

En el tiempo dicho dieron de todo punto la paz a los españoles muchos de los naturales deste valle que a los principios dieron muestras de obstinación en su rebeldía, para por presencia venilles a servir; entre los cuales fué el más principal el cacique llamado Bombo, de los cuales el capitán se procuró informar de la gente que de la otra banda de la cordillera había, y si podría pasar adelante en descubrimiento del camino para Cartago, porquel valle se remataba allí en la propria cordillera questá entre el río Grande de la Magdalena y el río de Cauca. Los indios le dijeron que pasada esta cordillera, a la otra vertiente della había mucha copia de naturales, pero que no sabían distinguir si entrellos o cerca dellos hobiese pueblo despañoles, como lo había; mas de que certificaban lo de los naturales, los cuales, según después pareció, era en Buga la Grande, donde pobló el capitán Alonso de Fuenmayor un pueblo del proprio nombre, y los Gorones, que sirven a Calí.

CAPITULO IV

Que trata de cómo Galarza entró en la provincia de Ibagué y pobló en ella la cibdad de Ibagué, que hasta hoy permanece, y cómo repartió la tierra entre sus soldados

Habiéndose Galarza informado de los indios de Bombo y sabida la certidumbre de las cosas en el capítulo antecedente referidas, y cómo de la otra banda de la cordillera de la sierra había indios y poblaciones, sospechó que también habría algún pueblo despañoles a quien sirviesen y fuesen feudatarios, los cuales pudieran haber venido de la gobernación de Popayán a poblar por aquella tierra, por estar cerca de otros pueblos que ya tenían poblados; y para más enteramente se certificar de lo que los indios le habían dicho y que ocularmente se viese, envió algunos soldados con un caudillo que de lo alto de la sierra lo vieses y mirasen si parecían las poblaciones que los indios de Bombo decían, y qué tantas serían, lo cual se podría ver por los humos que suelen salir de las tales poblaciones donde los naturales habitan; y visto, volviesen sin pasar más adelante a dalle aviso de todo, para determinar lo que más conviniese y ver si iría adelante o tomaría otra derrota para ver y pacificar las provincias de Matacaima y Villacaima y Chitanema y Chinacataima, de las cuales

había tenido noticias antes que esta provincia de Bombo entrasen.

Salidos los soldados, subieron a la cordillera, de donde mirando, fueron tan pocos los buhíos o casas que vieron, que les pareció haber muy poca poblazón de indios, y que, según la noticia que algunas personas les habían dado de la dispusición de la tierra, creían estar muy cerca de un pueblo despañoles llamado Calí, de la gobernación de Popayán, y otro que se decía Buga la Grande; y con esto se volvieron a dar cuenta a su capitán de lo que habían visto y les parecía de la tierra.

Sabiendo Galarza que los indios questaban a las otras vertientes de la cordillera ya dicha eran tan pocos, y que había sospecha evidente que cerca dellos estaban españoles poblados, acordó de dar la vuelta atrás y no pasar adelante, tomando la derrota y camino de la provincia de Ibague, de donde pensaba ir a ver y pacificar las provincias ya dichas; y ansí se fué con su gente la vía y derrota de la provincia de Ibague con voluntad y determinación den ella poblar y fijar un pueblo para dejar en él la gente que más fatigada traía, y con los demás pasar adelante a correr y andar la tierra para que después de vista toda la podiese mejor repartir entre sus soldados.

En este camino de Ibague tuvo Galarza y sus compañeros algunas guazabaras con los naturales que por el camino había; mas saliendo de todas ellas sin recibir ningún daño y con poco que los naturales hacían, pasaron adelante y se alojó con sus compañeros en el valle de Ibague en el mejor sitio y lugar que les pareció que había en él. Y paresciéndole quel sitio dondestaban era bueno, y en él había todas las cosas necessarias a las nuevas poblazones, asentó y fijó en él el pueblo y cibdad de Ibague, poniéndole el nombre de la propria provincia, que fué en el año de mill e quinientos y cincuenta, haciendo las cerimonias acos-

tunbradas en semejantes casos; después de lo cual Galarza salió con parte de sus soldados en demanda del descubrimiento de la provincia de Toche. Y llegado a ella reposó algunos días con su gente, porque halló abundancia de comida de la que los naturales tenían.

En este tiempo que Galarza estuvo en esta provincia alojado, envió dos soldados, llamados Ricardo y Hoyos, a una sierra que por delante tenía, para que de allí viesan y mirasen lo que había adelante. Envió Galarza estos dos soldados solos porque tenía la sierra tan cerca de sí que le parecía podrían ser fácilmente remediados y favorecidos si algunos indios saliesen a ellos a impedirles la ida o vuelta. Mas ellos, olvidados del riesgo y peligro en que iban, y no llevando el resguardo y cuidado necesario de sus personas, con alguna cobdicia de la que semejantes jornadas suele haber y hay, desviándose del camino y derrota que su capitán les había mandado llevar, se metieron entre unas poblaciones de indios que estaban en este valle de Toche, antes de llegar a la sierra, a ranchar algún oro de lo que los indios desta provincia poseían; pero siendo sentidos de los indios, antes que su cobdicia y desordenado deseo tuviese efecto fueron de los indios muertos miserablemente y desollados los rostros, lo cual acostumbran hacer estos indios con los enemigos que matan para traellos por máscaras en sus bailes y borracheras.

Estuvo Galarza aguardando a estos soldados mucho espacio de tiempo, y visto que no venían, estaba muy penado, sospechando que hubiesen habido algún mal subceso; y para certificarse de la causa de su tardanza envió un caudillo con algunos soldados, porque si acaso los indios hubiesen muerto a los dos primeros y estuviesen con las armas en las manos, cosa muy acostumbrada entrellos, pudiesen rebatillos y volverle a dar entera relación de lo que pasaba.

Llegado que fué el caudillo a la sierra, como no viese los soldados ni rastro dellos, dió la vuelta con su gente por las poblaciones de los indios, donde le salieron a recibir con las armas los delinquentes y malhechores, queriendo hacer en ellos lo que habían hecho en sus compañeros; y aunque los bárbaros eran muchos, con mucha facilidad fueron rebatidos de los nuestros, donde yendo dándose alcance fueron a dar a una placeta quentre unos buhíos de los dichos bárbaros estaba, en la cual hallaron los cuerpos de los dos soldados con innumerable cantidad de flechas que les habían tirado teniéndolos puestos como blanco de terrero y, como ya es dicho, los rostros desollados. Visto por el caudillo y soldados este tan triste espectáculo, tomaron los cuerpos muertos y lleváronlos a enterrar a una montañuela que por delante tenían, y sin se parar fueron a dar noticia de todo lo hecho al capitán Galarza, el cual, sabida la nueva y daño que los indios habían hecho, determinó de volverse con su gente a la cibdad de Ibague para que, pertrechándose de más municiones y soldados, volver a la provincia de Toche a hacer castigo en sus moradores del atrevimiento y daño que habían hecho; donde, después de haberse proveído de todo lo dicho, dió la vuelta con su gente a la provincia y naturales ya dichos, de los cuales fué recibido con las armas en las manos, porque por espías que tras Galarza habían enviado tenían ya aviso cómo Galarza y su gente venían a su tierra. Mas Galarza, vista la determinación de los indios, con lenguas que llevaba, como lo tenía de costumbre, les exhortó y rogó que dejasen las armas y recibiesen la paz; qué les prometía y daba su palabra de no hacelles mal ni daño, ni consentir que de otros se les hiciese; porqué no quería sino su amistad, olvidando la muerte de sus soldados, que bien entendía que, pues ellos

les habían muerto, les habrían dado alguna ocasión para ello.

Los indios, no curando de lo que Galarza les decía, ni queriendo la paz con que les convidaba, procuraban de cercar los nuestros para damnificarlos por todas partes. Galarza, visto que no querían admitir la paz y clemencia con que les convidaba, arremetió a ellos por la parte que más fortalecida de gente tenían, donde con los caballos los desbarataron, por ser tierra en la cual se podían aprovechar dellos, y matando y hiriendo hicieron bastante castigo; porque de más de quinientos queran los que a esta guazabara vinieron, no volvió la décima parte a sus casas.

Hecho esto, pasó Galarza con su gente a otra provincia, llamada Tocina, questá junto al Morro Nevado, y la pacificó y trujo de paz, con lo cual se volvió al pueblo de Ibague sin haber recebido daño ninguno, y repartió y encomendó los indios de la tierra a toda su gente a cada uno según sus méritos.

CAPITULO V

Que trata de una rebelión o alzamiento que los indios de Ibague hicieron, y del socorro que al capitán Galarza le vino de Sancta Fee

Repartidos los indios de Ibague y sus comarcas, como los soldados se quisiesen servir dellos y para esto muchas veces los llamasen y trajesen a hacer casas y labranzas, y, no contentos con esto, les pidiesen oro y aun hijos y hijas para su servicio, hacíanlo los indios tan de mala gana y con tantas pesadumbres, que algunas veces era necessario poner los amos las manos en ellos, dándoles algunos palos y azotes, de aquellos se agraviaban y se sentían mucho; y muchas veces trataban entre sí diciendo quera mejor morir que pasar y sufrir tales afrentas y trabajos, y particularmente sentían mucho que les pidiesen y tomasen sus hijas; por lo cual se trató y comunicó entrellos que se juntasen todas las provincias de la comarca y juntas y congregadas diesen un día en el pueblo de los españoles y matasen y hiriesen a todos los que pudiesen y se libertasen de tanta servidumbre y trabajos, lo cual pusieron por obra en el año de mill y quinientos y cincuenta, haciendo primero una general borrachera, porque, como he dicho en otras partes desta historia, tienen por costumbre todos los indios destas partes hacer grandes borracheras, teniendo por cosa cierta quel indio, después

de borracho, tiene mayores bríos y alcanza entera vitoria de sus enemigos. Y ansí, juntos todos los bárbaros destas provincias, dieron sobrel pueblo de Ibague, y aunque los españoles fueron dello avisados con tiempo y los hallaron apercebidos y puestos en arma, por ser la multitud de indios tanta que pasaban de ocho mill, no fueron parte para los desbaratar y echar de sí, antes les pusieron en tanto aprieto y confflito, que por espacio de cuarenta días los tuvieron cercados, sin les dejar salir por comida ni al servicio por agua para su sustento, dándoles cada día crueles guazabaras y guerra.

Visto el capitán y la gente que la multitud de los bárbaros se iba aumentando y que no tenían remedio ni podían escapar de las manos de sus crueles enemigos, acordaron denviar dos indios en tiempos diferentes, cada uno por sí, a la ventura con cartas al Audiencia Real de Sancta Fee dando relación y noticia a los señores della del aprieto y extremo en questaban y necessidad que tenían, y cómo había ya tantos días questaban cercados de toda la tierra y no eran bastantes para salir del pueblo por agua ni otros mantenimientos, pidiendo se les enviase socorro de gente con la mayor brevedad que posible fuese, si no querían que fuesen muertos y consumidos de los indios. Después de lo qual, viendo el capitán el peligro y riesgo en questaban de ser llevados a manos de los bárbaros, por ser ya tanto el desfallecimiento de su gente por la gran falta que de comida tenían, e que si tardaba el auxilio y socorro ocho días no tendrían fuerzas para pelear, si los indios los necessitasen a ello, acordó que todos juntos saliesen con buen orden a los enemigos y con varoniles ánimos despañoles empleasen sus fuerzas en ellos, ofresciéndose a morir o a haber vitoria; porque si se vían en manos y poder de los indios sabían que sus muertes habían de ser

muy crueles y prolijas; y tenían por mejor morir en los recuentros quen los mercados y borracheras donde suelen y acostumbran a dalles la muerte a los que a sus manos vienen; y ansí, arremetiendo por una cuchilla arriba, donde los más de los indios estaban, quisieron subir a ellos; mas los bárbaros arrojaron tantas galgas y piedras, que les fué necessario a Galarza y a su gente dar la vuelta por una ladera de la cuchilla e illa ganando poco a poco con algunos arcabuceros que delante llevaban; y era tanta la turba de los indios quen la cuchilla estaban, que viendo que los españoles les iban subiendo, unos por defender la subida a los nuestros y otros por huir, vinieron en tanta confusión y ceguedad, que unos a otros se arrojaban la cuchilla abajo, adonde eran recibidos de los nuestros con las puntas de las espadas, y algunos que de rodar por la sierra abajo se escapaban se iban al pueblo, y pegando fuego a las casas aquellos habían hecho para los españoles, las quemaban.

Subidos los españoles a la cuchilla, echaron della a los indios con mucho daño quen ellos hicieron, y habida vitoria se volvieron al pueblo a descansar y dar orden cómo se ir y dejar el pueblo, porque ya les parecía que se tardaba el socorro que habían enviado a pedir con los dos indios al Audiencia de Sancta Fee, sospechando que habrían muerto a los indios de las cartas y no habrían podido llegar con ellas adonde los oidores estaban, y que siendo ansí ellos no podrían sustentarse en el pueblo, especial que ya las municiones se les habían acabado y la gente estaba muy debilitada del hambre y necesidad quen el cerco habían pasado.

Otro día por la mañana fué Dios servido que llegó el capitán Salinas y Domingo Lozano con socorro de gente por mandado del Audiencia Real y al llamado de los dos indios, y juntándose todos pacificaron y allanaron todas estas provincias y las dejaron muy de paz y en servidumbre, aunque

después de cinco o seis años se tornaron a rebelar en una rebelión que hobo general dellos y los indios Panches y de Mariquita, como en la jornada de Mariquita se dirá. Estas dos rebeliones fueron causa que de ocho mill indios que había en estas provincias de Ibague quedasen tan pocos que, aunque después se han hallado minas de oro y plata en la tierra, no han tenido los vecinos de Ibague gente con que labrallas.

Son estos indios de Ibague grandes carniceros de carne humana y de otra cualquiera carne. Tienen algodón, aunque poco, de que hacen algunas mantas para se vestir. Las indias son muy feas y traen en la cabeza unos bonetes de venado con que aprietan y asen los cabellos. No hay entrellos caciques como entre otros indios, mas son mandados de algunos indios principales quentre ellos hay, a los cuales obedescen cuando les paresce y les da gusto. Es tierra muy áspera y fragosa la que estos indios habitan, y todas sierras peladas. El sitio dondestá la cibdad de Ibague puesta y fijada es del mejor y más suave temple que hay en todas estas partes, el cual ni es cálido ni frío, sino de un medio en nada penoso.

LIBRO OCTAVO

En el libro octavo se escribe cómo siendo gobernador Miguel Díaz en el Nuevo Reino de Granada se le dió licencia a Francisco Núñez Pedroso para ir a poblar de la otra banda del río Grande, por más abajo de Tocaima, en ciertas poblaciones de indios Panches que de aquella parte había, y llegado que fué Pedroso con los españoles que llevaba, no queriendo parar allí, pasó adelante en demanda del Cenú, y atravesando la provincia de los Palenques fué a salir a las sabanas de Abura, donde halló al capitán Hernando de Cepeda con más de cien hombres. Cuéntase todo lo que en esta jornada pasó hasta salir al Reino, y cómo tornó a pedir de nuevo esta jornada y pobló la ciudad de San Sebastián de Mariquita.

CAPITULO PRIMERO

En el que se escribe cómo por el licenciado Miguel Díaz fué dada comisión al capitán Pedroso para ir a poblar a las provincias de Mariquita y cómo entró en ellas y determinó pasar al Cenú

Aunque de la conquista y fundación de la cibdad de San Sebastián de Mariquita, poblada en las campiñas y riberas del río Grande, de la parte de Cartagena, en substancia haya poco quescrebir, esme forzoso alargar y extender la materia en este lugar por habelle subcedido antes a Francisco Núñez Pedroso, que la pobló y fundó, por esta mesma ocasión de poblalla, algunos trabajos y desasosiegos que cuasi fueron camino y vía en principio para ello, según en la consecvente digresión y escriptura se verá si con atención se lee.

Fué, pues, el caso quel año de mill y quinientos y cuarenta y nueve, gobernando la tierra del Nuevo Reino el licenciado Miguel Díaz Armendáriz, le fué dada comisión por el mesmo gobernador a este Francisco Núñez Pedroso, atendiendo su pretensión y pedimento, para que pudiese ir y fuese con los españoles que pudiese juntar de la otra banda del río Grande que cae más abajo de Tocaima, y entre las poblazones y naturales que allí hobiese poblase un pueblo.

En este tiempo concedíanse por los gobernadores las licencias y comisiones para nuevos descubrimientos y nuevas poblazones más sin escrúpulo y

más liberalmente que agora en nuestros días, en los cuales, a lo menos en este distrito del Nuevo Reino, no sólo no se concederá licencia para ello, más entiendo que sería gravemente castigado el que lo hiciese de su auctoridad, aunque fuese forzado a ello.

Pedroso, usando de la facultad quel gobernador Miguel Díaz le dió, juntó en pocos días más de setenta hombres, buenos soldados y bien aderezados y hechos ya a los trabajos y necessidades de las Indias, que cierto son excesivos, o a lo menos lo eran en estos tiempos más quen otro ninguno, por no haber el proveimiento que de caballos y mantenimientos era necessario; con los cuales salió de Sancta Fee, cibdad metropolitana en este Reino, y bajándose a aquella parte del Reino y río Grande y provincias donde su conduta rezaba, atravesó el río por la isleta y metióse con sus soldados por las poblaciones y valles de Mariquita, Guali, Guasquia y otros. Y porque es bien advertir a los questo ignoran, es de saber que aunque el pueblo que pobló después este Pedroso se dice Mariquita, questo nombre no es extranjero ni puesto en aquella tierra por los españoles; mas es nombre proprio de los naturales, aunque corrompido por los españoles por esta causa: quen cierta guazabara que los indios dieron en tierra del principal de aquella comarca llamado Malchita, siendo los indios desbaratados e yendo huyendo, iban invocando el nombre de su cacique Malchita con muy grandes voces y alaridos que daban. Los españoles, como oyesen repetir tantas veces y con tanto ahinco a Malchita, entendieron que decían Mariquita; y así usando siempre deste nombre se quedó la tierra con él, y dende en adelante llamada esta tierra dondel pueblo de los españoles se pobló Mariquita. Y así nombro yo aquí la tierra e gente por no discrepar ni quitalle el nombre proprio de los naturales, los cuales tuvieron tan pocas

refriegas y guazabaras con Pedroso cuanto nunca se pensó; porque, como antes había andado por esta tierra el capitán Baltasar Maldonado, cuando salió en demanda y descubrimiento de la sierra nevada de Cartago, y los indios tenían ya noticia de los bríos y fuerzas de los españoles, y también conocimiento de su clemencia, quisieron más con humildad conservar sus vidas que con bárbara arrogancia derramar su sangre; pues sabían que si saliesen con las armas a los españoles no podían dejar de recibir daño sin hacerlo, e ya que lo hiciesen sería tan poco, que ni los unos ni los otros lo sintiesen.

Admitió el capitán Pedroso la paz que los indios le ofrescieron, acompañada de algunas dádivas y presentes de oro y otras cosas de poco valor e importancia y conservólos en su amistad todo el tiempo que por su tierra estuvo y anduvo. Porque Pedroso, viendo la demostración que estos naturales habían hecho de gente paupérrima y de poco o ningún posible, y quentre ellos no podía ser aprovechado él ni sus soldados, acordó no detenerse ni hacer asiento en esta provincia, sino pasar adelante en demanda del Pancenú, quen este tiempo tenía fama de tierra muy rica y próspera de oro finísimo, así en poder de los naturales como en las sepulturas de los muertos, los cuales enterraban con todas las más riquezas que podían; porque los indios desta provincia del Cenú, a imitación y ejemplo de otras bárbaras naciones de Indias, que tienen que con las propias temporalidades quen esta vida poseen actualmente pasan a la otra, procuraban con grandísima diligencia en su vida adquirir y juntar todo el oro que podían, quen sus propias tierras lo sacaban, y con ello se enterraban, creyendo que mientras más deste metal llevasen consigo más bien lo pasarían y en más serían tenidos en los lugares y partes que imaginariamente tenían ellos constituídos para sus ánimas.

Deste su designio dió este capitán parte y noticia a sus soldados y compañeros, juntándolos a todos y hablándoles largamente sobrello con palabras eficaces e incitativas a subir a la prosecución de muchas riquezas a quien en el vulgo locamente tiene puesto nombre de cumbre.

Hacia mucho para este propósito que Pedroso era hombre que había andado y estado en Pirú muchos días, provincia donde, por la influencia y virtud de los astros y planetas que allí reinan, cobran los hombres quen ella están una superioridad de ánimo, con los cuales parece questiman y tienen en poco ser reyes y señores de las otras gentes de su propria nación, y mucho más de los extranjeros; y juntamente con esto parece que la tierra y constelación della les da una elocuencia en el hablar, tan acompañada de eficacísimas palabras y razones, que con ellas atraen a sí los ánimos de gentes extrañas y que nunca vieron a que consigan y hagan lo quellos quieren y pretenden. Y no sólo para aquí la operación de la tierra, mas parece que, para desdoración de lo dicho, hace los ánimos de los hombres tan bulliciosos y amigos de novedades, que perpetuamente carecen de paz ni quietud donde estuviesen y anduviesen.

Los soldados de Pedroso, viendo la voluntad de su capitán y lo mucho y bien que les había hablado, así en alabanza de la felicidad de la tierra del Pancenú como ensalzándolos y persuadiéndolos a que lo siguiesen de voluntad, ofresciéronse de cumplir y hacer todo lo qué quería y pretendía, para lo cual fué mucha parte no haberles parecido bien la gente y tierra desta provincia de Mariquita dondestaban, por ser toda la gente desnuda y de pocas o ningunas granjerías, y quen nación, actos y costumbres eran Panches, gente que, a imitación de los fieros canes, tienen por costumbre comer carne humana, y para este efeto hácense guerras los unos a los otros.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso y sus soldados se salieron de las provincias de Mariquita y entraron por la de los Palenques, donde tuvieron ciertas refriegas con los indios del palenque de Ingrina, y de la poblazón llamada Guacona

Francisco Núñez Pedroso, viendo la voluntad que todos los soldados habían mostrado de seguir su opinión en ir en descubrimiento del Pancenú, se salió con su gente y se metió con el mejor concierto que pudo por la provincia de los Palenques, porque para ir a la tierra que pretendía descubrir y poblar le era forzoso atravesar cuasi toda esta tierra de los Palenques.

Es esta provincia del Cenú, según la más común opinión, la tierra que por noticia se tiene, la cual llaman de Entre los dos ríos, que se entiende ciertas poblazones questán entrel río Grande de la Magdalena y el río de Cauca, desde las poblazones de la villa de Mompox, poblada en las riberas del río Grande para arriba, aunque la una poblazón y la otra no confinan, por haber grandes montañas y despoblados en medio; pero casi la tierra es toda una, porque las poblazones e indios de Mompox casi todos caen entrestos dos ríos; porque por bajo de Mompox ciertas jornadas se vienen a juntar y hacerse entrambos un cuerpo. Item. Ansímesmo hay personas que afir-

man esta misma jornada del Cenú y los ríos ser la que por vía de la gobernación de Popayán llaman Antiochía, en cuyos principios estuvo antiguamente poblado un pueblo despañoles llamado Sancta Fee de Antiochía, y fué despoblado por la crueldad y fiereza de sus naturales, que con obstinación procuraron echar los españoles de sus tierras, que son de ricas minas de oro y de pocos naturales. Estuvo esta jornada proveída, por comisión del Consejo Real de las Indias dada al Audiencia del Nuevo Reino el año de sesenta y siete, en el capitán Fuenmayor, a quien nombraron por gobernador de los pueblos quentre la gobernación de Popayán y la de Cartagena se poblasen por el proprio Fuenmayor; el cual murió estando esperando las provisiones y título de gobernador que de España habían de venir, y ansí cesó la jornada.

Volviendo a lo que a los españoles les subcedió en los Palenques, es de saber que toda la más de la gente desta provincia está recogida en fuertes hechos de maderos gruesos, que son llamados palenques, por respeto de las enemistades y crueles guerras que los unos tienen con los otros, que casi no se halla conformidad ni amistad entrellos, aunque fuesen vecinos muy cercanos, sino que cada cual acometía cuando la ocasión le daba lugar a su vecino y lo mataba y arruinaba; y a esta causa las parentelas o parcialidades hacían estos fuertes de gruesos maderos para su defensa y amparo, de donde vinieron los españoles a llamarla la provincia de los Palenques, y ofrecérseles algunas dificultosas guazabaras con los indios que, por estar tan habituados a la guerra entre sí propios, venían después a pelear briosamente con los españoles.

El primer palenque donde dieron fué uno llamado Ingrina, cuyos moradores lo pretendieron defender con obstinación, y verdaderamente si los soldados que Pedroso llevaba consigo no fueran

tan escogidos y hechos a la guerra de los indios, no hubieran este día la vitoria que hobieron; porque poniéndose todos a punto de pelear y su capitán en la delantera, arremetieron al palenque con tan buena orden y concierto y con tanto brío, que, aunque la cerca era algo alta y sus defensores los que he dicho, la asaltaron y entraron y hobieron vitoria dellos, aunque al asaltar el palenque hirieron los indios un español, de que murió al tercero día. Los indios recibieron daño, aunque poco, porque como vieron que por la una parte les entraban los españoles, echaron fuera sus mujeres e hijos por la otra, y ellos se fueron huyendo tras dellos sin que pudiesen ser alcanzados; pero ya que al entrar de los españoles no fueron descalabrados los indios, fueron lastimados al salir muy malamente; porque, como Pedroso, después de haber descansado y holgado en este palenque algunos días, por el aparejo de comida quen él halló se partiese para adelante, Juan Rodríguez, tonelero, y otros catorce o quince soldados se quedaron emboscados en el alojamiento para si acudiesen, como suelen, los indios a ver si se les había olvidado algo a los españoles, dar en ellos y amedrentallos o prendellos, subcedióles tan bien a estos españoles de la emboscada, que dende a una hora que la demás gente se había ido acudió gran cantidad de indios a dar en el alojamiento, bien descuidados de la celada que les estaba armada; y después que al caudillo le pareció tiempo, hizo señal de arremeter, y él y los demás soldados cogieron cuasi en medio muchos indios, de los cuales hirieron algunos y prendieron golpe dellos, y porque el nombre de los soldados fuese temido o espantable a estos bárbaros y la muerte del español quedase bien vengada, el caudillo, con severidad de rústico, se puso muy despacio a derramar la sangre de los presos, quentonces no le habían venido a ofender, sino solamente a ver, como se ha dicho,

el alojamiento de los españoles y si había en él algo que substraer o hurtar; empaló en el propio lugar algunos indios, y a otros cortaba las manos, y atándoselas y colgándoselas al pescuezo los enviaba a que llevasen la nueva de su crueldad a las otras gentes que se habían vuelto huyendo, y algunos otros, que fueron los más bien librados, se los llevó consigo para que cargasen las municiones y otras cargas necesarias a la jornada que había que llevarse.

Pedroso, caminando con su gente algunas jornadas, se fué a alojar cerca de una poblazón de poca gente llamada Guacona. El siguiente día salieron de madrugada ciertos soldados con un caudillo a dar en los buhíos e pueblos quel día antes habían visto; y como era gente que por tener cerca los enemigos estaban hechós a la guerra, no les puso ningún temor la repentina entrada por su pueblo de los españoles para que dejasen de tomar las armas y salirse al encuentro, antes, creyendo ser indios sus contrarios, que a semejantes horas los solían acometer, se venían tan animosamente a abrazar con los españoles, aquellos mismos se les metían por las espadas y hacían presa en ellas, creyendo ser macanas, y así recibían más daño del que los soldados les quisieron hacer. Después quel día de todo punto aclaró y se conocieron los unos a los otros, vieron los indios no ser los que les habían asaltado los aquellos pensaban, sino gente de más valor y brío, y así se comenzaron a retirar a la montaña y a desamparar sus casas después de haber herido a Calderón, buen soldado, con una flecha en los pechos, de que al tercero día murió.

Como los indios se retiraron al monte, los soldados se dieron a saquear los buhíos y casas de los indios tan desordenadamente, que hubiera de ser causa de su perdición si los enemigos briosamente revolvieran sobrellos, y no sólo se siguió

este daño, pero hobieron entre sí de reñir malamente y venir a las manos sobre la partición del saco o rancheo, porque como unos tomasen algo y otros no nada, quisieran los que no tuvieron ningún aprovechamiento que todo se partiera, y los otros lo defendían y contradecían, no teniendo en este caso los unos ni los otros ningún respeto al caudillo que traían, que, según la disciplina de Indias, suele ser siempre respetado y acatado, antes, usando en su presencia de palabras sobradas, le dieron ocasión a que se quejase dellos al capitán Pedroso y de su poco y mal miramiento, de quien fueron después corregidos industriosa y mañosamente y con mucha cordura; porque en todas las cosas que había de hacer era tan bien concertado, que aunque usase de un poco de rigor o aspereza en sus palabras, no por eso era aborrecido de los soldados, antes parecía que los convidaba a que le agradeciesen las correcciones que a algunos daba, usando de generalidad, por no agraviar a ninguno en particular.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso con treinta y cinco soldados fué a dar en una poblazón que estaba sobre una loma, cuyos naturales se defendieron e hicieron fuertes en sus casas, en las cuales perecieron todos quemados

Desde el sitio donde a esta sazón estaban alojados los españoles, quera junto al pueblo de Guacota, de quien de suso tratamos, se parecía en una loma alta y algo apartada un pueblo de muchos buhíos y gente, a la cual pretendió ir el capitán Pedroso con treinta y cinco soldados y dar en el pueblo de madrugada o de mañana, para coger y haber alguna gente a las manos con quien procurar la paz y amistad de aquellos indios, para ser mejor guiado y encaminado y aun servido; porque siempre cuando se llevan así los indios de las provincias por do se pasa de paz, son los soldados mejor servidos y encaminados y aun más relevados de trabajo.

La tierra, como era muy fragosa y montuosa, no daba lugar a que de noche se caminase por ella, y a Pedroso le pareció que no debía caminar de día, porque si los indios le sentían o vían ir a su poblazón se pondrían con las armas en las manos a resistilles y defendelles algún peligroso paso, donde los hiciesen volver atrás, y con esto perdiesen algo de la reputación que tenían de valientes;

porque cuasi generalmente tienen los indios en sí una costumbre de gente bárbara: que les parece que si una vez hacen volver las espaldas a los españoles, que por esto quedan tan temerosos que lo han de hacer siempre, y con esto les crece tanto el brío, que, si no es que se hallen muy descalabrados, nunca dejan dentender y creer que han de ser siempre vencedores.

El medio quen esto tomó el capitán fué mandar que se tomase bien el tino de dondestaba la poblazón, y que guiando e yendo delante hombres buenos atinadores y adalides, caminasen por partes inhabitables e invisitadas de los indios fuera de camino a salir a la propria poblazón sin ser vistos ni sentidos de los bárbaros. Dióseles el cargo de ir delante a Juan Jiménez y Andrés Báez, y a Francisco Silvera, que, demás de ser buenos guaidores, eran sueltos y ligeros para alcanzar algún indio que delante se les pusiese, por que no fuese a dar la nueva de la ida de los españoles. Y desta suerte caminaron todo un día por la espesura de la montaña y agrura de las sierras con tanta presteza que, aunquestaban bien apartados de la poblazón, aquella propria noche se hallaron junto a ella como un tiro de arcabuz. Fuéles necessario estar allí detenidos toda la noche con gran diligencia y reposo, por no ser sentidos de los indios, donde se hobieran de helar de frío, porque como el lugar dondestaban era alto y escombrado, y la noche hizo serena, que por la mayor parte en las Indias con estas tales noches suele helar o caer grande rocío, y los soldados no llevaban más que sus armas a cuestras, amanescieron tan resfriados que cuasi no podían mandar las armas; y estando con este tormento del frío y el alba que ya esclarecía, ques cuando la noche suele más refrescar, vieron los soldados salir del pueblo e ir hacia dondellos estaban gran golpe de gente, que iban a unas fuentes de agua salada a tomar y traer agua para sus

comidas en unos gruesos cañutos de guazguas o cañas que llevaban colgados de las cabezas sobre las espaldas, los cuales juzgaban algunos temerosos soldados ser carcajes de flechas, y la gente que los llevaba ser los indios del pueblo, que, por haber tenido aviso y noticia de su estada y llegada allí, les salían con las armas en las manos a recibir al camino.

Pedroso puso luego con presteza y silencio los soldados en concierto y se fué acercando hacia esta gente, y dando en ella, halló ser gente común y despercebida y que no iban sino al efeto dicho; los cuales en el punto que los españoles dieron en ellos alzaron un bárbaro alarido, con el cual dieron a entender a la demás gente del pueblo la aflicción en questaban de verse cercados de enemigos; y revolviendo los que más traseros venían sobre sus casas y poblazón, huyeron con toda la presteza que pudieron por ponerse en salvo. Los soldados, siguiendo el alcance de los indios, comenzaron a derramarse de dos en dos por el pueblo y casas dél a ver si podían tomar gente y ranchear algún oro y otras cosas; pero de nada les aprovechó esta su presteza, porque como los indios era gente de guerra y que tenían la venida de los enemigos sobre sus casas, teníanlas fortificadas con unas puertas de golpe de unos tablones muy gruesos puestas de tal suerte que antes quentrarse dentro el que de fuera venía, tocando en cierto palo en que forzosamente había de tocar, hacía caer la puerta, quera como ratonera, de golpe, y quedaba cerrada de suerte que por la parte de fuera nunca más se podía abrir; y juntamente con esto tenían por los buhíos hechas troneras y saeteras para más seguramente poder damnificar a los que por fuera anduviesen; y desta suerte y por esta causa nunca los soldados pudieron señorear ni apoderarse de ningún buhío o casa, antes con querer entrar dentro fortificaban a los indios en sus casas, de

suerte quen un punto se hallaron todos los naturales quen la poblazón había tan señores della como de antes se eran; porque no sólo los españoles no pudieron entrar, pero ni aun sin gran peligro atravesar por entre los buhíos y casas de los indios, los cuales, teniendo esta su clausura y encerramiento por principal vitoria, comenzaron a tocar con mucho regocijo sus bárbaros instrumentos y a dar muy gran gritería y vocería de placer.

Pedroso, con lenguas e intérpretes que allí tenía, les comenzó desde fuera a hablar, dándoles a entender cómo no pretendía damnificalles ni hacelles ningún daño ni maltratamiento, sino haber su amistad y conservalles en ella. Pero la respuesta que los bárbaros le daban era reírse y tirarle flechas. Dos clérigos que consigo llevaba Pedroso hicieron lo que a su oficio competía, ansimesmo requiriendo a los indios por medio de los farautes que se dejasen de aquella necia y obstinada defensa de que usaban y se humillasen y confederasen con los españoles, para aquellos les pudiesen dar a entender las cosas necessarias a su salvación y la vanidad de la gentilidad en questaban engolfados. Mas tan poco caso hacían desto como de lo que poco antes les había dicho Pedroso.

En esto estuvieron los unos y los otros gran rato, en el qual tiempo los indios dieron un mal flechazo en la cabeza a Pedro Majates, español, de que murió. Con lo qual fueron indignados algunos soldados a pegar fuego a los buhíos y casas de los indios, entendiendo que no fuese gente tan bárbara que quisiese antes morir en el fuego que rendirse a la fortuna, pues su hado les era favorable; pero los bárbaros fueron o quisieron ser en esto tan brutos e inconsiderados, que no sólo no quisieron rendirse a merced y voluntad de los que los tenían cercados, mas unos voluntariamente, aunque podían huír no lo querían hacer sino detenerse en las llamas del fuego a consumirse, y otros, por

no esperar esta muerte, que parece más cruel que otra ninguna, se ahorcaban de las cumbreras y varas de los buhíos, y dende a poco tiempo se vió en esta loma y pueblo un triste y calamitoso espectáculo, tal que a los propios inventores y causadores dél puso muy gran lástima y compasión y se arrepintieron entrañablemente de haber sido causa de una tan gran crueldad, porque vían arder en las llamas del fuego no sólo a los guerreadores e indios mayores y mancebos y muchachos, pero a muchas mujeres de toda suerte con sus criaturas, niños y niñas pequeños a los pechos, que difuntos como estaban y socarrados de la candela, parecía estar su sangre pidiendo justicia de la injusticia y crueldad que con ellos se había usado.

Pasaron las personas que aquí perecieron de número de cuatrocientas; y verdaderamente si desta severidad los soldados no usaran, pudieran perecer a manos de los propios indios, porque al tiempo del retirarse y volverse atrás habían de dar los indios sobrellos y seguilles en las partes que les parecieran aventajadas y peligrosas, para ser señores de los nuestros, donde fuera el daño harto; pues en matando a los que allí estaban, queran treinta y cinco hombres, habían de dar en los demás que con el carruaje habían quedado alojados atrás, donde mataran los españoles que quedaban y los indios de su servicio, queran más de otras cuatrocientas piezas.

Este daño hecho a costa destes miserables parece que fué estorbo de otros; porque con la fama desta severidad y crueldad cobraron tanto temor y miedo los indios comarcanos, quen muchos días no hobo indio que hiciese resistencia ni se pusiese en defensa, antes en viendo cualquier indio ladino de los del servicio de los españoles temían y huían dél creyendo que les había de alcanzar parte de las llamas y del fuego.

El capitán Pedroso ni los sacerdotes que con él

estaban no fueron parte para estorbar esta crueldad, aunque en alguna manera se puede decir que fueron causa; porque como los soldados estaban derramados en el círculo del pueblo, los questaban más apartados y escondidos de Pedroso, por las causas dichas pegaron fuego al buhío que más cercano a ellos estaba, y como de aquella parte arreciase el viento con gran ímpetu, fué la llama cundiendo por todas las otras partes y casas y buhíos, queran más de cincuenta, sin que ninguno fuese parte para podello estorbar y apagar.

El remate y fin deste subceso fué que con todo el daño dicho los soldados se dieron a buscar oro entre los cuerpos muertos y ceniza de los buhíos, y hobieron dellos como cinco o seis libras de oro fino, con que se volvieron al alojamiento donde había quedado la demás gente.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo Pedroso pasó adelante con su gente y entró en los valles de Zamana y Punchina, que fué llamado valle de Corpus Christi, en cuyo río les resistieron los indios el pasaje, y cómo a la noche pasaron los españoles el río e hicieron una emboscada donde cayeron muchos indios

Prosiguiendo Pedroso su descubrimiento y jornada, fué a dar al valle que agora dicen de Zamana y pueblo de las Gallinas, donde halló abundancia de comida entre los naturales. Alojóse en él con su gente, y de aquí envió a Juan Carreño que fuese con ciertos soldados quél le señaló a descubrir a la parte de abajo las poblaciones dondestá poblada la cibdad de Vitoria, de quien habían desde lo alto visto gran señal por las humaredas y fuego que hacia aquella parte se divisaban; lo cual se dejó de ver del todo por flojedad de Carreño, que desde el camino se volvió sin hacer con diligencia lo que le era encargado por algún particular temor. Lo cual visto por Pedroso, envió a Juan Portugués que fuese a descubrir hacia la poblazón que agora es llamada Punchina; y siguiendo tras dél el propio capitán con la demás gente, no se detuvieron hasta llegar al río que agora es llamado de Nare, el cual iba tan crecido y caudaloso, que fué

necesario hacer allí una canoa, en que pasó toda la gente de la otra banda, lo cual fué hecho con presteza; y pasado el río, Pedroso se alojó en cierto pueblo que de la otra banda estaba, donde ahorcó un negro por cierta desvergüenza y delito que cometió.

Desde este alojamiento se envió gente delante a descubrir, y caminando dieron en la poblazón y valle que agora llaman de Punchina, quen aquella sazón le fué puesto el valle de Corpus Christi, a causa dentrar en él estos soldados la víspera desta solemne fiesta. Entraron por la culata o caldera que hoy nombran los españoles deste nombre, y allí se tomaron algunos indios para guías, con que se volvieron los soldados adonde había quedado Pedroso. El cual luego al siguiente día marchó con toda la gente y entró en este valle de Corpus Christi por la loma que dicen del Palmar, por llevarle por este camino las guías. Los naturales de las poblazones más cercanas al camino, pegando fuego a sus propias casas, se retiraban e iban huyendo a las partes que les parecía más seguras para la conservación de sus vidas.

Pedroso, no cesando de caminar, fué a parar a las riberas del río Guatate, ques el proprio del valle de Corpus Christi. Los que iban de vanguardia hallaron el río algo crecido y de la otra banda hasta trecientos indios que defendían el pasaje, por lo cual no pudieron o no quisieron pasar de la otra banda, y ansí se detuvieron hasta quel capitán llegó, que venía algo trasero; el cual viendo el estorbo e impedimento que había para pasar, aquella tarde hizo alojar su gente algo apartada del río en una cuchilla alta, de donde se vía y señoreaba lo que de la otra parte había; y hecho esto, se abajó al río y se llegó e acercó todo lo que pudo a hablar con los indios que de la otra banda estaban, y con un intérprete que llevaban les comenzó a decir su parescer acerca de cuan bien los estaba

a todos la paz y amistad; pero los bárbaros, no curando de lo que se les decía, respondían ferrozmente palabras libres y de gente rústica, acompañadas de muchos meneos que con el cuerpo hacían, dando con las macanas grandes golpes por el suelo y piedras, diciendo y significando que de aquella suerte habían de tratar y matar a los nuestros.

Acudió mucha cantidad de indios al paso, demás de los que al principio se hallaron allí, y como la noche cerrase de todo punto, los bárbaros, no lo pudiendo acabar con su condición de detenerse allí aquella noche, temiendo que los nuestros pasasen por alguna otra parte a dar con ellos, hicieron muchos bultos de paja y pusieronlos a la vislumbre de las candelas y fuegos que tenían, de suerte que a los nuestros les parecían personas e indios que estaban en aquel alojamiento para defender el paso; y con esta invención, después de haber estado dando voces y haciendo estruendo y ruido buen rato de la noche, sin ser sentidos de los españoles se fueron escondidamente a sus casas; pero con todo esto los nuestros siempre tuvieron creído que los indios se estaban en su alojamiento con el engaño de los bultos de paja que vían.

Pasado buen rato de la noche, Pedroso mandó salir ciertos soldados que se habían apercebido para que fuesen a buscar el río abajo vado por do pasar el río y diesen en los indios y los descalabrasen y ahuyentasen de dondestaban. El camino para abajar al río era tan fragoso, por haberlo de llevar por parte oculta para no ser visto de los indios, y la noche era tan oscura, que fué necesario para poder caminar llevar candelas encendidas, porque de otra suerte no había soldado que pudiese dar paso adelante sin gran peligro de caer y despeñarse. Bajados que fueron a la barranca o ribera del río, hallaron que iba tan furioso y crecido que les era imposible pasarlo por muy buenos

nadadores que fuesen; porque iba muy acanalado y veloz y, demás desto, muy acompañado de piedras o peñas. El remedio que para sufrir esta necesidad tuvieron los soldados fué cortar un grueso árbol que a la lengua del agua estaba, de suerte que cayó sobre el río y atravesó de la otra banda a la tierra firme, por donde tuvieron lugar de pasar los soldados seguramente; y acabados de pasar por la puente, creció el río de golpe y llevóse el árbol. Los soldados y su caudillo, Diego Martín, se acercaron todo lo que les pareció al alojamiento de los indios, y con gran quietud y silencio estuvieron esperando a que amaneciese para dar en el alojamiento de los bárbaros; pero como con el resplandor de la aurora mirasen atentamente aquello que habían tenido por indios, hallaron ser bultos de paja, con que fueron graciosamente engañados o burlados; pero esto fué ocasión para no se detener allí punto, por estar en lo interior y más bajo de la loma, donde si acudían indios podían ser fácilmente maltratados y aun ahuyentados; y a esta causa el caudillo Diego Martín se dió prisa a subir a lo alto a una loma o cumbre de sábana que cerca estaba, y a esta hora ansimesmo los indios venían bajando por la loma abajo; y como el día amanesció cerrado con la mucha y espesa neblina que había, ni los españoles vían bajar a los indios ni los indios vían subir a los españoles. Mas de que los soldados oyeron muy cerca de sí las cornetas de los bárbaros que bajaban, y sintiéronlas tan cerca que para no ser sentidos dellos lo más presto que pudieron, dividiéndose por la una y otra parte del camino, se emboscaron y agacharon entre algunas matas grandes y crecidas que por allí cerca había. Los indios, como en este instante descubriesen la gente que de la otra banda del río estaban alojados, iban tan atentos y ocupados con la vista en mirarlos, que no echaron de ver en los rastros y vestigios que los españoles emboscados

habían hecho, que muy fácil de conocer, especialmente en tierra rasa, donde cae rocío de noche; y con este descuido pasaron cuasi la mayor parte de los indios adelante de dondestaba la emboscada; salieron los soldados a ellos, y más los espantaron que lastimaron; porque como los españoles habían estado toda la noche desabrigados y al frío, que lo habían hecho muy grande, estaban ateritados, de suerte que con gran trabajo podían mandar las armas, sino fué Andrés Baz, portugués, natural de Castilblanco, que arrojando y echando sobre sí un sayo de armas que traía vestido, con su espada y rodela se arrojó liberal y animosamente entre los indios, y comenzó a herir en ellos severamente. El temor de morir en poder de tantos enemigos como entre las manos tenían hizo luego cobrar el calor perdido a los demás soldados y dar con furia en los indios, de suerte que hiriendo y desjarretando los que podían, esparcieron en breve espacio los que la emboscada habían entrado. Pero esta vitoria habida tan fácilmente fué luego mezclada con gran temor de perderla, porque como los indios sintieron españoles desta banda del río, comenzaron con grandes alaridos a apellidar la gente comarcana y con voces feroces y espantables procurar apresurar el paso de los que los venían a favorecer; de suerte que dentro de una hora se hallaron juntos en lo alto de la loma más de dos mill indios de guerra, flecheros y macaneros, pero la mayor parte eran macaneros. Los españoles se vieron en tan gran afición de ver sobre sí la multitud de los bárbaros, que tuvieron por imposible, si no era mediante el auxilio y favor divino, escapar con la vida; y así como christianos devota y lacrimosamente comenzaron a invocar el auxilio y favor divino, poniendo por medianera la bienaventurada Virgen María, Nuestra Señora, y al bienaventurado Sanctiago, de quien esta nación más quen ninguna otra son muy devotos, y a quien en sus tra-

bajos y necessidades suelen acudir para que del Todopoderoso Dios inmortal les alcanzasen lo que piden; y fuéles tan útil y provechoso este medio que tomaron, que vinieron a haber entera vitoria de los indios, aunque la pelea fué bien prolija y reñida, la cual pasó en esta manera.

CAPITULO V

En el cual se escribe dos guazabaras que los indios del valle de Corpus Christi dieron a los españoles en las riberas del río del propio valle, llamado Guatate, y el valor con que los españoles pelearon

Juntos gran multitud de indios en lo alto de la loma, se pusieron en orden por sus escuadrones, y concertadamente bajaron a arremeter con los diez y siete españoles, de los cuales sólo catorce les salieron al encuentro, porque los otros quedaban guardando un paso para que los indios por él no les tomasen las espaldas; y demás de ser tan pocos en número, tenían otro defeto mayor, quentre todos ellos no había ballesta ni arcabuz, sino que forzosamente habían de ofender y pelear pie a pie.

Todas estas cosas vía el capitán Pedroso desde dondestaba, que le daban harta más pena que a los propios questaban en peligro; porque desde dondestaba vía y señoreaba más enteramente la gran cantidad de indios que sobre los diez y siete soldados bajaban, y deseaba y procuraba enviarles socorro y auxilio, y no podía ni era en su mano; porque como el río, demás de ir muy crecido y reccio, fuese ahocinado o lleno de piedras y peñascos, impedía de todo en todo el pasaje de los que querían ir a socorrer a los compañeros. Echáronse algunos caballos para que pasasen de la otra banda;

pero todos se los llevaba la furia del agua, sin que peligrase ninguno ni pasase el río. Sólo Rodrigo del Río, natural de Moguer, buen soldado para semejantes necesidades, se arrojó en el agua en un caballo y pasó el río adonde los compañeros estaban ya envueltos con los indios, hiriendo en ellos y peleando briosamente. La pelea destes bárbaros no era estarse pie a pie siempre en una postura con los españoles, sino arremetían con un poco de furia contra los soldados, y en llegando a ellos que rescebían de daño algunos indios de los delanteros que los nuestros les mataban, tornábanse luego a retirar y tener un poco atrás, y cuando les parecía tornaban a arremeter otra vez y allegarse a barloar con nuestros soldados, y en rescibiendo algún daño dellos se tornaban a retirar sin detenerse punto.

Quisieron los bárbaros arremeter una vez a los nuestros abiertos en dos puntas o alas para cogellos en medio y más acomodamente combatirles por todas partes; pero fueron entendidos y conocidos en su cautela. Los nuestros también se dividieron para herir en las puntas o primeros indios dellas; y viendo los bárbaros, por el ademán que los nuestros hicieron, quera entendida su cautela, se detuvieron y de aquella vez no quisieron arremeter. Era ya alto el día, y el trabajo de la pelea y el calor del sol tenían a los soldados algo aflojados, con hambre y sed, y ansí les fué necesario, viendo algo apartados de sí a los indios, sentarse a comer unos secos y ásperos bollos de maíz que consigo traían y enviar en sendos calabazos al río por agua a dos indios Panches que consigo llevaban. Los indios, viendo que los españoles se juntaron y sentaron a comer, estuviéronse quedos sin arremeter a ellos mientras comieron.

En el ínterin questo pasaba, desta banda del río donde Pedroso estaba alojado no tuvieron mucho reposo ni contento, porque cuando más descuida-

dos estaban dieron sobrel alojamiento obra de mill y quinientos indios, pretendiendo arruinarlo y destruirlo todo; pero como se hallasen en la sazón que llegaron algunos caballos ensillados y en ellos subiesen buenos jinetes, fueron los indios frustrados de sus designios, porque arremetiendo a ellos los de a caballo y otros muchos soldados buenos peones, los ahuyentaron y desbarataron con daño y pérdida de algunos quen la guazabara y alcance murieron, que fué esto muy gran parte para que los indios que de la otra banda del río estaban perdiesen del brío y esperanza que tenían de haber vitoria de los nuestros.

Estando, pues, las cosas de las guazabaras suspensas por el almuerzo de los diez y siete españoles y reposo de los indios, se levantó en pie uno de los bárbaros, y paresciéndole cosa de poca estimación y menosprecio el número de los españoles, con quien tanto tiempo habían peleado, dijo a muy grandes voces: “¿Qué es lo que hacemos aquí? ¿Por ventura no es cosa de gran vergüenza para nosotros que con armas pretendamos vencer y haber a nuestras manos tan pequeño número de enemigos? Soltad, soltad las armas, y vayan unos por una parte y otros por otra y cojámoslos en medio, y ansí con facilidad los podremos matar y hacer dellos lo que quisiéremos.” Y con esto se levantaron todos, y dividiéndose en tres partes, el un escuadrón había de arremeter por la cuesta abajo por do solía, y los otros dos por los lados. Los españoles esperaron como solían la turbamulta que por la loma o cuchilla bajaban abajo contra ellos, dejando divididos de sí solamente los tres soldados que aseguraban las espaldas, queran León y Jorva y Francisco de Medina, a los cuales más presto que a otros ninguno salieron los indios que por el lado derecho habían tomado, y dando en ellos antes que los de la parte izquierda subiesen, tuvieron lugar de resistilles y ahuyentalles, y ansí nun-

ca osaron salir a lo alto los que por el lado izquierdo subían. Los demás indios, haciendo su arremetida por la cuchilla abajo, se tornaron a juntar con los catorce españoles y a pelear con ellos en la forma dicha, donde subcedió que Alonso Márquez, soldado español, de un revés que dió a un indio le derribó la cabeza de los hombros, y tomándola del suelo por los cabellos, queran bien largos, la arrojó en medio del escuadrón de los indios, con que los puso tal espanto y temor, que les hizo perder el brío y obstinación con que peleaban y aflojar de tal suerte que, arremetiendo a ellos los españoles, los llevaron cuasi corriendo por la cuchilla y loma arriba hasta que les tomaron un alto dondestaban dos o tres buhíos, y allí se hicieron fuertes, por ser lugar acomodado para ello, hasta que Pedroso y toda la demás gente, después de haberse aplacado la inundación y furia del río, pasaron y se fueron a alojar al propio sitio donde los diez y siete españoles, a pesar de sus enemigos, se habían apoderado.

Fué grande el contento quel capitán Pedroso rescibió de hallar a todos sus soldados vivos y sin heridas, porque si no fué Diego Pinto, portugués, que le dieron un flechazo en una mejilla, otro daño ninguno no recibieron. Eracle causa de contento a Pedroso ver el valor con que los soldados nuestros se habían defendido de un tan gran número de bárbaros; porque como él vía y consideraba los pocos y desaparecidos soldados que de la una parte estaban, y los grandes escuadrones de indios que contra ellos bajaban y se juntaban de todas partes, siempre estuvo temeroso y dubdoso de la salud de los suyos, y los juzgó y reputó por muertos y desbaratados; pero después que se juntó con ellos y los halló vitoriosos, comenzóles a sublimar y ensalzar con alabanzas dichas en favor de su fortaleza y vigor de ánimo, cuales el valor y bríos con que pelearon lo merecía.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso entró en las sabanas de Aburra, donde tuvo noticia del capitán Hernando Cepeda, que con gente andaba en ellas, y a esta causa pobló allí un pueblo y envió a requerir a Cepeda que se saliese de la tierra

Detúvose en este alojamiento algunos días el capitán Pedroso, por que la gente descansase del trabajo pasado; de donde envió un caudillo que, siguiendo el camino que por la loma adelante iba, descubriese algunas jornadas y viese la tierra por do habían de pasar, si había en ella peligro para los soldados.

Caminando el caudillo por la vía y derrota que Pedroso le mandó, fué a dar en ciertas vegas y llanadas de tierra rasa que son hoy llamadas las sabanas de Aburra, tierra que por ninguno de los quen la compañía iban nunca había sido vista ni se reconoció. Viéronse en ellas algunas carreras que cuasi en alguna manera querían imitar a las quen la tierra de Bogotá y Guatavita en el Nuevo Reino se hallaron; por lo cual, después que los descubridores destas sabanas volvieron adonde Pedroso estaba y le dieron relación de lo que habían descubierto y visto, sin dar señas de poblaciones, sino solamente haber apariencia de haberlas, nació entre los soldados un género de contento y alegría extraña; porque les parecía que las señales

que se habían visto eran en alguna manera de tener cierta esperanza de que aquí esta tierra era la que iban a buscar del Cenú, y que sería muy felice y rica por aquella señal de carreras que ellas hallaron; porque en todas las comarcas del Nuevo Reino, solamente en la provincia de Bogotá, gente rica y de mucho oro, fueran halladas, y no en otra parte ninguna, y ansí no había soldado que su presunción no se prometiese a sí mesmo una infinidad de oro, con la cual se hallaba el más próspero y bienaventurado del mundo. Pero toda esta su vana esperanza se les convirtió en viento, y aun si se puede decir en llanto, por los infelices subcesos que pocos días después tuvieron con el capitán Hernando de Cepeda, a quien en las propias sabanas toparon con aventajada gente, que los sujetó y prendió.

Los indios del valle de Corpus Christi, aunque, como se ha dicho al principio, fueron descalabrados y desbaratados, no por eso dejaron de acudir otras muchas veces de noche al alojamiento de los españoles. Mas como Pedroso siempre vivía recatadamente y con sus velas y rondas, eran sentidos los bárbaros antes que pudiesen hacer daño, y ansí eran ahuyentados y rebatidos con daño propio.

Con la buena nueva referida, Pedroso con todos los soldados alzó su alojamiento y caminó la vía de las sabanas de Aburra, a las cuales bajó la víspera de San Juan con mucho regocijo y contento de todos los que su compañía iban; porque, como he dicho, no había soldado que no se hallase señor de mucho oro y tuviese el ánimo y pensamiento puesto en una gran suma deste preciado metal.

Desdel principio de la sabana envió Pedroso veinte y cinco hombres que fuesen a ver lo que adelante había. Estos, yendo caminando, dieron en rastro muy fresco de los caballos y gente de Cepeda, que les puso grande admiración y aun confusión; y procurando con diligencia saber e inquirir

qué gente fuese la que había hecho aquel rastro que habían topado, hobieron a las manos una esclava que les dió noticia cómo era el capitán Hernando de Cepeda, que con ciento y veinte hombres había salido y retirado de la gobernación de Popayán, porque allí el licenciado Francisco Briceño, a quien el emperador había enviado a aquella gobernación por juez de residencia contra el licenciado Benalcázar, se la quería tomar del tiempo que había sido justicia en ella por Benalcázar, y temiéndose Cepeda que le había de hallar culpado en la muerte del mariscal Jorge Robledo, y que por ello había de ser ásperamente castigado, por no dar la residencia ni verse en algún riesgo o aprieto se quiso hacer a lo largo con la gente que a la sazón se halló, pero no porque anduviese amotinado como rebelde; porque su salida de la gobernación fué con color de que iba a poblar la tierra de Entre los dos ríos y conquistarla y hacer este servicio al rey, que si con otra color saliera, no dejaran de seguirle hasta destruirle.

Los soldados de Pedroso, habida esta relación, se retiraron y volvieron adonde su capitán había quedado, y le dieron relación de lo que habían visto y sabían, que puso en grandé espanto y admiración a Pedroso, y aún en confusión y perplejidad de lo que debía hacer, porque se hallaba con menos gente de la quera necessaria para conservarse en su trono de capitán y defender la tierra, aunquestuvo de propósito de dar una noche con los suyos en el alojamiento de Cepeda, questaba descuidado de tener tan cerca de sí a los enemigos, y ansí dormían y se trataban con más descuido y cautela del que les era permitido; y cierto saliera Pedroso con cualquier cosa que por esta vía inventara o pretendiera hacer; pero tuvo sospecha de algunos de sus soldados que por ir algo estomagados con él le faltarían cuando más los hobiese menester; y ansí, apartando de sí este acuerdo, tomó otro que, aun-

que inútil, a lo menos érale más provechoso para su salud y quietud, y fué que llamando y juntando los soldados quen su compañía iban, les dió generalmente noticia de lo que había y les dijo el poco remedio que tenían para echar de sí a Cepeda y a su gente si no era poblando en dondestaban un pueblo por jurisdicción y distrito del Nuevo Reino, para que, hallándolos poblados allí Cepeda, se abstuviese de hacerles ningún agravio y pretendiese echarlos de la tierra. Vinieron en ello todos los soldados, y Pedroso hizo luego sus diligencias y auctos, según en semejantes casos se suelen hacer, y pobló en dondestaba un pueblo que llamó la cibdad de San Sebastián, y nombró y eligió sus alcaldes y regidores y los demás oficiales; y hecho esto se acordó entrel capitán y los alcaldes y regidores que se enviase a hablar a Cepeda y a decirle cómo estaban poblados en aquella tierra y tenían repartidos entre sí los naturales della; que debía abstenerse dentro por sus términos y jurisdicción de mano armada; y que si con buenas palabras no se comidiese Cepeda, que se le hiciesen requerimientos y protestaciones acerca de los daños y muertes que subcediesen.

Para este efecto fué nombrado el capitán Martín Yáñez Tafur, que al presente es vecino de Tocaima, el cual yendo con cierto escribano a donde Cepeda estaba alojado, después de haberle saludado de parte de su capitán y pueblo, le habló sobrel negocio que iba a tratar con él, y hallólo algo áspero y desusado de lo que pretendía y quisiera Pedroso, por lo cual Martín Yáñez Tafur usó de los requerimientos que llevaba e hizo demostración de los poderes y comisión que Pedroso tenía del gobernador Miguel Díaz. Pero como Cepeda y muchos de los que con él estaban no pensaban llevar los negocios por razón ni por papeles, reíanse mucho de lo que se les leía y requería de parte de Pedroso; porque aquella gente, hecha a los bullicios

y desasosiegos de Pirú, algunos de los cuales se habían hallado en la rebelión de Gonzalo Pizarro y en las diferencias de Almagros y Pizarros, parecían cosa rústica y de bárbaros querer y pretender defender con papeles que de todo punto son sordos y inútiles lo que consistía en fuerza de armas y favor de fortuna. Despidió Cepeda a Tafur con buena y cortés crianza, diciéndole que el siguiente día iría con otros dos compañeros al pueblo o cibdad de San Sebastián a verse con Pedroso, y allí se daría orden y medio en lo que se debía hacer en conformidad de todos, porque aun a esta hora Cepeda no sabía ni tenía noticia de la gente que consigo tenía el capitán Pedroso ni de lo que pasaba, aunque en alguna manera lo presumía, pues con aquella honrosa color le habían convidado con la paz.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo el capitán Cepeda fué avisado de la poca gente que Pedroso tenía, y cómo vino con su compañía sobrel alojamiento de Pedroso y lo prendió y quiso cortar la cabeza

El capitán Pedroso sosegó alguna cosa con la respuesta que Martín Yáñez Tafur le trujo, aunque poco concepto quen la lealtad de algunos soldados tenía le hacía estar penado y dubdoso de que se hiciese ninguna cosa de las quél pretendía y quisiera hacer. Y en efeto ello fué así; que luego que Tafur entró en el alojamiento de Pedroso y se supo la respuesta quel capitán Cepeda les había dado, algunos de los soldados que por su intrínseca emulación y enemistad deseaban ver a Pedroso derribado de su capitanía, secretamente por mano de anacomas e indios ladinos dieron con cartas aviso a Cepeda de la gente que Pedroso llevaba y de la discordia quentre algunos de sus soldados había, y del modo y tiempo en quel pueblo se había poblado, y la causa de todo ello, incitándole a que si de mano armada viniese sobrel alojamiento de Pedroso podría con facilidad prenderlo y haberlo a las manos, así por la mucha gente que consigo Cepeda tenía como porquentre los soldados de Pedroso había hombres que si viniesen a las manos le seguirían y ayudarían; y así eran menos los

soldados que consigo Pedroso tenía de los qué pensaba.

Alegróse y restauró mucho ánimo Cepeda con esta nueva y aviso que le fué dado; y llamando aparte a su maese de campo, Diego Sánchez de Narváez, y a Alvaro Guerrero y a otras personas principales de las de su compañía, y dándoles noticia del aviso que había tenido, les pidió consejo y parescer de lo que se había de hacer; y como éstos todos eran gente de Pirú, que como esos traían los ánimos ensalzados y subidos en la cumbre de una loca arrogancia y soberbia, respondieron a su capitán quera muy mejor que los soldados y gente del Reino fuesen sujetos a los de la gobernación y mandados por ellos que no que los del Reino los sujetasen y mandasen; y así fueron fácilmente resolutos y determinados en que otro día siguiente toda la gente de Cepeda puesta en orden amanesciesen sobrel alojamiento de Pedroso, y si se pusiesen en defensa, por fuerza o de grado sujetarlos y hacer dellos a su voluntad. Y con este atrevido acuerdo comenzaron a aderezar sus cotas y arcabuces y otras armas ofensivas y defensivas, de que venían más bien proveídos que la gente de Pedroso. Y el día siguiente antes que amanesciese se movieron en orden para dondestaba alojado el capitán Pedroso, quesperaba, aunque dudosamente, que Cepeda le cumpliría la palabra de venir con dos compañeros a visitarle; mas de que, aclarando el día, vió por una cuchilla o loma abajo descender toda la compañía del capitán Cepeda puestos en ordenanza, marchando a compás y paso de atambor, con su bandera de campo tendida, presumió luego Pedroso la traición que de parte de los suyos se había hecho. Y viendo que no era poderoso para resistir a los contrarios ni había comodidad para honrosamente poderse retirar, mandó echar bando en su alojamiento que ningún soldado hiciese ningún acometimiento ni mudamiento de las puertas

de sus toldos aunquen alguna manera les agravia-
sen los de Cepeda, porque Pedroso pretendía con
cordura pasar aquel agravio que se le hacía por
Cepeda, y adelante, andando el tiempo, tomar y
haber venganza dél, si la fortuna le ofresciese oca-
sión para ello, poniendo él de su parte toda la di-
ligencia y solicitud posible; y juntamente con esto
mandó a los alcaldes del pueblo que con un escriba-
no fuesen o saliesen al camino y encuentro a reque-
rir a Cepeda que se detuviese y no entrase en el
pueblo que por distrito del Nuevo Reino tenían
ellos poblado.

Salieron los alcaldes y el escribano a hacer sus
requerimientos, y luego que se acercaron al escua-
drón y gente de Cepeda, que venía marchando la
loma abajo, fueron tomados por los soldados, per-
mitiéndolo así su capitán, y metidos en la orde-
nanza y compañía de los soldados sin detenerse ni
repararse en ello un punto, y pasados delante co-
menzaron a entrar por medio del alojamiento de
la gente de Pedroso, sin que ninguno de sus sol-
dados excediese de lo qué los tenía mandado; lo
cual visto por el capitán Cepeda, mandó luego a
su alguacil, que se decía Alonso de Bocanegra, que
hiciese echar bando entre sus soldados que ningu-
no llegase a toldo ni a otra cosa de los soldados de
Pedroso so pena de la vida, lo cual se hizo y cum-
plió así. Y pasando Cepeda marchando con su
gente por entre los toldos y alojamientos del capi-
tán Pedroso, casi dando a entender que lo tenía
en poco con su ventaja de soldados bulliciosos, se
fué a alojar al canto del pueblo que allí tenían po-
blado, que, aunque se estaban en su alojamiento
y ranchería, no por eso dejaban de usar de las
cerimonias populares, como si estuvieran poblados
de mucho tiempo y fundada su cibdad.

Reparado el lugar dicho, Cepeda, con toda su
gente puesta en concierto y orden con las armas
en las manos, envió a su alguacil a que, prendiendo

al capitán Pedroso, lo llevase adondél estaba. El alguacil fué liberalmente, y, permitiéndoselo así el propio Pedroso para por esta vía asegurar su vida y redimir las vejaciones y otras molestias que se le podían hacer, se dejó prender y llevar delante de Cepeda, que comedida y venerosamente lo puso en prisión, dándole en custodia y guardia a aquellos sus familiares de quien él tenía más confianza. Y hecho esto, mandó llamar y juntar a todos los soldados de Pedroso, y comenzóles a hablar poniéndoles por delante la tierra que iba a descubrir, quera la noticia de Entre los dos ríos, dondesperaba en pocos días entrar y verse en posesión de una felicísima y rica tierra, donde no solamente los igualaría con sus soldados y compañeros que siempre le habían seguido, pero los aventajaría en todo si con liberalidad le siguiesen y acompañasen, y si no, que libremente podían seguir su voluntad y opinión e ir con Pedroso donde quisiesen; porque al presente, si él lo tenía detenido y aprisionado, habíalo hecho por excusar discordias y novedades entre los soldados; pero que cuando ellos quisiesen irse la vuelta del Reino, qué los soltaría.

Y aunque Cepeda les habló desta manera, su secreto designio era muy diferente de lo que les decía; porque lo que con estas dobladas palabras pretendía solamente era descubrir de raíz las voluntades de algunos perplejos soldados de quien él tenía sospecha quen habiendo ocasión le habían de ser contrarios. Y así luego comenzó a haber bullicio entre los unos y los otros soldados, que los questaban mal con Pedroso luego se obligaron y pasaron al alojamiento de Cepeda, y los que ansimesmo aborrecían el dominio y mando de Cepeda se pasaron al alojamiento de Pedroso, de donde nació de repente un escándalo y alboroto no pensado, procurando cada cual que prevaleciese el capitán cuya opinión seguían, publicando con pala-

bras y ademanes lo que procuraban y deseaban; y para mitigarlo y aplacarlo todo con más facilidad y a menos costa, quiso Cepeda secretamente dar garrote o cortar la cabeza a Pedroso, paresciéndole que con su muerte cesarían los bollicios que con su presencia causaba entre los soldados; pero como desto que Cepeda quería tan fácilmente hacer tuviesen noticia Juan López de Gamboa y el capitán Gonzalo Díaz y el maese de campo Narváez y otros amigos suyos, fuéronle a la mano a Cepeda diciendo que con aquel tan malvado como cruel hecho que pretendía y quería hacer daría ocasión a que sus émulos y enemigos quen Popayán y por toda la gobernación habían quedado derramados se confirmasen y afirmasen en su primera opinión y mala fama que contra él habían derramado, diciendo que venía alzado; y que para no cobrar un tan infame nombre, ni ponerse en aventura de que le cortasen a él y a sus amigos las cabezas, no sólo no debía hacer lo que quería y pretendía, pero, soltando a Pedroso de la prisión en que lo tenía, se había de confederar y juntar con él, pues era persona quen valor y suerte se le podía igualar, y juntamente con él gobernar la gente y proseguir su descubrimiento y jornada.

Cepeda, aunque algo contra su opinión y voluntad, hobo de hacer lo que los soldados y amigos suyos le aconsejaban, por parecerle honroso medio para conservarse en su trono y mando; y así, soltando a Pedroso de la prisión en que lo tenía, se confederó con él por mano de sus propios amigos y de otras personas principales quen ambas compañías había y concertado de seguir juntos la jornada y andar siempre muy iguales y conformes, aunque Cepeda con su pujanza de amigos y soldados siempre quería que Pedroso le respetase y acatase, lo cual le era muy duro y grave y fué causa de que no permaneciese entrellos esta confederación.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo el capitán Cepeda salió a descubrir con ochenta hombres, y de la gran hambre que el camino se padesció, y las muertes que los indios dieron a Juan, portugués, y a Limpias, español

Aunque la exterior confederación de los dos capitanes dió contento a muchos de los soldados, por parecerles que cesaban ya las discordias y diferencias pasadas y que con la conformidad presente conseguirían y alcanzarían la entrada de la tierra que iban a buscar para su general y común descanso; pero los demás soldados, que tenían experiencia de la soberbia que los hombres de Pirú suele reinar, y vían que el capitán Pedroso daba y había dado muestras de valeroso y de hombre que sabía conocer la ocasión y aprovecharse della cuando la fortuna se la ofresciese, juzgaban y vían claramente que aquella ostentación y muestra de amistad que daban entre sí los capitanes, no sólo no había de ser permanecedera, pero había de parir una calamitosa discordia e inquietud entrellos y los soldados, que los había de poner en extremo de perderse y matarse.

El capitán Cepeda, no dejando de vivir recatadamente, tenía muy particular cuidado que las cosas de la jornada fuesen adelante y no cesasen; y así caminó con toda la gente junta y se fué a alo-

jar a un sitio y poblazón de indios que fué llamado el castillo de Montalbán, bien proveída de comida, donde los capitanes se alojaron de consentimiento de sus naturales, que les salieron de paz y los recibieron amigablemente.

Hízose en este alojamiento reseña de la gente española que había; halláronse cincuenta hombres de a caballo y ciento y tantos de a pie, toda gente muy lucida y que allí dondestaban daban muestras de que bastaban a resistir y domar innumerables gentes; pero dende a pocos días los redomó y humilló una poca de hambre que padescieron; de tal suerte, que si hobiera indios donde les tomó la voz de la falta de la comida que les acometieran, sin falta ninguna se los llevaran a manos; porque como Cepeda quisiese desde el alojamiento del castillo de Montalbán ir a descubrir hacia la parte y vía por donde le convenía seguir su descubrimiento, mandó apercebir ochenta hombres de los más sospechosos, y dejando a los demás en el alojamiento con el capitán Pedroso, caminó por espacio de nueve días por tierra despoblada y muy falta de comida, y tal que si no eran ciertas legumbres llamadas acederas no había otra cosa que comer. Llegaron al buhío que fué dicho o llamado del Diablo por haber muerto en él los indios defendiéndose cuatro españoles, donde hobo bien poco que comer, que no bastó a restaurarles el daño y hambre que padescían, y así se detuvieron poco en él; mas, prosiguiendo su descubrimiento, iban recibiendo mayor daño en sus personas por no hallar que comer.

Subcedió que yendo marchando vieron un pedazo de sabana o vega quemada y abrasada de pocos días. Tres soldados baquianos, presumiendo que los indios que habían pegado fuego a aquella tierra que parecía estar quemada no estarían muy apartados de por allí, se fueron para la quemazón que vían, y andando por ella dieron en un camino muy

seguido, que siguiéndolo ellos los metió por una montaña que por delante tenían, en la cual hallaron unos ranchos o casas o pequeñuelos buhíos, donde habían estado alojados, según las señales que hallaron, pocos días antes indios, quera señal de haber gente cerca. Volviéronse adonde Cepeda iba marchando y rompiendo la agreste paja sin camino con gran trabajo de sus soldados, y alcanzándole le dieron noticia de lo que habían hallado y visto. Cepeda revolvió con su gente la vía que los españoles habían descubierto y llegó aquella noche con gran trabajo y descaecimiento de los suyos al alojamiento del arcabuco, aunque con la esperanza que llevaban de hallar presto comida se habían alentado alguna cosa en el ánimo, pero no en las fuerzas. Hartáronse en la montaña, aunque tarde, de algunos palmitos mezclados de un silvestre amargor para comer, mas con el hambre que todos tenían a ninguno le supo mal, antes le pesó de lo poco que hobo.

Otro día de mañana el maese de campo Narváez, que iba en esta jornada, puso en concierto la gente, poniendo por delante a aquellos que tenían el aspecto más entero y mejor, así para arremeter como para ofender, como hombres que con más fuerza podían rebatir la furia e ímpetu de los enemigos que sobrellos viniesen, y con la mejor orden que les fué posible caminaron todo aquel día por la montaña adelante, sin topar cosa que les diese contento ni les mitigase la hambre, que, juntamente con el caminar, les daba muy gran fatiga, así corporal como espiritual. Solamente entre aquella montaña hallaron un palmar de palmitos no muy saludables, de los cuales cortaron y cogieron todos los que pudieron, así los españoles como los indios, y como llevaban los estómagos muy debilitados y comieron o se hartaron de un tan indegestible manjar, corrompió a muchos, de suerte que hubiera de ser mayor el daño del haber comido que

antes les era el no comer; pero con todo este trabajo siguieron el siguiente día la vía y camino quentre manos tenían, y fuéronse a alojar a las riberas de un río bien hondable, que no podían proseguir ni pasar adelante.

Algunos soldados había que, por ser antiguos en las Indias y estar ya hechos a padecer semejantes trabajos y necessidades, no hacía en ellos tanta impresión el trabajo y necesidad de hambre como en los demás. Algunos destos en las horas questuvieron alojados siguieron por el camino adelante, y apartándose distancia de una legua descubrieron ciertas labranzas y rozas de indios, y en ellas un buhío, con lo cual dieron la vuelta sobrel alojamiento donde el capitán Cepeda con la demás gente había quedado y diéronles noticia y relación de lo que habían visto y cuán cerca tenían la comida, con lo cual se entraron entre la gente, así española como indios de servicio que consigo llevaban, en un general contento y alegría, tal que, casi olvidados de la calamitosa hambre que tenían, se procuraron regocijar e inventar juegos de pasatiempo unos con otros para desterrar de todo punto dentre sí la tristeza. La noche pasaron con estos entretenimientos por que no les pareciese más larga de lo quen semejantes tiempos suele acontecer, y venido el día, cuasi sin quel capitán ni maese de campo los pudiese detener ni poner en concierto para poder resistir a los indios si al encuentro les saliesen, se fueron unos tras otros bien desconcertadamente hasta llegar a aquella parte donde el día antes habían visto el buhío y las labranzas; y entrando por ellas sin ninguna reportación ni atención, se daban desordenadamente a comer de todo lo que topaban por delante, y aunque así en el buhío como en las labranzas había mucho maíz, yuca, batata y otras raíces y legumbres, en poco tiempo lo consumieron y asolaron todo, y ciertamente si a esta hora acudieran indios a dar en los

soldados, por pocos que fueran, no dejaran de haber entera vitoria de los nuestros, o a lo menos hicieran gran daño en ellos.

Aun no estaban de todo punto alojados los españoles, cuando tres soldados, llamados Juan, portugués, y Limpias y Moreno, paresciéndoles poco lo que por allí se podía hallar para lo que habían menester, pasaron más adelante, siguiendo cierto camino que la fortuna les ofresció, por el cual fueron a dar a un buhío bien proveído de comida, aunque algo apartado del primero. No hallaron en él gente; mas entendiendo quel capitán y demás gente o soldados los seguirían y fueran aquella noche a dormir adonde ellos estaban, se estuvieron quedos con necia esperanza, muy confiados en sus fuerzas y brazos. Juntáronse los indios que por allí cerca había, y como vieron a estos tres soldados solos, dieron sobrellos con sus armas, y mataron a Juan, portugués, y a Limpias, que con bríos y ánimos de españoles salieron a ellos con sus espadas y rodelas, y peleando valerosamente mataron antes de ser muertos algunos de los enemigos. Moreno, como vió a los indios embarazados con sus dos compañeros, dióse a huir por lo más espeso de la montaña, para no ser visto, y ansí escapó con la vida, queriéndola más conservar, aunque con alguna infamia, por haberse retirado fuera de tiempo y dejado a sus compañeros entre los enemigos peleando, que perderla cobrando loa y fama de buen soldado y valiente guerreador; porqueste hombre quería más que se dijese por él un más infame que honroso apotema que algunos soldados pusilánimes tienen por flor en Indias, diciendo que querían más que se diga por ellos: "Aquí huyó Fulano", que no: "Aquí murió Fulano", cosa cierto indina del nombre y valor español.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo Cepeda envió por los dos españoles muertos y los mandó enterrar, y los indios, juntándose, vinieron sobre el alojamiento y les hirieron muchos soldados, de los cuales murieron algunos, quedando los nuestros vitoriosos. Se tornó a salir Cepeda y se volvió a juntar con Pedroso

Como la gente llegó al primer buhío tan fatigada de hambre, después que tomaron y repartieron entre sí la comida que el buhío había, se esparcieron sin orden alguna por los alrededores, que parecía y había algunas labranzas, a recoger comida. Cepeda estuvo quedo en el buhío con unos pocos soldados que le estuvieron acompañando, y desde que se hizo tarde y hora de recoger mandó soltar un versete que llevaba, con que dió e hizo señal a los soldados, no sólo que se juntasen, pero dónde se habían de juntar; porque, como se ha dicho, hasta esta hora no lo sabían. En aquella distancia de tiempo que hasta la noche quedaba se juntó toda la gente, así españoles como indios, sin faltar más de los tres españoles dichos, que los dos ya eran muertos y el uno iba ya caminando y huyendo hacia donde ellos estaban. Nunca la ausencia y falta de estos tres soldados puso sospecha en Cepeda ni en los demás españoles; porque como eran tenidos por hombres que de cualquier aprieto en que se

viesen sabrían salir, parecíales que su tardanza era más de industria que de necesidad.

Moreno, caminando la noche con harto trabajo, porque a espaldas vueltas le habían dado algunos indios que al principio le siguieron una mala herida, vino a aportar otro día de mañana adonde el capitán estaba alojado, y dió noticia del mal subceso suyo y de sus compañeros, que fué harto sentido por los soldados de la compañía. Cepeda hizo luego apercebir treinta hombres y que fuesen a ver lo subcedido de los otros dos soldados, porque aun Moreno no los había dejado muertos, sino peleando, por haber tomado la corrida temprano y con tiempo; pero claramente presumían queran muertos. Según las nuevas y señas que Moreno dió, fueron los treinta soldados, y llegados al buhío hallaron los dos españoles muertos en el campo donde habían peleado, desnudos en carnes, porque los bárbaros no sólo les habían despojado de todo lo que tenían vestido sobre sí, pero después de haberlos muerto con crueldad bárbara les habían quebrado las quijadas y cabezas y brazos y piernas; y ansimesmo hallaron los indios que los dos españoles habían muerto allí junto a sí, con sus caracoles en las narices de oro fino, que cada uno pesaba ocho pesos. Los soldados tomaron sus dos difuntos y los trujeron al alojamiento donde Cepeda había quedado, donde fueron enterrados con menos pompa de lo quellos poco antes habían pensado y aun tratado.

Los indios, como les subcedió bien con la muerte destes dos españoles, el siguiente día luego de mañana comenzaron a convocarse y juntarse con grandes alaridos e instrumentos de atamboras, cornetas y fotutos que tocaban, de suerte que los nuestros los oían muy bien; y presumiendo algunos de los más baquianos lo quera y podía ser, aconsejaron al capitán questuviese muy sobrel aviso y pusiese dobladas guardias y velas, por que

si los bárbaros, aquellos presumían por lo que oían, viniesen a darles guazabara, los hallasen apercebidos y con las armas en las manos. Cepeda, tomando y aceptando el consejo y parecer que se le daba, luego lo puso por la obra, poniendo por su propia mano todo recado en su alojamiento como en cosa que tanto le importaba.

Los bárbaros se juntaron bien en breve, y como a hora de las diez del día hurtaron el viento a las guardias y centinelas e hicieron su acometida por otra parte muy diferente de la que los nuestros pensaron; porque como estos bárbaros sabían muy bien la tierra y habían enviado antes sus escuchas o espías a ver y reconocer la parte del camino por dondellos pretendían hacer su arremetida, mudaron consejo, y dando la vuelta por la otra parte del real por donde no había camino, tomaron a los nuestros por las espaldas, y por esta causa muy descuidados, y arremetieron a ellos muy briosamente, sin que rescibiesen ni en ellos los soldados pudiesen hacer daño ninguno, antes ellos con su primera y súpita arremetida mataron a Valle, hermano del obispo de Popayán, e hirieron veinte y tres españoles de flechazos, entre los cuales fueron Valdelamar y el capitán Ayala, y Alonso Pérez y Talavera, que luego murieron casi rabiando de las heridas que les dieron, que debían destar untadas las flechas con algún ponzoñoso betún. Y habiendo recebido los nuestros cuasi todo este daño, revolvieron sobre los enemigos, los cuales ansimesmo esperaron con buen ánimo la arremetida de los nuestros, hasta recibir en sus personas las heridas de las espadas, de las cuales poco a poco se fueron retirando y haciendo atrás hasta meterse en la montaña o arcabucos; porque, entendiendo los indios que las espadas no eran más dañinas que sus macanas, armas todas de palo, que, si no es atormentar o aturdir o magullar, no hacen otro daño, ibanse entreteniendo y rescibiendo

más daño del aquellos propios pensaban recibir; mas no tanto cuanto los soldados, con la rabia que de ver presentes a sus compañeros muertos y heridos tenían, quisieran hacer.

Los indios luego que se entraron en el arcabuco no curaron de revolver sobre los españoles, porque vían que dejaban muertos y tendidos en el suelo de sus compañeros más de cincuenta, que, aunque les hacían poca falta, por ser ellos en mucho número, cada cual temía no corriese por él la misma fortuna.

No quisieron los soldados seguir el alcance de los enemigos, porque como en los que quedaban muertos vían relucir gruesos caracurries y chaguallas y orejeras de oro, cada cual se abatía y abajaba a despojar el cuerpo muerto de lo que tenía antes que seguir los vivos, con peligro y daño suyo. Tomáronse en estos despojos de los indios muertos más de quinientos pesos de oro finísimo, que les ponía muy gran contento y ánimo a los soldados, y con aquella buena señal de oro que vían presente ni se acordaban de los muertos ni se les daba cosa alguna de los heridos, porque la esperanza que su propia cobdicia les daba de que por allí habían de hallar mucho oro, les hacía poner en olvido el daño recibido.

Volvieron el siguiente día los indios a probar y tentar su fortuna; mas aunque venían en aumentado número de los quel día antes habían venido, no por eso se atrevieron a hacer la misma arremetida, antes, haciendo fieros desde afuera, convidaron a los nuestros a que saliesen a ellos; los cuales, con cobdicia del despojo, no fueron nada perezosos, mas saliendo a ellos con doblados ánimos y bríos quel día antes, los forzaron a que sin llegar a las manos se arredrasen bien a lo largo, de suerte que, aunque los nuestros lo desearon y procuraron, nunca los pudieron dar alcance; porque aunque los indios eran los mismos quel día

antes habían peleado, traían los ánimos muy quebrantados y temerosos con el daño que rescibieron en la guazabara; y ansí nunca más volvieron a hacer acometimiento a los españoles, aunquestuvieron allí después tres o cuatro días, al remate de los cuales Cepeda se tornó a salir, proveyéndose de la comida necessaria para el camino, tomando la madrugada por que la fuerza del calor del sol no fatigase a los soldados heridos e flechados en una áspera subida que tenían que subir al principio de su jornada. Fué su vuelta pacífica, porque en el camino no les salieron ningunos indios a hacerles daño ni estorbarles el pasaje.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo algunos soldados de los de Pedroso, con consejo de su capitán, se salieran de noche la vuelta del Reino, y cómo Cepeda envió tras ellos a Narváez, su maese de campo, con cuarenta hombres y los alcanzó, y matando algunos en cierta refriega que tuvieron, volvió a los demás a poder del capitán Cepeda

Juntos los dos capitanes esta segunda vez con toda la gente, Pedroso, como en condición era naturalmente español, que su feroz brío y cobdicia que siempre tienen de subir a lo alto y no consentir superioridad, sentía grandemente, y no lo podía digerir ni disimular en su estómago, que Cepeda con aquel paliado y honroso título de libertad o de serle igual en mando y jurisdicción, con la fuerza de su potencia lo tuviese cuasi sujeto y quen el campo no se hiciese cosa ninguna de lo qué quisiese ni mandase, aunque era venerable y honrosamente tratada su persona.

Andaban ansimesmo los soldados de Pedroso muy mustios y desabridos porque oían a sus oídos decir que Cepeda, ya que la fortuna le pusiese en alguna próspera y rica tierra, pretendía y aun tenía determinado de cumplir con ellos de palabra y satisfacerlos con buenos comedimientos, y a los suyos repartir y dar lo quen la tierra hobiese y se hallase; y con esto deseaban grandemente hallar

comodidad con que poder a su salvo salirse de la subjeción que Cepeda tenía sobrellos. Los que tenían este deseo hablaron a Pedroso dándole parte y descubriéndose a él, pidiéndole parecer de lo que debían hacer; pero hallábase Pedroso tan atalayado y mirado de sus contrarios, quen ninguna manera se determinó a juntar los suyos y salirse con ellos, porque le parecía que, si con la pujanza que Cepeda tenía le seguía obstinadamente, que no podía dejar de correr peligro su salud y la de otros muchos amigos suyos; y ansí tuvo por mejor de aconsejar a los soldados que parecer le pedían que de noche se saliesen del alojamiento y siguiesen su camino la vía del Reino, y procurasen caminar apresuradamente y dar noticia de lo que pasaba al licenciado Miguel Díaz, para que, si pudiese, pusiese remedio en lo de su prisión y en los demás agravios que le habían sido hechos, sobre lo cual escribió cartas muy llenas de quejas para el gobernador y otros amigos suyos quen el Reino tenía.

Juntáronse de la parcialidad de Pedroso veinte y dos hombres, y con todo su servicio y baratijas se salieron de noche del alojamiento, sin ser sentidos de ningunos de los contrarios, ni aun fueron hallados menos, hasta el siguiente día que iba el sol bien alto, que tuvo Cepeda noticia dello, y se quiso enojar y aun mover coléricamente contra Pedroso; pero los sacerdotes y otras buenas personas quen el alojamiento había mitigaron y moderaron cuerdamente esta furia de Cepeda y le hicieron que, a lo menos contra el capitán Pedroso, no hiciese ninguna demostración della, pues de tornar a romper los dos se habían de seguir mayores daños; porquestos medianeros de paz claramente vían que algunos soldados sediciosos querían mal con Cepeda, queran de su propria compañía, y otros deseaban públicas enemistades y disensiones y que viniesen en rompimiento, para poder ellos tomar, cuando algún tumulto se moviese,

venganza de sangre; y otros, que aborrescían a Pedroso, deseaban quentre los dos capitanes hobiese públicas enemistades y disensiones y viniesen en rompimiento, para poder ellos tomar venganza de sus intrínsecas pasiones y enemistades; demás desto, conocían que Pedroso era de ánimo feroz y que no sufría a ningunas alteradas palabras que Cepeda le dijese, sino que respondiendo o replicándole se había de encender entrellos un fuego dificultoso de apagar, si no fuese con el derramamiento de la sangre de muchos de los questaban presentes, porque tenían por muy cierto que si en esta sazón quisiese o pretendiese Cepeda prender a Pedroso, se le había de defender y lo habían de acudir muchos que secretamente eran de su opinión, donde la vitoria estaba dudosa.

Con las persuasiones destas buenas personas, Cepeda no curó de hablar sobrel caso a Pedroso; mas con toda presteza despachó a Narváez, su maese de campo, con cuarenta hombres bien aderezados que fuese en seguimiento de los veinte y dos soldados que se iban la vuelta del río Grande para pasarse al Reino. Narváez caminó apriesa, porque llevaba los soldados desocupados con solas las armas, y fué siguiendo el rastro de la gente de Pedroso, que pretendiendo encubrirse iban caminando por fuera de camino; y como llevaban mucho volumen de piezas y cargas, y con esto iban muy embarazados, no sólo dejaban clara señal de la vía que llevaban, pero caminaban muy despacio y descuidadamente para hombres que se iban retirando y huyendo de sus enemigos; y donde habían de llevar la mayor fuerza, quera en la retaguardia, pues aquel era más peligroso lugar yendo tras ellos sus contrarios, aquella parte llevaban con menos guarnición y defensa, porque solamente iban en ella dos soldados, y el último, quera Andrés Báez, llevaba una lanza asida por el hierro y arrastrando por el suelo tras sí, a causa de ser espesa montaña

por donde iban caminando, y como los más delanteros soldados que iban con Narváez llegasen sin ser sentidos hasta hollar con los pies la lanza que Andrés Báez llevaba, quitáronse la fácilmente, y con ella misma le dieron ciertas lanzadas, de que murió. El otro soldado, quera Alonso Márquez, se retiró dando voces a los compañeros que iban algo delanteros, y significándoles por ellas el aprieto en que se vía y el riesgo en que todos estaban, les hizo volver atrás a verse con la gente y soldados que tras ellos había Cepeda enviado.

Juntáronse los unos y los otros muy cerca para ver de ofenderse, pero antes de venir en rompimiento quisieron ver si se podía evitar el daño presente; y así los de Cepeda, tomando la mano en hablar, como más poderosos, comenzaron a persuadir a sus contrarios que, dejándose de la errada vía que llevaban, se volviesen amigablemente adonde Cepeda estaba, pues el designio de su capitán era aprovecharlos a todos y que fuesen a gozar de las riquezas que la fortuna les ofrescía y cuasi les tenía puestas en las manos, con que evitarían el daño que, aunque futuro, podían hacer cuenta que tenían presente si, no queriendo gozar de la clemencia de su capitán, que significaban ser grande, se ofrescían con loca aunque honrosa obstinación al cuchillo y muerte que se les daría brevemente por la comisión que Cepeda les había dado; porque como al tiempo quenvió Cepeda a prender los soldados de Pedroso que iban huyendo de su doméstica tiranía estuviese tan iracundo y lleno de cólera, con precipitado ánimo dió mandamiento a todos los quenviaba para que si los contrarios se defendiesen los matasen.

Los de Pedroso y Andrés Báez, como más osado, respondió quen procurar ellos su libertad ninguna ofensa ni injuria habían hecho a Cepeda, pues ni le debían feudo ni por otra vía estaban obligados a seguir su opinión, de la cual había dado mues-

tras ser más rebelde y tiránica que leal, pues con violencia de hombre liberal y libre les había despojado de su capitán y les había forzado a que contra su voluntad le siguiesen, y que pues de la severidad y grave dominio de un hombre tan intolerable para ellos habían salido, que no les parecía cosa acertada dejar de seguir su viaje e ir a tierra del rey, donde los hombres gozaban de la libertad en que Dios inmortal los crió, por volverse al yugo de la esclavonía. Narváez, maese de campo, replicando y concluyendo para reducirlo a las manos si fuese menester, concluyó diciendo que no quisiesen ser homicidas de sí mismos por seguir su opinión, que de conformidad todos juntos se volviesen, pues a ninguno se le había de hacer agravio ni demasía por este hecho, y si no querían, sino obstinadamente poner el negocio en las armas, que no fuese a su cargo el daño que subcediese.

Aun no había Narváez concluído con estas palabras, cuando el capitán Hernán Pérez, quera del bando contrario, tiró una estocada a Narváez, con ánimo y brío de con su muerte haber vitoria; pero como Narváez llevase debajo la ropa una muy buena cota, reparando la espada en ella se dobló y torció de suerte que no se pudo aprovechar en el segundo golpe della. Traía Narváez consigo algunos ballesteros, los cuales a este punto tenían las ballestas armadas y puestas en ellas sus saetas o jaras, y como vieron el acontecimiento que Hernán Pérez había hecho, asestándolas contra los enemigos, apretaron las llaves y dispararon las jaras, con que desta primera rociada mataron a Andrés Vázquez y a Juan de Peñuelas, y a Castillo y a Valdelamar, y otros muchos que hirieron malamente, con lo cual de todo punto desesperaron los de Pedroso de haber vitoria ni de poderse librar de las manos de sus enemigos; y así, dándoles Narváez su fee y palabra que por el capitán Cepe-

da y por otra persona ninguna no se les haría ningún agravio, se dieron por sus prisioneros y fueron despojados de todo el servicio y armas que llevaban; y luego dando la vuelta para el alojamiento donde Cepeda estaba, envió delante Narváez mensajeros que diesen aviso de lo subcedido.

CAPITULO XI

En el cual se escribe cómo Pedroso quiso matar a Cepeda por la muerte y prisión de sus soldados, y Cepeda quiso ahorcar algunos de los soldados presos; y cómo fué aplacada esta sedición por mano e industria de los sacerdotes y otras personas, y Narváez volvió las armas a los que estaban presos para que se soltasen e huyesen

Habíase Pedroso hecho afable y muy bien querido con los soldados y gente de Cepeda, y los más dellos, ya que lo público no se mostraban parciales y de su bando, por no macular su honra y ser notados o motejados de banderizos y traidores a su capitán, secretamente le habían prometido de no serle contrarios ni ofenderle en cosa ninguna que se ofresciese; y así vivía Pedroso con mayor esperanza de conseguir y efectuar lo que pretendía para su libertad, que breve tiempo pretendía recobrar. Pues así fué: que llegada que fué al alojamiento la nueva de las muertes y prisión de sus soldados, y estando encendido en una iracundia y cólera que casi le tenía furioso y privado de sentido, le dijeron que Cepeda estaba muy alegre y contento de lo que Narváez, su maese de campo, había hecho, y que pretendía pasar adelante con un género de cruel castigo, dando la muerte a muchos de los soldados que traían presos; y no pudiendo sufrir con paciencia que Cepeda, no conten-

tándose con la sangre que por su mandado y mano había derramado de sus compañeros y soldados, pretendiese y quisiese, con las soberbias palabras que había dicho, darle aquel disgusto a Pedroso, y aun por ventura ponerlo por obra, sin detenerse ni aguardar a más consejo tomó consigo a Diego de Posadas y a Gonzalo Díaz Gallego, y sin darles parte de lo que pretendía hacer se fué derecho a la posada y tienda del capitán Cepeda, y sin que las velas y guardas que a la puerta estaban fuesen parte para impedirle la entrada, se entró echando mano a la espada donde Cepeda estaba algo alborotado y con sobresalto del tumulto que a su puerta oyó; y como viese entrar a Pedroso en la forma dicha y se hallase algo desarmado rióse dél y retrújose al reparo de la cama en donde dormía, que junto a sí tenía.

Estaba a esta sazón con Cepeda, Jiménez, canónigo de Popayán, el cual viendo la aceleración y ferocidad con que Pedroso había entrado echando mano al espada, tomó un alabarda que junto a sí tenía, y poniéndola contra Pedroso le dijo que se detuviese si no quería recibir de sus sagradas manos la pena de su acelerada cólera y locura. Pedroso se reportó y detuvo sin poder poner por obra lo que pretendía y quería hacer, quera matar a Cepeda y con esto redimir su vejación y la de sus soldados, porque luego acudieron a la grito y voceó que dentro en el rancho había muchos soldados armados de los de Cepeda; y como vieron que la pasión y pendencia era entre los dos capitanes, no curaron de mostrarse de bando ninguno, sino, con ostentación de meter paz y apagar la sedición que había, tomaron entre sí a Pedroso y sacáronle amigablemente de la presencia y casa de Cepeda, para que con estar apartado el uno del otro reportasen y mitigasen su cólera y no se tornase a encender de suerte que se viniesen a matar ellos y sus amigos; porque Cepeda, como vió que acu-

dían a las voces más soldados de los de su compañía y que a Pedroso se le había pasado y perdido su primera ocasión de matarle, cobró brío y encendióse y començóse a derramar con palabras ásperas y coléricas, a las cuales Pedroso respondía con el mesmo accidente.

Mitigada esta sedición quentre los dos capitanes había, como Cepeda estaba más pujante de gente y armas, en que consiste en semejantes tiempos el derecho y justicia de cada uno, mandó luego aprisionar a Pedroso en su propia posada, mandándole que sopena de la vida no saliese della y guardase la carcelería que por él le era puesta. Pedroso, que aún se estaba con parte de su encendimiento y furia, replicó ásperamente quéel no conocía ni tenía por juez competente a Cepeda para poderle mandar, ni que fuese obligado a cumplir sus preceptos; mas antes pretendía, por mano y poderío de juez que lo pudiese hacer por comisión real, haber dél entera venganza, ansí de los soldados que le había hecho matar como de la tiranía con que le había despojado de su gente y despoblado de su pueblo.

Estando las cosas en este estado llegó el maese de campo Narváez con los prisioneros, y yéndose con ellos derecho a la posada del capitán Cepeda, fueron por su mandato puestos en prisión en una pequeña casa que junto a su aposento tenía; y juntamente con esto mandó hacer tres horcas, en que pretendía colgar a algunos de los soldados presos; y con este intento se fué al lugar donde los tenía aprisionados con su teniente y escribano, y sacando de la prisión a Belmonte, soldado de los de Pedroso, le interrogó precisas las circunstancias quen semejantes actos suelen haber: si conocía al capitán Cepeda por su capitán general, que justa y derechamente tenía dominio y mando de superioridad sobre él y los demás soldados. Belmonte, ayudado de los clamores y voces de los demás pre-

sos, respondió, juntamente con ellos, que no sólo no le tenían ni conocían por capitán ni juez suyo, pero que antes les parecía que se gobernaba y sustentaba tiránicamente, pues, demás de las fuerzas y agravios que les había tan severamente hecho, sabían claramente que se había retirado y salido de la gobernación de Popayán por no dar residencia al licenciado Briceño, que por mandato y comisión real se la quería y pretendía tomar; y que con más justo y derecho título debía ser obedecido y reconocido el capitán Pedroso por general que otro ninguno, pues traía bastante licencia y comisión de Miguel Díaz, gobernador del Nuevo Reino por el rey, para serlo, y así le entendían hacer y tener dende en adelante.

Sintió mucho el capitán Cepeda esta arrogante y libre respuesta que los presos le dieron, y así se salió dentrellos con doblada cólera de la que antes tenía; e yéndose a su casa envió a llamar dos clérigos y les dijo que fuesen a confesar a Diego de Posadas y a Barrios, porque quería ahorcarlos e hacer justicia dellos por lo que habían dicho y hecho; pero los soldados, como tenían esperanza que sobreeste caso había de haber nuevos tumultos y revueltas, por lo que del capitán Pedroso y de otros muchos soldados habían entendido, respondieron a los clérigos que se fuesen con Dios, porquellos ni querían confesarse ni entonces tenían para qué, pues no había necesidad que a ellos les obligase; porque si Cepeda pensaba darles la muerte, otros muchos había en el alojamiento que se lo estorbarían; y con esto desecharon de sí a los clérigos, que se fueron a decir missa.

Narváez, maese de campo, que todas estas cosas vía, paresciéndole queran hechas en oprobio y menosprecio suyo, por haber dado entera fee y palabra a los soldados de Pedroso, al tiempo que se le rindieron y les prendió, que no se les haría agravio ninguno y que sus ruegos y suplicaciones no habían

aprovechado cosa alguna para que Cepeda se apartase de su ira y apostemada pasión, determinó por su propia mano dar libertad a los presos, y tomando todas las armas que les había quitado cuando les prendió, las llevó al lugar dondestaban presos y se las dió y entregó a cada uno, diciéndoles que cuando les pareciese y la ocasión se lo ofresiese rompiesen las prisiones en questaban y usasen de su libertad.

En tanto que Narváez hizo esto, toda la demás gente y los capitanes se habían recogido a la iglesia a oír missa; y estándola oyendo, los clérigos que la decían y oficiaban, con celo christiano y devoto, deseando apartar las discordias y muertes despañoles que cuasi presentes vían, tomaron en las manos un crucifijo, memoria y señal de Christo crucificado, Dios y Hombre verdadero, cubierto con un velo negro; y llegándose adonde Cepeda estaba le descubrieron el crucificado Dios y Hombre, a quien Cepeda se humilló con ostentación devota y lacrimosa. Los sacerdotes y otros principales que allí se llegaron le rogaron con gran vehemencia que, apartándose de su obstinación en questaba de ahorcar algunos soldados, por reverencia del crucificado, que por él y por todos había sido en la cruz enclavado, que presente tenían, no derramase más sangre humana de la que había derramado y, otorgando la vida a los presos, los soltase de la prisión en que los tenía. Cepeda, aunque parecía en alguna manera hombre austero y contumaz, movióse con christianas entrañas de ver la encarecida forma en que se lo rogaban poniéndole delante la figura de su propio Creador y Redentor y Dios verdadero, y otorgó y concedió lo que se le pedía, y prometió de hacerlo y ponerlo por obra soltando a los presos. Y con este buen medio questos christianos clérigos tuvieron cesaron las muertes de muchos que parecían que por una vía o por otra estaban muy propincuas.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo Cepeda, para asegurarse, envió a Pedroso a Cartago y él se quedó con toda la gente, y cómo después los soldados de Pedroso, tomando por su caudillo a Narváez, maese de campo, quisieron matar a Cepeda y apalearon a su alcalde mayor, Prado, y se salieron la vuelta del Reino, y el gran temor que los pueblos de la gobernación tuvieron de que Narváez anduviese rebelado

Paresciéndole al capitán Hernando Cepeda que ninguna seguridad podía tener en tanto quel capitán Pedroso estuviese en su compañía, determinóse echarlo de sí y enviarlo a Cartago, porque claramente vía mucha diversidad de opiniones entre los soldados, aprobando unos lo que hacía y otros reprobándolo, y paresciéndoles las cosas más de tirano rebelde que de verdadero capitán; temíase, y con muy justa causa, que si otra vez se tornaban a encender y renovar las sediciones pasadas, no se aplacarían sin derramarse mucha sangre despañoles, por haber visto claras muestras de haber entre sus soldados hombres que de todo punto daban muestras de aborrecerle y desear que hobiese novedades para claramente dar muestras de lo quen el corazón tenían; y por estas causas, al tiempo que se le pidió que no ahorcase a los que quería ahorcar, sacó por condición que

Pedroso se saliese a Cartago con la gente que le señalase para ir seguro por el camino, y aunque luego no se puso por la obra, dende a poco tiempo, por lo que he dicho, fué necessitado y forzado a pedir que Pedroso cumpliese el concierto y lo que había por mano de los terceros prometido.

Cumplió Pedroso su promesa, aunque contra su voluntad, por parecerle cosa dura y de mal ejemplo que, asegurando él su vida con esta honrosa condición, dejase a sus soldados y compañeros puestos en poder de sus enemigos, en ventura y riesgo de ser maltratados y aun opresos y ajusticiados, por vía de vengarse de las cosas que poco antes habían entrellos pasado.

En la hora que Cepeda se vió solo y sin el estímulo quen Pedroso tenía, se ensoberbeció y comenzó a tratar arrogantemente a los soldados de Pedroso y a quererles supeditar, no sólo por su propia persona, mas también por medio de sus soldados, quen todo pretendían ser señores y aventajados de los demás. Y dende a pocos días se ofresció cierta ocasión por donde Cepeda y Narváez, su maese de campo, vinieron a quebrar y romper de todo punto, de suerte que nunca más entrellos hobo dende en adelante ninguna concordia ni confederación, y procuró Narváez por estos modos mostrarse afable y amigo a los soldados de Pedroso, en manera quentrellos era Narváez tenido por cabeza y caudillo. Y como Cepeda no cesase ni se abstudiese de tratar ásperamente a los soldados de Pedroso, habláronse todos, que serían cuarenta y siete hombres, y determinaron de, eligiendo por su caudillo a Narváez, maese de campo de Cepeda, salirse de su compañía a la vuelta del Reino; pero esto no lo quisieron hacer con la moderación que pudieran, por tomar alguna venganza de quien tan mal y soberbiamente les había tratado. Y ansí, juntándose todos estos soldados una noche de mano armada, vinieron a casa del

capitán Cepeda con designio de matarle o afrentarle, o hacerle la injuria y agravio que les pareciese. Pero como Cepeda antes que la turba de los soldados llegase ni entrase en su aposento sintiese el ruido y la sedición de los que le iban a matar, y por ello conosciere el mal que le estaba propincuo y sobrevenía, tomó el más presto aunque no honroso remedio que pudo, y metiéndose debajo de la barbacoa y cama donde dormía, se escondió de suerte que los soldados no le hallaron ni pudieron haber para ejecución de sus furiosas cóleras, pero saqueáronle la casa y tomáronle una botija de pólvora y tres arcabuces y otras armas y municiones que tenía; y como al ruido y tumulto de los soldados acudiese Juan de Prado, su teniente o alcalde mayor, fué recibido por la turba de los soldados, y quitándole la vara que traía, por que no pareciese que ofendían a aquella insignia real a quien los españoles veneran y acatan mucho, lo maltrataron y afrentaron con ánimos sediciosos, dándole desmesuradamente de palos, con que, demás de la afrenta que le hicieron en ofenderle con instrumento o azote de animales y bestias, le dejaron muy maltratada la persona, de suerte que dello estuvo muy malo; y despojando de todas las ballestas quen el alojamiento había a los soldados de Cepeda, tomaron para sí las que les pareció que habrían menester y a las demás les quitaron las nueces y las dejaron como cosa que sin este medio son de todo punto inútiles y sin provecho; y publicando que los que por conseguir y alcanzar su libertad les quisiesen seguir y acompañar, aquellos les ampararían y defenderían, se salieron en medio del día del alojamiento de Cepeda, y caminando la vía del Reino se fueron a alojar a los nacimientos del río de San Bartolomé, donde hicieron muy largas picas para su defensa y ofensa de los enemigos quen su alcance fuesen.

Luego que Cepeda vió ida la turba de los sol-

dados, de cuyas violentas manos le parecía que por merced y don particular de Dios se había escapado, despachó y envió sus cartas y mensajeros a Cartago y a los otros pueblos de la gobernación a decir y dar noticia que Narváez y sus compañeros iban amotinados o alzados contra el rey; questuviesen sobre aviso para hacerles la resistencia que fuese necesaria; y después de haberse derramado esta nueva por toda gobernación, llegó Narváez y sus compañeros a tierra de Arma, para por allí tomar más derecha y mejor vía para el Reino; pero como Juan de Vega, teniente de aquel pueblo, tuviese noticia dello, tomó consigo veinte hombres, que pudo sacar del pueblo, y con ellos bien aderezados para la guerra salió al encuentro de Narváez con pensamiento de ofenderlo y desbaratarlo si pudiese; y como Narváez se estuviese sesteando en la quebrada de Mitama y las piezas o instrumentos de servicio anduviesen derramados por allí cerca, dieron en ellos el teniente Vega y los demás que con él iban y prendieron algunos.

Salvador Pérez, que se halló cerca, dió aviso con presteza a sus compañeros, poniéndolos en alboroto de lo que pasaba. Levantáronse todos los questaban aún en el heno echados y reposando, y poniendo sus arcabuces y armas a punto, llegó a ellos Vega con los demás soldados que le acompañaban, y como vió que sus contrarios estaban con las armas en las manos para recibirle con rigor de guerra y de enemigo, se reparó sin osar arremeter, y fuéle saludable acuerdo, porque si otra cosa quisiera hacer, allí perecieran él y los que le acompañaban. Y viendo su mansedumbre, un soldado de los de Narváez se llegó a Vega disimuladamente y por vía de escarnio y de traición, confiado en la pujanza y fuerza de sus compañeros, le quitó el freno y cabezada del caballo en questaba caballero, y como él quisiese estorbarlo o defenderlo, otro soldado arcabucero de los de Narváez, po-

niendo la mecha en la serpentina del arcabuz, le apuntó y encaró con él diciendo que si se meneaba lo había de matar. El teniente Vega, viéndose así maltratar y que Narváez y aun su propios compañeros no le favorecían en cosa alguna, volviendo por su propia salud habló diciendo qué no había salido de su pueblo y venido a ellos con ánimo de ofenderlos ni agraviarlos, pues no había habido ninguna causa para ello; mas solamente venía a ver la gente quera, porque los indios naturales de aquella provincia le habían dado noticia de su llegada y venida por allí, y que pues él y ellos y los unos y los otros todos eran servidores de un rey y no andaban fuera de su servicio, que no había razón que justa fuese por donde se descomidiesen ni se quisiesen señalar contra él.

Narváez, que por cabeza de bando contrario estaba, le replicó quen sus obras no había dado muestras ni señal de lo que con sus palabras significaba, porque su llegada allí más había sido de gente que venían a saltar caminantes que de vecinos que los venían a visitar y favorecer; pues antes sabían y les constaba cómo iban al Nuevo Reino con ciertos despachos para el gobernador Miguel Díaz. Agravióse Vega desto que Narváez le respondió, y acelerándose el uno y el otro en palabras en que los dos solamente riñesen, vinieron a desafiarse y poner la justificación de sus palabras en que los dos solamente riñesen con sus espadas y dagas apartados de la demás gente. Pero como a Vega le pareciese que por muchos respetos no podía ganar nada con Narváez, que públicamente se había quitado la cota que traía vestida, rehusó la lid entre los dos y se retiró y volvió a su pueblo, y envió otro día muy buen refresco para Narváez y sus soldados, los cuales en gratificación desto y para quitar la sospecha que de su lealtad se tenía en todos los pueblos de la gobernación dejó Narváez en una ramada y repartimiento del capitán

Suero Díaz tres arcabuces y seis ballestas, y escribiendo a Juan de Vega le dijo que allí le dejaba aquellas armas para la pacificación de su pueblo y tierra, y que no eran obras aquellas de hombres contra quien se presumiese ni pusiese duda en su lealtad.

Estaba el capitán Pedroso a esta sazón en Cartago, donde de noche y de día se velaban y estaban con gran temor de que Narváez había de ir sobrellos, por lo que Cepeda les había escrito. Mas como Pedroso, por carta y certificación que de amigos suyos tenía, hiciese cierto a los de Cartago y demás pueblos comarcanos que no había que temer ni poner sospecha en la lealtad de Narváez ni de los demás soldados, porque iban al Reino a negocios que les convenían, perdieron de todo punto la sospecha y temor que tenían, y Narváez y los demás soldados, atravesando toda la sierra nevada de Cartago, sin querer entrar en aquel pueblo donde tanta sospecha se tenía de su lealtad, se vinieron la vía del Reino pasando por las poblaciones de Toligua y otros indios de Mariquita, y fueron a dar a las minas del Venadillo, dondestaban vecinos de Tocaima sacando oro, y de allí se pasaron adelante.

En el camino de atrás, en la población de Tolingua quisieron los indios dar en estos españoles y ofenderlos; pero como todos eran hombres baquianos y de guerra, entendiendo la traición que los indios les ordenaban, anticipáronse y dieron en ellos donde se habían juntado en una borrachera, y aunque desarmados cuasi los españoles, los desbarataron y ahuyentaron de la junta, y se estuvieron allí algunos días hasta que los indios, procurando su amistad, les salieron de paz y les sirvieron lealmente todo el tiempo que allí estuvieron; y cuando se quisieron salir y proseguir su camino hasta el Reino les acompañaron ciertas jornadas llevándoles las cargas y comida necessaria, y los tornaron

a enviar los españoles a su tierra sin hacerles daño alguno.

El capitán Cepeda, después que se apartó dél Narváez con la demás gente, tornó a haber alteraciones entre los soldados que le quedaban, por lo cual tuvo por más sano y acertado consejo dejar la jornada y volverse a la gobernación, y así lo hizo y efetuó.

CAPITULO XIII

En el cual se escribe cómo vuelto Pedroso al Nuevo Reino pidió comisión al Audiencia para ir a poblar en las provincias de Guali, Guasquia y Mariquita, donde pobló la cibdad de San Sebastián de Mariquita, y lo que subcedió en el interín quen ella estuvo Pedroso

Era gobernador de Popayán, según se ha dicho, al tiempo que todas estas cosas pasaban, el licenciado Francisco Briceño, el cual, informado de lo que entre Cepeda y Pedroso pasaba, y las sinjusticias y agravios que a Pedroso se le habían hecho, le dió licencia para qué libremente se fuese donde quisiese.

Volvióse Pedroso al Nuevo Reino, y halló que no había en él gobernador sino Audiencia en la cibdad de Sancta Fee, en la cual estaban por oidores los licenciados Galarza y Góngora, personas de grande equidad y moderación. Fué Pedroso bien recibido de los soldados que le habían seguido, y por ellos persuadido que volviesen a la provincia de Mariquita y Guali y las otras tierras comarcanas a poblar un pueblo, pues la primera vez que con él habían ido salieron a este efeto y por su desordenada cobdicia habían pasado adonde habían padescido las calamidades y trabajos dichos; certificábanle a Pedroso, y él lo conocía ansí, que pues en la provincia de Tocaima, en el río del Ve-

nadillo, había descubiertas minas de oro, que muy mejor se podrían descubrir abajo en las tierras de Mariquita, por tener la tierra muy mejor disposición y comodidad para ello, según el conocimiento y experiencia de algunos de los soldados que por aquella tierra habían andado. El capitán Pedroso, como halló tan entera voluntad en los soldados, queran los que habían de poblar y sustentar la tierra, no fué en cosa ninguna perezoso, antes con la diligencia y solicitud necessaria habló a los oidores que le diesen licencia y conduta para quél pudiese volver con gente a aquella tierra y provincias de Guali, por donde él había andado y visto y descubierto, y quen ellas pudiese poblar un pueblo.

Concediéronle los oidores la facultad que pedía, y él, usando della, juntó la gente que pudo, que serían hasta cuarenta hombres, y con ellos se fué derecho, como hombre que ya sabía el camino, a la tierra y provincia dicha, donde hizo y nombró sus caudillos y comenzó a enviar soldados por las poblaciones de los indios a pacificarlos y traerlos de paz, y que corriesen y viesen los naturales quen la provincia había, para que más cómodamente él pudiese repartirlos entre los soldados sin fraude ni engaño de ninguno.

De las primeras salidas que se hicieron fué a la poblazón llamada Urina, cuyos naturales se juntaron y tomando las armas en las manos vinieron sobre los españoles, y acometiéndoles muy briosamente los mataron a Juan López de Gamboa y a Villanueva y otros dos anaconas, con que los indios cobraron muy grande ánimo y los soldados españoles quedaron algo amedrentados y con temor de que no los hiciesen más daño; porque aunquen esta primera arremetida, con recibir el daño dicho, fueron rebatidos, los soldados temieron que, juntándose mayor cantidad y número de indios, tornasen a venir sobrellos y les hiciesen do-

blado daño, y así se volvieron con más brevedad de la que quisieran adonde Pedroso había quedado alojado con la demás gente. Fué en esta salida por caudillo de la gente el capitán Gonzalo Díaz, gallego de nación.

El capitán Pedroso, viendo el mal subceso de sus soldados y que sin dejar castigado el atrevimiento de los indios se habían vuelto, tomó consigo una parte de los españoles y volvió a la población de Urina, donde hizo algún castigo y estrago en los indios; de suerte quen pocos días después de haber andado aquella poblazón y otras a ella comarcanas y hollándolas con algún rigor, constriñó a los naturales a que saliesen de paz y les fuesen amigos y feudatarios; y hecho esto en aquella parte de Urina que parecía ser más necesaria, discurrió por toda la tierra y poblazones della, y después de haberla andado y haberle salido de paz todos los indios della, se volvió a su alojamiento, donde por el año de mill y quinientos y cincuenta y dos pobló la cibdad de San Sebastián de Mariquita en el sitio y lugar que hoy permanece. Nombró sus alcaldes y regidores y los otros oficiales necesarios para el gobierno de la república. Fueron primeros alcaldes en este pueblo Francisco de Arce y Juan de Barrios, entrambos de nación gallegos, y como aún en esta sazón Pedroso no había repartido los naturales entre los españoles, para que cada cual acudiese a su depositario o a servirle, hizo de común venir al lugar donde se había poblado gran cantidad de indios para que hiciesen las casas y buhíos de los españoles; lo cual acabado, los bárbaros miraron en quen el lugar no había muchos españoles y quen su comparación dellos eran muy pocos, y paresciéndoles que si ellos se juntasen y les acometiesen en dos partes que los podrían a todos matar o echar de sus tierras, consultáronlo entre sí y determinaron de hacerlo.

El orden que los bárbaros dieron para efetuar su maldad fué que, juntándose la mayor cantidad que dellos se pudiese juntar, se partiesen en dos partes, y la una se emboscase junto al pueblo para cuando fuese apellidada y llamada, y la otra viniese con disimulada cautela de paz al pueblo y dijesen a Pedroso que venían a acabar y a hacer alguna labranza en la parte que se les mandase, y que así irían con los que habían de cavar algunos españoles a situarles el lugar, y ternían lugar de dar en ellos a su salvo, y en el propio tiempo harían lo mesmo en el pueblo los de la emboscada, y los unos por un cabo y los otros por otro podrían conseguir lo que pretendían; y con este acuerdo los bárbaros se juntaron, y los unos se emboscaron y los otros entraron en el pueblo con la demanda y cautela dichas.

Pedroso, considerando que comedimiento tan liberalmente hecho en ninguna manera podía ser sincero ni llano sino con algún doblez, sacó cinco indios dentre los demás, que dijeron ser los principales o caciques de la demás gente, y la otra turbamulta envió con quince soldados algo apartados del pueblo a una vega, donde hiciesen la labranza que decían querer hacer. Idos éstos, apartó uno de los principales y preguntóle la causa de su venida y lo que los indios pretendían hacer. El bárbaro, sin ningún temor de recibir castigo, dijo claramente lo que tenían ordenado y trazado entre todos los indios, y cómo estaban emboscados muy gran cantidad dellos junto al pueblo. Apartó Pedroso a éste y tomó a otro de los principales e interrogóle sobrel hecho, y dió la misma relación; y como fuese certificado de la traición, envió con presteza a llamar los soldados questaban viendo hacer la labranza a los indios, los cuales venidos entrególes los cinco principales para que a su voluntad hiciesen dellos de suerte que quedasen castigados de su maldad y traidor atrevimien-

to, y quen aquellos fuesen ansimesmo castigados los demás delincuentes, por no derramar mucha sangre de aquellos indios, que pretendían y querían conservar para su servicio. Los soldados tomaron los cinco indios y a los tres ahorcaron y a los dos empalaron, con cuyas muertes quedaron tan hostigados y escarmentados los demás, que nunca tornaron dende en adelante por mucho tiempo a intentar ningunas novedades, especialmente los de Guali, Guasquia y Mariquita; mas dende en adelante vinieron al pueblo a servir en doméstica servidumbre. Lo cual visto por el capitán Pedroso, los repartió y dió en depósito a todos los que lo habían trabajado en aquella tierra; y dejando por su teniente al capitán Gonzalo Díaz, se vino a la cibdad de Sancta Fee a dar cuenta de lo que había hecho a los oidores.

Gonzalo Díaz se dió a buscar minas de oro, y dende a cierto tiempo se descubrieron las que hoy en día se labran en el río y quebrada de Guali y en los cerros que agora llaman el Real Viejo, donde se ha sacado y saca mucho oro y fino.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe cómo con el alzamiento general que hobo el año de cincuenta y seis se alzaron también los indios de Mariquita y los de la isleta del Río Grande, y como fueron todos pacificados

Los naturales e indios de la provincia y poblaciones de Mariquita, desde el tiempo que he referido hasta el año sucesivo de cincuenta y seis, sirvieron a sus encomenderos pacíficamente, sin haber ningún removimiento ni alzamiento entrellos, aunque, allende de los otros servicios ordinarios que les hacían, como era labrar la tierra, cavarla y sembrarla, sustentarlos y hacerles las casas, les daban sus hijos e hijas para que les sirviesen, no sólo en sus casas, mas en las minas sacando oro.

Fué, pues, por fin del año dicho un alzamiento general entre toda la gente de aquella nación Panches, que parece que por influencia de algún astro o estrella de pésima constelación vinieron a un mesmo tiempo a conspirar todos, comenzando desde la provincia de Tocaima y aun desde los confines de Bogotá, donde llega y pacifica esta gente Pancha. Fué la conspiración discurriendo por los naturales de Ibaguè y Cartago y toda la provincia de los Palenques, que donde agora están poblados los pueblos y ciudades de Vitoria y los Remedios, y últimamente llegó este planeta o sino a los naturales de la ciudad de Mariquita; los cuales siendo

persuadidos de algunos de sus vecinos a que quitasen la obediencia a sus encomenderos, como los indios de los otros pueblos y cibdades comarcanas lo habían hecho, so color de que, siendo la conspiración general entre todos los naturales, habría comodidad para arruinar los pueblos y echar los españoles dellos, los indios de Mariquita, como no eran menos amigos de novedades ni enemigos de su libertad, que tan de veras en esta general rebelión se les prometía, comenzáronse a alzar y abstenerse de servir a los españoles según antes lo solían hacer; y para poner pavor y amedrentar de veras a los españoles comenzaron a tomar las armas en las manos y a venir sobrel alojamiento y ranchería de las minas del oro, y dando algunas guazabaras a los españoles que allí estaban, procuraban impedir y estorbar que no se sacase oro.

Los indios de la isleta del río Grande, siguiendo en esto la común opinión, mataron a Luis Bivás, su encomendero, caballero natural de Medina del Campo, hijo del alcaide de la Mota, estando entrellos descuidado y pacífico como otras veces solía hacerlo; y con este malvado hecho comenzaron estos indios a hacer obras que correspondiesen con su malvada intención y hecho. Andaban por el río Grande en canoas salteando los navegantes y caminantes, impidiéndoles que no pasasen por allí para arriba ni para abajo, con lo cual impedían de todo punto la provisión de vituallas para las minas, que por temor de no ser asaltados y muertos destos bárbaros, que a manera de piratas venían con sus canoas, tomados los pasos del río por la una y otra parte de la isleta, no había español que se quisiese aventurar a pasar el río; y a esta causa casi habían cesado el labrarse las minas y el sacarse dellas oro, con lo cual más que con otro género de guerra había más peligro y riesgo de despoblarse el pueblo.

Y viendo los vecinos de Mariquita que, aunque

había muchos días que habían enviado por socorro o facultad a la Real Audiencia, con que pudiesen castigar la rebelión y delitos cometidos por los naturales, no les era dada respuesta ninguna, y quen la tardanza de atajarse y castigarse los delitos que los indios cometían había evidente peligro, acordaron ellos por su propria auctoridad remediarlo y castigarlo, aunque con peligro de sus haciendas, porque por muchos y muy justos respetos tenía la Audiencia prohibido que las cibdades ni cabildos no envasen a castigar ningunos indios, por graves delitos que hiciesen, atento a los excesos quen el castigarlos se cometían, porque tanta pena se daba al inocente como al culpado, y a las veces más, y tanta al delincuente como al salvo, y no había guardar tela ni término de juicio en cosa ninguna, sino discurrir por las poblaciones a hecho, donde pagaban chicos y grandes, varones y mujeres. Y atento a estas severidades había el Audiencia castigado algunos crueles hombres que las habían cometido, y lo mesmo hicieran en los vecinos de Mariquita si hicieran algún castigo desordenado. Por lo cual, como he dicho, estaban temerosos y no se querían entremeter en castigar sus rebeldes, ni menos querían que su pueblo se perdiese.

Consultaron entre sí los vecinos lo que debían hacer para allanar la isleta del río Grande, quera donde más daño les venía, y tuvieron por más sano y acertado consejo quel cabildo eligiese un caudillo e alguacil que fuese a prender los culpados en la muerte de Luis Bivás y asegurar el paso del río. Nombraron para este efeto de industria a un Alonso, mozo o criado de un vecino de aquel pueblo, para que, como hombre suelto y que no tenía hacienda que perder, hiciese lo que le pareciese en los indios, por que no hobiera persona ninguna que caudal tuviera que quisiera aceptar el cargo de alguacil para aquel efeto, temiendo el daño y pér-

dida que dello se le podría seguir. Hecho el nombramiento de Alonso por alguacil, se juntaron hasta catorce vecinos con otros españoles criados suyos, y con las más armas que pudieron de arcabuces, espadas y rodela se fueron la vuelta de la isleta, debajo del dominio y jurisdicción de Alonso el alguacil, en las canoas que hobieron menester, navegando el río Grande arriba; y llegados que fueron junto a la isla y queriendo saltar en ella para allanarla y hacer lo que les convenía, fueron rebatidos por la furia y canalla de los bárbaros quen aquella isleta estaban recogidos, quentre naturales y forasteros serranos que se les habían llegado y juntado había más de seiscientos indios de pelea, los más de los cuales todos eran flecheros, y con sus arcos y flechas habían forzado a los españoles a que se retirasen y no les entrasen en tierra, lo cual hicieron los bárbaros con muy gentil denuedo y brío. Los nuestros se retiraron a la tierra firme que más cercana tenían, y saltando en tierra hicieron allí sus reparos para que las flechas de los indios descubiertamente no les hiciesen daño ni mal alguno. Los reparos y baluartes eran palos hincados en el suelo y por lo alto dellos atravesadas varas de donde se colgaban todo género de mantas y frezadas flojamente tendidas para que dando en ellas las flechas perdiesen parte de la furia y se detuviesen, de suerte que ya que pasasen no les pudiesen hacer daño. Los indios ansimesmo en su isla cerca del agua hacían palizadas y palenques con algunos hoyos o calvas, donde los bárbaros se metían, y cubriendo allí sus cuerpos, tiraban más seguramente sus flechas contra los nuestros, porque temían grandemente los indios el daño de los arcabuces, y con estos reparos les parecía questaban algo amparados y con alguna defensa de las balas y hacían harto más daño con esta su manera de trincheras a los españoles que no los españoles a ellos.

Estuviéronse algunos días cada cual en su puesto sin que los nuestros pudiesen ni osasen arrojar-se al agua en las canoas para asaltar los enemigos, por la gran guardia quentre sí tenían de noche y de día en su isla; y como la navegación de las canoas es tan frágil y peligrosa y el río tan hondable, temían no les subciese alguna general desgracia que hiciese más irremediable el daño y alzamiento de los indios; y ansí estuvieron muchas veces por dejar lo comenzado y volverse a su pueblo; mas vían y consideraban que si no echaban los bárbaros de la isla y aseguraban aquel paso aquellos no podían vivir ni tener ningún sustento, pues todo les había de emanar de la labor de las minas, la cual en la manera dicha impedían los indios.

Estando en esta confusión y aun aflicción, vinieron a los españoles muchos indios de pueblos comarcanos quen lenguaje eran diferentes de los isleños y por muchos respetos sus enemigos, de quien deseaban haber y tomar particular venganza; porque como estos indios de la tierra firme que se vinieron a ofrescer a los nuestros pasaban muchas veces por el río navegando por junto a la isla, los indios isleños salían a ellos y los salteaban y mataban y comían, por ser de diferente nación y venedizos en aquella tierra y poblados en ella tiranamente; porque por cierta seca quen tiempo de sus mayores hobo en tierras muy apartadas deste río, donde la prosapia destes bárbaros era natural, habían venido muy gran cantidad de gente, reti-rándose, al río Grande, en cuyas riberas hicieron asiento, y como los pasados de los isleños eran naturales de las riberas del río, quisieron echar los venedizos de sus tierras, y como eran muchos no pudieron; y ansí se sustentaron con continuas guerras y enemistades quentre ellos había.

Hecha, pues, confederación y alianza entre los españoles y los indios, los unos con las flechas y

los otros con los arcabuces comenzaron a dar continua batería desde dondestaban a los enemigos; pero de ninguna cosa les prestaba y ningún efeto hacían con ello, por estar los indios de la isla tan fortificados y reparados como estaban. La última determinación que los nuestros tomaron y que más les prestó, fué atar en algunas flechas algunos botafuegos o mechones hechos de trapos viejos llenos de azufre y otros betunes que avivan el fuego, y encendidos los tiraban a las casas de los indios, de donde resultó pegarse fuego en algunos buhíos, y los indios, no pudiendo apagarlo, acudiendo a matarlo eran malamente heridos de las flechas y arcabuces de los nuestros. El viento que corría era recio, con lo cual se hizo en breve tiempo el incendio de los buhíos irreparable y empecible a los enemigos, y andaban todos turbados y alborotados procurando por todas las vías y modos a ellos posibles remediar el fuego.

Los nuestros, aprovechándose de la ocasión que las manos tenían, con increíble presteza saltaron en las canoas y pasaron a la isla sin recibir ningún daño ni que por los enemigos les fuese hecha ninguna resistencia. Acrecentóse con esto la turbación y aflicción de los de la isla de tal suerte, que tomaron por mejor y más saludable consejo arrojar al agua que rendirse a los españoles; y así unos nadando y otros asidos a palos, y otros a sus compañeros y hermanos, los hijos a los padres, las criaturas con sus madres, muchas indias con dos y tres niños, cargados todos, iban navegando o hechos boya el río abajo, y unos salían a tierra, otros se sumían e hundían en el agua por no saber nadar, otros eran arrebatados de la crueldad de los caimanes y de otros pescados y sumergidos en lo hondo del río, y así cada cual había vario subceso según le ayudaba y favorecía su fortuna; pues de otros muchos indios e indias e criaturas que defendiéndose con obstinación quedaron en los

buhíos no sé que decir sino que allí perecieron abrasados del incendio gentes de todo sexo; y así fué mucha la gente que con este asalto y saco pereció; de suerte que nunca más se volvió a poblar este lugar de sus propios naturales ni de otros ningunos.

Subcedió este cruel subceso o hecho la víspera de San Juan del año de cuarenta y siete, y el caudillo o alguacil Alonso, quedando muy ufano desta vitoria, dende a pocos días pagó su maldad en poder de unos indios que más abajo desta isla en la ribera del propio río habitaban, que dándole cruel muerte, administraron la ejecución de la justicia. Para el castigo de Ibague y Tocaima y Mariquita fué proveído por la Real Audiencia el capitán Asensio de Salinas, que con la gente necessaria corriese estas provincias; el cual después de haber asegurando las que más necesidad tenían, queran las de Ibague y Tocaima, se vino con la gente y soldados que a su cargo tenía a las provincias de Mariquita, y, según dicen algunos, a ruego de los propios vecinos; pero desde que junto a su pueblo los vieron con la turba de soldados que consigo traía, temiendo los de Mariquita la ruina y asolación de sus naturales, le enviaron a requerir que se saliese de su tierra con la gente que traía. Salinas lo más cuerdamente que pudo, sin dar ocasión de escándalo ni tumulto, porque algunos de sus soldados lo deseaban, se fué a la provincia de Guali, donde anduvo algunos días pacificando aquellos naturales con daño y riesgo suyo y de sus soldados, por ser los indios muy bellicosos y la tierra asperíssima, sin poderlos domar y pacificar; y de aquí pasó con los que le quisieron seguir a la provincia de los Palenques, donde pobló la cibdad de Vitoria, según que adelante se contará, y dende en adelante los naturales de Mariquita han estado muy pacíficos y amigos de los españoles, y las minas siempre se han labrado y beneficiado y sacado de-

llas oro. Ha habido en este pueblo diversos corregidores hasta este nuestro tiempo, de los cuales hay poco que escribir, porque solamente se ocuparon en la administración de la justicia pública y no en guerras ni otros sucesos de indios. Sólo don Antonio de Toledo, siendo alcalde el año de sesenta, salió con gente y pobló la villa de la Palma, de cuya conquista y poblazón adelante se dirá.

LIBRO NONO

En el libro nono se escribe y trata de la población y fundación de la cibdad de San Juan de los Llanos, hecha por Juan de Avellaneda Temiño, y la descripción de aquella tierra, y algunas cosas notables acerca de las culebras y fieros animales que en ella se crían, con algunas costumbres y opiniones de los naturales e indios della y algunos particulares subcesos de españoles.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo el capitán Juan de Avellaneda Temiño, por comisión que el Audiencia del Nuevo Reino le dió para buscar minas de oro, entró con ciertos españoles en la provincia de los Guayupes

La cibdad de San Juan de los Llanos, puesta y poblada en las haldas y cordilleras del Nuevo Reino, en las otras sus vertientes que corren o caen sobre los llanos de Venezuela, tuvo origen el año del Señor de mill e quinientos e cincuenta y cinco, gobernando el distrito del Nuevo Reino los oidores y licenciados Montaña y Briceño. Y por que haya entera noticia de su fundación y de su fundador y de algunos particulares subcesos quen ella ha habido, es de saber quen compañía del teniente Nicolás Fredemán, que por vía de Venezuela entró en el Reino luego que se pobló, según atrás queda dicho y adelante más largamente se dirá donde trataremos de la jornada de este Fredemán, entró un soldado llamado Juan de Avellaneda Temiño, natural de España, de un pueblo que se dice Quintanapalla, junto a Burgos, el cual antes de juntarse con Fredemán había andado con el capitán Herrera en el río de Uriaparia mucho tiempo, y subido por él arriba más de ducientas leguas con excesivos trabajos de hambre y necessidades y guerras y otros infortunios quen aquella jornada se pasaron;

y salido de allí entró por la tierra adentro de Cubagua en compañía de Jerónimo Ortal, donde, después de haber caminado mucho tiempo por provincias y tierras incógnitas y obscuras y muy estériles y faltas de comida, vino a salir a las provincias de Tocuyo y Barquisimeto, con los capitanes Nieto y Alderete, donde se juntaron con la gente de Nicolás Fredemán. Y los capitanes fueron enviados a Coro, y los soldados que quisieron seguir a Fredemán le siguieron y vinieron con él a este Reino.

Destas dos jornadas ansimesmo que he referido del río Uriaparia y de Jerónimo Ortal se da entera noticia en la segunda parte desta historia. Pues como Juan de Avellaneda hobiese andado y peregrinado por tantas tierras y provincias cuantas en el proceso de la historia referida se podrá ver, y al tiempo que con el teniente Fredemán hobo de entrar en este Reino, atravesó por una provincia de indios llamada Guayupe, questá en aquella vertiente de la cordillera que he referido, donde comúnmente los españoles solían llamar el pueblo de Nuestra Señora, parescióle la tierra de buena disposición para tener minas de oro, y en ella había cantidad de naturales, aunque no muchos, los cuales después vinieron a ser menos; porque como todas las compañías de españoles que oro salían antiguamente a descubrir y venían bajando la sierra iban a parar y descansar en esta provincia destos Guayupes y pueblo de Nuestra Señora, y en aquel tiempo se hacían esclavos los indios, y demás desto no tenían cuasi por escrúpulo matar, ni maltratar, ni castigar, ni cargar, ni sacar de sus naturales los indios, fueron estos pobres Guayupes muy arruinados y destruídos ansí de sus personas, mujeres y hijos como de sus casas y haciendas; porque antes de Fredemán estuvo en ellos alojado el gobernador Jorge Espira con más de treientos hombres muchos días, y después dél estuvo el te-

niente Fredemán con ciento y setenta hombres, y después de Fredemán estuvo Hernán Pérez de Quesada, que salió del Reino en demanda del Dorado con más de ducientos hombres y más de ocho mill indios Moxcas, que son ruina y asolación de todo lo que por delante topan; y después de Hernán Pérez de Quesada estuvo el general Felipe de Utre con otros cien hombres; y toda esta gente se sustentaba el tiempo quen esta provincia de los Guayupes estaba de lo que los míseros indios tenían para su sustento, y cada cual destos capitanes y de sus soldados procuraron haber y tomar los indios que podían desta provincia y nación para que les sirviesen; pues gente que tan combatida fué y tan salteada y llevada en captiverio, imposible es que quedase mucha della, porque considerados los daños quen aquellos tiempos se hacían en los indios tan libre y atrevidamente, es imposible questos Guayupes, habiendo estado en ellos las compañías de gentes que se ha referido, no dejasen de ser tan atribulados y destrozados quanto he significado y mucho más.

Esta tierra le pareció bien, como he dicho, a Juan de Avellaneda, por tener dispusición de minas de oro; y aunquel defeto de los pocos naturales le tuvo mucho tiempo resfriada la voluntad de ir a poblarlos o pedir licencia para ello, la gran voluntad y deseo que de, como suelen decir, acrecentar honra tenían avivó su memoria a la ambición; de suerte que, por no hallar otra salida mejor donde ir a poblar, fué inclinado a pedir esta jornada de los Guayupes, y aun para que se la diesen los oidores la pidió so color de ir a buscar minas de oro y descubrirlas; y así fué quen el año dicho de cincuenta y cinco, habiéndole concedido a Juan de Avellaneda Temiño comisión para ir a buscar minas de oro hacia aquella provincia de los Guayupes, juntó en la cibdad de Sancta Fee, donde a la sazón él era vecino y encomendero de indios,

veinte y cinco españoles, con los cuales, después de haber gastado alguna parte de su hacienda en aviarlos y pertrecharlos de las cosas necesarias, se metió la tierra adentro tomando la vía de los Guayupes; y atravesando la cordillera del Reino, ques muy alta y frigidísima, fué a dar a una poblazón de indios questaba al principio y entrada de los Guayupes, cuyo principal o cacique se decía Marizagua, persona de mucha estimación entre aquella nación Guayupe; al cual Juan de Avellaneda trajo a su amistad por mano de un Juan Gutiérrez de Aguilón, quentendía muy bien aquella lengua y era encomendero de otro cacique o principal que más cercano a Sancta Fee estaba ya de muchos días atrás puesto en la servidumbre y feudo de los españoles, a quien llaman Paz.

Este principal de la encomienda de Aguilón tenía antigua contratación y amistad con el cacique Marizagua, que iba ansimesmo con Juan de Avellaneda y la demás gente, por cuya intercesión e a importunación de Avellaneda el cacique Marizagua envió a hablar a ciertos principales de los Guayupes llamados Yayay, Quere, Tamajagua, haciéndoles saber cómo estaban allí en sus pueblos los españoles dichos, que pretendían pasar adelante a sus poblazones a vivir entrellos, y que, según con él las muestras habían dado, era gente que ni hacía ni pretendía hacer ningún mal ni daño a los indios, antes les trataban bien y amigablemente, y les daban de lo que tenían; entre los cuales venía Aguilón, español, a quien él tenía particular amistad y voluntad, y entendía que les sería favorable; y de quel principal o capitán de los españoles deseaba verlos en su amistad, que le parecía que debían ganarlo por la mano y ser sus amigos y venirle a visitar; pues después de fuerza o de grado lo habían de venir a hacer.

Estas palabras del cacique Marizagua, aunque por terceras personas dichas, pudieron tanto con

los caciques y principales de los Guayupes, que a la hora que a sus orejas llegaron se partieron cada cual con los más indios que pudieron para donde Avellaneda estaba, del cual fueron recibidos amigablemente y exhortados y rogados para que le fuesen perpetuos y leales amigos e tributarios; y dándoles algunas cosas de rescates despañoles, como son cuentas de vidrio y cuchillos, los indios y principales les prometieron de serles amigos y de hacer todo lo que les mandasen sin exceder en cosa ninguna, dando muestras de todo contento y alegría en saber y entender que iban a vivir entrellos.

El cacique Marizagua intercedió y terció en esta confederación y amistad todo lo que pudo, que fué mucha parte para ello. También, como Aguilón, español, era persona quentendía muy bien la lengua destos bárbaros y les hablaba más desenvueltamente palabras regaladas y amorosas, hízose de todo punto fija el amistad, con lo cual se partió Avellaneda y los demás españoles que con él estaban del pueblo de Marizagua adelante, llevándoles los indios Guayupes que allí habían venido con los principales arriba nombrados todo su fardaje. Y para que la paz y amistad destos bárbaros fuese enteramente guardada y la de los demás mejor se pudiese conseguir y alcanzar, mandó Avellaneda, por pregón y ordenanza pública, con graves penas sobre la observancia della, que no se les tomase a los indios ninguna cosa de sus haciendas ni labranzas, ni se les maltratasen sus personas, ni en sus casas entrasen ningunas personas, y que la comida se les comprase con cuchillos y cuentas y otras cosas de poco valor, que los indios tenían en mucha estimación; con la cual manera de mercado y feria, y con ver que no se les hacía ningún daño ni se les tomaba cosa alguna por fuerza, no sólo se afirmaron y conservaron en la paz y amistad de los españoles, pero persuadieron en breve tiempo a todos sus comarcanos y vecinos a que hiciesen lo

mesmo. Y así, mediante esta buena orden, en breve tiempo tuvo Avellaneda todos los indios Guayupes de paz y sus amigos puestos en su sujeción, y caminando por sus tierras y poblaciones bien servidos y acompañados de los naturales y de sus principales, fué a alojarse en las tierras del cacique Comajagua, poblado en las riberas del río Ariare de la otra banda dél, y Avellaneda y los demás españoles se alojaron en la ribera del propio río Ariare. Antes de pasalle ni llegar al pueblo del cacique Comajagua, por quitar la ocasión de que algún soldado se demandase a hacerle daño, convínole reposar en este alojamiento algunos días a Juan de Avellaneda, por traer algo cansados y maltratados del camino los soldados; porque como la bajada de la cordillera es tan larga y todo lo más della montañas, érales necessario abrir el camino para que los caballos pasasen, y como el trabajo era mucho y los soldados entre quien se repartió pocos, sintiéronlo como era razón.

En este tiempo de *Requiem* Avellaneda procuró informarse de los naturales si sabían de minas de oro, y él ansimesmo consideró la dispusición de la tierra y a qué parte della había mejores señales y muestras de minas de oro; porque como había mucho tiempo que con Fredemán pasó por ella, érale necesario de nuevo recorrer no sólo memoria de lo pasado, pero todo lo que había andado, para dar con la quebrada o río en que se había visto apariencia o señal de oro. Los indios, como en esta provincia jamás lo acostumbraron sacar, no supieron dar razón de lo que se les preguntaba, y así estaba el negocio más ciego y obscuro de lo que Avellaneda quisiera.

CAPITULO II

En el cual se escribe la principal causa por qué los indios Guayupes no tuvieron guerras con el capitán Avellaneda y con los que con él entraron, y las causas por qué entre otros naturales, después de dada la paz, se intentaron novedades, y cómo Avellaneda envió un caudillo a descubrir minas de oro y fueron descubiertas

Algunas personas habrá que, de parte del odio y aborrecimiento que justamente tienen contra los crueles y crueldades hechas a los indios al tiempo del entrar a poblar en nuevas provincias, viendo la moderada entrada que Avellaneda y sus soldados tuvieron en estos Guayupes y la facilidad con que fueron atraídos a la amistad de los españoles y conservados en ella, les parecerá que todos pudieran haber hecho lo mesmo y excusado las guerras y otros incendios y muertes quen otras partes se han hecho usando de aquestos medios de que Avellaneda usó; o atribuirán esta pacífica entrada a la buena fortuna del capitán o a la buena condición y moderación de los naturales. Ninguna de las tales cosas, ni aún los medios ni ruegos del cacique Maziragua, ni la presencia de Aguilón y de su principal, causaron entero efeto en lo dicho ni fueran parte bastante para excusarse estos indios de recibir algún daño.

La causa principal de haberse humillado y pacificado tan presto fué los grandes y excesivos tra-

bajos en quen los tiempos pasados se habían visto con los españoles y compañías ya referidas, quen esta provincia o parte della estuvieron, donde habían sido bastantemente conquistados y redomados y esquilmados; y como supieron que Avellaneda y los demás españoles iban a residir y vivir entrellos y tenían ya noticia, por interpretación de los indios Moxcas de Sancta Fee, cómo donde los españoles poblaban no consentían que se sacasen los naturales para ninguna parte, antes los defendían y amparaban de quien mal les quería hacer, y temiéndose estos Guayupes que por vía de Venezuela no viniesen a su territorio algunas compañías de gentes como antes habían hecho y los acabasen de destruir, tuvieron por bien de recibir amigablemente en su compañía y tierra a estos españoles para que cuando fuese menester los defendiesen y conservasen; demás de que, como he dicho, tenían bastante experiencia del rigor, fuerzas y trabajos de los españoles, a los cuales para excusarse de sus manos ni era bastante el defenderse ni el huirse ni esconderse, porque hasta en las cavernas y escondrijos de la tierra, donde sus mayores, huyendo de las calamidades pasadas, se habían escondido, habían sido hallados y descubiertos de los españoles. Y así estas causas fueron las principales que a estos bárbaros atraieron a la amistad de los españoles y al yugo de la servidumbre; porque el remedio de dádivas e intérpretes y halagos y buenos tratamientos muchos capitanes lo han usado, y aún entiendo que todos los más; pero como los indios sean de entendimiento tan rústico y bárbaro y nunca habían otras veces llegado a saber y conocer hasta dónde llegan las fuerzas y armas de los españoles, a la hora imaginaban que aquella entrada en su tierra con ruegos y halagos y dádivas y buenos tratamientos es por temor que les tienen los españoles y por ser menos poderosos aquellos; y de aquí cuando los españoles piensan que los tienen de

paz y en su amistad los hallan sobre sí con las armas en las manos, de donde vienen a tener principio las guerras y ser prolijas; porque aunque en el primer recuento sean desbaratados y ahuyentados por los españoles, nunca entrellos falta un mohán embaidor, ques el intérprete que habla con el demonio, que a instancias del propio demonio, que desea ver de todo punto la ruina y perdición de los míseros indios, el cual les persuade a que sigan la guerra con obstinación y que habrán victoria, porque sus simulacros se lo dicen, de donde vienen los bárbaros a seguir con obstinación la enemistad contra los españoles y a hacerles cada día acometimientos para echarlos de la tierra, donde nunca dejan de volver menos de los queñtraron en la lid; e ya que por vía de guerra no los pueden echar de la tierra, el demonio, por mano de sus mohanes y farautes, les dice que se retiren y escondan y aparten de los españoles a partes remotas y escondidas, donde muchos dellos vienen a morir de hambre, e yéndolos a buscar los españoles para atraerlos a su amistad y quitarles el miedo que tienen, son inducidos a tomar las armas para se defender, y ansí nunca les faltan modos cómo se perder y destruir; y aunque sea verdad que no haya causa ni razón legítima para que los españoles se entremetan en forzar a los indios por estos modos a que vengan en su amistad, pues dellos se siguen los daños que he referido y es notorio; pero algunas veces es necessario para la conservación de los indios amigos y questán ya debajo del dominio y amparo real, los cuales muchas veces por este respeto reciben daño de los otros bárbaros sus vecinos, questán rebeldes y causan daño, como he dicho, a los amigos, y aun a las veces ponen por su rústica desvergüenza y atrevimiento en riesgo los pueblos despañoles de despoblarse y de quentre los indios amigos se pierdan y escurezcan los tiernos principios que hay de fee católica.

Y es cierto que los más pueblos que se han poblado en los confines deste reino después de su primera conquista y pacificación, ha sido el principal intento y fin de los que lo han enviado a poblar el conservar en paz y amistad a los indios amigos y sujetos al dominio real, y librarles de los daños que por los indios sus vecinos les son hechos; y así algunas veces han sido causa en este Reino las naciones comarcanas, en tiempo que estaban indómitas y vivían en su libertad, de que se ordenasen e intentasen novedades entre los naturales Moxcas para haberse de alzar generalmente y matar a los españoles de todos los pueblos; porque los rebeldes con amenazas y temores muchas veces los promovían a esto. Y siempre que se puebla un pueblo despañoles, como la tierra es larga, después de que se han domado los rebeldes que causaban daño a los amigos y feudatarios del pueblo primero a los indios que se han sujetado por esta causa, luego los persiguen otros sus vecinos que viven en su libertad y los damnifican, por donde los jueces o superiores, para conservar y sustentar el segundo pueblo y los naturales dél, permiten que los vayan a pacificar, adonde proceden luego las guerras referidas por inducimiento del demonio más que por propria voluntad de los indios, porque, aunque hay hombres de ánimos crueles, no serían bastantes sus fuerzas destos a interrumpir la buena orden, si los indios no ofreciesen las ocasiones en las manos, las cuales, como he dicho, ofrecen más por persuasión del demonio, enemigo suyo y nuestro, que por defender su libertad; porque claro está que si en las pacificaciones modernas, donde los capitanes y soldados, por temor de las residencias y castigos que les han de sobrevenir, procuran evitar todo lo que si es posible los daños y malos tratamientos, y con toda diligencia y a costa de rescates que llevan y dádivas que a los indios dan procuran traerlos a su amistad, conservándoles en la mayor

parte de la libertad que siempre tuvieron, y aun en toda, porque nunca a los principios se les impone a los indios tanta carga de servidumbre como después andando el tiempo, que lo más a que se extienden es a que se les haga labranzas de maíz para sus sustentos y algunos buhíos que se hacen con facilidad, y aun éstos muchas veces se les paga. Luego síguese quel tomar las armas los indios en semejantes tiempos, que no es por conservar su libertad, la cual ellos defenderían muy justamente, sino por las persuaciones referidas del demonio, lo cual se ha sabido claramente de los propios indios después de pacíficos; y si esto es bien o mal hecho, o justo o injusto, júzguenlo los teólogos y canonistas y personas doctas que lo entienden, porque aquí mi intención no es de aprobar ni reprobar ninguna cosa destas, pues es materia muy distinta de la que voy tratando. Sólo ha sido mi intento en esta parte dar claridad y noticia de lo quen este Reino he visto, oído y entendido; porque de todo lo escrito en esta historia parte dello he visto por mis propios ojos y parte he sabido de los propios que a ello se han hallado; y pues la materia que al principio deste capítulo comencé queda con sus circunstancias medianamente declarado, y en lo que fuere falta se podrá hallar en algunas partes del discurso de la escritura, tornaré a lo principal quen este libro voy tratando de la población de San Juan de los Llanos.

Después quel capitán Avellaneda hobo con sus soldados algunos días descansado en el alojamiento que hizo riberas del río Ariare, envió un caudillo con parte de la gente española que con él estaba que fuese el río arriba de Ariare, cateándole hacia sus nacimientos, y viese si llevaba oro; porquen aquella parte donde Avellaneda estaba alojado iba el río caudaloso y no daba lugar la mucha agua a que se viese si llevaba oro. El caudillo y los españoles se partieron el río arriba, llevando con-

sigo negros e indios buenos lavadores y sacadores de oro, y todo el recado para sacarlo, como son bateas, almocafres, barras y azadones. Y siguiendo el río Ariare arriba, apartados distancia de una jornada de donde Avellaneda había quedado, catearon el río, y lavando del cascajo quen la madre dél había hallaron muy buen oro, y lo mismo hallaron fuera del río en sus riberas. Sacóse oro muy granado y fino, que tenía a más de veinte quilates. Sacáronse puntas del río en estas primeras catas de a ocho y diez pesos cada una. Es oro que su bajeza y menos valor es sobre plata, ques tenido por mejor quel que la tiene sobre cobre.

Tiene este río Ariare sus nacimientos en los páramos que llaman de Fosca y Pasca, ques lo alto de la cordillera más cercana a ciertos pueblos de indios Moxcas deste nombre Fosca y Pasca, de donde fueron los páramos llamados así, y también porque los indios y naturales destes dos pueblos van a hacer sus monterías de venados y conejos a estos páramos, de los cuales se crían en mucha cantidad. Y bajando este río Ariare de la cumbre y alteza destes páramos, se despeña con gran ímpetu por entre unas sierras muy fragosas y ásperas, que lo más del año están cubiertas de nieve. Y desembocando destas sierras como de una angosta canal, da en tierra algo llana y asentada, por donde el río va con menos velocidad quen las partes dichas, aunque no deja de llevar muy gran corriente, tanto que por ello y por las grandes piedras que donde se hallaron estas minas hay no se ha sacado gran cantidad de oro; porque, según afirman algunos experimentados hombres que tienen conocimiento del descubrir y labrar minas de oro, juzgan por ciertas conjeturas ir este río por la madre y canal dél lastrado de oro, y por defeto de su gran corriente y mucha agua y gran cargazón de piedras no se puede sacar, aunquen ello se ha puesto la diligencia posible. El agua deste río es

delgada y muy dulce y gustosa. En lo llano se junta con el río Uriapari. Es todo él muy abundante de todo género de pescados de buen sabor y comer. Hácense en él grandes pesquerías, así por los indios como por los españoles.

El caudillo y sus compañeros, después de haber sacado cierta cantidad de oro para certificación y muestra de quen aquel río lo había, se volvieron adonde Avellaneda estaba, donde, después de haberse visto por todos una tan buena muestra de oro como fué la que allí de prima faz se sacó, no hobo hombre español de los que allí estaban que no se juzgase por muy feliz y bien aventurado en haber entrado en aquella tierra, porque imaginaba en sí quen breve tiempo se había de hallar señor de tanto oro cuando hobiese menester para irse a su tierra y hacer un buen mayorazgo; y así fué celebrada esta primera muestra de oro y descubrimiento de las minas con mucho contento y alegría de todos los españoles y de su capitán.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda dió noticia de las minas y tierra de los Guayupes al Audiencia del Nuevo Reino, y le fué dada comisión para que poblase, el cual pobló la cibdad de San Juan de los Llanos; y cómo fué mudada diversas veces hasta ponerla donde al presente está; y la venida de Avellaneda a la Audiencia a dar cuenta de lo que había hecho y a pretender comisión para hacer otra jornada

Juan de Avellaneda, luego que las minas fueron descubiertas, propuso de dar noticia dello al Audiencia para que se le diese licencia, facultad y comisión para poblar; pero los demás españoles que con él estaban, juzgando ser el oro de las minas mucho y muy trabajoso de sacar, parecíales que, demás de ser cumplimiento superfluo el que Avellaneda quería hacer en dar aviso y pedir licencia al Audiencia, era en su perjuicio; porque como en el Reino y cibdad de Sancta Fee se diese noticia de las ricas minas que se habían descubierto y de la quietud de los naturales, habían de pretender algunas favorecidas personas ir a gozar de lo que ellos habían descubierto y pacificado y merecían justamente poseer; y así comenzaron a decir al capitán Avellaneda quera muy temprano para dar

aquel aviso y que sin esperar licencia del Audiencia podía poblar y repartir los naturales entrellos, pues en ello no se cometía ningún delito, y que cuando la tierra tuviese más asiento y ellos algún posible se podría muy bien hacer lo que el capitán pretendía. Pero Avellaneda, considerando el daño o daños que de hacer lo que los soldados le decían se le podría seguir, y, demás desto, la poca gente española que consigo tenía y la vuelta que los indios suelen dar e intentar novedades, la cual si estos Guayupes dieran estando entrellos no más de los veinte y cinco españoles que Avellaneda había metido los podían acometer a tiempo que los hallaran divididos y les hicieran y causaran harto mal y daño, y aun por ventura los mataran a todos, y así se resumió en poner por obra su primera determinación y enviando por mensajero y faraute del negocio a un Antonio de Robles con sus cartas y muestras de oro, que cierto eran buenas y destimar, le dió instrucción de lo que había de pedir en la Audiencia y hacer en la cibdad de Sancta Fee para atraer a sí gente y soldados.

Llegando Robles a Sancta Fee, los oidores Briceno y Montañó le recibieron alegremente, y pareciéndoles muy bien la muestra del oro y que labrándose y sustentándose las minas sería cosa de que se seguiría gran utilidad y provecho a toda la república y quintos reales, le enviaron y dieron luego comisión a Avellaneda para que en aquella provincia de Guayupes poblase un pueblo de españoles, nombrándolo a él por su teniente y justicia mayor y dándole comisión para que repartiese los naturales entre los españoles que el pueblo habían de permanecer, haciendo dellos apuntamiento o repartimiento y enviándoselo para que si les pareciese lo confirmasen; y juntamente con esto procuraron que con Antonio de Robles se juntase alguna gente española para que fuesen a ayudar a los que con Avellaneda estaban a sustentar más se-

guramente la tierra, con cuyo calor y favor Robles juntó veinte hombres. Y habidas sus provisiones y recados, se volvió a la provincia de los Guayupes donde Avellaneda estaba. Fué alegre su llegada, así por los buenos despachos que se le habían dado como por la compañía que consigo llevaba.

Avellaneda, luego que vió la comisión que la Audiencia le enviaba, pobló en el propio sitio dondestaba alojado en las riberas del río Ariare un pueblo, al cual llamó San Juan por haberle poblado víspera del bienaventurado San Juan Bautista del año de cincuenta y seis; y llámase de los Llanos por estar poblado junto a los llanos de Venezuela. Poblólo en este sitio con aditamento de mudarlo a otro lugar mejor que conviniese, ques común usanza de pobladores en las Indias; porque nunca en la primera vuelta que por la tierra dan ven enteramente todo lo necessario y buen acomodo que hay en la tierra, y después andando el tiempo vienen a tener conocimiento y noticia de mejores sitios y lugares, donde mudan y fijan sus pueblos. Las cerimonias con questas poblaciones se hacen y fijan no será necessario decirlas ni repetirlas en este lugar, pues en diversas partes desta historia se hallarán escritas, y lo mesmo la elección quel capitán hace, cuando puebla, de alcaldes y regidores y otras circunstancias que las tales poblaciones traen consigo.

Avellaneda se detuvo con su pueblo en este alojamiento del río Ariare algunos días, hasta que acabó de ver y repartir los naturales entre los españoles que consigo tenía, haciendo dellos su repartimiento y apuntamiento general; después de lo cual, por ser este sitio muy bajo y ahogado, sujeto a los vapores y neblinas que del río e inundaciones suyas se levantaban, que lo hacían enfermo, se mudaron, de común consentimiento, siete leguas más adelante, a la tierra de un principal o cacique

llamado Caude, que pareció ser tierra más alta y escombrada y rasa, y airosa y fresca. Púsose el pueblo a las faldas de unas sierras altas a la parte del poniente dellas, las cuales hacen cierta abra o boquerón por donde desemboca sobrel pueblo de los españoles el viento vendaval tan recio y frigidísimo que parecía ser muy perjudicial a la salud y vivienda de los españoles y naturales, por cuya causa determinaron los vecinos de pasarse tres leguas más abajo, al sitio donde al presente está, que a las riberas del río llamado Guape. Es este sitio sano y de buen temple y aires incorruptos, y de grandes sabanas y campos rasos abundosos de caza de venados, bien proveído de agua, leña y hierba, que todo lo tienen cerca del pueblo.

Este sitio donde esta cibdad fué fijada y al presente está poblada es apartado una legua del pueblo que esta provincia llamaron de Nuestra Señora los españoles, como van deste pueblo de Nuestra Señora a la cibdad de Sancta Fee, de donde está apartada esta cibdad distancia de cuarenta leguas hacia la parte del Sur saliendo de Sancta Fee, y cae su poblazón y provincia a las espaldas de los pueblos de Ubaque, Fosca y Pasca, que, como he dicho, es gente Moxca y de los términos de Sancta Fee.

El capitán Avellaneda, fijado el pueblo en la parte y lugar dicho y dado la mejor orden que pudo para que aquella tierra tuviese asiento y los naturales fuesen conservados en su paz y amistad, y los españoles les hiciesen todo buen tratamiento, se vino a la cibdad de Sancta Fee a dar cuenta al Audiencia de lo que había hecho y era la tierra y a que le confirmase el repartimiento que de los naturales en los españoles hizo, y a que se le diese otra nueva conducta o comisión para pasar, adelante de la provincia de los Guayupes, a ciertas provincias que se le habían dado por noticia y

poblar en ellas un pueblo. Los oidores le confirmaron el repartimiento que de los Guayupes había hecho y le concedieron una comisión para juntar y hacer gente y proseguir la demanda y descubrimiento que pretendía; pero esto le salió en blanco a Avellaneda; porque como ya, por virtud de la comisión que se le había confiado, hobiese comenzado a juntar gente para conseguir su jornada, le fué suspendida la comisión por la Audiencia, no se sabe si por alguna nueva comisión o provisión que de España hobiese venido, suspendiendo las jornadas y nuevos descubrimientos y poblaciones, o si por emulación de algunas personas que no estaban bien con Avellaneda, o de religiosos o personas dotas que, viendo y considerando los daños que por algunos crueles y malos hombres se hacen y cometen en semejantes entradas, persuaden a los presidentes, oidores y gobernadores que no las den ni consientan hacer, demás de la nueva suspensión quel rey tiene puesta en ello. Y religiosos hay tan escrupulosos en estos casos de las jornadas, que a ningún soldado que tenga entero propósito de ir a ellas le quieren confesar ni oír de penitencia, por parecerles que todo el tiempo que el tal soldado está con aquel propósito de entrar y andar en jornadas hallan no estar en buen estado; porque considerando cuán generales son los daños y males que las jornadas se hacen y cometen, a todos los soldados que a ellas van, a los unos porque actualmente los perpetran y cometen, a los otros porque les dan favor y auxilio, y a los otros porque se hallaron presentes a ello, mediante lo cual parece que, aunque sus ánimos estuvieron apartados de aquellas crueldades y sus manos de los robos, en alguna manera dieron auxilio y favor a los malos por ir en su compañía; y así desechan de sí estos tales hombres sin quererlos oír ni absolver, lo

cual a muchos ignorantes ha parecido demasiado rigor y estrechez, y aun estos tales religiosos y sacerdotes muchas veces no quieren confesar ni oír de penitencia a los que han andado en jornadas, por parecerles que pocas veces cumplen las restituciones que se les mandan hacer, y se les pasa un año y dos y diez sin hacerlas. El cual rigor también se extiende contra los encomendadores que son descuidados y negligentes en procurar lo que conviene a la dotrina y conversión de sus encomendados y muy diligentes y solícitos en cobrar dellos sus tributos y demoras tasadas, y algunas veces más de las pasadas.

Volviendo a lo que de Avellaneda iba tratando, como vió que le fué quitada y suspendida la comisión que para su nueva jornada le había sido dada, él se vió tan desesperado o lleno de cólera, questuvo por no volver más a la cibdad de San Juan de los Llanos, antes procurar despoblarla, lo cual pudiera fácilmente hacer; pero como él había sido el fundador della y a quien más infamia se le seguía a su despoblazón, perdiendo el enojo que tenía, se volvió a ella, y llevando nuevo socorro de ganados y gente la sustentó y ha sustentado hasta que se le otorgó la jornada que pretendía, de la cual se dirá adelante. Della salió perdido y se volvió a vivir a San Juan de los Llanos, donde ha estado sustentándola hasta el día de hoy, aunque con trabajo suyo y de los españoles; porque los indios y naturales de aquella provincia fueron después muchos menos de los que al principio parecieron, porque las minas de oro no salieron tan prósperas como pensaron y las muestras dieron; y ansí ha sido este pueblo más destrucción y ruina despañoles, que por ir y venir a él y sustentallo han perecido ahogados de ríos y muertos de indios y de fieras, que en pro ni utilidad particular ni general, algunos de los cuales, por parecer sus muertes más juicio y castigo de Dios particular

que subcedidas acaso, se tratará en los siguientes capítulos, para ejemplo de los que viven disolutos y absolutamente sujetos a sus desordenados apetitos, y ansimesmo de algunas propiedades de los naturales y fuerza de animales quen esta tierra se han visto.

CAPITULO IV

En el cual se escribe la diversidad y monstruosidad de culebras, tigres, osos y otros animales quen esta tierra se crían. Y de algunas aves y de su proporción. Trátanse algunos daños que tigres en indios han hecho

Al principio deste libro dije cómo esta cibdad de San Juan de los Llanos caía o estaba fundada al pie de la cordillera del Reino, de la otra parte della, junto a los llanos de Venezuela, en la provincia de los Guayupes, cuya región y tierra participa de los altos de la cordillera y de lo bajo de los llanos; porque desde donde el pueblo está puesto para arriba está toda la serranía que cuelga y depende de la cordillera, donde toda la más desta gente Guayupe están poblados; la cual es tierra no muy escombrada ni rasa, porque a partes tiene y cría en sí grandes montañas y a partes sabanas; como he dicho, es tierra doblada y áspera; del pueblo para abajo es tierra llana, y de los llanos de Venezuela todo lo más della rasa y escombrada, pero cubierta de una paja muy alta y muy dañina a las piernas de los indios, porque se las roza y rasguña; y para remediar esto los indios hacen de cuero de venados cierto calzado que les llega sobre los tobillos, y de allí para arriba se ponen cierta manera de medias calzas hechas de un cáñamo sacado de unas hojas de ciertos árbo-

les, a quien llaman palmichas, y para que más cómodamente se pueda andar por estas sabanas y campañas tienen los indios cuidado de pegalles fuego diversas veces del año, porque de otra suerte no se podría andar por ellas a causa que, como se ha dicho, crece tanto la paja destes llanos, que cubre un hombre de a caballo.

Es toda esta tierra muy caliente y lo llano en extremo grado: críanse en ellos generalmente mucha cantidad de venados, de los cuales se matan muchos, porque corren poco y a uña de caballo los alcanzan y alancean. Críanse grandes culebras de las que llaman bobas, y en esta tierra de San Juan de los Llanos mató un Pedro de San Miguel una culebra que tenía veinte y cuatro pies de largo, y cuando la mató estaba este animal en una ciénaga de poca agua enroscada comiendo un venado que había tomado, y era tan grande el bulto que hacía, que aunque por otros españoles fué vista en la ciénaga, fué juzgada por roca o peña. El venado no lo comía como lo comen los otros animales, sino tenía lo muy molido y hecho pedazos y entero, y por entre las piernas lo iba chupando, dejando el cuero o piel entero, y así lo hacen las demás culebras, que por la mayor parte se sustentan de venados y otros animales, a los cuales se les enroscan al pescuezo y cuerpo, y así los ahogan con su mucho apretar. También se sustentan de los pescados y animales que en el agua se crían, donde las culebras por la mayor parte habitan. Estas culebras grandes que llaman bobas siempre suelen ser pardas. Hay otras muchas maneras de culebras de menor grandeza que las dichas, pero de diversas colores y efetos por su mortal ponzoña, como son las verdes y coloradas y azules y matizadas de diversas pinturas y con muchas ruedas por todo el cuerpo. Otra culebra hay negra y larga, cuya ponzoña es de tal vigor y fuerza, que muchas veces acaesce a la persona a quien muerden o pican echar

sangre por los oídos, ojos y narices y boca y por entre las uñas de las manos y de los pies, cosa cierto de grande admiración y temor. También hay aquí de las culebras de cascabel, que porque son y traen casi a la punta de la cola cierta verruga hueca, que suena o hace cierto ruido, son llamadas de cascabel, cuya ponzoña mata al que pica dentro de veinte y cuatro horas. Hay víboras y otro género de culebras pardas; hay otras pintadas con cierta manera de cadenilla, que también son ponzoñosas. La dentadura y colmillos de todas estas culebras, demás de ser muy agudos, están puestos por tal orden por la sabia Naturaleza, que los recogen y extienden cada vez que quieren, de la forma quel gato hace con sus uñas cada vez que quiere aprovecharse dellas. De todos estos géneros de culebras se han muertos en esta provincia y términos de San Juan por los españoles, especialmente de las grandes.

Crían ansimesmo estos llanos gran cantidad de tigres, que, como en otras partes he dicho, es animal feroz y traidor y de grandes fuerzas y furia. Su proporción al natural es la del gato; su grandor es de un becerro de seis meses, y mayor; su color es casi amarillo, todo manchado de pintas negras. Algunos españoles vecinos de San Juan han muerto algunos destos tigres peleando con ellos en el campo con armas arrojadizas tiradas desde afuera. Han estos animales hecho grandes daños en algunos pueblos de indios, comiéndose los naturales dellos hasta despoblarlos y arruinarlos de todo punto, lo cual hacen muy atrevida y desvergonzadamente; y después de una vez cebados en hacer saltos y daños en un pueblo de indios, nunca cesan hasta que los matan, lo cual los indios hacen pocas veces, por ser tan pusilánimes y poco ingeniosos; pero los españoles los atajan su carnicera furia con unos corrales cubiertos por encima con una gruesa puerta de golpe, donde les

arman con alguna presa de indio o india muertos que les han hecho soltar, y allí los dan de arcabuzazos y los matan.

Dende a poco tiempo questa cibdad se pobló, se comenzó a cebar un tigre en un pueblo o lugar de indios que tenía encomendados un Amaro, en que había más de cien personas, y en muy poco tiempo se las comió todas, sin que los miserables indios tuviesen habilidad de atajar la furia deste animal; antes es, como he dicho, tanta la bestialidad destes bárbaros, que, habiendo quedado obra de seis personas deste pueblo, se retiraron a otro de un Alonso Buey questaba apartado de allí, trás de los cuales se fué el tigre por que la comida no le faltase, y como se alojasen estas seis personas en un buhío, este carnicero animal se puso en salto, de suerte que la propria noche que llegaron mató un muchacho que salía a proveerse; y como los indios que allí estaban vieron queran seguidos del tigre, acordaron de irse de allí adonde había españoles; pero un bárbaro destes, ya envejecido en días, no se quiso salir de aquel buhío él ni su mujer, diciendo quél había visto todos los daños que aquel tigre había hecho, y aunque había ya acabado de matar y comer toda la gente de su pueblo, que a él ni a su mujer no había osado llegar, y con esta bárbara confianza se estuvo quedo hasta quel tigre volvió a buscar de comer, y hallando los dos viejos en el buhío, marido y mujer, los mató a entrambos y uno a uno se los llevó a la montaña, donde los comió, y luego comenzó a dar tras la gente daqueste pueblo segundo, donde cada día hacía grandes saltos en indios e indias, hasta quel encomendero, por reparar y atajar los daños que sus indios recibían, hizo un corral, donde lo tomó y mató, después de haber este fiero animal muerto más de ducientas personas y haber hecho grandísimos saltos en indios y negros, tanto, que cuasi toda la provincia lo temía extrañamente por

su gran atrevimiento. Tenía de largo después de muerto diez pies y medio, y tan viejo, que de cano tenía ya perdidas las pintas negras.

Después de los tigres, son muchos los osos que en esta tierra hay, aunque no tan dañinos como los tigres, pero es animal que si siente que le han miedo, arremete y hace el daño que puede; pero pocas veces, como he dicho, acometen a los hombres, aunque sean indios, si no es, como he dicho, que sientan que les tienen temor. Los naturales desta provincia afirman que en tiempos pasados haber habido en ella un oso de tamaño y grandor de un caballo, el cual tenía la cara y pecho blanco, y hacía su habitación en una montaña alta que está sobre un pueblo de indios llamado Pisivi, de donde salía a matar indios para su mantenimiento, y que fué tanto el daño que hizo y tanto el temor que los indios le cobraron, que todos los más, dejando sus poblaciones y naturalezas, se iban a vivir a otras partes.

Hay otro género de osos que llaman hormigueros, que serán de grandor de un crecido lebrél: en los lados tienen figurado por la pintura del pelo de blanco y pardo oscuro una forma de daga; el hocico, de los ojos para adelante, tiene de largor de dos cuartas de vara, y raso, sin criar en él pelo ninguno, y redondo. La boca tiene tan pequeña, que ella no le cabe un dedo. No tienen dientes ni muelas y es redonda, y cuando más la abre será como la ventana de la nariz de un hombre: su mantenimiento es solamente hormigas, de donde se le dió la nominación de oso hormiguero. La forma que tiene en comer hormigas es ésta. Vase este animal a los hormigueros y partes donde las hormigas se crían, y con las manos mueve la tierra de las cuevas de las hormigas, para quellas, sintiendo el movimiento, salgan, como suelen, alborotadas, y en viendo el oso que las hormigas salen, de golpe saca la lengua, que la tiene muy larga, y tién-

dela por cima del hormiguero, a la cual luego acuden las hormigas y péganse a mordella en muy gran cantidad, y desde que el oso siente su lengua bien cubierta de hormigas, recógesela en la boca y tragáselas todas, y con esto se sustenta y pasa la vida.

Hay otro animalejo, del tamaño y grandor de un crecido zorro, que los indios llaman en su lengua *homgod*, a quien la sabia Naturaleza proveyó de tal ornato para la crianza de sus hijos pequeños, que cada vez que ha de caminar los mete en unas bolsas que junto a las tetas tiene, que se abren y cierran de la manera que las pestañas de los ojos, y los lleva muy seguros y escondidos sin que se echen de ver; cosa cierto de gran maravilla.

También el mico o mono a quien llaman gato de arcabuco, todas las veces que camina lleva a sus hijos a cuestras, aunque sean tres y cuatro, los cuales van tan pegados a la madre, que sin hacerle estorbo salta con ellos de un árbol a otro con mucha facilidad y ligereza, que la tienen grandísima en andar por los árboles y saltar de unos en otros. Un gato éstos por la punta de la cola se ase de una rama, y para aventarse más a lo largo y alcanzar a otro árbol questé apartado de donde está colgado da dos o tres vaivenes con la rama hacia atrás, como quien toma corrida para saltar más, y así se arroja con sus hijos a cuestras, y nunca le verán errar el golpe o salto que va a hacer.

Otro animalejo se cría en esta tierra del tamaño de un pequeño lechón, y tiene unas lanas como de coracinas que le cubren desde la cabeza hasta la punta de la cola y le hacen una armadura o cubierta muy graciosa, debajo de la cual mete y esconde pies y manos.

En los ríos se cría un animal de hechura de un puerco, salvo quel hocico tiene como becerro; los pies y manos tiene de la forma de los del pato,

y aunque su criación y habitación es en el agua, susténtase fuera de las hierbas que por la ribera se crían: su carne es de buen comer, hácese della perniles, porque siempre andan gordos. Llámanse comúnmente guarda-tinajas y por otro nombre arribobos; no son éstos los que llaman manatíes. Mátanlos los indios con flechas, cuando salen a pacer a tierra. Hay pericos ligeros, de cuya proporción en otra parte tratamos. Otros muchos géneros de animales hay, así feroces como domésticos de extraña naturaleza, de quienes aún no se tiene entera noticia, por lo cual no van aquí escritos. Otros muchos géneros de sabandijas o pequeños animalejos produce la tierra, que comúnmente su utilidad redunde en pesadumbre y daño de los hombres, a similitud de otras que en España hay, como son alacranes de feble ponzoña y arañas perjudiciales, morciélagos muy dañinos, que de noche dan crueles bocados en las personas donde quieran que los hallan descubiertos; pulgas, piojos y otros que, a la imitación déstos, se sustentan de sangre humana, a quien llaman pitos. Son del tamaño de un tábano, acuden de noche adonde la gente duerme, y allí, sin ser sentidos, chupan de la sangre toda la que pueden. La nigua es otra sabandija más pequeña que pulga y de la propria hechura y color, a quien ha hecho famosa su generalidad en las Indias y su perjuicio en las gentes, especialmente en los muchachos que andan descalzos, a quien se les meten por entre las uñas de los pies y después de encarnadas allí dentro de la carne se van hinchando y creciendo como una garrapata gorda. Algunas veces dan pesadumbre por haberse de hacer en la carne mayor portillo al sacarlas quel que ellas hicieron cuando entraron, quera muy pequeño, y todo cuanto chupan y engruesan dentro de la carne lo convierten en liendres, de donde se engendra tanta multitud dellas cuanta hay. Acuden más comúnmente a los pies

que a otra parte alguna de todo el cuerpo, y la causa desto yo no entiendo qué sea. Pocas veces son sentidas al entrar, porque son tan pequeñas que cuasi me parece que tienen el grandor del arador, y así cuando vienen a sacarse no dejan de haberse hinchado harto. Otros habrán tratado más larga y particularmente desta sabandija, y por eso yo no quiero hablar más della.

No menos poblado está el aire de diversidad de aves que la tierra de animales; pero aunque yo estuviera obligado a dar entera relación y aun mediana de todo ello, era imposible poderlo cumplir por muchas causas quel lector podrá considerar, y así reciba por servicio el trabajo de lo que acerca destas cosas y otras semejantes aquí en breve hallare escritas.

Un curioso pájaro se cría en esta tierra y en otras muchas partes del tamaño y color de una mirla, excepto que tiene la cola larga y amarilla; y es tal el distinto que Naturaleza en esta avecilla puso, que por librar sus hijos de las manos de los gatos y otros animales que por los árboles y montañas andan hace sus nidos en la más delgada punta del ramo que más fuera sale del árbol, de la cual cuelga un bejuco, que como una rama delgada de yedra, en el aire como una vara de medir, y allí hace y ordena su nido por tal orden que de nadie son ofendidos sus hijos, y con tanta curiosidad hecho y ordenado, que pone admiración el mirallos, porque los hacen cuasi tan largos como una media calza y muy fornidos de mucha fajina o menuda rama que traen; y para el lecho de los hijos donde se han de criar pone un vello de una hierba que como el que echa el cardo o alcachofa, y en esta forma se juntan a criar grandes manadas destes pájaros y hacen sus nidos apartados unos de otros muy concertadamente.

Hay paugies, que es un ave negra del tamaño de un gran capón, de muy buena carne de comer.

Los machos crían sobre la cabeza de una piedra tan alta como dos dedos, turquesada, y desta color son los huevos que la hembra pone, y del grandor de los de una gallina. Otro pájaro se cría cierto de extraña naturaleza por la particularidad quen él hay. El será en el cuerpo del grandor de una mir-la, y aun más pequeño, pintado todo de verde, amarillo y negro, el pico del cual es tamaño y tan grueso como un estuche de mujer, y con él hace tanto estruendo y ruido, que si no lo ven ni saben lo ques, les parece questán muchas personas con piedras partiendo nueces; y ansí ha habido españoles que oyendo el ruido queste pájaro hace con este disforme pico que tiene, andando en conquistas, creyendo ser gente de los naturales, acudir donde oyen el ruido y hallarse burlados. Un pájaro cría la tierra a quien por ser tan pequeño llaman los españoles tominejo, pintado de finos colores verdes, azules y amarillos, que jamás se posa ni para en árbol para comer, sino es en el aire, sustentándose con las alas, come y chupa el meollo o corazón de las flores, ques de lo que se sustenta. Es mucho más pequeño que un pajarillo a quien llaman mosquito en muchas partes de España; y destos tominejos ha acontecido pesar cuatrocientos dellos juntos, con plumas, tripas y pies, y no llegar a pesar una libra, y para en cuanto a las aves, basta lo dicho, en este lugar, que, aunque, como he dicho, no tengo obligación a tratar destas particularidades, por el discurso de la historia se hallarán derramados otros muchos géneros de aves y animales fieros y culebras sin los referidos.

De los ríos no tengo que particularizar aquí, sino quen esta tierra son abundantísimos de pescados de muchas maneras y géneros y que todos son de comer, y en ellos hacen los indios y españoles grandes pesquerías.

CAPITULO V

En el cual se escribe la manera de la gente Guayupe y sus casamientos, y lo que hacen con los primeros hijos que les nacen, y las ceremonias de que usan, y la manera de curarse, y las preeminencias de los médicos, y otras particularidades quentre ellos se usan

Los indios Guayupes es gente de buena disposición y bien agostada y lucida, y muy amigos de españoles y de imitar su manera de vivir. Andan desnudos en carnes, no porque les faltaría algodón de que hiciesen vestidos, mas por ser ellos en sí lajativos y de poco trabajo, y también como la tierra es tan cálida que jamás se siente frío en ella, aunque sea tiempo de muchas aguas, no hay rigor de frío que los compela a abrigarse como a otros indios de tierras frías, como son los de Sancta Fee, Tunja y Vélez, que aunque en los naturales Moxcas no se coge ningún algodón, ellos por abrigarse y tener con qué cubrir sus carnes lo traen destos llanos y gente que junto a ellos habitan.

Estos Guayupes se precian mucho de buen cabello, el cual curan y benefician y lo traen muy largo y tendido por las espaldas; pélanse las frentes y hácese en ellas muy largas entradas y muy bien ordenadas. Algunas veces se recogen el cabello con unas anchas tranzaderas de algodón y lo

juntan todo al colodrillo de tal suerte que queda hecho dél en aquel lugar una rosa de la forma de las que algunos curiosos soldados hacen en las ligagambas. Las mujeres destes Guayupes andan de la propria suerte que los varones, excepto que cubren sus partes vergonzosas con cierta tablilla o corteza de árbol puntiaguda que traen atada a la cintura. Sus casas o buhíos son largos y de vara en tierra, a quien los españoles llaman caneyes, en donde habitan y moran muchos indios casados juntos, y su dormir es en hamacas de algodón o de damazagua.

Sus casamientos son por interés, quel que se quiere casar trata con los padres o hermanos de la moza a quien está aficionado que se la den por mujer, y ellos se la otorgan con que les ha de dar algún precio, conforme al posible que tienen; y la mitad desto que dió por la mujer se le ha de dar al cacique o principal; y con esto celebran sus bodas con la solemnidad de beber y bailar y danzar quen otras muchas naciones lo suelen hacer; y después de juntos, si la mujer se empuña, el primer hijo o hija que pare lo entierran vivo o lo echan a un río abajo, cosa cierto quen crueldad y brutalidad excede a todas las criaturas racionales e irracionales; porque no sé de ninguna que no procure conservar sus hijos, antes, como se ve y aun se ha visto por experiencia de la víbora, que se da en manjar y sustento a sus hijos, y el pelícano, ave de gran estimación, que sus propias entrañas rompe para conservar la vida de sus pollos; y no sólo tienen estos bárbaros esta abusión, pero si secundariamente se empuña la mujer y pare hija, y algún indio le dice que por ser hembra no vale nada y no la debe criar, luego la mata, y lo mesmo hacen de la tercera y cuarta.

Las causas questos brutos dan para matar sus primeros hijos es decir que de ordinario los primeros hijos son aviesos y traviesos y muy fue-

ra de la voluntad y obediencia de sus padres, y que, demás desto, consumen mucho los primeros hijos la juventud de las madres y las envejecen, y por aquí discurren por un maremagno de disparates sin pies ni cabeza, ni orden ni concierto ninguno; y para restauración del daño del primer hijo celebran el del segundo con muy donosas ceremonias; al padre del cual llevan a encerrar a un buhío o casa que para este efeto tienen diputada, y al tiempo dentrar en ella están a la puerta muchos indios con manojos de ortigas vivas, con las cuales le azotan todos, hasta que gastan las que cada uno en la mano tiene; y pasada esta flagelación llegan a él doce indios, los más ancianos y graves del pueblo, y cada cual le da un repelón y le arranca los cabellos que puede y se los lleva consigo y los guarda para el efeto que luego se dirá; y con esto encierran al indio donde no ha de ver el sol ni a su hijo nacido ni a su mujer por espacio de una luna, ques un mes, en el cual tiempo ha de comer por tasa y dieta sólo una totuma de mazamorra pequeña cada día, ques como una escudilla de puchas o poleada, y de cinco a cinco días un pan o torta de cazabi con una totuma de vino hecho de cierta cáscara de cedro, que muelen y cuecen y perficionan de suerte que la pueden beber.

Pasado el mes del ayuno y encerramiento vienen los doce viejos con los cabellos que repelaron y arrancaron al padre del infante nacido, y tráenlos atados cada uno en una lanza, y todos los más indios del pueblo vienen con ellos, y sacando al ayunador del buhío donde ha estado, se van con él a cierta plaza del pueblo que para este efeto tienen limpia y aderezada, y en medio della los doce viejos hincan sus doce lanzas y se tornan a sentar, y estando en silencio se llega donde las lanzas están hincadas el mohán del pueblo, ques como sacerdote, persona tenida entrellos en mucha veneración,

y trae un grueso cordel y un manojo de ortigas en las manos, y tomando una de las lanzas dice a altas voces: que si entre los questán presentes hay alguno tan atrevido y esforzado que le ose quitar la lanza que tiene en las maños, que se venga para él. Luego se levanta el indio que ha salido del ayuno y se va para donde el mohán está, haciendo ademanes de hombre feroz y valiente, al cual el mohán recibe dándole muy recios azotes con el cordel quen la mano tiene, y hostigándole con el manojo de ortigas; y si tiene tal sufrimiento que no se queja, es por esta cerimonia tenido por muy valiente y bellicoso dende en adelante; y allí le untan o lavan todo con una salmuera de aji o pimienta todo el cuerpo, y con esto lo llevan a ver su mujer y su hijo con mucho y gran regocijo; lo cual tienen estos bárbaros por tan sustancial cerimonia, que afirman que si la dejasen de hacer la criatura nacida perecería, y aun dicen quel ayuno solían guardar y tener hasta quel niño o criatura gateaba o era de tres meses, en el cual tiempo no vían al hijo ni a la madre, ni comían sino con la limitación y moderación dicha; y que después que los españoles poblaron en su tierra, por andar ocupados en servirles no guardan esta su cerimonia por entero como solían.

Si la criatura es varón, después ques ya de crecida edad, su padre hace un gran convite al pueblo, donde hay grandes bailes, y en él se hace una gran candela o fuego, por cuya llama o resplandor el principal del pueblo y los más ancianos y honrados dél le pasan muchas veces; y hecho esto, el cacique toma un gran manojo de ásperas ortigas y con él azota al mancebo o mozo muy bien, y luego calientan en el fuego las puntas de ciertas lanzas que allí tienen, y con ellas le dan algunas punzadas al muchacho por el cuerpo sin que le haga daño. Y esta cerimonia o vanidad dicen hacer por que este muchacho sea buen guerrero, y

en la guerra no sienta las heridas y lanzadas que se le dieren.

Los mantenimientos destos Guayupes son yuca, maíz, cazabi y pescado y carne de venado, que, como dije, se matan en esta tierra muchos, y puercos de monte, que llaman vaquiras, y todas otras comidas; empero, su principal sustento es el beber, y todo lo más del maíz y yuca que cogen lo despenden en hacer sus brebajes. No comen ningunas aves de ningún género que sean, y al tiempo de sembrar y coger sus maíces no ha de llegar a ellos mujer que estuviere con su regla, y para sembrar aji buscan una india doncella, porque de otra manera dicen que no nacerá.

Es gente que se hace muy poca guerra la una a la otra, ni aun a las naciones comarcanas, antes procuran vivir en ocio y quietud. Las armas de que usan son unos dardos arrojadizos de cierto palo recio a quien llaman pipiri. Traénlos muy adornados y engalanados con plumas de aves de diversas colores, que los hacen lucir y parecer muy bien. Usan unas macanas de tres esquinas, que hacen pesado golpe, las cuales ansimesmo traen adornadas de plumas de colores y atadas a la muñeca por que aunque se les suelte de la mano no se la lleven. Es esta gente que se precian de tener limpia su casa y pertenencia de dentro y fuera, tanto que, para que cerca de sus casas y pueblo no haya cosa que huela mal, se va a proveer y expeler las inmundicias del cuerpo al río, y el que fuera de allí lo hiciese sería tenido por infame entrellos.

Entrestos Guayupes son los más estimados y temidos los médicos, por sus particulares embustes y embaimientos con que dan a entender a los mismos indios que se pueden convertir y convierten en tigres, osos y otros fieros animales que les suelen damnificar. Es oficio el de los médicos que se hereda de padres a hijos: tiénenles un servil

temor, de suerte que, temiendo sus palabras y obras, les son muy sujetos, tanto que si a uno destes médicos le parece bien la hija de cualquier plebeyo, aunque sea muy principal, y la pide para tener acceso con ella, se le ha de dar y no se le ha de negar. Ayúdanles a hacer sus labranzas y continuo los procuran tener propicios con dádivas que les dan y presentes que les hacen. La manera de curar destes es tan supersticiosa cuanto ellos son fabuladores. Si van a visitar o curar a algún enfermo de mal intrínscico, que procede de mal humor, como son calenturas y otros dolores particulares, hacen poner al enfermo en una hamaca en el aire, y pónenle dos fuegos de mucha leña, uno de un lado y otro del otro, y llegándose a él, comienzan a soplar y a decir ciertas palabras supersticiosas en su lengua, y con esto y con las candelas encendidas que lo asan vivo se lo tienen allí hasta que muere o restaura su salud. Cualquier hinchazón que les sobrevenga en cualquier parte del cuerpo tienen que les procede de la mano de otros indios que los han echado algunas maldiciones o enhechizado, por haberles hurtado alguna cosa o dado algún desabrimiento, con los cuales los médicos ganan mayor honra y fama que con otros ningunos, porque llevando cuando los van a curar en la boca hierbas o alguna espina o gusano, les chupan la hinchazón muy reciamente y hacen otras cerimonias, y echando delante de los questán presentes lo quen la boca llevaban, les dan a entender que lo sacaron de la hinchazón del enfermo, lo cual les es muy enteramente creído. Todo otro género de enfermedad, como son heridas y llagas y lepra, lo curan con hierbas de particulares virtudes, con que sanan.

Hay entre estos Guayupes una usanza quentre pocas naciones de indios jamás se ha hallado, y es que a los indios que por ser huérfanos y no tener quien les provea de lo necessario padescen ne-

cesidad les permiten que anden demandando *estiatil* por el pueblo lo que han menester para su sustento y mantenimiento, y de una vez recogen comida para ocho o diez días; y acabado aquel mantenimiento tornan a pedir de nuevo.

Acostumbran a tomar la yopa y el tabaco, que lo uno es una semilla o pepita de árbol y lo otro es cierta hoja que crían, ancha, larga y vellosa, y esto lo toman en humo, unas veces por la boca y otras por las narices, hasta que los emborracha y priva del juicio; y así quedan adormecidos, donde el demonio en sueños les representa todas las vanidades y maldades quel quiso, lo cual ellos tienen por muy cierta revelación, y no excederán de aquello que han soñado aunque mueran. Esta costumbre de tomar la yopa y el tabaco es muy general en todo el Nuevo Reino, y aun entiendo quen toda la mayor parte de las Indias, más que otra ninguna contratación, por ser instrumento o medio de quel demonio se aprovecha mucho con ellos, porque, como dije, mediante el humo que los indios toman destas dos cosas se emborrachan y privan del natural juicio, y allí tiene el enemigo lugar más acomodado para hacerles idolatrar y seguir las otras falsas opiniones que quiere.

CAPITULO VI

En el cual se escribe la manera de los entierros y sucesión de los caciques de los indios Guayupes, con algunas opiniones que tienen acerca del haber Dios y de la creación del hombre y de la luna y sol, y temblor de tierras y otras particularidades

Es cosa de admirar y aun de llorar los errores y ceguedades de la gentilidad de las Indias y cuán varios son en las cerimonias, así del vivir como del morir y enterrar los muertos, y en las de su idolatría, a quien algunos llaman impropriamente religión; y así como en el hablar haya la confusión que es notorio, así en todo lo demás son disformes y variables.

Dicen estos indios que sus mayores solían y acostumbraban enterrar los muertos debajo de la tierra, y que porque los comían y consumían los gusanos les fué mandado por sus simulacros, a quien ellos tienen por dios, que los quemasen e hiciesen polvos con las cerimonias que diremos, que no son menos de notar para el conocimiento de la barbaridad desta gente que las demás sus cerimonias.

Si el difunto es cacique o principal capitán o persona que forzosamente haya de tener subcesor, pónenle el cuerpo en un hornajo o palo hueco, que a manera de ataúd, y allí le ponen fuego hasta ser consumido y convertido en polvo y ceniza el cuer-

po, la cual echan en una vasija o mucura, apartando los huesos por sí, los cuales muelen y echan en otra vasija, donde los tienen bien tapados y guardados hasta quel subcessor o los parientes más cercanos del difunto han hecho todas las vasijas de vino que han podido, y para cierto día señalado convida a todos los de su pueblo y a sus comarcas, donde, después de congregados los parientes más cercanos del muerto, se adornan de sus más ricos y galanes atavíos, que son algunas chagualejas o joyas de oro y cuentas hechas de caracoles y algunos cobertores de pluma, y tomando las vasijas donde están las cenizas y polvos del muerto, las cuales ansimesmo componen y guarnecen de las joyas y aderezos que cuando era vivo tenía y poseía, las traen a la casa donde la gente está congregada, y en medio della las ponen sobre la silla donde el muerto en vida se solía sentar, la cual ansimesmo está aderezada lo más galanamente que pueden aderezarla. Hecho esto, se levantan dos o tres de los más cercanos del muerto, parientes suyos, y tomando la silla con las vasijas sobre los hombros, comienzan a bailar con ella, y tras esto se levantan los caciques y principales que allí hay con los demás indios, y poniéndose los unos las manos sobre los hombros de los otros van bailando por lo largo de la casa, llevando siempre en medio las cenizas del muerto; y con esta orden salen fuera del buhío y dan una vuelta al derredor dél, y entran por otra puerta al contrario de como salieron, y con la misma orden de bailar ponen las cenizas y silla dondestaban, y tórnanse a sentar en sus asientos en el suelo por la orden que antes estaban, y así se están descansando en silencio un buen rato, después del cual pasado se levanta el subcesor del muerto con una lanza en la mano, y puesto junto a la silla de las cenizas, dice cómo él es el cacique y señor de aquel pueblo y a quien todos han de obedescer y entender y tener por se-

ñor; y que si entre los presentes hay alguno que al señorío tenga mejor derecho quél, que quite la lanza de donde él la tiene puesta si fuese hombre para ello, y que si saliese con su empresa, también podrá salir con su señorío o cacicazgo, y sobresto trata allí o habla largamente lo que le paresce. Lo cual acabado, se levanta un viejo de los más honrados del pueblo y dice: "El es el verdadero cacique y que no hay quien mejor derecho tenga al cacicazgo, y que como tal será obedecido, honrado y servido de sus súbditos." Y esta plática del principal subcesor y respuesta del viejo se hace tres veces, sucesiva una de otra; las cuales acabadas, se quitan las cenizas de sobre la silla del muerto, en la cual se sienta el subcesor y manda llegar a sí todos los parientes y parientas más cercanos del cacique muerto, hijos e hijas si las tienen, y por orden los manda sentar del un lado y del otro de su silla y asiento, y luego toma la mano en hablar el viejo que le había otorgado la confirmación del señorío, el cual le encarga al nuevo cacique las hijas e hijos y parientes del muerto que están presentes, encargándole el buen tratamiento dellos. Y cesando el viejo de hablar se levantan los indios que sus hombros han llevado las cenizas del muerto y toman sobre sí con la misma silla al nuevo señor, y tráenlo con la demás gente, bailando de la propia suerte que con las cenizas hicieron hasta volverlo al propio lugar, donde, tornados todos a sentarse con mucho silencio, comienza un indio a hacer cierta lamentación muy dolorosa y lacrimosa, al cual en voz alta siguen todos los demás cuasi haciendo una manera de llanto bien sentido, que tura cierto espacio, después del cual todos cesan a una su llanto e *in continenti* le traen al nuevo cacique en ciertos vasos las cenizas del muerto deshechas en vino, de las cuales él bebe y da a beber a los parientes del muerto y a los demás principales o caciques que allí están. El cual bre-

baje procuran que venga tan bien compasado que a lo menos todos los caciques questán presentes alcancen dél; porque si acaso faltase para alguno, éste a quien no le alcanzase parte lo ternía por caso de menos valer e infame. Y del demás vino que tienen hecho dan a beber a los demás indios; y luego se levantan todos y comienzan a danzar y cantar con sus arcos y flechas en las manos, y sus flechas lo más galanas que pueden con plumajería de aves de diversas colores.

Turan estas fiestas tres o cuatro días con sus noches, en el cual tiempo nunca cesan de danzar, bailar y cantar por su orden. Y cuando cesan de cantar dan muy grandes silbos y voces, haciendo grandes ademanes y personajes con los cuerpos. El vino que beben en estas fiestas es muy espeso, y tanto que les basta para comida y bebida; lo cual beben muy a menudo, porque dando cinco o seis vueltas a la redonda, puestos los unos las manos sobre los hombros de los otros, cantando con cierto compás de pies que concierta con el tono que de cantar llevan, se sientan y les dan a beber; y luego se levantan y tornan a bailar y cantar y dar otras tantas vueltas y a tornarse a sentar y beber, y ansí gastan el tiempo dicho. Y es de saber questos cantos van mezclados con lloro, porque al tiempo que se sientan a beber y han bebido todos, un indio principal, a quien le es encargado, comienza a llorar y a hacer conmemoración por el cacique muerto, y luego le siguen todos con sus llorosas voces muy a compás. Y en cesando de llorar el principal luego cesan todos, y se levantan a proseguir su baile y cánticos tan sin pesadumbre como si tristura no hobieran pasado por ellos. Y ansí turan las fiestas y llanto quanto tura el vino, que, como dije, suelen ser tres o cuatro días con sus noches. Esta cerimonia del beber las cenizas de los difuntos dicen estos bárbaros que la hacen porquel muer-

to torna a revivir en aquellos que beben de sus cenizas.

Algunas opiniones tienen estos indios acerca del haber Dios, y de la creación del mundo y del Sol y Luna y temblores de la tierra, que las más de ellas no son menos erróneas que las de los otros gentiles; y aunque a mí me certificaron que estos bárbaros conocen que hay un Señor y Dios muy grande en el cielo, a quien llaman Inainagui, el cual les ha dado y da todos los mantenimientos de yuca, maíz, carne, pescado y otras cosas necesarias para su sustento, no puedo creer que una gente tan bárbara haya tan particular conocimiento, pues vemos claramente la variación de los muy dotos y entendidos en cosas naturales, los filósofos antiguos, que con cuanto alcanzaron y supieron no llegaron a conocer ni distinguir otro tanto como esto; y por esto tengo que los intérpretes entendieron mal a éstos indios sobresta declaración dicha del haber Dios Omnipotente, a quien ellos dicen que honran con hacelle muy grandes borracheras, y que si no lo santifican con estas fiestas se enoja y no les deja coger maíz, ni yuca, de lo cual el Inainagui está bien proveído, que es circunstancia que da claramente a entender no alcanzan estos bárbaros lo que poco ha dije de la omnipotencia del verdadero Dios.

Preguntándoles a esta gente si tienen alguna noticia de la creación del mundo y del hombre, dicen que no más de que al principio, antes que hubiese ninguna gente en el mundo, había sólo un indio y una india, de los cuales proceden ellos y los indios llamados Saes y Eperiguas, y todas las otras gentes que hay por el mundo, las cuales después de acabados de morir bajará Dios del cielo y criará otros de nuevo para que tornen a poblar la tierra. Tienen sus tractos y pactos con el demonio más por temor que por amor, al cual ellos no tienen por bueno, según dicen, sino por cosa pésima y mala y causador de todos sus males; pero que por

que, convirtiéndose en tigre o en otro fiero animal, no los maten, le sirven.

Tienen quel Sol es marido de la Luna, y que son casados, y que del Sol proceden las secas y calores y del otro las lluvias y aguas, y ansí fingen que cuando hace gran seca que la Luna ruega al Sol que se temple y modere y deje que caiga algún aguacero; y que cuando cae mucha agua, ques perjudicial a los maíces, quel Sol le va a la mano a la Luna y le hace que se abstenga de llover. Cuando sobreviene algún eclipse de la Luna dicen ques que los muertos sus antepasados se levantan a buscar de comer y beber, a los cuales amagan con las lanzas y armas que tienen, haciendo grandes ademanes con el cuerpo y dando muy grandes voces y alaridos, por que los muertos entiendan aquellos están vivos y con su fuerza y vigor para pelear y hacer guerra, según aquellos lo estaban antes que muriesen, y para ponelles algún espanto y temor a los muertos por que no vengan adonde ellos están, y con éstas y otras supersticiosas cerimonias que hacen se entran en sus casas y beben de aquel su vinazo todo lo que pueden. Cuando la Luna trae consigo un cerco redondo que la ciñe toda dicen ques señal de gran fertilidad y abundancia de comidas, y esperan muy prósperos temporales, y cuando el cerco de la Luna es quebrado o medio lo tienen a muy mala señal; ansí de hambres como denfermedads y otras calamidades; y para quitar estos males que por el prodigio de la Luna entienden que les han de sobrevenir, salen de sus casas y comienzan a soplar a todas partes, con el cual soplo dicen quechan la futura calamidad fuera de su tierra, y tras esto hacen grandes ayunos, con las cuales cosas ellos están satisfechos que de todo punto hacen cesar aquellas cosas que imaginan haberles de sobrevenir por la señal de la Luna.

Tienen otra opinión acerca del temblor de la tierra no menos de reír que las pasadas; y es que

dicen proceder este temblor de quel Dios aquellos imaginan se echa a dormir en su cama, y como es tan grande y tan pesado, con el golpe que da al tiempo que se va a acostar hace temblar la tierra; y para que del temblor no les sobrevenga algún daño ayunan una semana, y ansí viven seguros de que por esta vía les venga daño alguno. No se han podido saber otras particularidades de las naturalezas e idolatrías destes bárbaros Guayupes, aunque ello se ha puesto toda diligencia; pero por lo dicho se podrá ver y juzgar las demás costumbres que destes quisieren saber.

CAPITULO VII

En el cual se escribe algunas costumbres quen los casamientos y enterramientos tienen los indios Saes, que son en esta provincia de San Juan, diferentes de los Guayupes

En esta provincia de San Juan de los Llanos, demás de los indios Guayupes, hay otra nación de indios llamados Saes, quen algunas cosas difieren y varían de las costumbres de los Guayupes; de los cuales diré aquí solamente las cosas que hacen fuera de las referidas costumbres de los Guayupes y en lo que dellos hacen diferencia; porquen todo lo demás cuasi son uniformes, y así no habrá mucho que decir dellos.

Los Saes es gente robusta e indómita y fugitiva y muy enemigos despañoles y de su trato y conversación y amistad; pero grandes trabajadores y cultivadores. En sus casamientos no son nada escrupulosos ni aun celosos. El haber y elegir mujer cada uno se hace en esta manera: quen ciertos tiempos del año se congregan y juntan todos los varones y mujeres de un pueblo en cierta casa señalada y diputada para este efeto, donde hay ya prevenidas grandes vasijas de vino, y allí comienzan a bailar y danzar y cantar todos, según su costumbre, y a beber todo el vino que pueden, con el cual se escalientan y provocan a lujuria, así varones como mujeres; y después dencendidos en el torpe deseo, cada cual se ayunta a su mujer o ma-

rido, y las que quedan que no son casadas y varones por casar allí toma cada cual la que le parece y cumple con ella su torpe deseo, y dende en adelante la tiene por mujer. Y aquí no hay ningún estrupro o corrompimiento de doncella en estos casamientos; que cuando la mujer llega a edad de conocer varón está ya corrompida, que las corrompen en su niñez emborrachándolas primero para que no sientan dolor en ello, y así primero son malas que buenas mujeres, de donde les viene ser libres así con sus padres como con sus maridos, porque ni los padres las guardan cuando pequeñas ni tiene el marido ningún dominio sobrelas ni sobre los hijos después que pasan de diez años, y cada cual vive en su libertad desde esta edad; ni las celan ni aún tienen libertad para ello, porque si por esta o por otra cualquiera otra ocasión las enojasen, a la hora se irían con otro, sin que el primero fuese poderoso para tornarla a sí.

Hay otra manera de casamientos, en que las mujeres escogen y eligen sus maridos, y es en esta forma: que al tiempo que a una mujer doncella le abaja la primera vez su regla o mujeril costumbre, sus padres la tienen encerrada sin que salga donde le dé sol ni luna, ni a fiestas ni borracheras, tres meses; después de los cuales el padre de la moza hace muy gran cantidad de vino y convida a beber a la borrachera a todos los indios y principales de su pueblo, donde, después de juntos y coadunados todos, es traída la moza, y allí le cortan los cabellos todos a la redonda por cima de las orejas y la pintan muy galanamente con jagua y la adornan de las galas y joyas que el padre y la madre para este efeto tienen. Y hecho esto, las indias que allí están la tomen en medio, y con un cestillo hecho a manera de adufre esquinado puesto sobre la cabeza la traen cantando de una parte a otra, sustentándole el cestillo cuatro indias que lo llevan asido de las cuatro esquinas, el cual va lleno de todo género de comi-

das, como son yuca, batatas, pan de maíz y pan de yuca, y mani y otras cosas aquellos tienen por principal comida. La moza a quien se hace la fiesta echa el ojo a quien mejor le parece de los quen la fiesta o baile andan, o al ques más aficionada, y a aquel da de la comida quen el cestillo lleva, el cual ha de ser su marido si quisiere, y si no quisiere, ha de tener aquella primera vez acceso con ella aunque no quiera, y después ella se puede casar con el que quisiere o con el que la quisiere. Y es costumbre que si el marido dentro del año no empreña a la mujer, quella puede apartarse dél e ir a buscar otro, y si el otro no la empreñare, puede andar de uno en otro hasta que tope quién la empreñe, y con aquel se queda, y por aquesta causa hay algunos indios en esta provincia que tienen muchas mujeres; y destas dos maneras dichas celebran sus barraganías.

Pues en el parir no son menos brutos quen lo demás; porquen la hora que cualquiera india se siente propincua al parto, se mete en lo más espeso de la montaña que más cerca haya y allí se está hasta que ha parido sola; y acabando de echar la criatura déjala allí y va a llamar a su marido o a otra deuda suya, y tráenle agua con que se lave ella y su criatura, y si el marido muestra tristeza y pesar con el nacimiento del nuevo hijo, la madre luego lo echa en el río o lo entierra vivo, porque le parece quel no mostrar contento su marido da a entender que no tiene por su hijo a tal criatura recién nacida; pero si dello muestra contento, todos juntos y muy alegres se van a su casa, donde celebran con alegría el parto de la mujer y el nacimiento del hijo.

Acerca del enterrar los muertos, la costumbre destes indios Saes es esta: Ponen el cuerpo del difunto sobre una barbacoa o lecho, y allí debajo le ponen fuego para que se ase, y a medio asar lo sacan del fuego e quitan de la barbacoa, y allí lo par-

ten por suertes entre los parientes más cercanos del muerto; y si la persona a quien cupo aquesta carne es pobre y no puede hacer el gasto de vino que es necesario para hacer borrachera o convite general con el vino que tiene, él y su mujer e hijos se comen el cuarto del muerto que les cupo, y beben tanto vino hasta que de embriagados se caen dormidos en el suelo, y allí se quedan y están hasta que otro día les amanece y recuerdan, olvidados de la tristura del día pasado, porquel comer de la carne del muerto, aunque en ella intervino el beber, la celebran con grandes llantos y tristuras, todo lo cual les hace olvidar el vino. Los indios que son ricos y tienen abundancia de yuca y maíz para hacer convite general, luego que les dan su cuarto de parte del muerto, lo hacen ceniza y polvos, los cuales guardan en una mucura o cántaro en el ínterin quel vino necesario se hace, y después de hecho, el que hace la fiesta o obsequias del muerto convida a los demás del pueblo, y congregados todos en casa del que convida, se celebran las obsequias mezcladas con fiesta de la propia suerte que los Guayupes, de quien en el capítulo antecedente se escribió; y sólo comen estos indios Saes este género de carne de su difunto, y no otro ninguno de ninguna condición que sea, ni de aves.

Su sustento es el vino y maíz, yuca, batatas, frijoles, mani y otras legumbres de poca sustancia, con que viven tan contentos y lucios y gordos como otras naciones con sus epulentas comidas.

En todo lo demás entiendo, como he dicho, que siguen la vivienda y opiniones y ceremonias de los Guayupes, que son harto bestiales.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda volvió a la cibdad de Sancta Fee a pedir nueva conduta para poblar otro pueblo, la cual le fué concedida, y juntando setenta hombres, se volvió a San Juan de los Llanos, de donde salió a su jornada y descubrimiento. Cuéntase todo lo que le subcedió hasta pasar el río de Oma, en donde se alojó y envió a Hernando de Alcalá a descubrir cierta noticia

Para entera relación de los subcessos de San Juan de los Llanos me es necessario escrebir aquí otra jornada y poblazón quel capitán Avellaneda hizo, que no permanesció, según atrás lo apunté y dije; para cuya declaración es de saber que como, por defeto de haberle quitado y denegado a Avellaneda los oidores Briceño y Montañó la comisión que para que poblase otro pueblo se le había dado, él se volvió, como en su lugar más largamente lo conté, a San Juan de los Llanos, y allí se estuvo algunos días inquiriendo y sabiendo de los indios qué gente había por las faldas y vertientes de la cordillera adelante, y si cierta noticia que desde tiempo antiguo se tenía entre españoles de un valle de la Plata era cierta y verdadera. Los indios le

daban en todo tan buena esperanza, que verdaderamente movieron de todo punto el ánimo de Avellaneda a que con toda instancia tornase a procurar conduta y licencia del Audiencia para ir con gente a buscar y descubrir este valle de la Plata, aunque color para que se le diese había de ser diferente; y con esta sed y cobdicia volvió a Sancta Fee, donde hizo relación en el Audiencia que aquella provincia había grandes minas de oro y muy ricas, de donde podrían venir en gran aumento los quintos reales, las cuales no se podrían labrar si no era poblándose en comarca conveniente para asegurar los naturales otro pueblo despañoles; y para confirmación desta relación nunca faltaron por ventura testigos que la confirmaron e hicieran cierta. El Audiencia, vista la relación y petición de Avellaneda, le dieron comisión para que llevase la gente española que pudiese y hobiese menester y con ella poblase un pueblo donde le paresciese.

Avellaneda con la nueva comisión no fué nada perezoso en buscar soldados que le siguiesen, a los cuales, demás de ayudalles con dinero para que se proveyesen de las cosas necessarias, les prometía grandes gratificaciones, certificándoles que la prosperidad de la tierra era de tanta fecundidad y felicidad que ningún tiempo se arrepentirían de haber ido en su compañía; y con estos y otros cumplimientos y ofrecimientos juntó setenta hombres en pocos días, y con ellos se volvió a San Juan de los Llanos para desde allí dar principio a su jornada, dondél y los demás soldados que su compañía iban descansaron algunos días y aderezaron sus armas y otras cosas necessarias para el avío de semejantes jornadas. Y puesto todo a punto, Avellaneda salió de San Juan de los Llanos con su gente y con los que del pueblo le quisieron seguir, ya cerca del invierno, porque cuando el verano entrase tuviese lugar de caminar y pasar con tiempo

algunos arcabucos que se habían de pasar. Y así caminó con su gente y se metió en la provincia de los indios llamados Eperiguas, quen esta sazón estaban de guerra, y después los pacificó el proprio Avellaneda.

Alojóse con su gente en la mejor parte que le pareció para con menos trabajo pasar el ímpetu del invierno; pero como dende a pocos días tuviese necesidad de volver a San Juan de los Llanos, para que su gente se pudiese mejor sustentar la dividió en dos partes, y la una dejó alojada en las riberas de un río llamado la Herradura, donde quedaron por caudillos Juan Francisco de Bastida y Francisco Varga, y la otra parte de la gente quedó alojada en una poblazón de indios cuyo cacique o capitán se llamaba Buzama, y los españoles llamaron este pueblo el Real del Jubileo, por haber ganado en él cierta indulgencia y gracia concedida por el Sumo Pontífice, y con esta gente quedó por caudillo o teniente general de Avellaneda Alonso de Ortega, natural de Badajoz, hombre baquiano en las Indias y de experiencia. Este Ortega estuvo por teniente de cierto pueblo en la gobernación de Popayán, y por cierto mal subceso que allí tuvo se vino a Sancta Fee y entró en esta jornada. Y con dejar esta orden entre su gente, se fué Avellaneda con confianza de que no habría ningún mal subceso entre su gente, porque los naturales no eran muy bellicosos ni en tanta cantidad que se atreviesen a tomar las armas en las manos contra ellos. Mas no pasaron muchos días sin que hobiese avería y muertes y aun voluntades de tornarse a salir; porque como los soldados y caudillos que habían quedado alojados en la Herradura tuviesen necesidad de comida y la fuesen a buscar a un pueblo de indios llamado Capoquingua, questaba puesto en la cumbre de un alto cerro, cuya subida era tan dificultosa y áspera, por la naturaleza del lugar, que sin quen ella hobiese resistencia era trabajosa de

subir, los naturales, sintiendo ir a su pueblo a estos españoles, tomaron las armas en las manos, y con muchas galgas que puestas a punto tenían, cuando les pareció tiempo acomodado que ya iban subiendo por la empinada subida del cerro, arrojando las galgas e piedras sobre los españoles y acometiéndoles ellos con sus armas, los rebatieron e hicieron volver las espaldas, cuyo alcance los indios siguieron animosamente hasta arredarlos de su tierra, hiriéndoles muchos indios ladinos de su servicio que consigo llevaban, de los cuales murieron los más, y quitándoles todo el fardaje o carruaje que llevaban; porque los españoles a quien subcedió esto no eran más de diez y siete y los indios en gran número y multitud, y así les pareció que no era cobardía ni caso infame retirarse tan apresuradamente y sin concierto, perdiendo el hato y ropa que consigo llevaban, entendiendo que si se ponían a defenderlo aventuraban y ponían en notorio peligro sus vidas, y aun afirmaron que de industria lo habían dejado atrás, por que los enemigos se ocupasen en robarlo y no los siguiesen con tanto brío.

Los caudillos Bastidas y Barba, temiendo que los naturales, con la ufanía de la vitoria que habían habido, no se juntasen y viniesen sobrellos, enviaron a pedir socorro a Ortega, dándole relación del mal subceso que habían tenido y del recelo con questaban; el cual luego con todos los soldados que consigo tenía se juntó con los demás en el alojamiento del río de la Herradura, y allí determinaron estarse todos juntos hasta que Avellaneda volviese; donde el teniente Ortega comenzó a ser malquisto y aborrecido de algunos soldados, los cuales por esto y por parecerles que la jornada iba muy a la larga, se volvieron a San Juan de los Llanos, y tras dellos envió Ortega dos soldados para que avisasen al capitán Avellaneda de cómo la gente estaba ya descontenta de su tardanza y se comen-

zaban a salir y desbaratarse, y a dalle aviso de los que se habían huído. Los mensajeros toparon en el camino a Avellaneda, y por particulares pasiones que con Ortega tenían le hicieron muy contraria relación de la que les había sido mandado, porque como tenían las intenciones dañadas y empozñadas, dijéronle que le era necesario darse prisa a caminar donde su gente estaba, porque Ortega, a quien la había dejado encargada, se quería alzar con ella y meterse la tierra adentro, y que a algunos soldados porque no querían seguir su opinión los maltrataba, por lo cual se huían y ausentaban.

Avellaneda se admiró de lo que estos mensajeros le dijeron, porque tenía gran confianza de la amistad y virtud de Ortega; y así nunca dió entero crédito a lo que se le dijo. Llegado que fué al alojamiento de la Herradura, halló ser falso y compuesto todo lo que se le había dicho, y disimulando con todo por no alborotar la gente, antes dalles ejemplo de la particular virtud que él moraba, los confederó e hizo a todos amigos con el Ortega para que dende en adelante no hobiese entrellos ningunas novedades; y luego otro día siguiente caminó adelante con su gente para ir la engolfando la tierra adentro y que fuesen perdiendo el deseo de salir y volverse atrás; y después de haber caminado dos jornadas, se alojó en un sitio que los españoles llamaron el Real de los Puercos por haber hecho allí cierta montería de puercos monteses llamados vaquiras, donde con el regocijo de la montería se detuvieron cuatro días, que fué la causa de que algunos soldados intentasen volverse atrás; pero sus designios fueron descubiertos y Avellaneda tuvo noticia dellos y los procuró mitigar y amansar cuerdamente, más con benevolencia que con rigor, y prosiguió su jornada con presteza; y acercándose a un río caudaloso que los naturales llaman Oma, lo pasó con su gente por una angostura que a manera de puente el río o barranca

hacía; porque saliendo dos puntas de peña de la una y otra parte del río, la una frontera de la otra, se venían a confrontar y poner tan cerca que con un corto salto lo pasaba un hombre; y en este vacío o salto que las piedras hacían se pusieron palos gruesos para que seguramente pasase toda la gente; y luego desbarató Avellaneda la puente para que no pasasen con facilidad los que atrás pretendiesen volver. Los caballos pasaron a nado por el río, que luego por bajo de la angostura e puente hacía un buen remanso y playa.

Pasado el río Oma se alojó Avellaneda en las riberas dél, y de allí envió una escuadra o caudillo llamado Hernando de Alcalá, con treinta hombres, que fuese descubriendo y viese cierta poblazón que un indio que consigo traían le había dado de muchos naturales y ricos, que adelante había. Los españoles caminaron llevando por guía al indio que les había dado la noticia, el cual guiándoles por cierta montaña que por delante tenían, los llevó a dar en el lugar donde el río Guayare desemboca de la sierra, porque, según parece, esta gente iban bojeando lo llano cuasi arrimados a la cordillera del Reino. Los españoles vieron de la otra parte del río labranzas de indios y manera de haber poblazón, pero la grandeza del río no les dejaba pasar de la otra banda. El caudillo Alcalá, por volver con entera relación a su capitán de lo que le había sido encargado, mandó a seis soldados buenos nadadores que pasasen el río a nado y escondidamente procurasen ver lo que de la otra banda había; mas los soldados, temiendo cierto raudal o angostura que allí debajo el río hacía, se subieron un cuarto de legua más arriba, donde cortando ciertos palos de balsa atáronlos juntos, y en ellos sus armas, espadas y rodelas y sus ropas que llevaban vestidas; y arrojándose al río yendo asidos a los palos, la velocidad y fuerza del agua les arrebató con tanto ímpetu que les quitó los palos en

que llevaban atadas las armas de las manos y los forzó a que volviesen atrás, y así fueron constreñidos a tornarse a tierra y volverse donde los demás compañeros habían quedado; los cuales estando esperando en la ribera del río a ver si parecían de la otra banda los seis españoles, vieron venir los palos de balsa atados, los cuales topando en unas piedras del río descubrieron una de las espadas que ellos iban atadas, y arrojándose algunos soldados al agua sacaron los palos y armas y ropa de los seis españoles, los cuales luego conocieron y aun creyeron que hubiesen sido ahogados, o que los indios al pasar del río los hubiesen muerto; pero estando con esta pena llegaron los seis soldados desnudos en carnes y con la misma pena de que el río les hubiese llevado la ropa y armas. Mas como todo lo hallasen allí fuera de peligro, holgaron y alegráronse porque no debían tener muchas más ropas de vestir ni armas de las que el río les había llevado.

La guía siendo interrogada de la gente que de aquella banda del río había, dijo que no curasen de pasar, porquera gente muy belicosa y guerrera y que peleaba con lanzas y rodelas, y que aunque no comían carne humana, eran muy crueles y carniceros, que a los que habían en su poder les cortaban las cabezas y las manos y los pies y las ofrecían en sacrificio a sus simulacros, y que pues tanto deseo tenían de ver gente, que el río abajo la había en mucha cantidad y más doméstica que la que desde allí se parecía. Los españoles, aunque estaban faltos de comida, porque ni por aquellas riberas del río por donde andaban las hallaban ni de su alojamiento habían sacado comida para más de dos días, y había ya cinco que andaban fuera, y así era grandísima la hambre y necesidad que pasaban; pero con toda esta necesidad se animaron a caminar el río abajo, por el cual fueron una jornada sin hallar ningún rastro de gente ni de co-

mida, quera causa de fatigalles y aquejalles más la hambre, y así determinaron de volverse a donde su capitán había quedado. Pero los soldados se desconformaron en que unos querían volver por el propio camino por donde habían ido y otros querían atravesar por allí derechos al río de Oma, por donde les parecía que atajaban camino y aventuraban hallar que comer.

Alcalá con los que le quisieron seguir se volvió por el camino por donde había ido con harta hambre, la cual mitigaban con un palmito que cada día cortaban, para el cual efeto se juntaban veinte soldados que con el caudillo iban a hora de vísperas con hachas, y cuando se ponía el sol aun no lo habían acabado de limpiar de pura flaqueza y cansancio del camino; y con este remedio se sustentaron cuatro días que tardaron en llegar al alojamiento, y de un palmito comían cada un día los veinte soldados y su caudillo.

Y llegados al alojamiento, hallaron que los diez soldados que atravesaron el río de Oma no habían llegado, porque siguiendo su guía y derrota dieron en un pedazo de montaña o arcabuco donde la hambre les forzó a que comiesen cierta frutilla que aquella montaña criaba, que parecía nísperos, y bebiendo sobrella agua se les fué acortando la vista de los ojos de tal suerte, que casi no vían por donde iban; pero uno déstos soldados, quen el comer fué más templado que los otros, no siendo tan atormentado ni privado de la vista como los demás, dióse prisa a caminar y llegó al alojamiento, donde dió noticia al capitán del mal subceso suyo y de sus compañeros, los cuales, demás del mal de los ojos, quedaban ya fuera del arcabuco con grandes calenturas.

Avellaneda con toda presteza envió soldados con caballos a que los trujesen, los cuales cuando al alojamiento llegaron iban tan consumidos que, como suelen decir, no llevaban más que la madera;

pero ellos fueron justamente castigados de su inobediencia y loco atrevimiento; pues, demás de ir contra la voluntad de su caudillo, quisieron meterse por tierra que no sabían ni habían andado, y pudieran topar con algunos indios que los mataran a todos.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda se partió del alojamiento del río Oma y pasó con su gente el río Guayare, y se alojó a las riberas dél, y de allí fué con algunos de sus soldados a ciertos pueblos de indios, donde le dieron algunas guazabaras, las cuales escribiré aquí

Como Alcalá y los españoles que con él fueron habían visto de la otra banda del río Guayare labranzas y señales de haber poblaciones de indios y no habían traído ninguna otra claridad ni certidumbre dello, pesóle a Avellaneda y quisiera luego partirse con toda su gente; mas la enfermedad y flaqueza de los diez soldados que por buscar nuevo camino habían perdido la vista de los ojos no le daban lugar a ello, sino que forzosamente había de esperar a que mejorasen y convaleciesen. Pero como Alonso de Ortega entendiese y conociese quel capitán deseaba ver y saber la calidad de aquella tierra, mandó a siete negros esclavos suyos que consigo llevaba que siguiendo el camino que Alcalá había seguido hasta llegar al Guayare procurasen pasarlo y ver con toda diligencia lo que había de la otra banda y volviesen a darle aviso. Los esclavos se partieron con sus armas, queran arcos y flechas, y pasaron el río Guayare porque le hallaron muy bajo y desmenguado; y amparándose con el velamen de la noche siguieron por cier-

ta cuchilla o loma, por donde fueron a dar a un pueblo o lugar de indios en que había ocho casas grandes que tenían buen golpe de gente, y para no ser damnificados della los negros entraron por el lugar haciendo muy gran ruido y alboroto, para con aquel tumulto espantar y alborotar los indios, lo cual al principio les salió bien, porque como los indios moradores del lugar oyeron los alaridos de los negros, dieron a huir y desamparar sus casas, creyendo ser más gente, pero como después, por los clamores y voces de algunos indios e indias que los esclavos tenían presos, entendiesen los naturales cuán pocos eran los que los habían saqueado el lugar, tomaron las armas y juntándose vinieron sobrellos, y haciéndoles perder y soltar la presa y volver las espaldas los echaron y ahuyentaron del pueblo, y aun los siguieron con tanta obstinación que por huir cayó uno de los negros en un aljibe que cerca del camino estaba, y aunquera de noche los indios lo sintieron y dieron en él; pero los negros, pretendiéndolo librar, revolvieron sobre los indios, los cuales como eran muchos causaron que la pretensión de los negros fuese vana, aunque no dejaron de pelear un buen rato los unos con los otros, en que los esclavos hicieron todo su posible y aun damnificaron en harto los indios, porque disparando en ellos los carcajos de flechas que llevaban hirieron a muchos dellos, pero dejáronles la pieza en las manos, donde a lanzadas lo mataron dentro del aljibe. Los demás esclavos se volvieron al alojamiento donde Avellaneda había quedado y le contaron a su amo y al capitán el subceso de su jornada, certificando que, demás de la mucha gente que parecía haber en aquella tierra donde habían ido, habían tomado en las manos cataures llenos de oro, los cuales los indios les habían hecho soltar.

Avellaneda y sus soldados dieron todo crédito a los negros en lo de las riquezas que habían fingido,

y cada cual pretendía verse muy rico y próspero en breve tiempo; pero todos fueron en pocos días frustrados de sus designios; porque como luego apercibiese toda su gente Avellaneda y otro día caminase la vía del río Guayare, por sus jornadas llegó al propio río, y pasándolo y alojándose de la otra banda dél tomó consigo cuarenta hombres y caminó la vía del lugar o pueblo donde los negros habían sido ahuyentados, y como los indios los viesen ir hacia sus casas, tomando las armas en las manos hicieron ostentación y muestra desperarlos con grandes ademanes, con que daban señal de tener gran brío y ánimo, pero desde cerca de sí vieron los españoles, temiendo la furia de sus caballos y la crueldad de sus espadas y lanzas, los volvieron las espaldas y comenzaron a huir con furia, desamparando el lugar. Los españoles se entraron en él y se apoderaron de las comidas que hallaron, que cierto llevaban necesidad dellas, y de allí fué proveída la demás gente quen la ribera del río quedó alojada.

El capitán Avellaneda, después de haber puesto en partes acomodadas sus velas o centinelas para que los indios revolviendo sobrellos no los tomasen descuidados, envió algunos soldados para que procurasen haber algún indio o india de quien se pudiesen informar; mas aunque toda diligencia en ello se puso por los soldados a quien fué cometido, no pudieron haber más de sola una india, quen una roza o labranza hallaron, cuyo marido dende a poco se acercó al lugar con una lanza en la mano y una rodela por ver si podía haber a su mujer; y como por la vela fuese visto, fué dello dado noticia al capitán, el cual envió cuatro soldados que cualquiera dellos pretendía de por sí sujetar y haber a las manos aquel bárbaro; pero después quen medio de los cuatro soldados le tuvieron, el bárbaro era tan suelto y ligero y mandaba con tanta liberalidad la lanza que traía, que ninguno de los soldados le osó

acometer ni entrar ni hacerle algún daño; y así haciendo rostro a uno de los cuatro españoles con tanta ligereza le acometió e hirió con la lanza y se hizo a lo largo sin recibir daño ninguno, que los españoles quedaron corridos y afrentados de que así se les hobiese ido dentre las manos, y cierto tuvieron razón de sentirlo; porque parece cosa infatible a los soldados que se precian de valientes írseles un bárbaro dentre las manos sano y libre y sin lesión.

Este indio, como salió vitorioso, convocó a los demás a que se juntasen y tomasen las armas y diesen sobre los españoles y los matasen y echasen de su tierra; pues demás de ser pocos en número, los tenían gran ventaja en la soltura y ligereza de sus personas y largor de las lanzas. Los indios vinieron en ello, y congregados gran cantidad dellos, así de los moradores del lugar como de otros muchos quen la comarca había, vinieron al tercero día sobrel capitán y los demás españoles que con él estaban descuidados de su venida, porque como era a mediodía, ques hora en que pocas veces los indios suelen hacer semejantes acometimientos, las velas se habían descuidado y dejado sus puestos por irse a comer. Mas aunque antes de acometer a los españoles fueron los indios sentidos por ellos, fué tanta la presteza de los bárbaros en el acometer, que no les dieron lugar a ensillar sus caballos ni armarse según era necessario, antes entrando de tropel en el primer buhío que hacia sí tenían, dondestaban alojados ciertos españoles, sin consentirlos tomar las armas los forzaron a huir, hiriendo a algunos dellos, donde los indios se detuvieron algún espacio, de suerte que los soldados que más adelante estaban alojados tuvieron lugar de salilles al encuentro con sus espadas y rodelas, y entre los buhíos de aquel pueblo comenzaron a pelear los unos con los otros muy obstinadamente, y es cierto que los españoles,

aunque peleaban valerosamente, fueran por entonces maltratados de la multitud de los bárbaros si no fueran favorecidos de los esclavos que allí estaban, que serían nueve piezas, los cuales con sus arcos y flechas dieron en los indios por las espaldas, y descargando en ellos su flechería, los trataron tan mal que los constriñeron a huir, porque los negros ninguna flecha que tiraban la dejaban de emplear en los indios, y así andaban algunos cargados de flechas a manera de agarrochados toros. Y como los indios, prosiguiendo su huída, se fuesen retirando a una montaña que cerca estaba y fuesen en tanta cantidad que los unos a los otros se impidiesen el huir y caminar, eran más damnificados de los soldados y negros que iban siguiendo el alcance, y matando unos y dejarretando otros dejaban el camino bien poblado de cuerpos de indios. Y añadióseles a los bárbaros otro daño mayor, y fué que como en el camino de la montaña estuviese atravesado un grueso árbol que les impedía el huir con ligereza, caían los unos sobre los otros, y en este lugar no les era a los que les seguían más matar indios que hormigas; y así pagaron los pobres su loco atrevimiento, y soltaron las armas y otras baratijas que llevaban hurtadas quen el primer buhío que acometieron y dieron hallaron y robaron. Pasada esta guazabara nunca estos indios curaron de hacer más acometimiento a los españoles, por haberles ido tan mal en ella cuanto se puede colegir de lo dicho.

El capitán Avellaneda con los soldados que consigo tenía pasó adelante por ver mejor lo quen aquel valle donde estaban había; y así marchó con su gente hasta llegar a un pueblo que los españoles llamaron de las Barrancas Bermejas, que tenía veinte casas grandes de morada, en cuyas entradas había hechos algunos hoyos con estacadas en que los españoles cayesen y se estacasan. Los moradores deste pueblo, desdeque vieron la gente

que a él llevaba enderezado su camino, desampararon sus moradas e huyeron; pero entre sí se congregaron y juntaron dende a poco tiempo y determinaron venir sobre los españoles aprovechándose de todos los ardides de guerra que pudieron y sus juicios alcanzaron; porque antes de dar la guazabara hicieron de noche ciertos acometimientos por ver si estaban los españoles descuidados y dormidos, y como siempre los hallasen velando y con buena guardia, acordaron acometelles de día, para el cual efeto y para ser señores de sus enemigos en la batalla pusieron muchas estacas y puyas alrededor del pueblo donde los españoles estaban alojados, y amanesciendo sobrel alojamiento se les pusieron a vista y viniéronse acercando muy ordenadamente por sus escuadrones. Los cuales para ser gente tan bárbara traían bien concertados, porque bajando por una loma o cuchilla abajo hacia los españoles, venían por los lados de la cuchilla dos escuadrones de muchos indios con rodelas de anta muy coloradas y negras y lanzas muy largas, puestos por sus hileras de cinco en cinco; y entrestos dos escuadrones venía otro escuadrón de gente de macanas, y todas las rodelas traían en las manijas puesta cierta redecilla o mochila, llena de piedras para tirar y arrojar. Y con este concierto caminaban muy despacio y a compás para los españoles. E ya questuvieron a tiro de piedra de los buhíos se repararon y comenzaron a depender su munición contra los soldados y españoles, los cuales se estaban quedos y juntos hechos un cuerpo, procurando disparar un arcabuz que traían, el cual venía tan mal aderezado, que aunque diversas veces le pegaron fuego no quiso salir; pero al fin, ya que los indios habían acabado de tirar las piedras y querían arremeter a los españoles para pelear pie a pie, lo cual si antes hicieran no dejaran de salir con vitoria, fué Dios servido que disparó el arcabuz, y fué tanto el miedo que dél

tenían, que sin hacer más acometimiento del hecho volvieron las espaldas y comenzaron a huir, y los soldados dieron luego en el alcance en ellos y mataron e hirieron algunos, sin querer muchos seguir el alcance, porque era tanto el daño que los mismos indios se hacían en las estacas y puyas que el camino y alrededor del pueblo para defensa de los españoles habían puesto, que no se escapó cuasi indio que de allí no saliese empuyado o estacado.

La causa de huir estos indios con tanto temor del estruendo del arcabuz fué porque poco antes que viniesen a dar esta guazabara se habían acercado dos indios al alojamiento de los españoles, y al uno derribaron con un arcabuzazo, y el otro quedó tan espantado de verlo caer sin cuasi señal de herida, que dijo a sus compañeros: "Los españoles traen consigo ciertos truenos que sin herir mataban."

El capitán, desbaratando los indios, mandó algunos soldados que saliesen a correr el campo o los alrededores del alojamiento, los cuales yendo a este efeto hallaron un escuadrón de indios que por la parte de abajo los estaban esperando, para si, habiendo los de arriba vitoria, huyesen por allí algunos soldados, cayesen en sus manos; cuyo principal estaba sentado en un troncón de un árbol con un sombrero pardo y un cordón de oro y unas mantas pintadas, de suerte que señoreaba a los demás indios, y aunque vido a los españoles no por eso se movió de donde estaba, antes con grandes voces animaba a los suyos para que, peleando con los nuestros, los matasen; pero los soldados acometieron a los indios con tanto brío, que en breve espacio los hicieron volver las espaldas y huir con daño de muchos indios que allí quedaron muertos. Hallóse entréstos indios que vinieron a dar esta guazabara sombreros muy galanos, hierros de lanzas, y dagas y otras cosas despañoles, que parecían haberlas habido de poco tiempo;

pero no se pudo imaginar de dónde las hobiesen habido, porque desde el tiempo que por cerca desta tierra pasaron y anduvieron los de Venezuela y Hernán Pérez de Quesada, nunca después acá, hasta el tiempo questo subcedió, se ha ninguna gente apartado tanto del Reino que pudiese llegar a esta poblazón y provincia.

Pasadas estas cosas, Avellaneda dió la vuelta sobrel río de Gauyare, donde había dejado alojada la demás gente, y para llegar con brevedad se adelantó dejando encargados los soldados que consigo tenía a Juan Coles, y él en pocos días llegó al alojamiento, donde fué bien recebido por ser deseada su llegada. Juan Coles usó tan mal el cargo que se le encomendó, quen la segunda jornada perdió un español por descuido y negligencia suya; porque como este español que faltó viniese indispuerto y no pudiese caminar con la presteza que los demás, dejóselo algo atrás, sin encargar a la retaguardia que tuviese cuenta con él; y ansí fué el pobre muerto de indios o de alguna fiera, porque aunque después lo volvieron a buscar diversas veces no se halló rastro ni señal dél. El capitán Avellaneda recibió pesadumbre muy grande de la pérdida del soldado y reprendió ásperamente al caudillo; pero con todo esto se quedó el español pobre muerto o perdido.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda, con toda su gente, se partió del alojamiento del río Gauyare y se metió la tierra adentro por montañas hasta llegar al valle de San Jerónimo, donde pobló la cibdad de Burgos. Cuéntase aquí todo lo que dicha cibdad subcedió durante el tiempo que los españoles estuvieron en ella

Juntada la gente en el alojamiento del Gauyare, el capitán Avellaneda determinó meterse la tierra adentro por una aspera serranía y muy montuosa, por donde tendría hallar camino para el valle de la Plata a quien dicen llamarse en lengua de los indios Sibundoy; y enviando delante sus macheteros y azadoneros para que fuesen abriendo el camino, él siguió con la demás gente su vía y se engolfó en un mar de montañas tan estériles de comidas y raras de poblaciones cuanto abundantes de asperezas y trabajos para los soldados, los cuales iban ya sintiendo la necesidad y falta de la comida, que les era ya grande y molesta y no esperaban sino a que se les muriese el caballo para tener qué comer algunos días, y cuando esto subcedía el capitán hacía que la carne se repartiese de suerte que todos participasen della. Y fué tan grande la estrechez y aprieto en que la hambre los puso, que había soldado que tenía cuenta dónde se echaban los vergazos de los caballos y los recogía

para su comer, y los comía con tanto gusto y tan sin asco como si fuera otra comida más substancial y menos asquerosa. Pero desto no nos debemos maravillar, pues es tan grande el rigor de la hambre, que ha forzado a las mujeres a comerse sus propios hijos salidos de sus entrañas, como algunos antiguos libros nos lo enseñan. El principal remedio contra la hambre eran algunos palmitos que se hallaban y cortaban por el arcabuco, que tenían muy buen comer, y cocidos con la carne daban gusto y sabor de coles o repollos murcianos; pero en este tiempo entiendo que cualquier buen gusto les daría esta comida con este trabajo.

Después de haber caminado algunos días por estas montañas, por donde toparon dos o tres poblezuelos de poca substancia ni comida, llegaron a un valle o poblazón llamada Moquigua, por tener este nombre el principal della, a la cual los españoles llamaron el valle de San Jerónimo, que pareció tener razonable dispusición de tierra y de algunos poblezuelos, lo cual a causa de la maleza pasada les pareció a los españoles cosa muy próspera y buena; y también como en todo el tiempo que habían caminado no habían hallado ningún rastro ni claridad del valle de la Plata, perdieron de todo punto algunos la esperanza de que lo hoviese. Y así acordaron el capitán y sus soldados de poblar un pueblo en este valle de San Jerónimo con su aditamento de mudarle adonde les pareciese parte más cómoda y mejor para sustentarse, y después de haber el capitán Avellaneda hecho cierto parlamento a sus soldados, trayéndoles a la memoria la perdición en questaban por causa de sus obstinadas opiniones, las cuales quisieron seguir contra la voluntad de su capitán, porque parece ser que aunque Avellaneda salió de San Juan con designio de ir en demanda del valle de la Plata, para el cual efeto se había de meter por las montañas y sierras montuosas, considerando después

el mal subceso de los capitanes que aquel camino habían seguido, acordó mudar derrota, y sobrello habló generalmente a sus soldados en las riberas del río Oma, los cuales dijeron que se había de seguir la demanda del valle de la Plata y no otra ninguna; y así Avellaneda por satisfacerles y contentarlos siguió aquella derrota, por la cual vino a parar a este valle de San Jerónimo. Y concluyendo su plática el capitán disculpándose de no ser a su cargo ni culpa el haber venido a término y estado en questaban, pobló un pueblo e cibdad a la cual llamó la cibdad de Burgos, y nombró sus oficiales de gobierno de república, alcaldes y regidores, según la costumbre quen esto se tiene, que ya diversas veces he referido, y allí en el sitio dondestaban comenzaron a hacer sus buhíos o casas, y pretendiendo con vana esperanza queste pueblo o cibdad había de permanecer, cada cual edificaba y cultivaba por su persona e indios que de servicio llevaba lo que podía, a imitación del trabajo de las arañas, que gastando la sustancia de sus propias entrañas y consumiendo su propia virtud y vida en hacer unas flacas telas, de ninguna cosa les sirve y aprovecha este trabajo más de, como suelen decir, de matar moscas y consumir su vivir.

El trabajo quen esta nueva cibdad de Burgos ponían estos soldados yo no siento que les sirviese de cosa más de consumir sus propias vidas; porque ni la tierra daba esperanza de ser buena adelante, ni después ni de presente les sustentaba ni alimentaba, ni los naturales les servían ni daban ningún auxilio, y demás de faltarles la comida, les faltaba la sal, de suerte quentre todos los españoles no se hallaban más de solas cuatro libras de sal, y esas las tenía un solo soldado y no las pretendía dar aunque le diesen otro tanto oro por ellas, porque las tenía ya para la conservación de su salud corporal.

Estuviéronse en este sitio de la cibdad de Burgos los españoles poco más de tres meses, donde, demás de las calamidades referidas, tuvieron otra no menor, queran tan continuas las aguas y rayos, truenos y relámpagos, y de tanta tempestad y tormenta acompañados, que ponía espanto a los hombres y los tenía como atónitos y embelesados de verse metidos en tal tormenta; porque quiso su fortuna que estos tres meses que en este sitio hicieron asiento fué la mitad del invierno; porque en estas montañas son más las aguas que en las tierras rasas, y así dura más el invierno, que tiene principio por marzo y se concluye por agosto, sin cesar, como he dicho, todo este tiempo de llover, tronar y relampaguear, y así se maravillaron estos españoles cómo era posible en tal tierra habitar gentes; mas el que conociese la brutalidad de algunas naciones de indios, no se admirará de cosa que dellos oiga decir ni aun vea.

También en este tiempo tuvieron algunas refriegas o guazabaras con los indios que aquel valle había, que aunque eran pocos procuraban defender bien sus personas y mejor sus comidas, y algunas veces vinieron a acometer y echar los españoles de su cibdad. Los españoles, con la gran necesidad y falta que de mantenimiento tenían, aunque las aguas eran muchas y los ríos iban creciendo, no dejaban de salir por su orden a buscarlos, unas veces yendo el propio capitán en persona, y otras enviando sus caudillos; pero aunque, como dije, los indios procuraban defenderlos las comidas, aprovechábales muy poco, porque siempre eran rebatidos de los españoles y llevaban la peor parte, pues nunca dejaban de ir descalabrados. Usaban estos indios alderredor de sus pueblos fortalecerse con hoyos estacados para en que los españoles cayesen; pero ninguna cosa les aprovechaba, ni con ellos dañaban a los nuestros.

Habiendo el capitán Avellaneda salido a buscar

comida con una parte de la gente, dieron ciertos escuadrones de indios en la cibdad o pueblo y mataron algunos indios de servicio ladinos y siete caballos, que aunque les hicieron falta para la guerra les fueron provechosos para comer, con que, aunque bien vendidos, se holgaron con ellos. Costábale cada cuarto al que le había de comer cuarenta y cinco pesos de oro, y les parecía que se lo daban gracioso.

Un principal de aqueste valle, llamado Yaquenos, se fortaleció con su gente en cierto cerro alto y empinado, de tal suerte que a él y a los demás indios sus vecinos les parecía cosa intomable, así por la naturaleza y aspereza del lugar y de su subida como por la mucha munición de dardos, lanzas y galgas que tenían prevenidos para rebatir a los españoles si pretendiesen subir a su fuerte; y así los indios del valle siempre decían a los españoles que, pues eran tan valientes, que fuesen a tomar la comida quel cacique Yaquenos tenía recogida en su fuerte, paresciéndoles quen ninguna parte podrían ser desbaratados sino allí. El capitán Avellaneda, por deshacer la opinión que los indios tenían deste su fuerte, envió a él un caudillo con treinta y cinco hombres, los cuales ciertamente se pusieron en gran peligro y riesgo; porque los indios quen lo alto estaban los esperaban con las armas referidas, y les tenían mucha ventaja.

Puestos en concierto los españoles con sus armas en las manos, comenzaron a subir la cuesta arriba muy poco a poco por no llegar cansados a lo alto, para si hobiesen de venir a las manos con los indios, los cuales oyéndoles subir dispararon y comenzaron arrojar de los dardos y galgas que a pique tenían; y es cierto que si no fueran favorecidos del auxilio divino, que los quiso guardar de aquel tan evidente peligro, que allí perescieran, porque la ofensa de las galgas arrojadas de alto pocas

veces tienen reparo si no es tras de algún árbol o peña muy crecida, la cual no había en toda esta subida; y así subcedió aquí un evidente milagro por virtud del Sacratísimo Nombre de Jesús; porque como los indios de lo alto arrojasen una galga o piedra, que según su grandor pesaría más de tres arrobas, y esta viniese a dar sobre un soldado llamado Andrés García, natural de la villa de Mora, él viéndola venir enderezada a sí, tomó la rodela con ambas manos, levantándola sobre la cabeza para recibir en ella el golpe de la galga e invocó devotamente el nombre de Jesús al tiempo que la piedra llegó a darle, y como si fuera una muy liviana pelota hizo el golpe en la rodela sin moverla de adonde el Andrés García la tenía, y de allí saltó o pasó adelante sin hacer daño a ninguna persona.

En la primera furia los indios acabaron de gastar la munición arrojadiza que tenían prevenida, sin hacer daño en los nuestros, y quedaron con sus largas lanzas en las manos con que defendieron muy bien la entrada a los españoles si no acertaran a llevar para el mesmo efeto algunas lanzas jinetas, con las cuales los apartaron de donde estaban defendiendo y ofendiendo a los que subían, de suerte que tuvieron lugar dentrar en el fuerte o alojamiento o pueblo de los indios y apoderarse en él. Los cuales se habían retirado a cierto arcabuco que cerca de allí estaba, y después que vieron apoderados a los españoles en sus casas y en lo que ellas tenían, salieron a tratar paces con los nuestros, las cuales les fueron concedidas por el caudillo con quel cacique viniese dondél estaba. El cual, temiendo que los españoles comían carne humana y que lo habían de comer a él, no osaba ni osó parecer, hasta que le llevaron ciertos pedazos de indio muerto que el pueblo o fuerte había dejado, con lo cual creyó lo contrario de la opinión que tenía contra los españoles. Y llegado dondel

caudillo y los españoles estaban, les dijo que se recogiese luego donde su capitán estaba, porque todos los indios del valle estaban juntos para ir a dar sobrel; pero disimuló el caudillo con esto, echándolo a burla o compostura, y comenzó a persuadir al cacique que se fuese con él a ver al capitán, el cual lo hizo con liberalidad. Y acabados de llegar estos soldados al pueblo e lugar de Burgos, dieron los indios que se habían juntado en él, pero con facilidad fueron desbaratados y ahuyentados y aun maravillados de cómo habían tomado el fuerte de Yaquenos. Quedáronse algunos destos indios emboscados cerca del pueblo, y como dos o tres soldados saliesen a buscar palmitos para comer, los indios dieron en ellos, y tomaron al uno y le cortaron la cabeza y se la llevaron para poner en un palo que cada uno delante de las puertas de su casa tiene a manera de picota, donde cuelgan todas las cabezas de los que matan; y el que más cabezas tiene es entrellos tenido por más valiente y mejor; y luego volvieron por el cuerpo muerto del soldado, y aunquestaba ya enterrado, lo desenterraron y se lo llevaron para comer.

El mayor daño que estos indios hacían a los españoles era en el agua, porque cuando enviaban a sus indios de servicio a lavar o para traer agua, como era todo montaña y no podían ser vistos ni con facilidad socorridos, salían a ellos los indios que ya estaban emboscados, y matábanlos y llevábanse los para comer. Este daño remediaron con talar y desmontar las aguadas y emboscarse en ellas los españoles y dar en los indios cuando venían a hacer sus saltos.

CAPITULO XI

En el cual se escribe cómo por no poderse sustentar el capitán Avellaneda con su gente en la cibdad de Burgos, que había poblado, la desamparó y caminó hasta llegar a un alto páramo. Trátase de la facilidad con que las Indias pueblan y despueblan un pueblo, por no mirar al principio las circunstancias que se deben mirar

Los que antiguamente en España poblaron, por defeto de no haber entrellos el arte de la labor ni del pan, ni de las otras cosas necessarias para el sustento de los hombres, que después fueron inventadas, solamente procuraban que donde hobiesen de residir el sitio fuese airoso, y las aguas dulces, y las hierbas naturales buenas y tales cuales convenían para su sustento; porque según estas dos cosas juzgaban tener la tierra buenas influencias del cielo o no tenerlas; porque como su principal sustento habían de ser y eran las frutas y legumbres que la tierra naturalmente produce, y los esquilmos de sus ganados, érales forzoso mirar con diligencia estas cosas, y con todo esto no podían estar continuo en un lugar, porque no eran bastante las frutas que una provincia e región se daban a sustentarlos todo el año. Y así se mudaban algunos tiempos a las otras partes donde había abundancia de frutas y comidas, y desta suerte se sustentaron mucho tiempo hasta que fué

hallada o traída entrellos el arte de cultivar y arar los campos y sembrar el trigo y las otras cosas necessarias para el ordinario sustento, que fueron principal causa para que los pobladores hiciesen y perpetuasen asiento en una parte, y cesó el andar cargados con sus ganados y baratijas de un lugar a otro. Y con tener los españoles estos espejos y otros muy mejores de sus mayores, cuasi ninguna destas cosas miran en las Indias cuando van a poblar, sino que haya muchos indios y que la tierra sea rica de minas de oro o plata; y como estas dos cosas tengan, muy poco se les da quel temple, sitio, aguas, hierbajes y constelación del cielo sea lo más malo y perjudicial que puede ser, y quen ella nunca se críe trigo ni se pueda hacer casas ni cosa que permanezca, porque hácese cuenta que lo que los indios sembraren los ha de sustentar que quieran o no quieran, y ellos les han de sacar oro con que se provean de las otras cosas necessarias; y como estas dos cosas sean perecederas e inciertas, muchos pueblos se han despoblado y despoblarán andando el tiempo.

La causa es que como todo el trabajo de la labor y sustento de los tales vecinos depende de los indios, que les han de hacer las casas, y sustentárselas y hacerles las labranzas, y cabándolas, sembrándolas, desherbándolas, y segándolas, cogiéndolas y trillándolas y encerrándolas, y les han de dar sus hijos para las minas, servicios para sus casas y otros cien mill géneros de impusiones con que nunca paran; y después de todo esto las demoras y tributos principales, juzgue cada cual si bastarán estos trabajos a consumir y acabar los animales, cuanto más los hombres, y muchas veces no les queda tiempo para hacer sus labores para el sustento de sus casas. Todo esto va consumiendo los indios muy poco a poco en poblezuelos nuevos, donde la justicia y los vecinos todos son encomendados, y los unos por los otros nunca cumplen ley

ni cédula enteramente que sea en favor de los indios; y a estos tales pueblos digo que permanecerán y turarán tanto cuanto turase el sustento que los indios dieren y dan a los españoles, y que acabados los indios de ser muertos, no hay sustentarse pueblo; porque ni los españoles se dan a hacer heredades, ni labores ni otras cosas que sean perpetuas, ni la tierra donde habitan es para ello, por el defeto dicho de no mirar con atención las calidades que debe tener el lugar donde poblaren a lo menos por espacio de dos o tres leguas de tierra que alderredor del pueblo sería justo que se les diese a los españoles que pueblan y se van a vivir a semejantes nuevas poblaciones, con aditamento que las labrasen y cultivasen y gastasen en ellas parte de su hacienda, para que después no fuesen con facilidad movidos a dejarlo perdido e irse, pues la imaginación de haber gastado sus dineros en semejantes labores y trabajos puede mucho y es causa de no moverse con facilidad los hombres. Pero esto dicen muchas personas no poderse hacer, por ser las tierras de los indios comarcanos, a quien no se les debe quitar, lo cual hallo yo las más veces ser invención de los propios encomenderos, que, según su ambición, querrían adjudicar a sí todo lo que y no es de sus indios, los cuales siempre tienen tierras sobradas para sí y para sus vecinos, y ansí podrían partir con los españoles, a los cuales también se les había de apremiar a que no viviesen graciosamente, sino que se diesen a hacer heredades con que perpetuar la tierra, con pena de que si en ello fuesen negligentes o descuidados se les quitasen los indios, y que cada cual fuese obligado a tener bueyes para arar y jumentos para cargar la comida, pues hay abundancia dellos, y ansí serían los indios reservados del trabajo y conservados y aumentados; y estos bueyes y jumentos que para reservar el trabajo de los indios cada uno tuviese

debían ser exentos de toda obligación expresa, pues eran y son los tales jumentos para conservar y relevar de trabajo a los naturales y sustento común; y no sería bastante razón decir que van a poder de otro encomendero, pues el a quien se los quitaran para vender, en lugar dellos ha de arar y trabajar con los indios.

Un poco he salido fuera de mi principal intento, quera tratar la inconstancia e inconsideración que muchos capitanes han tenido en poblar pueblos en nombre del rey y en lugares donde es imposible sustentarse, los cuales si temiesen algún particular, riguroso y ejemplar castigo, no lo harían, ya quel temor de la infamia no les mueva a ello. Sálese cada cual que quiere con no sé qué color y con veinte hombres y métese por tierras remotas y apartadas, y aunque claramente ve que no es parte para sustentarse ni permanecer, o por ser los soldados pocos, o la tierra perversa y mala y de pocos naturales y malos, o por otras muchas causas que para ello hay, y sólo porque les quede un título de capitán y una familia de que eran, dejan la poblazón y vuélvense a comer bodigos, y luego dicen era el mejor pueblo y la mejor tierra y los mejores indios y los más ricos que había en el mundo, y por aquí van discurriendo por cien mill de fabulaciones con intento de que los tornen a enviar, o les den licencia que salgan con su gente a reedificar aquel pueblo que despoblaron; y cierto es grande el exceso quen esto ha habido en la nueva cibdad de Burgos y de su fundación.

Habránme escuchado con mucha atención, porque les parescerá que una cibdad llamada la nueva Burgos no podía dejar de ser cosa que imitase a nuestra cibdad de Burgos en España; pues yo os certifico que la tierra y naturales della han forzado a nuestros pobladores a que tomen su cibdad a cuestras y pasen adelante a buscar dónde puedan comer; porque aunque al tiempo que la poblaron

se dieron a hacer sus rozas y labranza y las otras cosas necesarias para su sustento, la naturaleza de la tierra e influencia de los astros y planetas era tan mala, que con ninguna cosa que principiaran salieron ni llegaron al cabo, y en todo este tiempo se sustentaron de las comidas que los indios para sus sustento tenían, las cuales se acabaron, de suerte que ya ni hallaban maíz, ni yuca, ni batata, ni otras legumbres ningunas con que poderse sustentar; y así desamparando el sitio dondestaban poblados caminaron al pueblo del cacique Yaquenos, que estaba de paz y era amigo, según atrás queda dicho, de los españoles desde que le asaltaron el fuerte donde con su gente se había recogido.

Fué el capitán Avellaneda y sus soldados bien recibidos del cacique Yaquenos y hospedado y proveído de la comida de que tuvo necesidad, y se ofreció a acompañarlos y guiarlos por aquella tierra, como hombre que la sabía. Y deste pueblo otro día siguiente caminaron los españoles llevando consigo al cacique Yaquenos por guía. Caminaron algunas jornadas de montaña, por donde toparon dos o tres lugarejos o pobleuelos de poca suerte, y en el uno dellos se hallaron más de sesenta cabezas de indios puestas en palos delante de la casa del cacique, entre las cuales estaba la del español que los indios mataron junto a la ciudad de Burgos. Llegaron pasados algunos días a las riberas de un río que tenía cantidad de labranzas de yuca, maíz y batatas, donde se holgaron los españoles, y cogiendo lo que hobieron menester y quisieron, pasaron a lo alto y adelante, donde lo alto de una empinada cuesta que había de subir los indios les tenían puesta una gran peña a punto con otras muchas galgas, para echarla encima a tiempo que fuesen subiendo; para el cual efeto habían abierto y limpiado un ancho camino por donde los soldados subiesen, y al tiempo que

a los indios les pareciese echarles la peña y las galgas encima, con que pensaban matar la mayor parte dellos, y ciertamente lo hicieran si el capitán Avellaneda no advirtiera en aquel haber limpiado y aderezado los indios aquel camino no procedía de buen comedimiento, sino de algún engaño o emboscada que los indios tenían armada; y así, echando su gente por fuera de aquel camino, los fué abriendo vía por donde pasasen, apartándolos de aquel peligro y trampa que los indios les tenían armada, con lo cual quedaron los bárbaros frustrados de sus designios y los nuestros salvos de peligro, aunque también les pretendieron estorbar este paso y camino que llevaban con lanzas y piedras y otras armas arrojadizas; pero en oyendo el estruendo de algunos arcabuces que contra ellos se dispararon, desampararon el alto y subida que pretendían defender y diéronse a huir.

Subidos en lo alto sin ningún daño los españoles y sus criados o gente de servicio, caminaron algunos días pasando por algunas poblaciones, donde se proveían de alguna comida, hasta que llegaron a un pueblo de indios donde hallaron gallinas de las de España y turmas de tierra e alguna abundancia de comida, por lo cual y por ir la gente algo fatigada le fué necesario al capitán detenerse en él algunos días para que la gente se reformase y descansase, que lo habían bien menester, según la mala y doblada y estéril tierra que habían pasado; pero ninguna cosa se les mejoraba la de adelante, antes se la doblaba y empeoraba, poniéndoseles delante muy malos pasos para los caballos, los cuales les era forzoso aderezar a fuerza de brazos, que cuando a estos soldados toman estos trabajos, sobre cansados, sonles más nocibles. Ofrecióseles en el camino un alegrón de un valle que el capitán descubrió, que, según la apariencia y demostración que desde lejos tenía, juzgaban ser el valle de la Plata, en cuya demanda habían

salido; por lo cual cada uno daba por fenecidos sus trabajos y principiada su bienaventuranza y descanso; pero la fortuna les burló en esto, como en lo demás; porque dende a muy poco tiempo entraron en el valle y no hallaron cosa digna de la remuneración de sus trabajos. Pasaron de largo, cuasi siempre cubiertos con las ramas y sombras de los árboles y montes, hasta llegar al pie de un alto páramo, donde cuasi se hallaron tan atajados con la maleza y aspereza de la tierra y sierrazón y espesura de los arcabucos, que a una parte ni a otra no hallaban salida, y a ellos les era dificultoso el volver atrás por los malos caminos y sierras despobladas que habían de pasar, en donde corrían riesgo de perecer todos, y el mismo peligro tenían dondestaban alojados, porque ni hallaban comida con que se sustentar ni aun agua para beber, que cuando estas dos cosas faltan se hacen de todo punto intolerables los trabajos.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo Avellaneda atravesó el páramo y cordillera del Reino hacia la parte de Neiva sin saber por dónde iba, y fué a salir al valle de la Tristura, que en Neiva, y allí se esparcieron sus soldados y cada cual se fué por su parte, donde tuvo fin su jornada

El capitán Avellaneda, viéndose en este estrecho con su gente, envió la vía del páramo ciertos soldados a que viesen si había salida o subida por donde los caballos pudiesen subir; pero hallaron el camino tan cerrado de manglares, que les pareció ser imposible pasar por él los caballos. Estos manglares en semejantes montañas son gran multitud de cepas que de las raíces de los árboles proceden, las cuales levantándose sobre lo fijo de la tierra se van entretejiendo unas con otras y subiendo y levantándose sobre la haz de la tierra, y suelen crecer tanto así entretejidas unas con otras, que se levantan cinco y seis estados del suelo, y esta entretejedura es rala y cubierta de cierta manera de lana que los árboles crían, que cuando veen el camino parece que está sobre fijo, y en poniendo el pie encima, si no van con aviso, se sume el pie por entre aquellas cepas y raíces, y a veces el hombre; y si por semejantes partes quisiesen pasar caballos, era imposible si no le echaban encima algunos reparos con que hacerle fijo.

Vueltos los soldados adonde Avellaneda estaba con tan mala esperanza de pasar los caballos, fueron muertos algunos, así por esta causa como porquentre los españoles había gran falta y necesidad de comida, y entre todos se repartió la carne de los caballos, y aun hobieron de andar a las puñadas sobrel recoger la sangre; y no los mataron todos con esperanza de hacer algún reparo en el camino; porque como los caballos son muy temidos de los indios, procuraron los españoles conservarlos y no hallarse en ninguna parte sin ellos.

Avellaneda animó con buenas palabras a su gente lo mejor que pudo para que diesen orden en reparar el camino para que pasasen los caballos, pues era poco lo que había que aderezar, y así repartió la gente en cinco o seis cuadrillas para que con hachas y machetes fuesen cortando ramas y fajina, y echando sobre la tela y urdimbre de las raíces de los árboles por donde habían de pasar los caballos, fuesen abriendo el camino, que, demás de los objetos dichos, iban muy cerrados y angostos. Los soldados lo fueron aderezando con harto trabajo y lo mejor que pudieron, cubriéndolo todo con fajina y rama de árboles, y sobresto iban poniendo los sayos de armas que tenían y faldas de los caballos y adargas, sobre que iban los caballos pasando aquel trabajoso paso; y así con el favor de Dios y mediante su buena y mucha diligencia acabaron de pasar los caballos que les quedaban aquella montaña y manglar, y subieron al páramo, por donde fueron a dar a un valle llamado de Duhagua, poblado de algunos indios que traen cubiertas sus personas con mantas de algodón, gente poblada en los altos de las lomas y cuchillas, dondestaban fortalecidos y corroborados por las continuas guerras que los unos con los otros tienen, a fin de se comer, porque todos ellos son caribes, y lo mesmo acostumbran los

indios de atrás del valle de Moquigua y sus comarcas, porquen ningún buhío ni poblazón de toda la provincia por dondestos españoles anduvieron, hasta el valle de Neiva, dejaron de hallar brazos, piernas, manos y pies y cuartos de hombres y mujeres muertos y puestos al humo a cecinar para guardar, allende de la que fresca comían.

Este valle de Duhagua está en las vertientes del río Grande de la Magdalena, cuasi a los nacimientos dél, y el páramo y cumbre que poco ha dije que los españoles pasaron era la cordillera quentrel Reino y los llanos de Venezuela está; y aunquestos españoles atravesaron la cordillera y pasaron a estotra parte del Reino, no lo habían reconocido ni lo reconocieron hasta después de haber andado algunas jornadas por entre pueblos e indios de guerra caníbales, que aun cuando tenían noticia de los españoles y pueblos del Reino, nunca la daban enteramente, antes algunos dellos entendían que comían carne humana los nuestros; porque llegando ciertos españoles a buscar comida a un pueblo de indios después de haber tenido con ellos ciertos recuentros y haberlos ahuyentado y echado de su pueblo, les trujeron de presente un cuarto de un indio para que comiesen por muy principal regalo; pero el caudillo que allí iba tornó a enviar al mensajero que lo había traído y mandóle que lo volviese donde su cacique estaba, al cual dijese cómo dél no pretendía más de su amistad y comercio, que viniese a verse con el capitán.

El cacique debía de ser de buena condición, que luego vino adonde el caudillo estaba, y de allí se vino a ver al capitán; el cual le dijo cómo pretendía hacer allí un pueblo e residir en aquella tierra para defenderle de sus enemigos. El cacique mostró holgarse con lo que Avellaneda le decía, y le respondió qué ya tenía noticia cómo servían los indios de Tocaima y Bogotá, y que lo

mesmo harían él y sus indios; pero destas palabras nunca tuvo ninguna sospecha Avellaneda ni sus soldados, porque muchas jornadas atrás habían oído a algunos indios hablar algunas palabras castellanas, y parecíales que los que las hablaban debían de ser algunos indios de los quen tiempos pasados fueron presos y anduvieron en las jornadas en compañía de los españoles, y así no echaron de ver en lo quel indio decía, mas luego pasaron adelante, por parecerles gente de buena disición la que por allí había, con designio de si fuese mucha asentar en esta provincia su cibdad de Burgos, quentiendo que andaban ya cansados de traerla a cuestras por los arcabucos y montañas y cerros; pero cuando más contentos iban por la buena esperanza que tenían de topar tierra en que descansar y permanecer, dieron en el valle de la Tristura, en las riberas del río Grande de la Magdalena, dondestuvo el general Jiménez de Quesada cuando desde las provincias de Tunja salió en demanda de Neiva, donde le habían dicho que había grandes riquezas, y en lugar dellas adquirió graves enfermedades de calenturas para todos sus soldados, según en su lugar queda escrito largo.

Avellaneda por su larga experiencia reconoció luego haber sido esta tierra hollada y trullada despañoles, y así lo manifestó a sus soldados, que luego vieron hartos vestigios y señales de haber andado gente española antes aquellos en esta tierra, y aun destar cerca de dondellos estaban; porque en ciertas rozas o labranzas de indios hallaron unos pies de plátanos, ques árbol que no le hay entre los naturales, sino entre los que habitan cerca de pueblos despañoles. Estas señales les fueron muy odiosas y tristes a los españoles; porque demás de hallarse frustrados de sus designios y esperanza que tenían de haber y hallar tierra donde descansar y ser gratificados de sus trabajos, sentían grandemente el haberles salido en vano

todo lo que tan a costa de sus personas y hacienda habían pasado y lastado y padescido por tierras tan malas y trabajosas cuanto son las por dondestos soldados anduvieron, y entre gentes tan bellicosas, caníbales y bestiales en condición y fiereza.

Avellaneda los consoló lo mejor que supo, y poniéndoles por delante los trabajos que con más largos días y años de jornadas y descubrimientos habían pasado otros muchos soldados y españoles por las mismas calamidades aquellos, los cuales sin lo procurar ni querer se habían hallado en partes donde no podían recuperar ni soldar su perdición, antes debían dar gracias a Dios, pues los había echado en tierra donde no peresciesen todos, como a otros había subcedido, por querer con obstinación seguir su opinión, como ellos lo habían hecho; pues de su consejo y parecer no se había seguido la derrota y vía por donde habían venido al paradero dondestaban. Y concluyó su plática con decirles que todos o los más le debían dineros del alivio que les había dado, que aunque su necesidad fuera tanta como la de cualquiera dellos, qué los esperaba hasta que Dios se los diese y lo tuviesen, y que no por eso dejase cada cual de seguir la vía que le pareciese, qué les daba licencia para ello. Los soldados le agradecieron su forzosa liberalidad y franqueza, y cada cual se fué por su parte, porque donde a esta sazón estaban era ya tierra segura y donde no había riesgo ninguno; y así tuvo fin la cibdad de Burgos, yéndose cada uno de sus pobladores por su parte.

El capitán Avellaneda con los que le quisieron seguir se volvió por la vía de Sancta Fee a la cibdad de San Juan de los Llanos, donde después acá ha vivido y residido, y hoy vive y reside, aunque trabajosamente, por los pocos naturales quen aquella provincia hay y pocos aprovechamientos; que, aunque hay minas de oro, no hay quien lo

saque ni quien las labore, y así acuden a ella pocos españoles. Y doy cierto que si el capitán Avellaneda no hubiera de ordinario residido en este pueblo, entiendo que ya se hubiera despoblado, porquien semejantes pueblos o ciudades, en faltando los fundadores dellas, que los procuran sustentar por su propia honra, luego son perdidos, y los que tienen minas de oro e indios que las labren, como poco ha dije, turarán en el ínterin que los indios e las minas turasen.

LIBRO DÉCIMO

En este libro décimo se escribe cómo estando por edito real vedado el dar licencia para que se hiciesen nuevas poblaciones, el Audiencia del Nuevo Reino, a pedimento de las demás cibdades, nombró al capitán Salinas para que con la gente que pudiese fuese a castigar a los naturales de las cibdades de Ibague, Mariquita y Tocaima, que se habían rebelado, según en los libros de atrás queda escrito; y cómo, después de haber pacificado la gente rebelde, Salinas, con los soldados que le quisieron seguir, se metió en las provincias de los Palenques, donde pobló la cibdad de Vitoria.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe en substancia las causas y ocasión por donde, estando prohibido por cédula del rey el hacerse nuevas poblaciones, los licenciados Briceño y Montañó dieron licencia a Asensio de Salinas, vecino de Tocaima, que hiciese cierta gente y pacificase ciertas provincias de naturales rebeldes y poblase un pueblo despañoles

La poblazón y fundación de la cibdad de Vitoria tuvo un rodeo muy largo, el cual si de plano se hobiese de escribir en este lugar, sería muy pesado a cualquier lector. Lo que se hará será referirlo en suma, y después lo que perteneciere a la fundación y pacificación desta cibdad se escribirá por extenso, con otras muchas cosas tocantes a las naturalezas de los indios de aquellas provincias, y lo quen este antecedente sumario se escribiere lo podrá hallar copioso el que lo quisiere ver en las poblaciones y pacificaciones de las cibdades de Mariquita e Ibague, que atrás queda escrito donde todo subcedió.

Fué, pues, el caso quel año de mill e quinientos y cinquenta y siete, rigiendo y gobernando el distrito del Nuevo Reino como oidores del Audiencia y Chancillería Real quen la cibdad de Sancta Fee reside los licenciados Briceño y Montañó, comenzó a haber algunas alteraciones y rebeliones entre los naturales de las cibdades de Tocaima, Mari-

quita e Ibague, que todos o los más dellos son de nación Panches, que, como he dicho, es lo propio que caníbales. Estos naturales comenzaron a desvergonzarse en su rebelión con un tan rústico atrevimiento, que, pretendiendo echar los españoles de la tierra, pusieron a sus cibdades en muy grande aprieto y estrechura, poniendo en algunas cerco de gente de guerra por que no tuviesen lugar de salir a buscar comida ni sustento.

Aunquesta rebelión era ya notoria a los oidores, no por eso proveían de remedio, diciendo que era menos el daño que de despoblarse las cibdades despauoles se podía seguir que los quen la pacificación de los rebeldes se habían de hacer; y así dieron lugar a que creciese la rebelión de aquestos bárbaros, de suerte quen diversas partes mataron algunos españoles, así encomenderos como particulares soldados; y tras esto se siguió que la gente Moxca intrínsecamente con muy secreto trato se convocaban los unos a los otros para tomar las armas y dar en las cibdades entrellos pobladas, que son Sancta Fee, Vélez y Tunja; porquestos naturales Moxcas, teniendo noticia de la rebelión y alzamiento de la gente Pancha, naturales de los pueblos dichos, y de cómo habían hecho algunas crueldades en españoles, y con todo se habían salido, y viendo el poco remedio quen ello ponían como jueces supremos, parecíales que los Panches no podían dejar de haber entera victoria y vencimiento contra los españoles, y arruinando y destruyendo los pueblos quentrellos estaban poblados, podrían luego confederarse y ligarse los unos y los otros, Panches y Moxcas, y dar en los pueblos de tierra fría y haber con la felicidad quesperaban de verse libres de la sujeción de los españoles; y este trato de los naturales Moxcas fué descubierto y manifiesto a los pueblos quen su provincia estaban poblados, los cuales para que fuese remediado y castigado enviaron sus pro-

curadores al Audiencia Real, y llegaron a tiempo que así habían llegado a la propia Audiencia procuradores de las cibdades de Tocaima, Mariquita e Ibague, que venían a pedir quel Audiencia les socorriese con ayuda de gente y municiones de pólvora y arcabuces y otras armas, para poder sustentar la furia de los rebeldes quen gran aprieto los tenían puestos.

Congregáronse todos estos pueblos y procuradores dellos, ques todo el Reino, y de conformidad significaron a los oidores los riesgos en que generalmente estaba toda la provincia y región, ansí de tierra fría como de tierra caliente, lo cual si no se remediaba y atajaba con la brevedad quera necessaria, se pondría en evidente peligro la tierra; porque ya la desvergüenza de los naturales era tanta, que, saliendo a saltear a los caminos, públicamente mataban algunos españoles, y se había extendido la fama de la rebelión hasta Cartago, cuyos naturales por este respeto, tomando las armas, habían ido sobre Cartago, pueblo despañoles en la gobernación de Popayán, questá treinta leguas de Ibague, y lo habían puesto en gran confusión y riesgo con pérdida de muchos españoles que mataron. Pidiéronle estos procuradores al Audiencia que les diese un capitán que pudiese hacer gente en todo el Reino y constreñilla a ir a la pacificación de los naturales rebeldes, dándoles alguna ayuda de costa de la casa del rey, y ayudando los pueblos y vecinos con otra parte de dinero. Los oidores, forzados de la necesidad que había de remediar un tan general y evidente daño y peligro, nombraron por capitán para el efeto dicho a un Asensio de Salinas o Yola, vecino de la cibdad de Tocaima, natural de Salinas de Amaya, en las montañas de España, al cual proveyeron de cierta cantidad de dineros de la caja del rey para avío de los soldados, y, como dije, los pueblos le proveyeron de otra cierta cantidad; y dándole los oido-

res conduta de capitán y justicia mayor de los tres pueblos de Tocaima, Ibague y Mariquita, le dieron poder ansimesmo para quen las cibdades del Reino juntase cierta cantidad de gente, y despacháronlo con toda brevedad.

Salinas, aunquera ya hombre mayor de cincuenta años y trabajado de guerras pasadas, puso mucha diligencia en lo que le era encargado; y con la mayor brevedad que pudo envió gente y socorros despañoles a Ibague, quera la que más necesidad tenía, y a los otros dos pueblos, y dende a pocos días después de haber juntado todos los más españoles que pudo, se fué él a pacificar las provincias y a castigar los rebeldes, y empezando por los naturales de la cibdad de Ibague, fué corriendo toda la tierra para Tocaima; y de allí bajó a Mariquita, en cuyas poblaciones estuvo algunos días pacificándolas hasta que llegaron al valle de Guali, donde ya los soldados, cansados y destrozados del mucho tiempo que había que andaban pacificando las provincias dichas, rotos y desnudos, porque todas estas tierras son faltas de ropa de algodón, se volvían a procurar algún descanso a los pueblos despañoles de Mariquita y Tocaima. En efeto, que de más de ciento y tantos soldados que Salinas tenía consigo quedaron solamente setenta soldados, que, aunque cansados y trabajados, deseaban ir a poblar alguna parte para tener reposo y sosiego y haber alguna gratificación de sus servicios; porque al tiempo que los oidores dieron al capitán Salinas comisión que fuese a pacificar las provincias dichas, le dieron ansimesmo facultad que después de pacificadas pudiese con la gente que tuviese poblar un pueblo donde hobiese comodidad para ello de tierra y naturales, y allí gratificase por entero en los aprovechamientos y demoras de los indios a los españoles que con él permanesciesen hasta la fin de su jornada; y por esta causa muchos soldados se que-

daron en Guali con él, para pasar adelante a buscar tierra para poblar.

El capitán Salinas, aunquera viejo y tenía bien de comer y lo que había menester en Tocaima, deseaba dejar de sí alguna memoria notable con que quedase su nombre y fama perpetua; y así este ambicioso deseo posponía el defeto de su debilidad y vejez, y andaba importunando con mucha instancia a los más de los soldados que no se fuesen ni le desamparasen, sino que lo siguiesen, prometiéndoles toda gratificación; pero, según he dicho, no los pudo detener, y así se quedó en Guali con los setenta dellos.

Es este Guali el último pueblo de los términos de Mariquita, hacia la parte dondestá poblada Vitoria, donde feneció y se acabó el castigo de los rebeldes quel capitán Salinas salió a hacer, del cual castigo, como al principio deste capítulo me ofrecí, he dado relación en suma, por no ser cosa perteneciente a este lugar más de para dar claridad del origen y ocasión que la cibdad de Vitoria tuvo para poblarse; porque en esta sazón estaba por edito real suspendido con graves penas el salir a hacer poblazones nuevas, y los españoles soldados no siguieran a Salinas si no les dieran comisión para poblar, y el Audiencia, constreñida a remediar el general daño que se ofrescía para que los soldados con más voluntad siguiesen al capitán Salinas y fuesen a castigar aquella rebelión, entendiéronse a dar esta comisión contra lo quel rey tenía mandado, por ser cosa que más convenía a su servicio y al sustento del Reino. Porque el rey informado de los excesos quen las jornadas se hacen por algunas crueles personas, así de muertes, robos y otros géneros de avaricias y torpedades que se cometen, como por evitar otras fuerzas hechas en los indios de paz para llevarlos con cargas a las jornadas, donde mueren fuera de su natural, vedó con gran rigor, como he dicho, cuasi en

aquel tiempo el irse a hacer nuevas poblaciones, y esta suspensión tura hasta hoy; y si algunos pueblos despañoles después acá se han poblado, ha sido con diversas colores y ocasiones, pero no que derecha y abiertamente y de voluntad se les haya dado licencia por los superiores, como en el principio de la fundación de cada pueblo de los que de aquí adelante escribiremos lo trataremos y daremos a entender.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo después de haber pacificado el capitán Salinas los indios que había rebeldes en las provincias de Ibaguè, Tocaima y Mariquita, se metió en la tierra de los Palenques, saliendo de términos de Mariquita, y pobló la cibdad de Vitoria, con aditamento de que se pudiese mudar, y las causas dello

Con la gente que al capitán Salinas le quedó, que, como he dicho, serían setenta hombres, tan destrozados y mal vestidos y aderezados cuanto se puede imaginar, porque como la pobreza de la gente que habían andado los había puesto en tal extremo, se salió del valle de Guali con más brevedad de la que su trabajo y afición pedía, porque los vecinos de Mariquita, con ingratitud y más atrevimiento del quera razón, le habían requerido al capitán, después que tuvieron pacífica su tierra, que se saliese de los términos della con los españoles y soldados que consigo tenía, fingiendo haber recibido dellos notables daños y agravios, y aun oponiéndoles con falsa osadía delictos y casos feos de que después se desdijeron públicamente algunos.

Fueron luego a parar al valle y pueblos de Bocaneme, tierra tan áspera y agria como la de Guali, aunque no de tan espesos montes y bosques, porquen ella había algunos rasos pedazos de pajonales y prados de poca sustancia. El capitán co-

menzó luego a enviar gente española que corriesen la tierra y procurasen haber algunos naturales della para que mediante el buen tratamiento que se les haría y lo que se les diría atraerlos a la amistad antigua que con los españoles solían tener; porque, según parece, estuvieron otro tiempo estos indios de paz y aun sirvieron a Mariquita. Los soldados corrieron con tan buena diligencia la tierra, quen pocos días hobieron a las manos muchos naturales, y entrellos algunos de sus principales y caciques, los cuales habían sido movedores de algunas rebeliones y causado algunas muertes de españoles. Y eran indios inquietos y que causaban, cuando querían, que hobiese rebeliones y otros motines; y en todo eran muy perjudiciales para la conservación de la paz y quietud de los naturales de aquellos pueblos, por lo cual algunas personas persuadían con grande ahinco que a estos principales con toda brevedad los castigasen con punición y castigo de muerte, por que no se huyesen y causasen mayor mal y daño alborotando de nuevo la tierra; porque como no tenían copia de prisiones para tener seguros estos principales delinquentes, temían que con facilidad se podrían ausentar. El capitán Salinas, como vía que las cosas de muertes de indios se castigaban con más rigor que antes se solían castigar, no quiso acelerarse en el castigo destes naturales; mas comenzó a hacer sus informaciones para oirlos y castigarlos conforme a derecho, guardándoles sus términos.

Trato esto porque subcedió questando presos estos principales y tratándose su pleito, acostumbraban a velarlos y tener guarda de soldados en ellos de día y de noche en el ínterin quel pleito turaba; y como un día cupiese la guardia a un flamenco, los indios, con bárbaro atrevimiento, sin tener arma ninguna, con las prisiones en questaban, queran unas polleras al pescuezo y una cadena que por ellas atravesaba, arremetieron al flamenco que los es-

taba velando y comenzaron a dar en él muy recios bocados y puñadas y pellizcos, sin darle lugar a que pudiese rodelarse ni aprovecharse de sus armas. El cual comenzó a dar voces para que le favoreciesen los demás soldados, y como a sus voces y ruido que los indios hacían se alborotasen los perros y mastines de ayuda que andaban sueltos, acudieron adonde oyeron el ruido, y con tanta crueldad y fiereza echaron mano de los indios que asidos estaban del flamenco, que, sin podérselo estorbar los soldados que luego acudieron, los hicieron allí pedazos y se los comieron. Son estos perros criados aposta para estas pacificaciones con tal industria, que sin ellos y arcabuces jamás pueden pacificar la tierra ni allanalla los españoles, por causa del gran temor quen breve tiempo los indios cobran a los perros por su ligereza y rastrear, que por lejos y escondido questé un indio, aunque se haya subido a los árboles, por las pisadas y vestigios lo descubre y saca un perro; y así es cosa muy preciada y usada llevarse destos perros para la seguridad de los españoles.

Esta muerte destos indios fué después acusada al capitán Salinas en la residencia quel Audiencia le tomó, diciendo que mañosamente había, por su industria, la guardia fingido alboroto para que los perros acudiesen a él y matasen y despedazasen los indios, como los despedazaron, no atreviéndose él como juez a hacer justicia dellos; y así le costó hartos dineros el caso, pero todavía el castigo, aunque cruel e indigno, aprovechó, porque luego de temor se apaciguaron los naturales, y quedando muy amigos de los españoles, pasó el capitán Salinas con su gente adelante y dió en unos pueblos de indios a quien llamaron Coronados por causa de que, por antigua costumbre de sus mayores, usan estos indios cortarse el cabello, y los que por sus personas han hecho alguna cosa de valientes o valentía traen abierta una corona como

frailes para ser conocidos. Estos se llamaron después Patangoros, por tener muchos vocablos en su lengua materna que corresponden a este de Pantangoro. Era esta gente muy bellicosa y guerrera y de tan obstinados ánimos en el guerrear, que al principio se creyó dellos que jamás se domeñarían ni abajarían a recibir sobre sí el yugo de la servidumbre, ni que dejarían de poner en gran riesgo y aprieto a los quen su tierra entrasen, por ser toda muy poblada y áspera y acompañada de muy espesas y altas montañas; de suerte que les acontecía estar junto a la poblazón de los indios y no verlos ni entenderlos, porque la espesura de la montaña no daba lugar a ello, ni aun en muchas partes a que se pudiese ver el cielo ni claridad del sol. Es gente cruel y carnicera; hácese cruel guerra unos a otros; no consienten ni quieren tener vivo en su pueblo ninguna persona de otro lugar y que se haya tomado en guerra, que luego los matan todos, aunque sean pequeñas criaturas, dejando aparte el ser gente de poca verdad, questo es muy general a los indios. Ningún género de contratación tienen los unos con los otros, ni aun comunicación. Su principal virtud era saltarse y robarse. Usan de unos crecidos arcos y flechas largas, que son menos perjudiciales que las pequeñas, porque con su grandeza vense venir, y demás desto, como tiran por arcabuco o montaña, una vez y otra dan en las ramas y tuercen la vía, y ansí no hacen de maravilla tiro derecho. Esta provincia, demás de los nombres dichos, se llama las Sabanas de Guarino, por algunas manchas de sabanas quen ella había. Pobló el capitán Salinas un pueblo día de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, por el mes de mayo de mill y quinientos y cincuenta y siete, al cual llamó Nuestra Señora de la Vitoria. Pobló con aditamento de mudarla a mejor sitio y lugar cada vez que le pareciese. Hizo esta poblazón Salinas tan temprano y fuera de tiempo por que, si los

indios le fatigasen y pusiesen en algún prieto, pudiese, con título de decir que estaba poblado, enviar a pedir socorro y favor a los pueblos pacíficos, y también lo hizo porque él ya tenía noticia de la provincia y región dondestaban, quera tierra de los Palenques, donde antes dél habían entrado los capitanes Maldonado y Pedroso y habían visto las poblaciones que por allí había; y cierto fué buen acuerdo el que Salinas tomó en esto, porque fué poner brío a los soldados para que con más vigor siguiesen el trabajo y sufriesen los infortunios que la maleza y aspereza de la tierra les ofrecía; porque los unos con verse ya alcaldes y regidores, y los otros con esperanza de serlo otro año, animábanse a tolerar la pesadumbre de la pacificación de aquella tierra, por ser estos oficios en las nuevas poblaciones y aun en las viejas estimados y principales y muy deseados de los más de los soldados, demás de quera cierta esperanza de que tendrían indios y repartimiento en aquella tierra que les daría todo descanso, como después lo tuvieron.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo, después de haber poblado la cibdad de Vitoria, el capitán Salinas con toda la gente que tenía se metió la tierra adentro de los Palenques a buscar sitio en que fijar el pueblo, y lo que a él y a sus soldados les subcedió hasta llegar al río de la Miel, y lo que los naturales hicieron desde vieron que los españoles entraban por su tierra y por qué causas

Acabada su poblazón en la manera dicha, el capitán Salinas luego ordenó de pasar adelante con su gente y pueblo, porquel sitio dondestaba no era lugar conviniente ni acomodado para residir en él ninguna persona mucho ni aun poco tiempo; y comenzó a marchar con buen concierto, porquel peligro y riesgo de la tierra así lo requería; y fué deste lugar donde pobló a parar a un pueblo de indios que después fué dicho de los Marquesotes, a causa questando en él cierta copia de soldados, de conformidad se cortaron las barbas a la marquesota, por quitar de sí el peligro que con ellas tenían de, llegando a manos con algún indio, que les hiciesen presa en ellas, porque hasta entonces siempre usaban traer la barba larga.

Estaba este pueblo desierto de sus moradores, que lo habían desamparado, aunque bien proveído de comida y mantenimiento de maíz y frutas secas no conocidas ni vistas por los españoles hasta en-

tonces. Tenían cantidad de todo género de animales de todas suertes secos al humo, entre los cuales había ratones, gatos de arcabuco, que por otros nombres se llaman micos y monas; éstos, como estaban secas las caras y sin pelo, parecían criaturas movedizas; muchos géneros de pájaros y aves y pescados menudos, todo muy seco y sin sustancia ni humor.

Fué esta seca montería un gran sustento para los hambrientos españoles, que había mucho tiempo quentre sus manos no vían ni habían visto otra prosperidad como ésta; y así hicieron con ella muy gran fiesta. Halláronse aquí un género de cuescos como veduraznos y el meollo de dentro era mayor que de almendra, de muy buen sabor, que tiraba cuasi al de almendra verde, comida de muy gran sustancia y calor para el cuerpo; hallábanla los soldados esta fruta de gran virtud para confortación del estómago y miembros.

En este pueblo de los Coronados descansó la gente y se recreó algunos días, después de los cuales el capitán Salinas envió ciertos soldados con un caudillo llamado Francisco de Ospina que fuesen a buscar algunos indios, para con ellos ver si podía principiar la paz de aquella tierra. Este Ospina es el que después pobló la cibdad de Nuestra Señora de los Remedios. Salido este caudillo y españoles que con él iban, dieron, a obra de una milla, en un pueblo que por la espesura de las montañas no se había visto ni vió hasta que dieron en él, a cuyos moradores hallaron con las armas en las manos, queran arcos y flechas con hierba y macanas; los cuales les defendieron la entrada al principio muy bien, pero como con la presencia de los caballos que los españoles llevaban fuesen espantados y atemorizados, aflojaron los ánimos, y entrando por ellos los nuestros los ahuyentaron y desbarataron, con daño y pérdida de muchos indios que allí se mataron. Los españoles recibieron de daño

un flechazo que al caudillo Ospina se le dió con hierba, de questuvo muy enfermo.

Hallaron los españoles este pueblo bien bastecido de maíz y de otras raíces y fructas que los indios tienen y usan para su sustento. Por este respeto fué llamado este pueblo el pueblo de la Guazabara, la cual luego se divulgó por toda aquella tierra y provincia; y los indios della, pareciéndoles que les era perjudicial la entrada de los españoles en ella, no atreviéndose a resistilles ni rebatilles, tomaron una loca y bárbara determinación, y fué que todos o los más dieron en quemar sus casas y buhíos de morada y en talar todas las comidas y árboles frutíferos que tenían, poniendo ellos en escondidos lugares lo que habían menester para su sustento, pareciéndoles que, no hallando los españoles las casas en pie ni las comidas a la mano, les sería forzoso tornarse luego a salir de su provincia, y juntamente con esto tenían presente que, en tiempo pasado, el demonio, por medio de sus oráculos, les había dicho quen ninguna manera consintiesen en su tierra estar los españoles de asiento, porque habían de ser destrucción y ruína de todos sus subcesores y descendientes y de los que fuesen presentes, y quen ninguna manera los entendiesen ni diesesen crédito a sus palabras; y que ya que no fuesen parte para echarlos de su tierra, a lo menos no los esperasen ni vieses ni oyesen. Y con estas cosas andaban los indios tan alborotados y desasosegados, quen muchos días no se pudo tomar ninguna persona. Y para hacer estas cosas eran tan sensuales y sujetos a sus simulacros o sueños, que los que jamás habían tenido entre sí paz y amistad fueron para este efeto confederados y aliados, y, como he dicho, casi todos o los más conformados.

Presumían ansimesmo estos bárbaros que los españoles era gente que comía carne humana, y que para comerlos los buscaban; y este temor hacía más obstinada su rebelión, lo cual entendieron

claramente de que, habiendo tomado en una emboscada un indio ya hombre y de buena disposición y proporción de miembros y muy gordo, después que los españoles estuvo no quiso comer en más de cuatro o cinco días cosa alguna, a fin de que no comiendo enflaquecería y, después de muy flaco, no amarían los españoles comer de su maganta carne y lo soltarían, y así estaba imaginativo, como hombre asombrado y temeroso de la muerte; y como los españoles no tenían intérprete con que hablarle y darle a entender lo que pretendían, causaba esta falta mayor confusión; por lo cual acordó el capitán enviar este indio con ciertos españoles a un pueblo que atrás quedaba, en los últimos confines de Mariquita, de paz y amigo; donde llegado que fué el indio y viendo que los moradores de aquel pueblo se estaban en sus casas pacíficos y contentos y comían y bebían, y hablando con ellos le dieron a entender la pretensión de los españoles, y cómo no comen carne humana, comenzó el indio a perder el temor que tenía y a hacerse afable con los españoles; porque hasta este tiempo jamás los había mirado a la cara, lo cual fué principio para que la lengua de aquella tierra fuese entendida, porque el indio, como perdió el temor, comenzó a hablar y dar a entender a los españoles algunos vocablos y palabras de su lenguaje, de que muchas veces se ayudaban para tratar con aquellos bárbaros; porquien una entrada de una tierra nueva no hay cosa que haga más nocibles los trabajos y más larga la guerra y rebelión della que no ser entendidos los naturales, y para evitar esto procuraba Salinas con gran ahinco que el indio hablase y entendiese la lengua castellana y que los españoles entendiesen la del indio; y a este buen deseo del capitán ayudó su buena fortuna; porque como entre los españoles fuese una india de poca edad que había sido tomada en aquella provincia muy niña, por lo cual se le había olvidado su len-

gua materna y hablaba la castellana muy bien, fué mediante el tratar con este indio restituída en su primer lenguaje, y ansí tornó en poco tiempo a hablar la una y la otra lengua, que fué muy gran ayuda y bien para los españoles y naturales.

Después de haber estado Salinas algunos días por las poblaciones comarcanas al pueblo de los Coronados, quiso atravesar un río caudaloso que por delante tenía para meterse más en la tierra, llamado el río de la Miel desde el tiempo que el capitán Pedroso anduvo por esta tierra, a causa de que estando en sus nacimientos, que tierra fría, alojado Pedroso con su gente, había allí abundancia de labranzas de maíz que ya granaban, de cuyas cañas se dieron los españoles a hacer miel para su comer, de donde ansí al valle como al río le vino este apellido de la Miel. Es río de mucha furia y por donde Salinas estaba de muy ásperas y fragosas riberas, tanto que con gran dificultad bajaba un hombre a él desembarazado, sin esperanza de que el agua se pudiese por esta parte vadear ni pasar de gente de a pie. Salinas, vista la dificultad que el río le ponía para no pasarlo por donde quería, caminó hacia sus nacimientos con su gente con esperanza de que por los altos habría mejor disposición ansí en las riberas como en el vado e pasaje del propio río. E yendo por lo alto de una loma que prolongaba el río caminando, dieron en un pueblo de indios muy lleno de mantenimientos y comidas, al cual no habían quemado los indios, pareciéndoles que no subieran tan arriba los nuestros; llamóse este pueblo de San Pedro por haber llegado a él este día; y un poco más adelante hallaron asimesmo otro pueblo en pie y con mantenimiento por el respeto dicho, al cual llamaron el pueblo de las Hormigas por haberlas allí muchas y muy caribes.

Estaban estos pueblos algo cercanos al río de la Miel, por lo que el capitán luego envió ciertos sol-

dados a que viesen si había por aquella parte vado que se pudiese pasar. Y como los soldados vadeasen el río algo descuidados, mucha cantidad de indios, que de la otra parte estaban, repentinamente los empezaron a flechar y a hacer retirar con mucha priesa, donde les hirieron tres españoles; pero no dejaron los nuestros por esto de ver y reconocer el vado y paso del río, el cual hallaron muy bueno; y con este daño se volvieron dondel capitán había quedado y le dieron relación del buen pasaje que tenía, y los indios se quedaron en el paso del río y enviaron a llamar más gente, porque pensaban defenderlo y estorbar a los españoles el pasaje.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo queriendo el capitán Salinas pasar el río de la Miel con su gente, los naturales se lo defendieron; y cómo, hallando parte cómoda, asentó y fijó la cibdad de Vitoria donde al presente está. Escríbese aquí la manera y modo cómo estos españoles curaban las heridas que con flechas y puyas enherboladas recibían de los indios.

Habida relación el capitán Salinas del buen vado que para pasar el río tenían, aunque le significaron los muchos indios que de la otra banda del río había para resistilles el pasaje, no por eso se escandalizó ni alborotó; mas luego el siguiente día se partió con toda su gente a pasar el río, llevando delante consigo los más escogidos y valientes soldados que tenía, con los cuales llegó a la ribera del río donde los indios de la contraria parte estaban con las armas y ánimos muy a punto para rebatillos; y así luego que vieron y sintieron los españoles comenzaron a disparar su flechería, acompañándola con grandes voces y alaridos para poner mayor terror y espanto en los soldados españoles, los cuales estaban ya tan hechos a oír y recibir semejantes tumultos y acometimientos de indios, que ninguna parte fueron estas sus ceremonias para dejar de dar muestras de su antiguo valor.

A los unos y a los otros les era gran reparo la espesa montaña de quentrambas riberas estaban

pobladas; porque ni los indios podían hacer tiro cierto con las flechas por entre los árboles que de la una y otra parte había, ni los españoles con sus arcabuces damnificar a los indios por estorbarles la puntería cierta los árboles; antes cuando disparaban contra ellos los arcabuces, como las pelotas no los lastimaban, entendían que los españoles usaban de aquel estruendo para sólo espantarlos con él, y así en oyendo el trueno de un arcabuz alababan los bárbaros muy gran alarido y gritería y daban en los árboles con palos y piedras a fin de por esta vía hacer otro tal estruendo como el quel arcabuz hace; pero después que acertaron a recibir algún daño de las pelotas y entendieron se engañaban, cesó su alarido, procurando cada cual repararse y adargarse por los más gruesos árboles que podía; mas no para que desamparasen el paso que defendían del río, en lo cual estaban muy obstinados. Salinas, deseando pasar el río, rebatía los indios que le defendían el pasaje, y comenzó a animar y persuadir a sus soldados que usasen de su valor y que no fuese parte la canalla de los bárbaros con sus groseras armas a detenerlos tanto tiempo en aquel oscuro y mostruoso lugar. Algunos briosos soldados deseaban ya quel capitán les diese esta licencia para arrojarse al agua y pasar el río, porque hasta entonces se lo había estorbado; y así tomando la mano un soldado que por sobrenombre tenía Hidalgo se arrojó al río con temerario atrevimiento, por no tener noticia ni saber la hondura del agua, pero siguiéndole otros buenos soldados, pasaron el río, recibiendo sobre sus rodela gran cantidad de flechas que les tiraron los indios, con las cuales no fueron parte para hacerlos detener y volver atrás, y así rompiendo el ímpetu del agua y luego la furia de los bárbaros, los echaron y ahuyentaron de las barrancas del río y les ganaron el sitio que defendían.

Tras destes soldados pasaron luego los de a ca-

ballo y otros muchos peones, los cuales todos juntos ahuyentaron y desbarataron de todo punto la multitud de indios que estaban en la defensa del paso del río; y como quisiesen ir en su alcance y seguimiento, el capitán Salinas se lo estorbó por evitar las muertes y crueldades que semejantes desbarates se suelen hacer; y luego recogió toda su gente y pasó todo su carruaje y se alojó aquel día allí, por ser ya tarde; y otro día caminó la tierra adentro y comenzó a dar en algunas poblaciones de indios, todas quemadas y arruinadas con la opinión y superstición que los indios de atrás habían hecho, según queda declarado, lo cual ponía gran lástima al capitán Salinas, por ver la brutalidad e inconsideración de aquellos bárbaros; y así procuraba y deseaba darles a entender cómo no lo debían hacer y cuán engañados estaban en su falsa opinión, y hacelles perder el miedo y temor que tenían de los españoles; y cierto en esto y en evitar algunas crueldades superfluas, como era ir los soldados siguiendo el alcance de los indios para matarlos, tenía gran virtud y cristiandad Salinas, porque todo lo procuraba evitar lo más que podía.

Caminando, pues, por entre estas arruinadas poblaciones, halló en lo alto de una loma cinco o seis casas en pie, donde por respeto de ir Francisco de Ospina aquejado de un flechazo, que el pueblo de la Guazabara le habían dado, le fué forzoso alojarse con su gente de asiento por algunos días, al cabo de los cuales les pareció al capitán y a los soldados que, aunque este lugar era montuoso, era alto y airoso y acomodado para fijar en él el pueblo, y así fué hecho por el capitán, que este sitio trazó su pueblo en el dicho año de mill y quinientos y cincuenta y siete, y repartió sus solares, y en él permanece hasta hoy la ciudad de Vitoria. Es, como he dicho, lugar alto, de donde se ve y señorea el río Grande de la Magdalena y la provincia de Canapeyes y otras muchas tierras. Está este sitio

y cibdad de Vitoria once leguas más abajo de la cibdad de Mariquita, hacia la parte de Cartagena, y nueve leguas del río Grande, metida la tierra adentro, y cuarenta leguas de la cibdad de Santa Fee.

Hecha esta fijación del pueblo de Vitoria, el capitán Salinas, luego, como hombre que pretendía la perpetuidad deste pueblo, comenzó a enviar caudillos con españoles por una parte y por otra para que tomasen algunos indios y se los trujesen, y ver si mediante el buen tratamiento que les pretendía hacer podía inducirlos a que fuesen amigos y volvieresen a sus poblaciones. Mas los bárbaros, como estaban obstinados en su rebelión, no pretendían tener favor, antes fortalecían sus caminos y sendas con gran cantidad de puyas enherboladas que ponían para ofender y lastimar a los españoles que los iban a buscar, y ansí luego en las primeras salidas que de Vitoria los españoles hicieron fueron empuyados algunos y tan maltratados de la hierba, que para restaurar y remediar sus vidas era necessario hacelles muy crueles curas; y porque en el curar de la hierba difieren en unas provincias de otras, diré aquí la orden que estos españoles de Vitoria tenían en curar las heridas que tenían hierba a los españoles queran heridos.

El flechazo o puyazo que el español recibía, después de haberle sacado la flecha o puya, porque muchas veces se queda una punta de cuatro dedos en la carne metida, por traella ansí amaestrada los indios, hínchenla de solimán molido todo cuanto en ella puede caber con fuerza que se le hace, y luego con un cuchillo o machete de hierro caldeado al fuego fogueateábanle toda la herida al derredor y enmedio, de suerte que quedaba bien labrada, y luego le iban con el propio instrumento de hierro ardiendo fogueando los lomos de una parte y de otra todos de alto a bajo, hasta los pestorejos y nuca y pescuezo, para atajar y evitar el pismo,

ques lo primero que la hierba causa; y estos fuegos no son tan leves como en algunas partes se suelen dar, sino de tal suerte que queda la señal por mucho tiempo. Hecho esto, lo abrigan y meten en un aposento el más recogido y abrigado y enjuto que pueden haber, de suerte que ningún aire lo cale y pase, en donde le tienen tres días naturales sin comer ni beber cosa alguna; después de los cuales le dan a comer unas puches muy ralas en cantidad de ocho onzas y no más. Son estas puches hechas de harina de maíz y agua, sin llevar sal ni otra cosa de manteca ni grosura alguna; y esto se le da una vez al día por los dos días siguientes, y al sexto y seteno día se le acrecienta la ración destas puches un poco más, hasta en cantidad de tres o cuatro onzas, y pasado el seteno día, hasta llegar al catorceno, se le da la ración doblada dividida en dos partes, la mitad a la mañana y la mitad a la tarde, y pasado el catorceno día se le añade alguna otra comidilla de sustancia, como es una pechuga de ave, ques el mayor regalo quen semejantes lugares se puede haber; porquen todas estas entradas, jornadas y descubrimientos siempre han carecido de todo género de regalo y refrigerio para enfermos, como son pasas y almendras y todo género de conservas y confituras y otras cosas de medicina y botica, que suelen dar algún alivio y contento a los enfermos. Y es cierto quen tiempos pasados, cuando entre los soldados se hallaba un pedazo de queso, o de sebo, o de carne salada, se tenía por muy gran regalo y cosa de maravilla.

En este tiempo desta dieta, demás de guardar el enfermo toda clausura y encerramiento, no ha de entrar en dondél está mujer, de suerte que la pueda ver, porque es averiguado quen viéndola, por la maldad de la hierba se le alteran las heridas, y si por descuido llega mujer dondél la pueda tocar, se inficiona y altera de tal suerte la hierba, que luego es el pasmo con él. Hase hecho ex-

piriencia sobresto por algunas personas curiosas, llegándose descuidadamente a tomar el pulso a hombres heridos con hierba, y de industria echar una mujer que pase por delante, y en el punto quel enfermo la vía, movérsele tan de súbito el pulso y con tanta alteración como si le hobiera sobrevenido otro algún caso no pensado; y el mesmo movimiento, como he dicho, se ha hallado en las heridas.

Todas estas dietas y cauterios causaban al enfermo tanta basca y dolor, que casi dan muestras de hombre tocado de rabia; pero al fin con ello se remedia y han remediado mucho.

Algunas veces acontece herirse los soldados con flechas y puyas que tienen la hierba añeja y de muchos días, la cual por el agua y sol que por ellas ha pasado tienen la fuerza aplacada y disimulada, y no empiezan a obrar luego, por lo cual los tales heridos se descuidan en no tener la dieta y resguardo en sus personas que se requiere, por no pasar tan gran trabajo como en el curar se pasa, lo cual es ocasión y causa que la hierba se apodere en el hombre más disimuladamente y cuando la viene a sentir ya es su mal irremediable, porque le haya llegado al corazón la hierba; y la primera señal que da es trabársele la lengua, de suerte que casi no acierta a hablar, y luego se le envara el pescuezo y se le va poco a poco envarando el cuerpo, y tras esto le acuden de cuando en cuando unos recios temblores y paraxismos y apretársele y travillársele los dientes, y luego comienza a rabiarse y a hacer visajes y bascas y cosas como endemoniado o persona que tiene rabia, y con estas trabajosas bascas muere, sin dale el dolor lugar a que se acuerde del arrepentimiento de sus pecados ni de la misericordia del Todopoderoso Dios, ni hay hombre de maravilla que como muera en tiempo que la hierba le haya llegado al corazón muera como christiano.

También se tienen por incurables e irremediables las heridas de hierba que se conficionan con un pésimo hedor que dellas sale. Es mucha parte para resistir la fuerza de la hierba el andar los hombres fuera de carnalidades y lujurias; porque es cierto que si a un hombre falto de substancia y potencia por esta vía le hieren con hierba, que incurable su mal, y destos tales, pocos o ninguno se escapan.

Demás de la manera que he dicho de curar la hierba, se cura en otras partes de la suerte que diré, y aun se tiene por mejor cura. Luego que han herido un soldado con flecha o puya que tenga hierba, lavan la herida con agua fría, y si se puede calentar es muy mejor, y si hay vino de España, mejor, con lo cual luego se descubre la derrota y camino que la hierba lleva siguiendo la sangre, porque va quemando la carne y siguiendo la sangre y deja el lugar por donde pasa todo negro; y por donde se ve y halla esta señal negra o renegrida échanle mano con unos garfios o anzuelos de hierro, y con una navaja o cuchillo muy agudo van cortando la carne del herido, y siempre lavando las cortaduras y herida para ir descubriendo el camino que la hierba lleva, y así siguiéndola desta suerte las más veces la atajan quitando toda la carne por donde ha pasado hasta donde llegó. Reparada desta suerte la fuerza de la hierba, la herida que al enfermo se le ha hecho, que suele muchas veces ser bien grande, se le cura llanamente sin fuego ni solimán, sino como otra cualquiera herida, y así el trabajo desta cura es el dolor que el herido tiene o siente al tiempo que le cortan la carne de la herida enherbolada, y si acaso la herida entra a lo hueco, donde no se puede alcanzar a cortar todo lo que la hierba va quemando, es irremediable su mal y no se le halla cura natural.

Esto es cuanto a esta provincia de Vitoria, porque otras partes se hacen estas curas de dife-

rente manera, y así en su lugar se apuntarán, y porque no todas las flechas que en esta provincia tiraban los indios tenían hierba, para conocer las enherboladas tenían estas inteligencias. Miraban la flecha si a la punta y cuatro dedos más arriba tenía algunas rayas muy sutiles, o si estaba cortada cerca de la punta a la redonda, porque estas rayuelas hacen los indios para que la hierba se pegue en la flecha, y, como arriba dije, la cortadura alderredor es para que despunte dentro del cuerpo, y estas señales de maravilla se hallan sino en flechas enherboladas. Hay otras flechas que con la fuerza de la hierba hacen unas muy menudas escamas en la punta y por donde la hierba está pegada; y la mayor parte de flechas enherboladas se conocen en que llegándolas a la candela hiede el humo dellas y hace ruido, como cuando echan sal en el fuego, y muchas veces huye la llama de la flecha enherbolada.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo los indios, demás de las puyas, hacían para la defensa de sus alojamientos trampas y hoyos y otras invenciones con que ofender a los españoles, los cuales sin embargo de todo esto los siguieron mucho tiempo con gran trabajo hasta que los forzaron a ser amigos

Como con esta doméstica guerra de puyas que por los caminos los indios ponían impidiesen y estorbasen a los españoles la entrada y llegada a sus pueblos y alojamientos, la necesidad que tenían de atraer a sí estos bárbaros les forzaba a ponerse a más trabajo del que era razón; y así para ir seguros del daño de las puyas se calzaban antiparras y algodón, que, como atrás en otra parte he dicho, son unas medias calzas estofadas de algodón y colchadas, de grosor de tres o cuatro dedos por todas partes, que para una tierra tan doblada y áspera como ésta y tan calurosa, caminar con estas antiparras era un insufrible trabajo. Pero, como dije, la necesidad y el deseo que tenían de atraer a sí a los indios y hacellos amigos, para que mediante su amistad se pudiesen ellos sustentar en aquella tierra, les hacía y daba a entender ser tolerables y pasaderos semejantes trabajos; pero los indios, como de todo punto tenían aborrescida la amistad de los españoles y estaban con determinación obstinada para no los consentir en la tierra y,

si pudiesen, echallos della con continuas guerras, después que vieron que mediante el ponerse las antiparras rompían por las puyas y llegaban a sus pueblos y alojamientos, determinaron usar de otra industria tan cruel quanto bárbaros la pudieron inventar, y fué que haciendo grandes hoyos y cavas de hondura de dos estados alderredor de sus alojamientos y pueblos y en aquellas partes donde sentían que los españoles acudirían, ponían en ellos grandes estacas muy agudas y delgadas las puntas arriba, y luego cubrían por encima el hoyo igual con el suelo y haz de la tierra; de suerte que si no estaban advertidos o con recelo, no dejarían de caer en la celada y hoyo, por estar tan sutilmente cubierto y disfrazado con hierbas quencima trasponían y plantaban, y así cayeron algunos soldados en estos hoyos, donde recibieron miserables muertes con invenciones de que los indios usaban para atraer a los soldados a que cayesen en ellos, poniéndose de la una parte del hoyo de suerte que pudiesen ser vistos; y como los españoles acometiesen a ellos yendo ignorantes de los hoyos, caían en ellos, y allí se metían por el cuerpo aquellas largas estacas con queran muertos.

Otras veces, sintiendo ir los españoles hacia sus alojamientos y rancherías, ponían encima de los hoyos un papagayo o un gato o mico de arcabuco u otra cosa a que se acodiciasen los soldados, los cuales como lo vían iban corriendo a tomallo, y su vil cobdicia era causa de su miserable muerte; porque luego daban encima del hoyo, donde eran hundidos y espetados por las estacas quen ellos había, y algunas veces estos palos y estacas les salían, hincados por las piernas y nalgas, al pescuezo, hombros y cabeza, atravesándoles el cuerpo de alto a bajo, quera cosa de gran compasión y lástima ver los hombres vivos metidos y atravesados por aquellos palos. Demás desto, usaban estos bárbaros de otro ingenio o invención no menos cruel queste que

he contado, y era que como la tierra es toda montuosa y arcabucosa, los caminos van estrechos y angostos, y aunque quieran no pueden torcer la vía, armaban en lo más estrecho del camino ciertos artificios llamados trampas. Estas eran unos maderos muy gruesos y de gran peso, subidos algunos estados en alto en derecho del camino, y atados con tal orden quen la hora que pasaba gente por debajo dellos, ya casi a la salida, estaba un bejuco o cordel atravesado en el camino, al cual en tocando con los pies se desarmaba la trampa y caían los maderos y a todos los que debajo cogían hacían pedazos o los ahajaban, y siempre el bejuco por donde se había de desarmar la trampa estaba puesto al contrario de donde iban caminando los españoles, quera a la salida de la trampa; y con estas invenciones de guerra vivían los indios con más brío del que de su naturaleza suelen tener, por parecerles que sólo esto era bastante defensa para resistir la furia de los españoles. Pero como el ánimo y valor de los españoles no sufra semejantes resistencias, aunque de gran peligro por ser tan cautelosas y cubiertas, no sólo de día se ponían a recibir los daños que la fortuna les prometía y ofrescía, mas con la escuridad y velamen de las noches, cargados de sus pesadas armas de algodón, caminaban por la aspereza desta montuosa tierra hasta dar en los alojamientos de los indios, donde se tomaban y prendían algunos y eran traídos al púeblo o cibdad de Vitoria, dondel capitán Salinas por sus muchos días residía. El cual, con deseo que tenía de que los indios se apartasen de su rebelión, les hacía todo buen tratamiento y obras de amistad, induciéndoles a que tratasen con los demás naturales ausentes de amistad y confederación, y dándoles algunas cosas de resgates que entrellos eran de estima y valor, los enviaba y daba larga a que se volviesen a sus pueblos, mujeres y hijos, prometiéndole ellos de serle amigos y tratar

de paz y amistad como les era encargado con los demás naturales. Pero como esta gente fuese falta de todo bien y conocimiento y entera razón para alcanzar y conocer el bien propio, que Salinas les procuraba y por todo extremo, llenos de ingratitude y faltos de verdad y fee, enfermedades muy generales y naturales en los indios, en la hora y punto que del pueblo de Vitoria salían y se apartaban de la presencia de los españoles, luego no sólo echaban en olvido cualquier beneficio que les hobiesen hecho y el cumplimiento de la fee y palabra que habían dado de colegancia y amistad, mas, mudando en todo sus frágiles ánimos y condiciones, iban a sus pueblos con novelas y cosas tan perjudiciales a la concordia que se pretendía, que causaban mayor obstinación y dureza en los principales y mayores de aquella tierra, para perpetuamente haber ni tener ninguna confederación ni paz con los españoles, que con tanto ahinco lo deseaban y procuraban; y así daban estos bárbaros nueva materia y ocasión a los nuestros de illos de nuevo a buscar y ofrecerse a los peligros de las puyas y flechas, hoyos y trampas y otras acechanzas que los indios les tenían puestas, tramadas y ordenadas, aunque tosca y bárbaramente.

Pero con todo esto hacían nuevos asaltos en los alojamientos y pueblos y otros lugares fuertes, donde los indios estaban recogidos y corroborados, y allí los tornaban a prender de nuevo y llevar a Vitoria, donde el capitán Salinas de nuevo los procuraba atraer a su amistad y dalles nuevas dádivas, importunándoles y rogándoles que dejasen su obstinado propósito y se viniesen a ser amigos de los españoles, con los propios ofrecimientos y regalos que de antes los tornaba a enviar; pero ningún efeto hacía en ellos todo cuanto Salinas procuraba; y así lo trajeron sin ninguna quietud y sosiego a él y a sus soldados más tiempo de ocho meses, yendo y viniendo de noche y de día por

aquellas montañas y ásperas sierras, subiendo y bajando muy largas y derechas cuevas y cerros, y pasando impetuosos y caudalosos ríos de muy frías aguas, cargados de sus sayos de armas y unas muy pesadas rodela hechas de macanas y de palma, por ser más fuertes para el reparo de las flechas. Y demás desto la flaqueza de sus cuerpos, queran sustentados y alimentados con solo maíz y legumbres y raíces criadas por los naturales, comida cierto de muy poca sustancia ni virtud; porque cierto quen semejantes jornadas, como poco ha dije, son tan raras las comidas de carne y pescado, manteca, ni huevos, ni otros mantenimientos de que los hombres como hombres suelen usar, ques de maravillar cómo estos soldados ni otros muchos que antes dellos descubrieron y poblaron nuevas tierras tuvieron fuerzas bastantes a soportar y tolerar los trabajos destas conquistas, en las cuales, como por el discurso desta historia se ha visto, ha sido grande el número de los españoles que miserablemente han muerto en ellas.

Pero al cabo del tiempo dicho, cansados los indios y atemorizados del continuo desasosiego que con los trabajos y trasnochadas los españoles les daban, hobieron de ser forzados a venir en amistad y paz con los españoles, de suerte quen pocos días, convocándose los unos a los otros, generalmente fueron amigos y confederados con los españoles, más con cautela y doblez que con sincera voluntad, como después pareció, según luego se dirá; pero por algunos días continuaron el entrar y salir en Vitoria y comunicar afablemente con los españoles, sirviéndoles en algunas leves cosas que les mandaban.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo hecha la paz, el capitán Salinas envió a Francisco de Ospina a descubrir puerto al río Grande y que fuese por socorro de cosas de que tenían necesidad a Mariquita, con lo que le subcedió en el camino; y cómo los indios, debajo de la paz que tenían dada, quisieron dar en el pueblo y matar los españoles

Teniendo ya los españoles por fija y firme la paz que los indios habían dado y pareciéndoles estar de todo punto seguros de novedades, y, demás desto, la falta que tenían de cosas necesarias para el sustento de sus personas, como era sal, carne y ropa para vestir, de todo lo cual carecía en tanta manera aquella tierra quen todo el tiempo de atrás quen ella anduvieron conquistando y pacificando, su principal comida, como creo que ya tengo dicho, eran legumbres y raíces, mantenimiento cierto de poca sustancia. La falta de la sal suplía cierto género de pimienta quen las Indias o en muchas partes della es llamada aji, de la cual especia entiendo que se tiene ya entera noticia en la mayor parte de España, por darse en muchas partes della. El vestir en esta tierra era inremediable, porque como los naturales della andan desnudos y no acostumbran traer sobre sus carnes ninguna ropa, no se les da nada por buscalla, ni traella, ni hacella, ni tejella, y aun entiendo que, de

parte de ser tan torpes y terrestres los entendimientos y juicios destos bárbaros, los oprime o tiene opresos a que no se levanten a cosas de natural policía; y así andaban los soldados, por defecto de no hallar ningún género de ropa, por basta que fuese, tan desnudos y desabriganos quera compasión vellos. Demás desto, los continuos trabajos de la pacificación de la tierra, las puyas, hoyos y trampas y flechas habían hecho menos alguna gentes española, según atrás he apuntado. Todas las cuales necessidades constringieron al capitán a que se viniese a los pueblos despañoles más cercanos a que les proveyesen de las cosas referidas, de que, como he dicho, tenían muy particular y general necessidad; y para este efecto fué enviado Francisco de Ospina con ciertos soldados y compañeros, para que ante todas cosas descubriese puerto y desembarcadero en el río Grande, por donde les entrase con más facilidad y brevedad el socorro que de todos les viniese, y de allí por tierra saliese a Mariquita; porque como a esta sazón no había por allí trato de canoas, no podía Ospina salir por el río arriba a Mariquita, que el pueblo despañoles más cercano a Vitoria que otro ninguno.

Salido a este efecto Ospina con bien pocos compañeros, salió de Vitoria descuidado del subceso que el camino halló; porque como los indios, debajo de paz y amistad cautelosa, quisiesen intentar novedades y traidoramente echar los españoles de la tierra, habíanse comunicado y coadunado sobrello, y tomando las armas en las manos, venían a dar sobre seguro en los españoles; pero fueron frustrados de sus designios con esta salida de Ospina, que el camino los encontró; y como la tierra es tan cerrada y arcabucosa y de repente se encontraron los unos con los otros, los indios, como gente bárbara y que naturalmente son tímidos, entendieron o creyeron que su malvada trai-

ción había sido descubierta y que aquellos españoles, cuyo número no sabían, iban a castigallos de su loco atrevimiento. Y ansí luego cuasi sin hacer ninguna resistencia se retiraron y esparcieron, a lo cual, demás de las causas dichas, les forzó el vigor y brío con que Ospina y sus compañeros arremetieron a ellos luego que los descubrieron, reconociendo el mal propósito que los indios traían, haciéndoles soltar las armas y volver las espaldas, metiéndose vergonzosamente a manera de fieras por la espesura de la montaña. Y pasando los españoles adelante fueles forzoso pasar por el pueblo de las Hormigas, el cual hallaron desamparado de sus moradores, pero fortalecido y corroborado con grandes hoyos cubiertos y disfrazados, de suerte que no los reconocieron los españoles hasta quel primer soldado que iba adelante, llamado Lorenzo Rufas, puso los pies por inadvertencia suya sobre la cobertura de uno destos hoyos, en el cual fué sumergido tan de golpe, que fué ventura no atravesarse por el cuerpo y tripas algunas de las crueles estacas quen él tenían puestas; pero aunquen esto fué Rufas venturoso, no dejó de recibir notable lesión en su cuerpo con dos estacas que le enclavaron y atravesaron un muslo, donde luego al olor de la sangre acudieron tanta cantidad de hormigas crueles y caribes, que, metiéndosele por las heridas y otras partes de su cuerpo, con sus crueles bocados le daban sin comparación mayor tormento y dolor que las estacas de que tenía atravesado el muslo.

Los demás españoles, con la presteza que pudieron, con sogas y otros artificios que hicieron sacaron a Rufas de dicho hoyo, y curándolo lo mejor que pudieron prosiguieron su viaje al río Grande, donde por la derrota que llevaban dieron en unos anegadizos, los cuales con la mucha agua que llovió en aquella sazón estaban tan convertidos en

lagos que de todo punto estorbaron el pasaje y llegada al río a Ospina y a los que con él iban, a los cuales convino dar la vuelta sobrel camino, e tierra que desde los términos de Mariquita habían traído, por donde siguieron su viaje y derrota hasta llegar a las sabanas que llamaron de Guarino, cuyos naturales los recibieron con las armas en las manos, diciendo que pues aquellos pocos soldados salían solos, que los demás habían sido muertos por los naturales de tierra adentro; pero como la tierra fuese algo llana y rasa y los españoles llevasen consigo algunos caballos, fueron fácilmente los indios desbaratados y ahuyentados; y así pasaron de largo, sin otro adverso ni próspero subceso, hasta que llegaron a Mariquita.

Entre los naturales de las provincias comarcanas a Vitoria luego se divulgó la nueva de cómo una parte de los españoles habían salido del pueblo de Vitoria la vía de Mariquita, por lo cual les pareció acomodado para intentar alguna alteración o traición, entendiendo que, pues habían salido soldados a Mariquita, quen Vitoria no podían quedar tanta copia dellos que fuesen bastantes a defenderse; y así, algunos indios, usando de toda presteza, tomaron las armas y vinieron a dar en los nuestros al pueblo, los cuales no vivían tan descuidados que no tenían puestas centinelas donde el lugar y tiempo lo requería. En las cuales dieron los indios tan de repente, que antes que dellas fuesen vistos tenían ya herido al uno de ciertos macanazos que le dieron; pero como al dar en la centinela los indios hiciesen algún tumulto y ruido, fueron sentidos por un perro o perra de ayuda quen una de las casas del pueblo estaba atada con una gruesa cadena, la cual quebró, y soltándose fué a dar adonde los indios estaban; la cual sola fué parte para desbaratallos y ahuyentallos y hacellos que no llegasen al pueblo con los crueles bocados que a los

quencontraba daba, y aun algunos despedazaba. Y era tanto el temor que a los perros tenían estos bárbaros, que aunque podían fácilmente defenderse dellos no lo osaban hacer; y así cuando los soldados y el capitán Salinas acudieron con sus armas a ver lo quera y defender su partido, ya no hallaron indio que se pusiese en defensa.

Pues como los indios fueron desbaratados en este su acometimiento y no saliesen con la vitoria que pretendían, paresciéndoles que generalmente habían de pagar y ser castigados por la traición de los particulares que cometieron este hecho, comenzaron a temer y haber miedo, de tal suerte que de nuevo se rebelaron y alteraron todos en general; pero el capitán Salinas con toda instancia procuraba que los indios volviesen a su amistad y a confederarse con él, y de muy buena gana les perdonaba la ofensa y acometimiento que debajo de amistad le habían hecho, por tener seguro y proveído su pueblo de lo necesario. Para el cual efeto, visto que por halagos y otros medios de que usaba no bastaban, envió muchas veces gente de noche que fuesen a dar en los alojamientos donde los indios estaban recogidos y fortificados y les tomasen y trujesen algunos con quienes pudiese tornar a principiar la paz; lo cual después de algunas trabajosas y dificultosas salidas que los españoles hicieron, en las cuales prendieron cantidad de indios e indias, comenzó a tratarse de paces; porque Salinas, como se iban prendiendo unos, iba soltando a otros, con persuaciones que les hacía para que a sus principales atrajesen a la paz y amistad que pretendía; porqu estos indios son de tal condición, que si no era con particulares opresiones y molestias que se les hacían, y vencidos del temor de su general perdición, jamás venían a dar asiento en ninguna cosa, y primero que lo daban habían de intentar cien mill novedades y cautelas y mañas para pro-

bar las fuerzas y ánimos de los españoles; y así lo hicieron en esta segunda vez que se trató de paces y amistades, que habiendo, por medio de algunos indios que trataban y salían en Vitoria, enviado a decir toda la comunidad y canalla de los bárbaros al capitán Salinas queran contentos de ser sus amigos y serville, y que dende a ocho días vendrían todos en general a verle a su pueblo, con lo cual pretendieron descuidar a los españoles, anticipándose en el concierto y juntándose en más cantidad de cuatro mill indios con sus armas en las manos, vinieron al cuarto día a dar sobre Vitoria con designio de que, hallando descuidado a Salinas y a los que con él estaban, podrían con facilidad, confiados en su multitud, desbaratallos y ahuyentallos o matallos; pero como para dar en el pueblo de Vitoria bajase la canalla y multitud de los bárbaros por una loma alta que dende el lugar se señoreaba y vía, fueron vistos y descubiertos por los españoles, quen verlos ir de la suerte y en la multitud que iban presumieron la intención que traían, y así disimuladamente se pusieron en armas y a punto de pelear para recibir a los indios, no consintiendo Salinas que los españoles se anticipasen ni acometiesen a los indios primero, conociendo la ventaja quen todo les tenía, aunque eran pocos los españoles que con él estaban, que aun no llegaban a número de treinta; y también pretendiendo que los indios mudasen propósito y dejando las armas viniesen a ser sus amigos. Pero como en todo estaban de muy diferente opinión, acercáronse al pueblo de los españoles todo lo que pudieron, y como reconocieron questaban sobre aviso, enviaron cien escogidos indios muy emplumajados y adornados de muchos géneros de badulaques y pinturas y diademas de plumas, de quen las guerras suelen usar, todos hombres de buena edad y de muy buena dispusi-

ción, para que, debajo de ir a tratar de paces, reconociesen la gente quen el pueblo había y lo que podían hacer. Fuéronse estos cien indios derechos al buhío o casa del capitán Salinas, con el cual mediante sus intérpretes comenzaron a tratar sus cautelosas paces; y como su intinción era tan bruta y mala, en ninguna cosa concluían ni daban asiento; y en tanto que algunos destos indios estaban con Salinas, otros andaban por el pueblo entrándose en los ranchos y casas con más desenvoltura de la quera razón, usando de ilícitos tocamientos con las criadas de los españoles. En encontrando por la calle algún perro suelto, quera a quien ellos mucho temían, luego ocurrían al capitán que lo mandase atar, y lo mesmo hacían en viendo caballos. Salinas, por complacelles y ver si podía efetuar la paz que pretendía, mandaba atar los perros y caballos de suerte que todo con los soldados estuviese presto para cuando fuese menester; el cual viendo que los indios quen el pueblo habían entrado no daban fin a lo que pretendía, se salió del pueblo con cuatro compañeros, dejando prevenidos a los demás questuviesen a la mira, y se fué adonde la multitud de la otra gente estaba con sus principales para con ellos acabar de efetuar su paz y amistad, la cual deseaba con tan gran deseo, que por sólo hacella sin sangre se metió temerariamente en un tan evidente peligro quanto lo es este que aquí digo.

Los indios, desque entre sí vieron a Salinas ya apartado de la otra gente y con solos cuatro soldados, comenzaron a hablar con él desvergonzadamente, con propósito de tomallo vivo a manos y llevárselo, sino que les interrumpió el hecho un indio de los suyos propios questaba algo apartado, que, paresciéndole lugar y tiempo acomodado, puso una flecha en su arco y enderezando su puntería contra el capitán Salinas, la disparó con toda fu-

ria, la cual fué recibida en la rodela de uno de los soldados que con él estaban. Los soldados que allí estaban, visto esto, dieron en los indios, y los del pueblo, questaban a la mira, acudieron con presteza, y haciendo algún estrago en los bárbaros, los desbarataron y ahuyentaron de suerte que quedaron castigados de su mala fe.

Salinas no consintió seguir mucho el alcance de los indios, a fin de evitar algunas muertes demasiadas que se podían en él hacer, y de los cuerpos muertos que del conflicto de la guazabara quedaron mandó Salinas, para ejemplo y escarmiento de los que vivos quedaban y en memoria del castigo de aquella traición, poner algunas cabezas por los árboles conjuntos al camino, lo cual le costó bien caro, porque después en la residencia que el Audiencia le mandó tomar de las crueldades que en esta tierra había hecho, sus émulos le pusieron por cargo que de la mucha gente que en esta guazabara había muerto había henchido o cargado muchos árboles, y por ello fué ásperamente punido y castigado.

CAPITULO VII

En el qual se escribe qués lo que llaman los españoles haber dado la paz y el dominio los indios al rey, y cómo usan della, y cómo el capitán Salinas y Hernando de Zafra salieron a pacificar ciertas poblaciones de indios con los cuales se acabó de pacificar la provincia y región de Vitoria y naturales della.

El capitán Salinas con todo cuidado e diligencia procuraba que los naturales generalmente de aquella región y provincia le viniesen de paz y diesen el dominio al rey, en cuyo lugar o cuyo sustituto decía él ser; y por que más particular y claramente se vea el error y ceguedad de algunos españoles, diré aquí lo que llaman venir de paz los indios y darle dominio al rey.

Siempre que españoles entran a poblar o conquistar alguna nueva tierra, los indios, como gente extraña y que desean, aunque con rústica curiosidad, ver aquellas cosas dellos ignotas y extrañas, como son los caballos y perros y otras cosas que los españoles llevan consigo, y sobre todo a los propios españoles, los cuales, por ser adornados del rostro de barbas, y blancos, y sus personas cubiertas y vestidas, les ha parecido y parece

a muchos indios, de prima faz, quen los españoles estas cosas son monstruosidad y yerro de natura, por ser todos los más dellos gente morena, cuasi de color de africano, y los rostros lisos y pelados, y los cuerpos desnudos y desabrigados, y los cabellos largos; demás desto, en su vivir, tratar y contratar cuasi no tienen ninguna manera de curiosidad ni pulicía.

Pues con este deseo de ver lo no visto, muchas veces los indios salen simple y llanamente a ver los españoles y gente quen su tierra entran, sin saber a lo que vienen ni lo que quieren, como arriba he dicho; y en esta primer vista siempre los indios son bien recibidos de los españoles, los cuales, aunque la intención de los indios jamás haya sido más de la curiosidad que he dicho de ver cosas nuevas, luego a esta visita le dan nombre de paz, y dicen que han venido estos tales indios a ser amigos y feudatarios suyos, y que por esta vista, a quien, como digo, dan título de paz, son obligados a conservarse perpetuamente en su amistad y a servirles con tributos personales y reales, y luego tras esto les añaden y ponen el nombre de sujetos al dominio real y los hallan obligados a ser perpetuamente leales vasallos del rey y tributarios y feudatarios de los propios españoles quen la tierra se hallan.

Los indios, como su intento jamás fué de perder su libertad ni sujetarse a nadie, más de, como he dicho, ver aquella novedad de gentes y animales entrados en sus tierras, no se hallando por ninguna ley obligados a volver al trato de los españoles, se tornan a sus casas, y algunas veces, por ver cuán atrevidamente les toman sus comidas y mantenimientos y aun hijos y mujeres, se apartan y salen de sus poblaciones y se van a partes donde procuran asegurar sus personas, mujeres y hijos y haciendas, como claramente algunos lo hicieron en esto de Vitoria, lo cual es propria ma-

teria y ocasión a los españoles para decir que se han rebelado y alzado los indios y salidos fuera del dominio del rey, y muchas veces los hacen conspirados y amotinados; y tras esto se sigue luego que es necesario illos a pacificar y domar y a castigar su rebelión y alzamiento; y si el capitán es un poco cruel y mal christiano, a la hora condesciende con los dichos y ruegos de crueles y carniceros soldados y les da un caudillo cual conviene para seguir su opinión, y, sin dalles a entender a los indios cosa ninguna de lo que ignoran y no saben, se meten por ellos haciendo crueldades extrañas, de donde luego se sigue, por causa del temor del cuchillo que sobre sí veen, rebelarse o, por mejor decir, procurar con las armas defender y conservar su libertad, la cual tan contra razón y justicia natural y divina les pretenden quitar. Y tras esto añaden los soldados otro muy donoso error, diciendo que más justo que padezcan algunos bárbaros en el conflicto de la conquista que no que todos, permaneciendo en su infidelidad, vayan a parar al infierno; porque mediante su guerra dicen ellos que muchas ánimas que mueren bautizadas se salvan, las cuales o cualquiera dellas es de más valor que todas las pérdidas juntas, aunque sea innumerable su número; pero si aquestos de todo punto no ignorasen lo que el apóstol dice (Ad Romanos, 3 cap.): *Faciamus mala ut veniant bona quorum damnatio justa est*: “hagamos males para que dellos se sigan bienes”, como si la verdad de Dios se hobiese de manifestar por mentiras y la sancta doctrina por falsa damnación o condenación de los cuales es justa, pues para un sencillo bien causan y anteceden insultos que traen consigo innumerables géneros de males, muertes, robos, lujurias y otros males que traen consigo semejantes géneros de guerras. Y después de todo esto ha habido pueblos que, poblados los españoles y los indios pacíficos y en sus casas, con

domésticos y excesivos trabajos los han consumido y muerto, no socorriéndoles con ningún beneficio espiritual de bautismo; y aun muchas veces acontece por esos poblezuelos apartados de donde hay justicia, que por no bautizar un indio quemó por el trabajo excesivo que se le dió, lo envían a morir a sus pueblos, por no pagar el entierro y sepultura, en lo cual ha puesto christianamente el perlado deste Reino remedio competente para que ningún mal christiano se excuse de culpa, mandando a sus curas y vicarios que por los entierros de semejantes personas no lleven cosa alguna, sino que gratis sean enterrados y sus encomenderos no sean obligados a pagalles nada por ello, y así se ha mucha parte deste error enmendado.

Volviendo a lo de la paz y dominio, tantas cosas hacen los soldados con los indios y con tanto rigor, que los compelen a que sean amigos y estén de paz, y a que les sirvan, no sólo de tributarios, sino de jumentos y animales. Algunos capitanes ha habido, como fué el general Jiménez de Quesada, descubridor deste Reino, y otros muchos sin él, quen sus primeras entradas han sido tan moderados, que jamás han hecho ni consentido hacer demasias a los indios, mirando y considerando su ignorancia y las justas causas que para no sujetarse luego a los principios han tenido y tienen.

Todos estos yerros de paz y dominio y sobras de crueldad en nuestros tiempos están enmendados con el rigor de que los jueces supremos, que son los oidores y presidente, han usado con los españoles quen semejantes casos han hallado culpados, con tanto rigor y severidad, que, por muy apartado questé cualquier pueblo despañoles del Audiencia Real, procuran vivir moderadamente, temiendo el castigo que les ha de sobrevenir; porque ya que no haya de presente quien de sus malos tratamientos y excesos dé noticia al Audiencia,

después va un visitador, ques uno de los oidores, a correr y visitar los repartimientos de cada uno, donde de los indios sabe los malos tratamientos y muertes que se han hecho, y son bastantemente castigados, aunque se hayan hecho con ciertas colores o con mano ajena, como en otras partes desta historia se ha dicho y dirá; y porquen este propósito de la paz y dominio de los indios, demás de lo quen este lugar he tratado, se hallarán otras particularidades derramadas por el discurso desta escritura, pasaremos adelante con la pacificación desta provincia de Vitoria, de quien en el presente libro vamos tratando.

Poco más adelante de Zamana había una poblazón de indios de la propria lengua que los de atrás, llamada Ortana, cuyos moradores no habían venido de paz ni a dar el dominio a los españoles, por lo cual Salinas, para acabar de todo punto la pacificación de su provincia, como he dicho, envió ciertos españoles, y con ellos por caudillo a un Hernando de Zafra, natural de Badajoz, hombre más bien afortunado en cosas de pacificación que otros, porque este Zafra jamás usó de rigor cruel con ningunos indios; pero luego quentró en Ortana con sus compañeros, aunque halló toda la gente ahuyentada y escondida en partes montuosas y remotas, se dió con moderación a correr la tierra y a haber algunos indios a las manos, los cuales luego soltaba, dándoles a entender que venía a congregallos y juntallos y a traelles a la amistad de su capitán y suya; y a pocas veces que hizo aquesto, fué de tan buena fortuna que los indios de aquella poblazón de Ortana, sin recibir daño notable en sus personas, ni derramarse ninguna sangre, se volvieron con sus familias a sus casas y recibieron casi de voluntad sobre sus cervices el yugo de servidumbre, ques lo proprio que salir de paz y dar el dominio al rey.

Vueltos los indios a sus casas se les preguntó

por Zafra la causa de su ausencia, la cual dijeron haber sido quen tiempos pasados habían pasado por esta tierra ciertas gentes españolas con mucho aparato de armas y caballos, y habían prendido a algunos dellos y los habían llevado consigo, sin que jamás hobiesen vuelto a su tierra, y que todos aquellos que faltaban entendían habellos comido los españoles o sus caballos; y temiendo que a ellos les subciese lo mesmo se habían apartado e ido de sus pueblos a esconder donde no podiesen fácilmente ser habidos; y, según de lo en los libros atrás escrito se colige y parece claro, la gente española de quien estos bárbaros se quejaban eran el capitán Maldonado y sus soldados y compañeros, quen tiempo de Hernán Pérez de Quesada, saliendo a descubrir las Sierras Nevadas de Cartago, entraron por esta provincia de los Palenques, donde hobieron de hacer el daño de questos indios se quejaban, y también recibieron dellos algunas muertes despañoles, como en su lugar se trata. Después deste Maldonado, en tiempo que gobernaba el Reino el licenciado Miguel Díaz de Armendáriz, salió con gente el capitán Francisco Núñez Pedroso, que pobló la cibdad de Mariquita, y entrando por esta provincia de los Palenques hizo algunos daños, y también los recibió de los indios, y fué a salir a las sabanas de Aburra, donde encontró con el capitán Cepeda y por él fué preso y desbaratado con toda su gente, de cuyo subceso más largamente queda dicho atrás.

Hernando de Zafra, después de haber dado asiento en la gente de Ortana y dejádola con quietud en sus casas, pasó adelante a otra poblazón llamada Cocozna, quen aquella lengua es tanto como decir tierra de animales. La lengua destes indios es la propria que de los de las poblazones de atrás. Halló Zafra los naturales desta poblazón ausentados; pero desdeque tuvieron noticia del buen tratamiento que Zafra hacía a los indios y había

hecho en los pueblos de atrás Ortanaes, se vinieron a sus casas y se pacificaron y quietaron, sujetándose al yugo de la servidumbre, sin haberlo desechado de sobre sí hasta hoy; y después de haber dejado pacíficas estas poblaciones y naturales dellas se volvió Zafra a Vitoria con sus compañeros, donde fué recibido con gran contento del capitán Salinas, por haber dejado pacífica la tierra que había ido a pacificar sin derramamiento de sangre.

Ultra destas poblaciones de Ortana y Cocozna quedaban solamente ciertos pueblos por pacificar, llamados los Amanies, gente caníbal, aunque más concertada en su manera de vivir y orden de pueblos que los demás de la provincia, a los cuales fué el propio capitán Salinas con algunos soldados, y alojándose en los más cercanos a Vitoria, le dieron la paz y servidumbre sin derramamiento de sangre, con lo cual Salinas se volvió a Vitoria, y dende a pocos días ciertos pueblos desta propria gente de Amanies, questaban más apartados, a quien por esta causa llamaron Amani el de Adentro, vinieron de su propria voluntad a Vitoria a ofrecerse al yugo de la servidumbre, donde fueron bien recibidos de Salinas, porque con esto se daba y dió enteramente fin y cabo a la pacificación de los naturales de la provincia y región y término de la cibdad de Vitoria, los cuales por muchos días permanescieron en esta amistad y servidumbre, hasta que por cierto indio ladino, extranjero de aquesta tierra, fueron promovidos e incitados a rebelarse y alzarse en la manera quen el próximo capítulo se tratará.

El capitán Salinas, concluda la pacificación de Vitoria, según se ha dicho, repartió los naturales de la provincia entre algunos de los que le habían ayudado a pacificar y entre otros ausentes que jamás se habían hallado en aquella tierra, agraviando esto a algunos de los presentes;

hizo su apuntamiento y repartimiento y enviolo a la Audiencia del Nuevo Reino, donde lo confirmaron por vía de depósito, porque encomiendas no se daban ni se dieron hasta que después vino el doctor Venero de Leiva por presidente, que trajo poder para encomendar y los encomendó.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo los indios Amanies, después de algunos años, por inducimiento de un indio ladino, se rebelaron y mataron muchos españoles y esclavos e indios quen las minas estaban sacando oro, sin quescapasen más de cuatro españoles con la vida

Algunos años había que la gente y naturales de Vitoria vivían pacíficos y quietos, aunque en su servidumbre, en tal manera que no sólo con sus personas trabajaban en hacer las labranzas y sementeras de los españoles, pero muchos dellos les habían dado de sus propios hijos para que les sacasen oro de minas, y habíanse en esto dado tan buena orden los españoles, quen cierto río y tierra de las poblazones llamadas de Amani tenían cantidad de esclavos y otros indios, ansí naturales como extranjeros, sacándoles oro de minas, que lo había mucho y muy bueno; y para la conservación y resguardo desta gente que sacaba el oro residían de ordinario allí veinte y cinco hombres españoles, que dellos eran encomenderos y dellos mineros, que tenían cargo de recoger el oro que los indios sacaban de las minas, y desta suerte estaban los unos y los otros pacíficos.

Subcedió quen el año de adelante de mill y quinientos y sesenta y uno un indio natural de la provincia de Ibague, que los españoles habían lle-

vado consigo a aquella provincia y les había servido de lengua e intérprete para con los propios naturales, llamado don Alonso, reinó el demonio en él y le persuadió a que, metiéndose entre los naturales destas provincias de Amani, los convocase y atrajese a sí, para que, tomando las armas en las manos, diesen sobre los españoles que allí residían y los matasen y hobiesen entera venganza dellos y sus bienes y oro a las manos, y lo repartiesen entre sí, prefiriéndose el don Alonso a ser en todo su caudillo, prometiéndoles que mediante su buena industria les haría haber entera vitoria; porque como hombre que había seguido mucho tiempo en compañía de los españoles la guerra contra los indios, decía estar muy experto en los ardides de la milicia de que los nuestros usaban, y que sabía hasta dónde llegaban sus fuerzas. Y para efeturar este malvado hecho les dió allí luego la orden, diciendo que los soldados españoles quen Amani residían nunca estaban juntos ni congregados en un lugar, mas todo el día andaban divididos por apartadas partes y lugares, entendiendo en sus minas, y que, para más seguramente hacer su hecho, cierto día señalado entrasen disimulados y de paz o pacíficos cada cual en el rancho de su encomendero o en el del minero que los tenía a cargo, fingiendo que venían a visitalles y ofrecelles sus hijos para las minas; y que, si la fortuna les ofresciese comodidad para ello, cada cual con sus indios diese en el español o encomendero que los tenía a cargo y lo matase; y si esta ocasión les faltase, podrían, so color de la propria paz y amistad con que habían entrado, tornarse a salir fuera del alojamiento; y por estar algo apartados, como se ha dicho, los ranchos de los españoles unos de otros y que hobiese orden y concierto en que todos diesen a una en sus amos y los matasen, fué acordado que se pusiese en cierta parte alta, de donde se señoreaban todos los ranchos

de los españoles, un atalaya o indio que tuviese cuenta con la parte y lugar adonde había de acudir don Alonso con ciertos indios, y si aquel hiciese señal al atalaya, la atalaya la hiciese general a todos los demás indios, para que con ella cada cual entendiese ser hora y tiempo de hacer su hecho bueno, y salir con ello matando, como he dicho, todos a una su español.

Pues con este concierto y malvada deliberación y acuerdo vinieron, día de San Simón y Judas, adonde los españoles tenían su alojamiento, aunque divididos y apartados unos de otros, como se ha dicho; y entrándose cada cual en el rancho de su encomendero o de quien a cargo le tenía, en medio del día, en tiempo que por el gran calor se estaban sesteando y durmiendo y descuidados de semejante maldad, y cada uno por sí, excepto el rancho de un Juan Jiménez, dondestaban cuatro españoles jugando a los naipes.

Este Juan Jiménez era encomendero, y al punto quel atalaya dió la contraseña, su cacique lo llamó, fingiendo que le quería dar cierto oro o descubrir ciertas minas, y desde que se vió en parte que por los tres soldados que quedaban jugando no podían ser sentidos ni vistos, el cacique y los indios que con él iban lo mataron, casi sin ser sentidos, dándole con un hacha en la cabeza. Los demás indios cada cual dió en su español para matalle; pero no todos corrieron igual fortuna, porque unos murieron trabajosamente y otros escaparon heridos, y otros sanos, como luego se dirá. Demás desto, acudió la multitud y canalla de los bárbaros al río y minas donde andaban los esclavos y otros indios extranjeros de aquella provincia sacando oro, a todos los cuales, sin perdonar ni aun a los niños de teta, mataron cruelmente. La gente quen este alzamiento cruelmente mataron fueron diez y ocho españoles y más de trecientas personas otras, entre esclavos e indios ladinos. Entre los españoles ques-

caparon vivos se señaló un Lorenzo Rufas, aragonés, hombre de robustas fuerzas, al cual como a los demás llegaron sus indios para haberle de matar, aunque algunos dicen que a este Rufas pretendían los indios tomalle vivo y quebralle o sacalle los ojos y envialle así a Vitoria para atemorizar con esto la gente; pero abrazándose con él no les dió lugar a que le hiriesen en la cabeza con las hachas que tenían, porque desasiéndose y soltándose de los que le tenían aferrado de un paño de manos que atravesado al cuerpo traían, acertó a hallar a mano una barra de hierro, con la cual y una rodela se defendió valerosamente de la furia de los bárbaros hasta que vió venir un indio de aquellos con una espada en la mano, quera de uno de los españoles que habían muerto, al cual Rufas arremetió y, dándole con la barra, le quitó la espada de la mano, con que apartó y ahuyentó de sí la multitud de indios que le tenían cercado y acudió a favorecer a un esclavo negro y otros dos o tres indios ladinos que allí junto a sí andaban los indios por matar; y juntándolos consigo acudió a la casa de Juan Jiménez, donde por las voces que oía colegía haber españoles vivos y en aprieto, lo cual pasó así: Que luego que los indios mataron a Juan Jiménez, los soldados que en su casa estaban jugando oyeron el estrépito y ruido que hacían todos los indios generalmente en las muertes que daban a los españoles y negros de las minas, con lo cual acelerándose dejaron el juego, y por presto que se levantaron se hallaron cercados de los indios y faltos de las armas necesarias para defenderse; pero al fin, hallando a mano dos espadas y un arcabuz con una poca húmida munición, rebatieron con ello el ímpetu de los bárbaros y se sustentaron hasta que Rufas llegó con los indios y esclavos, que había escapado yendo tras él gran cantidad de indios que le venían siguiendo; y con sus buenas fuerzas fué gran parte para que los in-

dios que tenían cercados a los tres españoles en la casa de Juan Jiménez se hiciesen a lo largo, y juntándose con ellos y hechos todos un cuerpo, ahuyentaron y echaron de sí a los indios.

En esta sazón llegó adonde Rufas y sus compañeros estaban otro soldado llamado Hernando Velasco, que con algunas estocadas que con su propia espada le habían dado los indios se escapó de sus manos, y venía tal que ninguna esperanza dieron de su vida. Los compañeros españoles determinaron no detenerse allí más tiempo, sino retirarse y salirse lo mejor que pudiesen de Amani; pero Hernando Velasco, con sus lastimosos ruegos, les persuadía que no le dejasen en aquella tierra para que con más crueldad lo acabasen de matar los indios. Los españoles, no queriendo, por entretener algún tiempo la vida a este Velasco perder todas las suyas si allí se detenían, le dijeron que si se atrevía a caminar a pie le llevarían consigo poco a poco; que si no, que no querían ponerse a tan evidente peligro de muerte como era el que de entretenerse allí algún día se les seguía. Velasco, vista la razón, se animó y comenzó a caminar; pero al subir de una áspera cuesta, como iba desangrado, desmayó de suerte que no pudo caminar, y a los demás les era peligroso a su salud entretenerse en aquel paso; mas como Velasco con sus ruegos pretendiese dilatar la compañía para no ser muerto o acabado de matar por la mano de los bárbaros, fuéle denegada su pretensión o petición por sus compañeros, diciéndole que no quisiese, por sustentar con su compañía tan poca vida como le quedaba, ser ocasión de que todos fuesen muertos de los indios, y ansí por que no quedase en el camino, donde fácilmente podía ser hallado de los naturales y con su bárbara crueldad acabarlo de matar, lo llevaron por la montaña adentro gran rato, y dejándolo allí siguieron la vuelta de Vitoria, pasando por la provincia de

Zamaná, cuyos naturales hallaron fuera de sus poblaciones alzados, por donde pasaron con harto riesgo de ser muertos; y de allí llegaron a la poblazón de Hontaon, dondestaban algunos españoles de asiento, que les fueron harto consuelo y refrigerio; porque, demás de no llevar qué comer, iban descalzos y, como se suele decir, los pies hechos pedazos de andar por aquellos arcabucos y lodazales. Descansaron en Hontaon algunos días, y de allí todos juntos se fueron a Vitoria, donde dieron la nueva del desgraciado subceso y muerte de los españoles y alzamiento de los indios Amanies.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo la Justicia de Vitoria nombró a Lorenzo Rufas, soldado que se escapó de las manos de los indios, por caudillo y comisario para que fuese a castigar la traición y rebelión de los indios, y cómo se alojó a vista del palenque de Mercado, dondestaban recogidos los indios. Escríbese la forma y traza y fortaleza deste palenque

Sabida en la cibdad de Vitoria la nueva del alzamiento y traición de los naturales de Amani y el daño y muerte por ellos hecho en los españoles mineros y lavadores, luego por el pueblo y justicias dél se trató que con brevedad y presteza se fuese a castigar aquella gente antes que se fortificasen con hacer recios palenques; pero las justicias estuvieron en no dar licencia para ello, temiendo el rigor de sus residencias y el castigo que se les podría dar; y así trataron de que ocurriesen a la Audiencia Real por licencia y comisión para ir a castigar estas gentes; pero el pueblo reclamó sobrello, diciendo estar muy apartada la Audiencia de aquella cibdad y sería mucha la dilación y tardanza para ir y volver; y que, demás desto, era incierto el haber licencia y comisión del Audiencia para hacer aquel castigo, porque los oídores, como tenían ya noticia de los estragos y muertes y malos tratamientos quen semejantes jor-

nadas hacían los soldados y aun los caudillos, estrechábanse mucho en dar tales comisiones, y cuando era negocio forzoso y necesario, no la querían dar ni cometer sino a persona que fuese arraigada y hacendada, y a éste solamente le daban licencia que fuese y prendiese los culpados y los trajese al Audiencia. Y cuando se extendían a dar comisión que, guardándoles los términos del derecho y oyéndoles, hiciese justicia, habría de ser en negocio de mucha importancia, y esto aborrescían mucho los soldados, porque el tal caudillo siempre les iba a la mano y no consentía que se hiciesen excesos ni demasías crueles con los indios.

Pues, como en Vitoria reclamase el pueblo para que no hobiese tantas largas en ir a castigar esta rebelión y muertes, los alcaldes, y aun creo quel Cabildo, nombraron por caudillo e juez para ello a Lorenzo Rufas, para que, como hombre que se halló presente a la traición y alzamiento de los indios, tendría conocimiento de los más culpados y los castigaría con severidad; y demás desto, era buen soldado, y tal que si se ofreciese o fuese necesario hacer alguna resistencia a los naturales, lo sabría bien hacer.

Dada la comisión a Rufas, le dieron ansimesmo cuarenta compañeros soldados españoles, todos hombres cursados en la guerra de los indios, los cuales juntos se partieron la vuelta de Amani el de Adentro, donde los indios se habían recogido y hecho dos muy fuertes palenques para su defensa. El uno, que era mayor y más fuerte, estaba en una alta loma en el pueblo que llamaban de Mercado, por haber sido encomendado en un hombre deste nombre. Era este palenque antiquísimo, porque, según se halla por verdad, aquí era dondel capitán Maldonado, que, como poco ha dije, anduvo por esta tierra en tiempo de Hernán Pérez de Quesada, estuvo con su gente muchos días para desbaratallo, y si podello asaltar fué rebatido con

pérdida de alguna gente, y los indios con este nuevo alzamiento lo habían fortificado y reparado de tal suerte, aquellos en su opinión lo tenían por inexpugnable y les parecía que, aunque sobrel viniese mucha gente española, no serían parte para tomallo; porque, demás destar bien preparado, así de gente y munición como de cavas y hoyos que por la parte de dentro y fuera tenía, hacíale más corroborado el sitio dondestaba, quera una loma o cuchilla muy derecha y empinada, y por los lados era muy despeñada, de tal suerte quera imposible subir ni descender por ellos, y sólo tenía las dos frentes de lo largo de la loma que pudiese andar gente por ellas, porquel palenque estaba puesto a la larga desta cuchilla, y la palizada que por los lados tenía llegaba tan a la orilla del despeñadero, quera imposible pasar por allí ninguna persona ni por ellos recibir ningún daño. Las dos frentes de cada una sería de anchor de cien pies, tenían cada dos rengleras o paredes de ciertos palos llamados guaduas, apartada la una pared de la otra, entre las cuales habían echado gran cantidad de otros maderos y paja seca, y tierra y piedras de moler, y fagina o rama, de suerte que tenían echa una bien recia trinchera acompañada de gran cantidad de troneras o flechaderos. Subía esta trinchera desta suerte fortalecida poco más de un estado, y los maderos de la primera pared subían casi tres estados, de suerte que no fácilmente se podía subir la trinchera ni pasalla de la otra banda. Y con esto, como he dicho, tenían los indios bien pertrechados su fuerte y palenque de armas y todas las cosas necessarias. Y, demás destar fortalecido en la manera dicha, tenían por la parte de dentro un foso o cava de siete pies de hondo, todo lleno de agua, que para questuviese más fuerte habían los indios hecho y traído el agua para ella toda a cuestras y fuerza de brazos.

El otro palenque donde la otra parte de la gente

estaba recogida, que, aunque no era tan fuerte como éste, pero estaba en otro sitio tan áspero, lo habían hecho en otro pueblo de Juan de la Peña. Teníanle ansimesmo los indios bien proveído de municiones y vituallas.

Rufas con su gente caminando tuvieron noticia de cómo ya los indios estaban recogidos o fortalecidos en estos dos palenques, y por saber quel questaba en el pueblo o loma de Mercado era el más recio y fortalecido, caminaron derecho a él para quebrar primero la furia y brío de los bárbaros quen él estaban confiados de antes dañar que recibir daño; y siempre por el camino fueron topando calaveras y huesos de muertos, que los indios, después de haber comido la carne, los ponían aposta para que los viesen y recibiesen temor, y algunas ropas de vestir hechas pedazos. Y juntamente con esto muchas puyas en muchas partes del camino, con que hirieron algunos soldados e indios, que mediante el hacer carnicería en ellos y cortarles mucha carne de las heridas eran remediados. Y algunas veces los indios, como gente que sabían la tierra, se ponían en partes seguras y con su rústica desvergüenza, con grandes voces que daban, decían todos los vituperios y oprobios que podían a los nuestros. Los cuales llegados a la vista del palenque de Mercado, se alojaron, porque para subir a la loma donde el palenque estaba asentado era necesario ir con mucha consideración, a causa de que los indios tenían fortalecida la subida por dontentendían que habían de subir los españoles con grandes hoyos y puyas con que pretendían hacelles allí resistencia; y así acordaron los nuestros de tomar un gran rodeo, aunque sin camino, que forzosamente había de ser muy trabajoso, a causa de la montaña, para subir a lo más alto de la loma questaba hacia la parte de Cartago, y de allí habían de bajar adonde el palenque estaba; porque el sitio del palenque, aunque era en

lo alto de la cuchilla o loma, era casi el remate della, y de allí iba subiendo la loma poco a poco y haciéndose a lo largo hacia Cartago.

Habido este acuerdo, ayudóles mucho el tiempo, porque el día que hobieron de tomar el rodeo y subir la loma para ponerse en parte donde pudiesen ofender sin ser ofendidos, sobrevino una obscura neblina que cerró el día de tal manera y suerte que nunca fueron vistos ni sentidos de los indios hasta que llegaron a lo alto, donde fueron vistos de cierta atalaya quen un cerro estaba puesta, que a grandes voces daba noticia a los indios de la subida de los españoles y de la parte por dónde subían, adonde acudieron algunos indios con sus armas; y desque los vieron subidos en lo alto y que no eran parte para rebatillos, se tornaron, dejando muchas flechas e puyas puestas en el camino; pero aunque en ellas se lastimó un soldado fué poco, y así le cortaron un poco de un pie donde rescibió la herida. Los españoles, después de acercados al palenque, hicieron su alojamiento en parte cómoda donde no pudiesen recibir daño con las flechas de los enemigos; y en el punto que llegaron y comenzaron de ocuparse en alojarse, don Diego de Caravajal y un Diego de la Mota, que iban en sendos caballos mal revueltos y peor arrendados, se fueron allegando al palenque a reconocer lo quen él había, sin llevar más de sus lanzas y adargas. Los indios que dentro estaban usaron de tanto silencio, que ciertamente entendieron estos dos jinetes quen el palenque no había persona alguna, con la cual apariencia se fueron acercando a él, y mientras más se acercaban más se confirmaban en su opinión y parecer de no haber dentro gente; y teniendo por cierta su imaginación, que muchas veces puede más que la verdad, comenzaron a dar grandes voces llamando a los demás soldados, diciéndoles que bien podían entrar en el palenque, que por ellos estaba, porque no enten-

dían haber en él gente ninguna. A lo cual acudieron muchos soldados de los que más desocupados se hallaron, más porque no les imputasen alguna nota de cobardes o negligentes que porque tuviesen por ciertas y verdaderas las voces que Caravajal y Diego de la Mota daban; y como todos de golpe se llegasen y juntasen al palenque con los dos de a caballo, despendieron sobrellos los indios tanta cantidad de flechas y piedras, que fué cosa espantosa, y como los caballos no fueron tan prestos como se requería en el revolver, causaron gran daño a sí y a sus amos, porque por las saeteras o troneras quen el palenque había tiraron muchas flechas ciertas y de puntería, con que enclavaban los caballos. Caravajal fué en este rebate bien afortunado, porque, aunque le hirieron el caballo, no llegó ninguna flecha a su persona; pero Diego de la Mota, demás de los muchos flechazos quen su caballo dieron, le hirieron a él en una pierna con una flecha de muy fina y fresca hierba, donde no aprovecharon carnicerías ni anatomías; y ansí vino a morir dello y lo mesmo su caballo. La gente se vino a recoger a su alojamiento sin recibir más daño del dicho.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo el siguiente día, después de haber hecho los españoles ciertos requerimientos a los indios, les quisieron asaltar el palenque, lo cual no pudieron hacer y fueron rebatidos, y luego otro día, con harto riesgo y trabajo, le pegaron fuego, mediante lo cual lo tomaron, hallándolo desamparado de los indios. Trátase de la orden de los requerimientos que los españoles hacen a los indios cuando van a poblar

Es costumbre muy usada, cuando se va a pacificar alguna tierra alterada de indios, especialmente cuando vienen a dar guazabara a los españoles o que los españoles van a combatilles algún alojamiento donde están fortificados, hacerse por parte del capitán caudillo español cierta manera de requerimientos ante un escribano, convidándoles con la paz, persuadiéndoles que se aparten de su rebelión, exhortándoles que se sometan debajo del dominio del rey y de sus ministros, protestando que no les van a hacer guerra ni malos tratamientos, más a ampararlos y defendellos. Y capitanes ha habido que estos requerimientos los han hecho a los indios en su propia lengua castellana, sin más intérprete ni faraute que se lo diese a entender; y con esto dice que ha hecho las diligencias necesarias; cosa por cierto bien de reír que, no habiéndole entendido los indios cosa ninguna de lo que

les ha dicho ni requerido, tenga por bien hechos sus requerimientos. Esta es una de las circunstancias que usan los que, como atrás dije, van a llamar de paz los indios.

Pues conforme a esta costumbre, y aun entiendo ser ley o mandato real dado por el católico rey don Felipe II deste nombre, en la instrucción de nuevas poblaciones quel año 1560 dió con acuerdo del Consejo Real de las Indias, en que mandó que los que fuesen a poblar nuevas tierras, cuando los indios les saliesen a hacer resistencia o echillos de la tierra, les hiciesen tales y tales requerimientos por mano de personas religiosas y, por defeto de no habellas, de los capitanes, y entrellos se ponen los que he referido. Pero esta instrucción y comisión fué después o luego suspensa o revocada por información que tuvo Su Majestad de que no sólo no se había de guardar en ninguna cosa por los capitanes y soldados lo que se les mandaba, pero se habían de hacer otros males y daños muy perjudiciales a los naturales.

Lorenzo Rufas, caudillo de los españoles que sobre el palenque estaban, el siguiente día, con los intérpretes que tenía, desde fuera del palenque, y aun algo apartado dél, comenzó a hacer requerimientos a los indios que dentro estaban que, apartándose de su rebelión, le viniesen a dar la paz y se redujesen al servicio del rey y de sus ministros; y usando de la cautela de que usaron otros muchos pacificadores, les dijo que no temiesen recibir ningún castigo por las muertes que habían hecho, pues era notorio la ocasión que los españoles muertos les habían dado y cuán justamente merecían el castigo aquellos les dieron. Mas aunque estas diligencias y requerimientos fueron hechas diversas veces, ninguna cosa prestaron, antes los indios, como gente obstinada en su rebelión y que pretendían salir con ella adelante, respondían con desvergüenza de bárbaros a los españoles que se

habían holgado mucho con su venida, porque ya se les acababa la carne de la gente que habían muerto, y que con ellos, de quien pretendían haber entera vitoria y matallos todos, tendrían adelante qué comer, y juntamente con esto decían otros muchos géneros de vituperios y denuestos, poniendo a los nuestros nombres quentre ellos eran infames.

Los españoles, viendo que no eran principios éstos para que por bien se apaciguase aquella bárbara gente, hicieron con guadas o cañas gruesas partidas por medio un lienzo o pared, con el cual reparados se pudiesen llegar al palenque sin recibir daño con las flechas y lanzas de los de dentro; y porque había falta de sayos de armas para su reparo y de sus personas, con que más seguramente pudiesen asaltar el palenque, abrigaban y guarnecían sus barrigas y delanteras con frezadas dobladas y otras mantas de algodón, y en las espinitas y muslos se ponían unos medios cañutos de guadas a manera de grebas y quijotes que se las cubrían muy bien.

Con esta grosera manera de máquina o reparo se fueron llegando hasta veinte y siete hombres al palenque, llevando hachas y machetes en las manos, demás de sus espadas y rodelas, para cortar la madera del palenque y hacer algún portillo y entrada. Los indios, desde que vieron el reparo con que los españoles se llegaban a su fuerte, comenzaron a alzar muy gran alarido y gritería, y con ello a disparar muy gran flechería y piedras, y a aprestarse para rebatir a los nuestros en la hora que se les llegasen al palenque.

Rufas y sus compañeros, no poniéndoles ningún temor las voces de los indios, nada se detuvieron, mas con toda la presteza que pudieron se les arriaron y comenzaron a hacer todo su posible, con las hachas y machetes que llevaban, para cortar la madera del palenque y abrir portillo y entrada; pero los indios no les daban lugar a que lo hicie-

sen reposadamente, porque de dentro se lo estorbaban con algunas lanzas jinetas y espadas de las que a los españoles muertos habían tomado; y estando los unos y los otros en esta controversia, salieron del palenque hasta veinte indios con sus arcos y flechas, y con muy gran ligereza se arrojaron casi entre los españoles que estaban arrimados al palenque, y sin que les hiciesen daño ninguno dispararon sus flechas en los nuestros y se tornaron a retirar. Los españoles, aunquera grande el impedimento y estorbo que de dentro los indios les hacían y ponían, no dejaban de perseverar en su trabajo, con notorio peligro de sus personas, por ir tan mal reparados de armas defensivas, como he dicho.

En esta manera de acometimiento estuvieron hasta que la noche necesitó a los nuestros a que se retirasen a su alojamiento, lo cual hicieron con buena orden, trayendo por reparo el lienzo o pared de guaduas con que se habían arrimado al palenque, con algún daño notable que en el asalto recibieron, porque les hirieron con hierba cinco españoles, que fueron Bernardo de Oyola y Machado, quescaparon con la vida a costa de la cruel cura que les hicieron, y a Pascual Díaz y a Román y otro español que de los flechazos murieron. Fué tal el aprieto en que los españoles se vieron este día, que temieron el salir con vida y vitoria ni desbaratar el palenque, lo cual fuera total destrucción suya; porquen la hora que se retiraran habían de dar los indios sobrellos y los habían de seguir; y, demás desto, estaban a la mira todos los demás naturales, para si los indios de Amani saliesen con vitoria, rebelarse todos y dar en los españoles y en el pueblo de los españoles, poniéndolos en aprieto, como adelante se dirá; y aun ciertos indios amigos que consigo llevaban los españoles, de la provincia de Zamana, para proveimiento de las cosas necessarias, se habían ya desvergonzado a no ser-

viles como de antes, y cuando les mandaban algo, respondían que lo fuesen a mandar a los indios de Amani.

El caudillo Rufas y sus compañeros comunicaron entre sí que debía cada cual dar su parecer sobre la toma del palenque, para que, vistos los votos de todos, se tomase el más acertado y por él se hiciese lo que conviniera. De dentro del palenque estaba ya después de anochecido un indio puesto sobre un teatro que apostaba había mandado hacer de madera con ciertos reparos, para que con los arcabuces no le pudiesen hacer daño, y con una voz algo feroz se estuvo toda la noche hablando y diciendo bravosidades y desgarros contra los españoles, fingiendo que les había lástima, pues tan propincuos los veía a la muerte, aunque por otra parte se alegraba y holgaba por el bien que dello a su vientre se le seguía, por ser comida muy sabrosa los pies y manos y tripas de los españoles; que no pensasen ser más bien afortunados que otro capitán quen tiempos pasados con muchos más españoles les había querido asaltar el palenque, al cual habían rebatido con muertes de muchos españoles, cuyos cuerpos habían comido y les habían sabido tan bien como los de los quen las minas habían pocos días antes muerto; y enderezando sus palabras a los indios de Zamana que con los españoles estaban, los decía que quién los había engañado a venir en aquella compañía que venían, pues dello les había de resultar gran daño y castigo, porque después de haber muerto a los españoles y a los indios que con ellos al presente estaban habían de ir a sus poblaciones y arruinallas y destruillas todas, dando crueles muertes a todos los indios quen ellas hallasen, matándoles las mujeres, y a los niños que fuesen pequeños los habían de tostar en tiestos al fuego y comérselos, por ser de singular sabor, y a los muchachos tomallos para sus esclavos. Y por aquí iba discurriendo con su

parlamento, tan acompañado de amenazas, que ponía harto temor a los indios de Zamana, unas veces enderezándolo contra ellos y otras contra los españoles. Era y fué entre los españoles este indio llamado *el Ronquillo*, porque, demás de tener la voz espantable, algunas veces por falta de anhélito se enronquecía.

Venido el día, los nuestros se resumieron en tornar otra vez a arrimarse al palenque y ponelle mucha leña arrimada a la cerca, y pegalle fuego para que se prendiese la madera del propio palenque, y ardiendo por una y otra parte diese lugar o hiciese portillo por donde los españoles entrasen. E incontinente tomaron su lienzo y reparo de madera y se tornaron a allegar a la cerca, donde ansimesmo los indios estaban a punto para rebatillos, y ansí dispararon contra los nuestros innumerables flechería y gran cantidad de grandes piedras, con que si no llevaran tan buen reparo no dejaran de ser lastimados. Y luego que se llegaron a la cerca comenzaron los indios con grandes y largos botadores a echallos y apartallos de sí, echándoles por encima muchos hachos de paja ardiendo; pero los nuestros, con valor singular, sustentaron la furia de los bárbaros, sin poder por ellos ser rebatidos ni apartados del palenque; y ansí comenzaron a echar junto a él gran cantidad de leña, no sin gran peligro de los que lo hacían, por las muchas piedras y flechas que por encima de la cerca les echaban, lo cual recogían en sus rodellas.

Los indios, habiendo entendido por lo que vían los designios de los nuestros, por aquella parte por donde les ponían la leña comenzaron a echar y verter grandes vasijas de agua, al efeto de que, en mojándose la leña, no pudiese el fuego prender en ella y con esto el trabajo de los españoles fuese en vano; pero con todas estas controversias que los indios ponían y hacían, muy acompañadas de gran-

des alaridos y voces, los nuestros no cesaban de perseverar en su trabajo y labor, tan acompañado de peligro y riesgo cuanto se ha dicho, los unos soplando la candela y los otros acarreando leña, y otros con las armas en las manos haciendo la resistencia que podían para apartar a los indios que de la parte de dentro estaban de aquel lugar donde el fuego se prendía. Finalmente, tanto pudo la perseverancia de los nuestros en su obra, quel fuego se encendió, y ayudándoles un buen viento que corría, tomó fuerzas en tal manera que ya no era parte el agua que los indios echaban de dentro para resistir su furor; y así se prendió y pegó en los maderos de la cerca del palenque, por donde los indios que dentro estaban, conociendo que luego quel fuego les diese lugar e hiciese entrada habían de ser con ellos los españoles, comenzaron a echar su gente fuera por la otra parte del palenque, quedándose siempre a hacer demostración y resistencia algunos indios por que los españoles no lo entrasen tan presto y los siguiesen e hiciesen daño en sus mujeres y hijos y gente menuda. E ya questa gente se había alejado del palenque y el fuego había abierto gran portillo, los propios indios pegaron fuego a las casas que dentro había, todas las más de las cuales se quemaron y ardiéron, y ellos se fueron siguiendo su gente como por retaguardia della, sin recibir, a lo que pareció, ningún daño de los nuestros.

Juzgóse por la mucha gente que vieron salir deste palenque e ir por diversos caminos, y por la mucha casería quen él había, questuvieron recogidas en él más de cuatro mill personas.

Los españoles, luego quel fuego y los indios les dieron lugar, se entraron dentro del palenque y atajaron el fuego en cuatro o cinco casas questa-ban apartadas, donde no se había pegado fuego, donde se alojaron y hallaron en ellas mucha carne

humana que tenían aquellos caníbales para su mantenimiento, della cocida y asada en barbacoa y hecha polvos después de tostada, la cual comían revuelta en ají y en vino, y mucha herramienta de la que habían tomado en las minas, y otras muchas menudencias y baratijas.

CAPITULO XI

En el cual se escribe el gran temor quen Vitoria tuvieron de que los naturales, persuadidos del indio don Alonso, se juntasen y viniesen a dar sobrel pueblo, y cómo teniendo noticia de cierta junta y borracheras quen Amani el de Afuera se hacían, enviaron allá a Hernando Quejada con ciertos españoles para que los desbaratase. Escríbese aquí lo quen semejantes borracheras cantan los indios

En tanto que Rufas y sus compañeros andaban en las cosas referidas, en la cibdad de Vitoria no había mucha seguridad ni estaban faltos de temor; porque algunos indios amigos que conjuntos a la cibdad vivían sabían y tenían aviso que don Alonso, indio, principal agresor en el motín, por sus mensajeros andaba convocando y atrayendo a sí todos los naturales de la provincia para que, juntándose y siguiendo y haciéndose de su opinión, tomasen las armas en las manos y fuesen sobre la gente española quen Vitoria había, quera muy poca, y dando sobrela la matasen toda y quemasen el pueblo y tomasen para su servicio las mujeres españolas y otra cosas que más les contentasen. Persuadiales a que, apartándose para conseguir este efecto de las antiguas enemistades quentre sí tenían unos con otros, se redujesen y conformasen, pues dello se seguía alcanzar y haber entera libertad y echar de sobre sí el yugo de la servidumbre. Poniales por delante la vitoria que había habido de los españoles quen las minas trai-

doramente habían muerto, y ofreciáse de selles caudillo y capitán en el negocio, representando su buena fortuna y destreza en casos de guerra, y, sobre todo, prometiéndoles y asegurándoles la victoria, porque decía que con la mucha cantidad de indios quen la tierra había y se podían juntarse, y su valentía, con facilidad podrían matar los españoles quen Vitoria estaban, y de allí dar sobre la gente que con Rufas andaba en el castigo, donde, por la aspereza de la tierra, aunque no fuese sino con tenellos cercados algunos días, los harían morir de hambre.

Y allende desto subcedió que, como Rufas y sus compañeros descompusieron el palenque questaba en la loma de Mercado, toda la gente quen él había estado se retiró con su capitán don Alonso a la poblazón llamada Amani el de Afuera, sin que Rufas tuviese noticia dello, donde se hacían grandes borracheras para determinarse en lo que debían de hacer, porquel principal y naturales de aquel pueblo no estaban en seguir la rebelión de don Alonso y sus secuaces. Y porque dije que para determinarse hacían borracheras, es de saber que, a lo menos en el distrito deste Nuevo Reino, cuando algunos indios quieren rebelarse o hacer alguna alteración u otra cosa señalada, primero han de anteceder grandes juntas y concursos de gentes en partes señaladas, donde residen los más principales indios, y allí se entretienen algunos días y noches, los cuales despenden en bailar y cantar y beber hasta embriagarse. En estos cánticos representan los indios los trabajos quen servir a los españoles tienen, la libertad y exención que antes tenían, la opresión en que se ven, las muertes que sus padres, hermanos, amigos y parientes recibieron en la conquista, el despojallos de hijas o hijos para minas y otros servicios de que los españoles tienen necessidad, y el verse despojados de sus sanctuarios y simulacros, y no te-

ner la libertad que de antes para idolatrar; y allí fingen que sus dioses están por ello grandemente enojados, que deben aplacalles con tomar venganza en los españoles, echallos de la tierra o matallos.

Aquí don Alonso se señalaba en sus cantares, diciendo en ellos la mucha gente que mediante su industria en las minas se había muerto, y que si de allí se le escaparon tres o cuatro españoles, fué por querer tomallos vivos para sacar los ojos a algunos dellos y enviallos ansí a Vitoria, para que con aquel temor la gente quen el pueblo estaba se saliese de la provincia, e incitaba todo lo que podía a los indios con sus endechas a que le siguiesen y fuesen con él a Vitoria, y otras cosas a este tono que a ellos les suele dar contento. Y durante el tiempo destos cantares y bailes, como he dicho, todo es beber, de tal suerte que ninguno va a allí de ninguna condición que sea que no se emborrache, y es tal esta gente, quel tiempo de la embriaguez tienen por lugar cómodo y disputado para tratar sus negocios más arduos y calificados, y ansí nunca deja de determinarse lo peor; porque como el demonio, enemigo antiquísimo del género humano, intervenga en estos excesos y desórdenes, claro está que los ha de guiar como redunden en más daño y destrucción de los hombres.

Destas juntas, como de lo demás, se tuvo particular noticia en Vitoria, y a los españoles que a la sazón allí estaban les pareció que debían atajar los daños y males que se les aparejaban con usar de presteza en el negocio, yendo los que más dispuestos para ello se hallasen y dando de súbito una alborada en las juntas de los indios, donde se hiciese el estrago que pudiese, de suerte que quedasen amedrentados, ya que no del todo castigados, para que de su junta y borrachera no quedase determinado cosa alguna que perjudicase a los españoles.

Juntáronse para este efeto hasta diez y siete hombres, de los cuales fué por caudillo un Hernando Quejada, quera encomendero del proprio pueblo donde las juntas y borracheras se hacían; el cual, como se acercase al lugar donde los indios estaban congregados y descuidados de que por aquella parte les entrarían los españoles, muy osadamente en medio del día se metió entre aquella junta de gente contra la opinión y parecer de los demás sus compañeros, que se lo contradecían, diciendo que para ellos era más seguro el dar de noche en los indios que de día; pero Quejada, como aquel pueblo era de su encomienda y el principal e indios estaban bien con él, dió de mano a este parecer por estorbar las demasiadas muertes y crueldades quen semejantes tiempos se suelen hacer.

Los indios de la junta, como todos o los más estaban embriagados y borrachos y fuera de juicio, cada cual seguía el humor quen él reinaba; porque unos con demasiado temor huían, otros con demasiado furor y temeridad tomando las armas se venían a meter por las espadas de los españoles. Quejada y sus compañeros lo hicieron tan bien, que, sin turbarse punto de ver tanta cantidad de indios juntos, con brío y valor español arremetieron a ellos, metiéndose entre la multitud de los bárbaros, hiriendo a una parte y a otra, los constriñeron y forzaron a huir, así a los de Amani el de Adentro como a su capitán don Alonso, que con ellos estaba. El cacique o principal deste pueblo, luego que reconoció a su encomendero Quejada, que con los españoles iba, se vino a él cruzadas las manos, sin armas ningunas, diciendo en su lengua: *Onguere, onguere, toatoa*, quen la nuestra quiere decir: "Paz, paz, christianos o españoles", y ansimesmo se volvía a hablar a los indios que dejasen las armas y no usasen dellas contra los españoles, porque venía allí su encomendero;

porque aunque los indios cuasi iban de huída no por eso dejaban de disparar y arrojar sus flechas contra los españoles. Y con esto cesó el hacerse daño los unos a los otros a persuasión de Quejada, que se lo rogó a los españoles. Y hecho esto, se fueron a alojar en un sitio alto y acomodado para defenderse de los indios si los quisiesen acometer.

El indio don Alonso se recogió con su gente en otro pueblo que no muy apartado de allí estaba, con designio de si pudiese atraer a sí al principal que había dado la paz y a sus indios, dar sobre los españoles que allí estaban y matallos, viniendo siempre con cuidado y aviso por mano de los espías y centinelas que tenía puestas, para que Quejada y los que con él estaban no los hallasen o acometiesen descuidados. El mismo temor se tenían los españoles, por ser tan pocos como eran, y así las noches y días que allí estuvieron todos por su orden se hacían guardia y centinela.

Habló Quejada al cacique de aquel pueblo que le había salido de paz o se le había rendido, diciéndole qué no pretendía otra cosa sino que se estuviesen de paz como de antes estaban y fuesen amigos y sirviesen, lo cual si así hiciese sería amparado y defendido de que no se le hiciese en su tierra ni poblaciones daño ninguno. El indio mostró gran voluntad de querer hacer lo que Quejada le persuadía y aconsejaba; y con esto se apartó dél y se fué donde su gente estaba recogida, quera bien cerca del estalaje y alojamiento del indio don Alonso y de los suyos, el cual luego procuró de verse con este cacique y atraello, como he dicho, a su voluntad; y así le persuadió con gran instancia que de común consentimiento diesen en los españoles que allí estaban para matallos, pues con tanta facilidad y sin riesgo suyo lo podían hacer, incitándole a ella con muchos ruegos y halagos, abrazándole y haciéndole otras caricias. Y viendo quel cacique estaba tibio en seguir su parecer y

opinión, determinó llevarlo a su borrachera para embriagallo y estando fuera de juicio atraello así a su querer; pero nada le aprovechó a don Alonso esta cautela, porquel cacique, que la entendía y consideraba los daños que de alzarse se le podían seguir, se eximió del beber diciendo que por indisposición que tenía lo dejaba de hacer, y así se apartó del don Alonso, el cual lo quisiera matar, pero no osó por estar en su tierra.

El cacique se volvió a su tierra y casa, y otro día, tomando consigo un hermano suyo, se vino donde Quejada y sus compañeros estaban con una cruz en las manos en señal de paz; porque, según en algunas partes desta historia he apuntado, luego que los españoles entran en alguna tierra nueva, para que los indios amigos no reciban daño de los españoles o indios ladinos quen en el camino toparen les dan una cruz que lleven en la mano, la cual les mandan que traigan también cuando vienen adonde los españoles están, y por esta sancta señal son luego conocidos los amigos. Llegado el cacique adonde Quejada estaba, le dió relación de lo que con don Alonso le había pasado. Quejada le dijo cuán mal lo aconsejaba don Alonso y que no debía seguir su opinión y parescer; porque, demás de ser tan malo y perjudicial como era, pretendía hacelle culpado y participante en las muertes de los españoles quen las minas habían muerto, y que para asegurarse de todo debía echar de su casa y pueblos tan mal huésped como don Alonso era, por que no le fuese estorbo e impedimento de conseguir la paz y causa de hacerse enemigo de los españoles. El cacique replicó que le parecía muy acertado lo que Quejada le decía, pero que no se podía efetuar hasta pasar el tercero día, quera el tiempo que había de turar la borrachera de don Alonso, y que pasado este tiempo o término se había de ir con sus indios y gente a otros pueblos apartados de allí, y que entonces estarían sus in-

dios y los de sus vecinos en su entero juicio y fuera de la embriaguez, y él con facilidad los traería a la amistad y paz de los españoles.

A Quejada le pareció bien lo que el cacique le decía, y así propuso de esperalle allí aquellos tres días; pero a sus compañeros les era pesado y molesto este esperar por consejo del cacique, porque les parecían cautelosas razones las que el bárbaro había dado, y todas enderezadas a su provecho y a fin de que aquellos tres días se juntasen y preparasen de armas los indios para con más seguridad dar en ellos y matallos; y así persuadían con mucha instancia a Quejada que se retirasen y saliesen una noche, pues seguramente lo podían hacer, y no se detuviesen en tan notorio y evidente peligro, donde si los indios les acometían y cercaban era cierto que no había de escapar ninguno dellos, por ser tan pocos y los bárbaros en tanta cantidad y tan atrevidos.

Pasados los tres días, don Alonso y sus indios se mudaron desta poblazón a otra llamada Christascan, y el cacique y sus indios se vinieron de paz adonde Quejada estaba y prometieron de ser leales y se vinieron con él a la cibdad de Vitoria, donde por la paz deste cacique y desbarate de la junta fué perdido todo el temor que del alzamiento general se tenía, porque por la paz deste cacique evitaban y evitaron infinitos daños y muertes de más de tres mill almas que el conflicto de la guerra murieran, unos a hierro y otros de hambre; porque si este principal se alzara, con él se habían de alzar otros muchos, a todos los cuales se les había de ir a hacer guerra y se les había de talar sus labranzas y comidas, y habían de ser ahuyentados de sus casas a partes remotas y estériles, donde el padre no pudiera remediar al hijo, ni el hijo al padre, y así perescerían muchas inocentes criaturas de pura hambre, y, como he dicho, otros muchos a cuchillo.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo después de haber estado los españoles alojados algunos días en el palenque de la loma de Mercado, se pasaron al pueblo de Juan de Llano, de donde enviaron por socorro de gente y munición a Vitoria, y después de venir el socorro fueron sobrel fuerte de Juan de la Peña, el cual hallaron sin ninguna gente que lo defendiese

Después quel caudillo Rufas y sus compañeros se alojaron dentro del palenque que con el fuego desbarataron en la loma de Mercado, acordaron descansar allí algunos días para que los enfermos fuesen mejor curados y se reparasen y reformasen; y luego otro día fué enviado un muchacho o indio de poca edad, quera natural de Amani el de Afuera y lo habían llevado consigo los españoles, a que fuese a hablar a los indios y naturales de por allí cerca, especialmente a los que habían estado recogidos en el palenque, y les dijese cómo los españoles deseaban tenellos por amigos, y que se volviesen a someter a la servidumbre, con lo cual les perdonarían los daños y muertes pasadas. Pero este mensajero, después que se vió en su libertad, o él no quiso o no le dejaron volver más con la respuesta, y así quedaron los nuestros burlados de su voluntad y de las vanas promesas quel indio les había hecho de que volvería al cabo de cierto tiempo.

Pocos días después desto, los indios amigos que con los nuestros estaban, andando corriendo las poblaciones y rancherías que cerca del palenque había, hobieron a las manos ciertas indias naturales de aquella provincia y las trajeron a los españoles, que fué cosa de maravilla no matallas luego que las tomaron, porque todos estos bárbaros son en sí tan crueles e inhumanos, que, aunque no sean caníbales, ques gente que come carne humana, no por eso dejan de matar cuantos indios han a las manos. Destas indias se procuraron informar los nuestros y supieron cómo el indio don Alonso era vivo y andaba en Amani el de Afuera juntando gente e incitando a que se alzasen, y cómo siempre había sido y estado dentro del palenque animando los indios a la guerra, y cómo había sido el principal movedor del motín y muerte de las gentes de las minas, en donde, demás de las principales traiciones que urdió, usó de una donosa cautela, y fué que al tiempo que los indios tuvieron cercados a Rufas y a los otros tres españoles en casa de Juan Jiménez, este don Alonso se consintió y permitió atar y traer de los indios con una sogá o cabulla al pescuezo adonde pudiese ser visto destes cuatro españoles, fingiendo delante dellos ser violenta y forzosa su prisión, de donde Rufas y los que con él andaban en este castigo tuvieron siempre que lo habían muerto los indios; pero él andaba, como he dicho, procurando la última ruina y fin de los españoles. Otras muchas particularidades se supieron destas indias que hacen poco al caso describirse.

El caudillo, por ver si podía atraer a su amistad a los indios, soltó una destas indias enviándola para que hablase a los indios y los atrajese a su amistad; pero desde que se vió en su libertad nunca más curó volver con respuesta ni sin ella.

También dieron noticia estas indias cómo este indio don Alonso fué el que dió la industria que

saliesen a acometer a los españoles cuando estaban asaltando el palenque, y qué! fué el primero que salió al efeto.

Pasados algunos días que ya los enfermos habían mejorado y convalecido, se mudaron los españoles deste alojamiento del palenque a un sitio de un pueblo que había encomendado en un Juan de Llano, y en el camino se les empuyaron dos indios de los amigos que consigo llevaban, de que murieron ambos. Alojados los españoles en este pueblo, halláronse faltos de munición y fuerza de gente para poder combatir y desbaratar el otro palenque que estaba en el pueblo de Juan de la Peña, por lo cual les fué necesario enviar a Vitoria por el socorro de las cosas necessarias, y a este efeto fueron don Diego de Caravajal y Juan de Zúñiga y Juan Zapata y Ortega y otros, de suerte que pudiesen pasar seguros. Los indios, como vieron salir y dividirse esta gente, imaginaron que no podía quedar mucha más con el caudillo Rufas, y así se les empezaron a llegar y desvergonzar de tal suerte quen una fuente que bien cerca del alojamiento estaba, habiendo ido las indias y criadas del servicio de los españoles a lavar y coger agua, dieron en ellas algunos indios de la tierra, y allí mataron dos indias, a la una de las cuales de hachazos quen la cabeza le dieron se la hicieron pedazos, de tal suerte quen en el casco no le quedó sesos ningunos, y desta suerte afirman haber estado después que la trujeron los españoles a su alojamiento veinte y cuatro horas gimiendo, después de las cuales acabó de expirar.

Los indios, después de congregados y hablados, determinaron dar en los españoles un albazo, y venidos al efeto, creyendo hallar descuidados los españoles, para más a su salvo hacer su hecho, subcedió que consigo traían una perrilla que habían tomado en el saco de las minas, la cual como se acercase al alojamiento de los españoles y le

diese el viento dellos, se vino derecha adonde los españoles estaban, y en el principio del alojamiento halló a Rufas, que estaba velando, al cual comenzó a hacer tantos halagos y regocijos, que parecía que claramente le daba a entender la venida de los enemigos; pero Rufas no fué torpe en entender el misterio, y así luego muy pacíficamente apercibió a todos sus compañeros que estuvieran a punto y con las armas en las manos. Los indios se acercaron al alojamiento de los españoles, y por cosas que vieron conocieron estar a punto de pelear, y así se tornaron a retirar sin hacer ninguna demostración de su llegada ni acometimiento. Otras muchas noches o alboradas quisieron estos bárbaros dar en los españoles; pero siempre les parecía y se les representaba queran sentidos y que los nuestros estaban advertidos o avisados y con las armas en las manos, y así se volvían. La cobardía destes bárbaros más se debe atribuir a permisión divina que a la mucha vigilancia que los nuestros tenían, porque con sólo derramar cada noche algunas flechas en el alojamiento y toldo de los nuestros les podían damnificar harto, y aun por ventura constreñirles a huir, y si de hecho les acometieran y Dios por su bondad infinita no los favoreciera, era imposible ellos con sus fuerzas poder defenderse; porque, demás de ser muy pocos en comparación de los muchos indios que se podían juntar, los más dellos estaban heridos y enfermos y no para pelear.

Después de algunos días que el indio don Alonso había andado sargenteando y juntando gente por muchas partes de la provincia, para dar sobre Rufas y sus compañeros, a los cuales don Alonso, como otras muchas veces había hecho, prometía entera vitoria, diciendo que los españoles eran gente de poco trabajo y que no sabían pelear ni se hallaban en la guerra si no era con su ayuda e industria y favor, y que faltándoles, como les fal-

taba, tuviesen por muy cierto que los habrían a todos a sus manos. Y con estas y otras vanas promesas y esperanzas que les daba persuadió a la multitud de los bárbaros que una noche cercasen el alojamiento de los españoles, para que, amaneciendo sobre ellos por todas partes, les diesen muy recias baterías de flechas, lo cual hicieron tan quietamente, que nunca fueron sentidos de las centinelas ni rondas de los españoles; pero para quel mal propósito destes bárbaros no hobiese efeto, permitió Dios Nuestro Señor que toda aquella noche hasta muy gran parte del día fuese acompañada de recios aguaceros, truenos y relámpagos, que fué gran impedimento para que los indios no acometiesen con la facilidad que pensaban a los nuestros. E ya quel agua había cesado y los españoles de la ronda y centinelas y velas se habían recogido a sus ranchos, para mudarse y quitarse de encima las armas y ropas, que tenían muy mojadas y caladas del agua, quedó la claridad del día acompañada de una oscura niebla, de suerte que los indios no podían ver ni alcanzar a conocer lo que los españoles hacían, y ansí se estaban esperando a divisallo. En el cual tiempo subcedió que un soldado, llamado Andrés de Soria, que le había cabido la vela del alba aquel día, se apartó del alojamiento obra de cien pasos, y como el día hacía tan cerrado, ni él vió a los indios ni los indios a él, hasta que de súbito dió en los que más cercanos al alojamiento estaban, y como se vió sobrellos y viendo a uno que allí dejó muerto, comenzó a dar voces dando alarma. Los indios, en viéndole e oyéndole, creyendo que todos los demás soldados acudían a dar sobrellos y que generalmente habían sido sentidos, sin hacer ningún efeto se retiraron y volvieron las espaldas, y sin que nadie los siguiese dieron a huir vergonzosamente. Los españoles, teniendo a Soria por hombre chocarrero y que muchas veces se solía holgar con todos, no fué

creído cuando apellidó alarma, y así no fué socorrido, ni aun después lo creyeran si no hallaran el indio herido o muerto de su mano y el rastro de los indios que habían estado sobre el alojamiento, que cierto era grande y de mucha gente. Y así deste acometimiento como de otros muchos fueron estos españoles librados por sola la misericordia de Dios.

En este tiempo ya la falta de la comida cuasi ponía en aprieto a los nuestros, porquen las partes quellos alcanzaban a correr ya no había qué comer ni aun legumbres, y así se ha de entender que siempre que trataremos de buscar comidas en estas conquistas, questas tales comidas y mantenimientos son maíz, que el principal sustento de los indios, y luego raíces de legumbres, y si los españoles aciertan a llevar alguna carne, y si no estas flacas comidas es su principal mantenimiento, y con esto se sustentan bien miserablemente. Suélese sentir más que otra cosa alguna la falta de sal, y en esta tierra lo sentían estos españoles ásperamente, porque había días que no comían sino legumbres, y esas sin sal, ni carne, ni manteca, ni otra cosa que les diese algún sabor o sustancia.

Estando, pues, en este aprieto Rufas y sus compañeros, en que por la una parte los ponían los indios y por la otra los tenía puestos la falta de los mantenimientos, llegó don Diego de Caravajal con veinte y seis soldados y alguna munición de pólvora y provisión de sal y carne, aunque no en tanta cantidad cuanta habían menester, con que todos fueron reformados de la hambre que padecían; y luego de allí se partieron todos juntos a dar en el palenque del pueblo de Juan de la Peña, el cual hallaron desamparado de sus naturales y moradores, los cuales habiendo visto cómo había sido desbaratado el otro palenque de la loma de Mercado, quera más recio y fuerte quel suyo, temiendo el daño que desperar allí les podía sobrevenir, tu-

vieron por más seguro y acertado desamparallo y retirarse a partes donde no fácilmente pudiesen ser habidos de los españoles, los cuales se alojaron en el proprio palenque para de allí dar orden en lo que debían hacer para que de todo punto quedase pacífica la tierra.

CAPITULO XIII

En el cual se escribe cómo Rufas y los demás españoles se pasaron del palenque de Peña a un pueblo de indios llamado Zarara, donde se estuvieron hasta que atrajeron a sí los indios pacíficos y los dejaron de paz y se volvieron a Vitoria. Escríbense aquí algunos subcesos acaescidos en el interin que los indios daban la paz

Visto por los españoles que ya los indios andaban amedrentados y que no les osaban esperar ni acometer, determinaron pasarse a lugar y parte cómoda, de donde pudiesen señorear todas las poblaciones de Amani el de Adentro, para con más facilidad y menos trabajo suyo atraer a los indios de grado o por fuerza a su amistad y servidumbre; y con este designio se pasaron del palenque de Peña, dondestaban, a un pueblo de indios llamado Zarara, questaba encomendado en Francisco de Ospina, porque parecía estar este pueblo en comedio de las poblaciones de los indios; y haciendo su alojamiento en lugar conviniente, el caudillo Rufas con una parte de los soldados salió a correr la tierra y a ver si podía haber algunos indios a las manos con quien tratar y efetuar la paz.

Los indios, como, por algunas personas que los españoles les habían enviado por mensajeros, entendían que procuraban su paz y amistad, y, por otra parte, en ningún lugar se hallaban seguros,

porque después que les desbarataron el palenque o fuerte de Mercado, a quien ellos tenían por inexpugnable, perdieron de todo punto la esperanza de salir con vitoria y quedar con libertad; porquen toda la tierra no tenían lugar más fortificado que aquel y hallaban quen todas las otras partes que se recogiesen y escondiesen habían de ser buscados y hallados y aun monteados como fieros animales, determinaron de tratar que se sujetarían a la servidumbre de antes, y de camino en estos tratos intentarían algún acometimiento, y si el tiempo y la ocasión les asegurase la vitoria, lo llevarían adelante, y si no conseguirían su paz, pues no eran ni habían sido bastantes a resistir a los españoles. Y ansí casi con estos propósitos enviaron al camino a Rufas, que los iba a buscar, un indio, hijo del *Ronquillo* quen el palenque de Mercado estuvo toda una noche voceando, de quien atrás hice mención. Este indio, trayendo en las manos insignias de paz, fué bien recibido de Rufas, al cual dijo cómo su padre y otros muchos indios que fugitivos andaban, por el temor y miedo que a los españoles tenían, los querían venir a servir y ser sus amigos, y que si no les habían de hacer mal ni daño alguno, qué los procuraría traer a todos a la amistad y servidumbre de los nuestros. Rufas le certificó que como ellos les viniesen a servir como de antes, que no rescibirían daño alguno, antes serían muy bien tratados.

Otros indios sin éste acudieron al alojamiento donde había quedado la otra parte de españoles, y ansimesmo se ofrescieron de ser leales y amigos, a los cuales y al hijo del *Ronquillo* se les dijo que para que su paz y amistad fuese tenida por cierta y creída quen ella no había cautela, se viniesen todos los indios con sus familias a sus pueblos, a los cuales irían a visitar para cierto día señalado, y como fuesen hallados según les era mandado, serían tenidos por verdaderos amigos;

y con esto Rufas no pasó adelante con su jornada y se volvió al alojamiento de Zarara.

Pasado el tiempo que se había señalado en el cual los indios se habían de volver a sus poblazones, Rufas con veinte compañeros tornó a salir del alojamiento por ver si podía acabar de efetuar la paz con estos bárbaros y si habían cumplido lo prometido; pero como esta gente sea de tan poca verdad y tan falta de fee, jamás cumplen por entero cosa que prometen, y ansí no habían hecho cosa alguna de lo que habían concertado; pero como sintieron que Rufas había salido a buscarlos y que podía dar en su alojamiento y rancherías y hacelles harto daño, salieron al camino de paz un hijo de un cacique del proprio Rufas, muy embijada la cara, el cual fingió ser el cacique su padre, y lo quiso ansí dar a entender y aun hacer creer a Rufas, que bien lo conocía. Mas desde este bárbaro vido quera conocido, dijo, por disculpar su engaño tan grosero, que como su padre era muerto y él había subcedido en su lugar, quería quentendiesen qué era el cacique antiguo; y ansí fué tan fría su respuesta como tosco el hecho.

Venía con este indio *el Ronquillo*, vocinglero amenazador de los españoles, muy embijado y disfrazado con sus betunes para no ser conocido, temiendo que si le conocían que le darían el pago de su desvergonzada plática y atrevimiento. Pero con todo su disfraz fué conocido de los españoles, al cual Rufas halagó y no hizo ningún daño por atraello a sí, que como era indio principal hiciese a los demás indios que se pacificasen, antes dándoles sendos bonetes y otras cosas de resgates, los tornó a enviar muy contentos para que acabasen de efetuar la paz.

En tanto que Rufas andaba en estos negocios, los indios determinaron de dar con buena color en el alojamiento y matar los españoles quen él habían quedado, que todos los más eran enfermos y heri-

dos de flechazos, y para esto se juntó gran número, ansí de muchachos como de indias y gran cantidad de indios mayores para la guerra o acometimiento. Y determinados y conformados en efectuar el hecho, se vinieron al alojamiento en la orden que diré. Venían o entraron delante en el propio sitio donde los españoles estaban alojados los muchachos o mujeres cargados de haces de hojas de bihaos, que con lo que en esta tierra acostumbran cubrir las casas o buhíos; y tras esta gentalla entraron otro gran número de indios mancebos de edad perfecta para la guerra, cada uno de los cuales traía a cuestas una guadua de siete pies, que, como he dicho, es cierta caña muy gruesa más que el muslo de un robusto hombre y muy recia, tal que en muchas partes de tierras calientes los naturales hacen sus casas con ellas. Y en cada una de estas guaduas traían metido una larga macana casi del tamaño de un montante y algunas mayores, con que juegan los propios indios o pelean de montante a dos manos, las cuales no se parecían. Y demás de estas guaduas traían algunos haces de hojas de bihao, en que traían metidas otras macanas más pequeñas, y a sus espaldas traían puestas en las pretinas o cordeles que por el cuerpo se ceñían cada uno una hachuela de piedra. Y tras esto venía gran cantidad de gente más hecha a la guerra, la cual se quedó en el arcabuco o montaña metida. Toda esta multitud de bárbaros dijeron a los españoles que el alojamiento estaban que el caudillo los enviaba a que hiciesen en aquel sitio quiera suyo sus casas y buhíos, y que ansimesmo hiciesen ranchos para los españoles; los cuales como conocían las cautelas de estos bárbaros, no fiándose en ellos ni en sus palabras, cada cual se metió en su tienda y rancho y se armó y puso a punto, y acaso un soldado, llegándose adonde los indios estaban, vió que entre un feje o hace de aquellas hojas de bihaos asomaba una punta de una macana, de la

cual asió y la sacó; y visto esto, miró otros muchos haces de aquella hoja, y en todos ellos halló armas, y lo mesmo fué en las guaduas, de lo cual dió aviso a sus compañeros; y saliéndose a certificar del negocio, hallaron ser verdadero, y dél coligieron la traición que se traía ordenada por los indios; los cuales como vieron que habían sido descubiertos, se fueron saliendo poco a poco unos tras otros sin que los españoles les hiciesen ni quisiesen hacer daño alguno, porque pretendían por bien atraellos de paz y a su servidumbre, quera lo que más les convenía.

Casi la mesma traición intentaron los indios quen esto no se hallaron, con Rufas y los demás españoles que con él andaban. Pero no atreviéndose a salir con ella pusiéronle gran cantidad de puyas en un camino, dos de las cuales se le metieron a Rufas por dos dedos de un pie y fué necesario cortárselos entrambos, y así cojo se volvió al alojamiento, donde subcedió una cosa cierto de maravilla, que por ser tal la escribo aquí.

Dos muchachos indezuelos de la poblazón de Amani el de Afuera, que andaban con los españoles sirviéndoles, importunaron a ciertos indios de los de Zamana, que también andaban con los españoles, que se fuesen con ellos y aquellos los sacarían a paz y a salvo de la tierra de guerra, pues toda era de su nación y parentela. Los indios Zamanaes a quien esta persuasión fué hecha, por volverse a sus tierras con sus mujeres, dijeron quera contentos, y así se salieron disimuladamente del alojamiento; y aquella noche propria, durmiendo cerca de allí todos juntos, los dos muchachos se levantaron y con dos hachas de piedra que llevaban comienzan a dar en los indios Zamanaes que estaban durmiendo, a todos los cuales, quebrándoles las cabezas, los dejaron por muertos y se fueron a sus tierras. Uno destos indios Zamanaes rescibió en la cabeza siete heridas de hacha pues-

tas a la redonda della a manera del cabello de una corona de un fraile, por cada una de las cuales se le parecía la tela de los sesos, y con el tormento de los golpes y tener el casco de la cabeza todo quebrado, este indio, aunque le dejaron por muerto, no lo estaba, pero no tuvo juicio ni tino para poder caminar luego y volverse adonde los españoles estaban; y así se detuvo en aquel arcabuco como muerto seis o siete días, al cabo de los cuales, como pudo, llegó al alojamiento de los españoles la cabeza tan andrajosa como se ha dicho y toda ella llena de muy grandes gusanos que por unas heridas le entraban y por otras le salían, y aunque los españoles deseaban curar con medicinas y cirurgías naturales a este indio no había entrellos quien lo supiese ni se atreviese a ello, ni aun le pareciese que podía vivir muchas horas. Finalmente, ocurriendo a las medicinas sobrenaturales y usando dellas devotamente, se le decía a este indio sobre las heridas de la cabeza el sancto evangelio de San Marcos, poniendo o haciendo la sancta señal de la cruz sobrellas, con el cual exhortismo las heridas expelieron y echaron de sí toda la multitud de los gusanos quen sí tenían, y después desto los huesos questaban quebrados y damnificados vinieron a cobrar entera sanidad, y el indio, aunque gentil, por la misericordia de Dios y virtud destas sanctas palabras y señal de la cruz.

Volviendo a la pacificación de los indios, después de lo escrito fué tanta la solicitud que los españoles pusieron en ello, que casi sin hacer daño ni crueldades notables en los indios les forzaron a que diesen la paz y se sujetasen y redujesen a su primera servidumbre; y así se volvieron todos los desta provincia de Amani en general a sus antiguas poblazones, y los españoles, dejándolos pacíficos, a Vitoria. Pero ya questa pacificación careció de castigo recebido por mano de los españoles, a los pocos días les sobrevino otro mayor del

que se les podría dar. Porque como al principio questos indios se alzaron habían ellos propios talado y destruído las labranzas pequeñas, por que los españoles no se aprovechasen dellas, y el maíz que tenían seco lo gastaron en borracheras, sobreviñoles tal hambre, quen pocos días consumió muchos dellos. Y a esta calamidad y ruina ayudó mucho una inicua opinión questos indios tenían, y era que cuando morían se iban al cielo derechos, y que allí tenían abundancia de comeres y beberes con ociosidad; y como esta les fuese a ellos artículo de fee y se viesen apretados del trabajo de la hambre, de su propria voluntad y por sus propias manos se ahorcaban y daban la muerte, diciendo que iban a gozar al cielo desto quen opinión tenían. Y tras esto se les siguió que cierta nación de gente caribe, llamados de los Cabellos largos, comarcana a estos Amanies, a quien en su prosperidad hacían grandes daños y agravios, viendo la ruina y calamidad destes Amanies, se vinieron a ellos, y ansí llevaban manadas de gente para comer como en otras partes se suele llevar de ganados, y cada vez que se les antoja a estos de los Cabellos largos venir sobre los Amanies por gente para comer, lo hacen muy a su salvo; y ansí están hoy tan arruinados y estragados estos pueblos, ques lástima vellos, y con todo esto los pocos que han quedado aun no han perdido el brío, porquen viendo pasar algún español por su tierra le ponen en el camino huesos de muerto por vía de amenazas.

Otras alteraciones particulares ha habido en Victoria, que han sido castigadas, y aun muchos otros malos tratamientos de indios, de los cuales yo no sabré decir más quel Audiencia, para castigar a los que los hacen, cada día envía jueces de comisión a inquirir y saber los daños hechos y a prender los delincuentes para castigallos; y ansí cesa aquí este libro quanto a las guerras dentre espa-

ños e indios; y porquen esta provincia ha habido españoles curiosos en inquirir y saber las ceremonias, religión y manera de vivir destes indios y otras propiedades y naturalezas quen esta tierra hay, trataré dellas en los capítulos siguientes deste libro.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe la disposición de la tierra de los términos de Vitoria y los Remedios, por ser toda una gente y lengua. Escríbese la manera de los naturales della y la diferencia de gente que hay, y algunas generales costumbres que a todos los Patangoras se extienden, y la causa por qué son llamados Patangoras

La más dificultosa y trabajosa escriptura para mí es la que trata de las naturalezas, religión y costumbres de los naturales, ansí por no poderse haber entera razón de lo que se les pregunta y pretende saber dellos, como porque por la mayor parte en semejantes provincias y regiones questa suelen en poca distancia de tierra ser muy diferentes los indios en lenguaje, costumbres y religión; y ansí no se puede dar particular noticia de todos, por lo qual será regla y advertencia que lo que de semejantes provincias se tratare se tome de la mayor parte de los naturales dellas, puesto que de alguna parte dellos algunos españoles hayan entendido otras costumbres diferentes de las que yo aquí escribo; demás que donde se pudiere hacer distinción de las costumbres por la diferencia de la lengua y costumbre de los indios se hará, y en la forma que lo hallare escrito lo podrá pasar el lector.

Heme extendido y alargado en esto de las natu-

ralezas por que los que de mi patria desean ver curiosidades vean la variedad y rusticidad de los indios, y aunque lo más justo era tratar primero de su religión, como cosa más suprema, para ser mejor entendido me pareció más acertado escribir primero de la disposición de la tierra y costumbre de los naturales.

En algunas partes deste libro he apuntado la disposición desta tierra de Vitoria; pero será necesario referirlo aquí. Antiguamente fué esta región y provincia dicha y llamada por los españoles la provincia de los Palenques; porque, como ya queda escrito, entraron por ella los capitanes Maldonado y Pedroso, y por respeto de hallar en ella grandes palenques, que algunos indios habían hecho para su defensa, le llamaron deste nombre. Extiéndese esta región a todos los términos y tierra que es de Vitoria y de la cibdad de los Remedios, que después fué poblada por Francisco de Ospina, toda la cual es tierra montuosa y cubierta de grandes montañas y muy doblada, tanto que en la cibdad de los Remedios casi no se podían al principio meter caballos ni ganados para el sustento del pueblo. Toda ella es tierra muy cálida y húmida a causa de las montañas que atraen a sí los vapores y humidades que de otras partes suben a lo alto. No hay en ella más campos y rastros de los que los indios antiguamente abrieron y talaron de las montañas para edificar sus pueblos y hacer sus labranzas. Es tierra de muchas aguas y grandes ríos peliggrossísimos, por causa de su gran corriente y velocidad que la aspereza de la tierra les causa, y ansí van tan despeñados, que muy pocos dellos se vadean. Pásanse por unas puentes de bejucos, que es cierta manera de sogas o mimbres que la tierra montuosa produce y cría, las cuales son muy frágiles y de mucho riesgo; vanse meneando a una parte y a otra y arriba y abajo cuando las pasan, y por la mucha fuga que tienen.

son agobiadas de enmedio, de suerte quel arco que habían de tener para arriba, con su fragilidad le tienen para abajo, y no ha de entrar en ellas uno tras otro, sino desque haya pasado el primero luego entra en ellas el segundo, y si la puente se acierta a quebrar, pocas veces escapan con la vida los quen ella se hallan.

Toda la provincia o la mayor parte della produce y cría oro, y ansí los españoles lo sacan en todos los más de los ríos. Es cierto que del proprio pueblo de Vitoria, en el sitio dél, algunas veces lo han sacado los españoles de dentro de sus casas y ansimesmo diversidad de frutas naturales, aunque todas las más son silvestres, como adelante se dirá.

La mayor parte de los naturales destas dos cibdades son llamados por los españoles Patangoros, porque, demás de ser toda una lengua y habla, usan en ella de muchos vocablos de *patan*, como *patamí*, *patama*, *patamita*, *patamera*, *patanta*, ques como decir “no hay”, “no se”, “no quiero”, y por aquí van discurriendo. Desta gente Patangora hace mucha diferencia la que llaman los Amanies, ques gente más pulida y de más razón y más bellicosa, y que come carne humana, y en la lengua diferencia alguna cosa, y en las costumbres mucho más. Está esta gente Patangora poblada en lugares altos por familias y parentelas que de parte de las mujeres proceden, como adelante se dirá. No hay entrellos prosapia de señores, caciques ni capitanes. Solamente tienen veneración a sus mayores o al pariente que por su antigüedad y valor de persona y fecundia de hijos lo merece, y a este tal respetan con veneración de señor; pero no para que tenga jurisdicción y señorío domiciliario sobrellos, exceto que cuando ha de haber guerras al tal veneran como a capitán. Es gente de buena dispusición y bien agestados, y las mujeres de muy mejores gestos que los hombres. Tienen las cabezas chatas o anchas por delante desde la frente

para arriba, que al tiempo de su nacimiento e infancia les hacen cierta opresión con que las paran de aquesta suerte. Los varones traen los cabellos cortados por cima del hombro, y aun casi junto a las orejas, y algunos andan con coronas hechas como de frailes, por el respeto que abajo se dirá. Andan todos desnudos, sin traer ninguna cosa sobre sus cuerpos; solamente los que aciertan a tener alguna fea herida se la cubren con alguna piel de animal. Las mujeres, como he dicho, son bien agestadas y de medianos cuerpos; traen el cabello muy largo y précianse de curallo muy mucho. Andan desnudas y con solamente un pedazo de manta de hasta palmo y medio a dos palmos, a quien llaman pampanillas, puesto por delante de sus partes vergonzosas asido a un hilo grueso que traen ceñido al cuerpo por la cintura. Las que son doncellas, aunque sean de crecida edad, hasta que las casan no traen estas pampanillas, sino unos delantales de rapacejos hechos de cabulla o de algodón, que les llegan por bajo de la pantorrilla, y con aquello andan hasta ser casadas, que siempre andan con gran cuidado y aviso, de suerte que al asentarse ni levantarse se les descubra ninguna cosa fea, lo cual tienen por gran punto; tanto que si a una destas indias les quitasen una destas pampanillas o cobertores se sentaría luego en el suelo y permitiría morir allí antes que, descubiertas sus vergüenzas, levantarse, lo que otras naciones no tienen, sino con su barbaridad una desvergüenza en todo que admira a los que las veen.

Précianse estas mujeres de tener en el rostro buena tez, y para conservarla beben cierta cáscara de árbol que parece canela, porque con la virtud desta cáscara detienen su regla mujeril cinco o seis meses, con lo cual no se avejentan mucho ni se les arruga el rostro si no es por demasiado curso del tiempo, y luego al cabo deste tiempo les torna a abajar; y cierto fuera cosa provechosa

esta cáscara en nuestra patria España, porque con ello pudiera ser que se estorbara los excesivos gastos de solimán, albayalde y otros costosos artificios que las mujeres buscan, procuran e inventan para perficionar la tez del rostro.

Traen estas naturales el cabello de la oreja adelante suelto, y de allí para atrás recogido y entrenzado con ciertos bejucos en dos partes, las cuales rodean a la cabeza, que les da buen aire y gracia.

Es gente los Patangoras muy temerosa de los españoles, lo cual les procede de la poca amistad y conformidad que tienen y antiguamente tenían los unos con los otros. No comen carne humana, pero en todos otros géneros de mantenimientos de españoles no son nada escrupulosos, que cuanto les dan y los españoles acostumbran a comer, comen, lo cual en mucho tiempo no hacen otras naciones. En sus comeres no usan echar sal, porque no la tenían; solamente usaban de un agua salobre que bebían y suplía esta falta; pero agora cómenla y hacen mucho por ella, pero no por eso dejan de usar de su agua salada o salobre. Su principal mantenimiento es maíz, mas no hacen dél pan, sino cuando la mazorca está granada hacen un género de panotas quen algunas partes llaman hayazas, comida cierto desgustosa y malsana. Demás del maíz usan de yuca, auyamas y otras legumbres de poca substancia, con que se sustentan. La manera del cocinar o aderezar sus comidas es ésta: toman una gran olla y pónenla al fuego, y allí echan mucha cantidad de hojas de auyamas, bledos y otras legumbres silvestres, y algunas veces, por cosa muy principal, echan de las propias auyamas; y llena la olla destas legumbres y agua, danla fuego, y en estando a medio cocer échanle dentro dos o tres puñados de harina de maíz, y aunque no esté bien cocido sácanlo y cómenselo sin dejarlo mucho enfriar, con tanto gusto y sabor

como si fuese otra cosa de más substancia; y comido esto por la mañana y bebido algún vino de maíz, que su principal sustento, se van a trabajar a sus labores, y no comen más hasta que a la noche vuelven, que hallan otra cena aderezada de la manera dicha. Algunos que tienen más posibles llevan entre ciertas hojas anchas, cuando se van a las labores, un golpe de masa ácida hecha de harina de maíz y de ciertas raíces, a quien llaman comúnmente los españoles yuca, y cuando tienen sed deshacen un poco de aquella masa en un vaso o totuma llena de agua, y aquello beben por cosa substancial, y con ello se entretienen en el trabajo todo el día; y si cuando vuelven de las labores y se hallan hecha la comida en la forma dicha, nunca dejan de traer consigo un golpe de hojas que van cogiendo cuando van cavando, y aquellas revueltas en unas anchas hojas las ponen al fuego y las asan, y después quel calor las ha pasado y asado, se las comen, y tras ello su vino o chicha, que así la llaman en este Reino, hecha de yuca y de maíz, porquestos bárbaros su principal mantenimiento, como he dicho, es el beber; y así todo lo más del maíz e yuca que cogen lo despenden en hacer vinos y brebajes.

No tenían ningún género de caza que comer, si no eran ratones, y para habellos ponían toda la diligencia possible, y cuando los habían era muy singular comida para ellos, y para comellos nunca curaban de desollarlos ni destriparlos, sino con cuero y tripas los ponen al fuego, que cuando se acaba de chamuscar y sorascar el pelo, sin mucha limpieza se lo comen. Y así como en esto son o tienen tanta similitud con los brutos animales, la tienen también en ser crueles y vindicativos, que por muchos y largos tiempos guardan las injurias y ofensas que se les han hecho.

Y antes que los españoles entrasen en esta tierra no consentían quentre ellos viniesen ni estuviesen

gentes de otras poblaciones, aunque no fuese muy apartada, y si en los caminos se topaban gente de dos pueblos se procuraban matar los unos a los otros, y si topaban mujer que no fuese natural de su propio pueblo, si era hermosa tenían todos acceso con ella, y luego la mataban para afrentar a sus parientes de la tal india, y hecho esto se hacían todos los quen el maleficio se hallaban las coronas como frailes por señal de valentía; y cuando así acertaban a matar algún indio o india, llevaban todos sus hijos pequeños, aunque fuesen de teta, y poniéndoles un palillo en las manos les hacían tocar en las heridas del muerto. Hacen esto diciendo que para que tengan principio de ser valientes.

La causa de tener estos indios entre sí tantas discordias y guerras ceviles era la falta de la justicia y de no tener señores que los conservasen en ella, y así si unos a otros se hurtaban algo se lo habían de pagar en otro hurto mayor; si se mataban, en muertes, y si se hacían otras injurias, tal por tal, y así dondequiera que se topasen, como he dicho, procuraban vengarse; y las más veces pagaban justos por pecadores, y aun hoy en día me certifican que lo acostumbran hacer y hacen estos bárbaros sin remediallo la justicia de Vitoria, pudiéndolo remediar, como pueden; que cierto es cosa de gran lástima que con la entrada de los españoles en estas tierras no se estorben y obvien estos males y otros semejantes de que usan estos bárbaros, como adelante se verá. Pero el descargo que a esto dan, dicen que temer el castigo de los jueces de residencia y de comisión que contra ellos van, donde si algún daño han hecho en los indios por extirpar dellos semejantes crueldades, lo lastan con perdimiento de sus haciendas y molestias de sus personas.

En las labores los varones son los que labran las tierras, y algunas veces les ayudan sus muje-

res, las cuales suelen tener obligación en otras partes de sembrar y coger las labranzas de sus maridos; pero en esta tierra no lo hacen sino voluntariamente, y solas las labranzas de sus hermanos benefician. Los principales regocijos quentre estos bárbaros hay es juntarse las parentelas a bailar y cantar en cierto lugar o casa diputado para este efeto, al que los españoles llaman casas de borrachera, y al regocijo llaman borrachera, por ser el principal fin y aun todo el ejercicio dél beber, como otras muchas naciones lo hacen; donde después que se emborrachan, como gente privada de juicio, se jatan de las ofensas que los unos contra los otros han hecho, así de homicidios y hurtos como de adulterios; y luego toman las armas en las manos, y como gente sin juicio ni razón, se matan los unos a los otros, y en estas casas de borrachera, que cada pueblo tiene la suya, hacen estas congregaciones, así para tratar negocios de guerras como para celebrar casamientos y otras cosas señaladas que hacen.

No he tenido noticia quentre estas gentes, aunque son idólatras y tratan con el demonio, haya casas diputadas para hacer sus sacrificios, que los españoles llaman comúnmente sanctuarios, y aunque tienen mohanes, que son personas diputadas o constituídas en dignidad religiosa para tratar con el demonio, como adelante se dirá, los cuales también les sirven de médicos.

CAPITULO XV

En el cual se escribe los modos y maneras cómo los indios Patangoras celebran sus casamientos, y del parentesco quentre ellos se guarda por parte de las madres, con muchas cerimonias y particulares de questos bárbaros usan tocantes a estos casamientos y parentesco

Después destas generales costumbres que he escrito, me pareció ser acertado tratar la manera de sus casamientos y procreación, que no menos bárbaros son en ellas quen las demás costumbres.

Es, pues, la orden que ninguno que no tuviere hermana se casará fácilmente, porque el que se quisiere casar ha de resgatar o comprar su mujer por una hermana suya, y si dos hermanas tuviere, dos mujeres comprará, y si más, más, porque tantas cuantas hermanas tuviere para trocar, tantas mujeres habrá por ellas. Y si las mujeres son hermanas, aunque sean muchas, con todas tiene acceso. Hay otra costumbre muy donosa entrestos bárbaros acerca destes casamientos, y es que si dos han habido dos mozas doncellas para casarse con ellas, y el uno está aficionado a la quel otro tiene y le habla sobrello, a la hora las truecan y cambian, y toma cada uno la quel otro tenía para su mujer. Concertado el trueque, ques entrestos bárbaros casamiento, la desposada pinta al desposado

con pinturas de jagua, que tinta negra, y con bija, que colorada, y con otros colores, y en seis días que las fiestas turan no han de consumir cópula aunque duerman juntos, y para estorbárselo echan en la cama de los desposados muchachos o muchachas para que de vergüenza dellos dejen de ajuntarse. Y al seteno día pónense muy pintados, así el desposado como la desposada, y después de haberse regocijado, venida la noche llégase uno de los más ancianos de aquella familia y toma por la mano al desposado y dícele que ya es hora de dormir, y un hermano de la desposada la toma por la mano y le dice: “Cata ahí tu marido; échate con él y obedécele.” Y desta suerte los juntan y echan en su barbacoa, en la cual tienen a la cabecera puesto cierta cantidad de maíz, y en echándose los desposados se lo arrojan y echan encima en señal que el desposado ha de mantener su casa, y a los lados le tienen puestos los palos con que hacen sus rozas o labranzas, en señal del trabajo que ha de tener, y en lo alto tiene puestas armas en señal que ha de defender su casa y familia.

El principal ajuar que la desposada ha de traer es que ha de saber hacer muy bien las pinturas y labores con que los maridos se suelen engalanar y pintar, y si esto no sabe hacer bien, es causa bastante para deshacerse el casamiento, y luego es el guisar, y hacer de comer, y el criar sus hijos, y el contentar sus maridos, aunque desto se les da poco, por el poco respeto que les tienen. Y si las hermanas tienen más de un hermano, el mayor de todos reparte las hermanas entre los otros sus hermanos, para que con ellas hayan mujeres, y si un indio es solo y tiene más hermanas que ha menester mujeres, provee y da de aquellas sus hermanas a otros parientes suyos de parte de su madre, para que con ellas hayan mujeres. Hay otra diferencia de casamientos cuando es de las hijas de las viudas. Si una viuda tiene hijas doncellas y no tiene nin-

gún hijo para que las trueque, tiénelas siempre consigo hasta que algún indio se aficiona a ellas, y para haber la que quiere o pretende ha de hacer cerca de la casa de la viuda una labranza de maíz, por la cual podrá tener aceso todas las veces con la que pretende fuera de casa de la viuda, pero no la ha de llevar a su casa el desposado, y si ella quiere ir con él, hase de volver luego a casa de su madre, y, si son huérfanos de madre, el pariente más cercano de su madre tiene esta preeminencia sobre las sobrinas, porques la opinión destes bárbaros que ningún parentesco tienen ni aun los hijos ni hijas con los parientes del padre, ni la mujer con los del marido, por la mucha libertad que las mujeres tienen; y si están impúdicas y lujuriosas y topan a su cuñado en parte donde puedan tener ajuntamiento con él, lo hacen con mucha facilidad, y aun con otra cualquier persona que topen, como no sea deudo suyo por parte de su madre, que con éste tal, aunquel parentesco sea muy lejano, no se juntarán con él por temor de la gran pena y castigo que se les da, como luego se dirá.

Hay otro modo de casarse las viudas, y es que de consentimiento del marido la mujer se casa con el hermano del marido, y si no tiene hermano, con el pariente más cercano. Y esto hacen estos bárbaros por que la mujer que consigo tiene el hermano de la viuda no se vuelva a su pueblo, porque no turan estos casamientos más de cuanto vive uno de los dos desposados, porque en muriendo cualquiera dellos, las mujeres se vuelven cada una al pueblo de donde es natural o a casa de sus parientes, y si muere cualquiera de las mujeres, la que queda viva, si no tiene su marido otra hermana que dar al viudo, se vuelve a casa de su madre o hermanos o parientes y vuelve a casa de su hermano; pero si hay otra que supla por la muerta, dásela al viudo, y si no, como he dicho, se vuelve a casa de su madre, hermanos o parientes, a quienes tienen tanta sujeción

las mujeres, que, aunquestén muy contentas con sus maridos y cargadas de hijos, si su hermano u otro pariente, por defeto de hermano, le dice que deje el marido y se vaya a su casa, luego le obedece sin que ose hacer otra cosa ni su marido se lo pueda estorbar, y lleva consigo sus hijos, y luego la hermana del marido desta tal mujer se vuelve a casa de su hermano. Esto suele muchas veces hacerse por pasiones e intereses quentrellos hay.

La misma libertad tiene el marido para echar de sí la mujer cada y cuando que quisiere y enviar por su hermana a casa de su cuñado. Y todas las veces quostos trueques se deshacen llevan las mujeres todos los hijos que han parido consigo, sin que los padres hagan ningún sentimiento ni se lo estorben.

Todas las mujeres que tiene uno destes bárbaros habitan y están juntas, sin darse pesadumbre la una a la otra, ni reinar entrellas discordias por vías de celos ni de ser más querida la una que la otra. La orden quentrellas tienen para dormir con su marido es por días, y a la que le cabe hoy tiene aderezado y hecho el comer o cenar a su modo, y las tintas con que lo ha de pintar aderezadas, y en viniendo el marido de la labor o de la guerra, bebe un vaso de vino de maíz o dos, y luego se va a lavar al río o fuente. Después de bien lavado vuelve adonde su mujer está, la cual le pinta todo el cuerpo de muy galanas pinturas, desdel rostro hasta los pies, y con esto quedan él y ella muy satisfechos de su amor; lo cual acabado, cenan las comidas que atrás he referido quostos bárbaros usan, con lo cual se van a dormir.

Una de las causas más evidentes por qué se halla tener cada indio destes tantas mujeres quantas puede haber es porque desde que la mujer se siente preñada hasta que pare y ha criado su hijo y quitádole la teta o la leche, no ha de tener ajuntamiento carnal con ella el marido, ni en el ínterin

que les baja sus costumbres mujeriles; y como los varones sean muy lujuriosos, procuran siempre tener con quién cumplir sus apetitos.

Las mujeres son muy libres y aun desordenadas, como he dicho, en sus actos impúdicos, los cuales, aunque sepan los maridos, no les han de castigar dellos, porque luego se van a casa de sus hermanos si les hacen algún sinsabor o disgusto; y así les son los maridos muy sujetos y obedientes contra toda razón, y así son ellas con ellos tan inhumanas, quen la hora quel marido cae enfermo, mayormente si la enfermedad tiene insignias de ser larga, toma esta tal mujer a todos sus hijos consigo y vase en casa de su hermano, y la hermana del enfermo questá casada con el hermano de su mujer se vuelve a casa de su hermano, cosa cierto bien de bárbaros.

Pues tienen otra cerimonia no menos de reír que las dichas, y es que perpetuamente, mientras tura el casamiento, la suegra no ha de mirar al yerno al rostro, ni el yerno a la suegra, y si se encuentran en algún camino vuélvense los rostros en contrario uno del otro; y en algunos pueblos tienen hechas trochas o caminos por donde los yernos puedan ir seguros de encontrar con la suegra. Y durante el tiempo que la mujer de cualquier indio está en casa de su madre, no ha de tener en aquella casa ajuntamiento carnal con ella, y cuando lo quisiere tener, ha de llegar cerca del buhío de su suegra y dar ciertos silbos, con ques conosciado y entendido; y luego sale la mujer a él y le lleva de comer, y allí tienen sus impúdicos actos. Y porque dije que les hacían señas con silbos, es cierto y averiguado que con cierta manera de silbar con el hueco que dentrambas manos juntas hacen hablan todo el lenguaje, de tal suerte que se entienden y oyen de mucha distancia de camino apartado con más facilidad que con la voz natural.

Entrestos bárbaros el adulterio ni otro delito ninguno es castigado con el rigor quel quebrantar el parentesco que por parte de las madres tienen unos con otros; y si se averigua que dos deudos deste parentesco se juntan carnalmente, los matan a macanazos y palos, porque dicen estos bárbaros que cuando los indios que semejantes maleficios han hecho mueren, que andan por los arcabucos sin cabeza, padesciendo y penando, y así si, como he dicho, con gran rigor y lealtad guardan este parentesco, el de los padres dicen que incierto y dudoso, por la poca lealtad que entre ellos hay, y así no lo tienen por ningún deudo ni parentesco, y por el temor desta pena son tan continentes los indios con sus parientas, que, aunque de su natural son tan lujuriosos ellos y ellas cuanto se ha dicho, aunque se hallen en lugares muy estrechos y solitarios no se desmandarán a ningún acto impúdico por temor de la pena.

CAPITULO XVI

En el cual se escribe la elección quel demonio hace entrestos bárbaros de médicos y mohanes e intérpretes para que con él hablen, y la manera de curar, y cómo son enterrados y llorados los muertos, y las opiniones que tienen sobre la inmortalidad del alma y lugar donde van a parar

Porque una de las cosas principales para la conservación de la vida es la medicina, la cual recibimos por manos de los médicos, de los cuales se aprovechan estos indios, diré aquí la forma que tienen en elegirlos, que me parece que no es menos de reír que las otras vanidades y supersticiones que usan.

Ya es notorio cómo, por parte y causa de ser esta gente gentiles, tiene el demonio mucha superioridad sobrellos y les habla muy familiarmente; pues el demonio las más veces les hace la elección destos médicos, los cuales ansimesmo les sirven de intérpretes después para con el mismo demonio y no de más, porque entiendo, como he dicho antes de agora, questa gente no usan de simulacros ni sanctuarios, aunque tienen una manera de idolatría, como adelante se dirá. La forma de la elección de los médicos es ésta: El demonio, como espíritu tan antiguo y experimentado en sus maldades y aun en el conoscimiento de la inclinación buena o mala de los hombres, escoge entre los hijos pequeños destos naturales el que

más acomodado le parece que será para imponer a los indios en todo género de maldad; y esta criatura que quiere señalar para este efeto, que será de cinco o seis años, en estando sola le aparece en figura de indio, o de ave, o de otro cualquier animal, con la cual visión amedranta la criatura de suerte que se va llorando a su madre, la cual, como ya tiene noticia de lo que es o puede ser, halaga y mitiga el llanto del niño con halagos de madre, diciéndole que no tenga temor ninguno desperar ni escuchar aquella diabólica visión, que para que sepa curar y adivinar y dar a entender a los indios lo que le dijese Chanzan, quentre estos bárbaros es así llamado el demonio. Y tantas persuaciones le hace la madre al hijo y acometimientos el demonio al niño con sus espantosas visiones, que pierde el temor y le aguarda a que hable con él; y lo primero que le hace saber es cómo él lleva las ánimas de los indios que mueren donde están sus hermanos y parientes, y es muy grande amigo de los indios y los quiere mucho, por lo cual lo ha escogido a él para su faraute o intérprete e para que cure las enfermedades que sucedieren, para lo cual es menester que se le haga el corazón colorado, quentrellos es lo mesmo que decir fuerte y recio y para sufrir los infortunios.

El muchacho a la hora da cuenta a su madre de las razones y coloquios que con el demonio ha tenido, la cual, para quel corazón del hijo se haga fuerte y recio, llama a otros niños, los cuales en ciertos días y horas señaladas le azotan con varas, con lo cual dicen, pasados los términos, que ya está hecho el muchacho que ha de ser médico fuerte y recio; y pasada esta cerimonia queda ya en toda perfición y grados de medicina y de intérprete, y así dende en adelante puede hablar e interpretar las respuestas y hablas que con el demonio tiene, y curar a todos los enfermos de una suerte que no es menos de reír y pasar tiempo que

la elección y graduación de su oficio. Cualquiera dolor o hinchazón que el hombre hay restréganla con la mano y luego soplan al aire, y tornan a estregar y luego a soplar, y esto hacen muchas veces. Y otras veces chupan con la boca en el lugar de la hinchazón o del dolor, y procuran sacarse sangre de los dientes, y escúpenla delante de los demás indios, a los cuales dan a entender que aquella sangre han sacado de la parte donde han chupado; y con la mucha confianza y fee que el enfermo tiene en el tal médico, se halla en pocos días bueno. Las heridas lavan con agua tibia, y con ponerles las manos encima la dan por bastante cura, y si la herida está en la cabeza, lávansela con agua y átanle los cabellos de la una parte y otra de la herida unos con otros en lugar de juntos, y sin más beneficio de lavarle cada día, sanan muchos. Y si la herida es de hierba, cúranla a la manera o modo de los españoles, lavándola con agua caliente y cortándole la carne con pedernales hasta atajar la hierba. Y por principal ensalmo o cura tienen estos médicos la costumbre de soplar, en tanta manera que hasta las lluvias pretenden estorbar con su corrupto baho y soplo; y no sólo ellos, pero los demás indios, que viniendo un aguacero que sea contra su gusto, luego comienzan a soplar contra el agua, pretendiéndole estorbar su natural camino.

Pero volviendo a los médicos, con toda su ciencia y preeminencias, pocos mueren de su muerte; porque si la fortuna les pone entre las manos alguna cura de alguna persona que entrellos es tenida por principal, de la cual el enfermo muere, sus parientes dan al médico dentro de pocos días la muerte, y le dicen que no se metiera en matar al que no podía sanar; pero con todo este riesgo y peligro nunca entrestos bárbaros faltan cantidad de estos médicos y embaucadores; y algunas veces que el demonio se tarda en hacer la elección en la

forma dicha, los propios indios fuerzan a un pariente del que antes lo había sido a que lo sea, diciendo que pues él trataba con el médico muerto, que no puede dejar de saber la manera o arte del curar.

Las cerimonias que usan con los muertos son en esta forma: Júntanse en casa del muerto todas sus hermanas y parientas, y lo primero que hacen es amortajalle atándole los pulgares de los pies juntos uno con otro, y las piernas una con otra por cima de la rodilla. Y tras esto le pintan todo el cuerpo de diversos colores, lo más galanamente que puede ser pintado, y entre las demás tintas con que pintan a estos muertos, la blanca y amarilla no se usa dellas en otros regocijos si no es en mortuorio, porque las tienen estos bárbaros aplicadas a este efeto. Y luego le ponen todas las joyas que tiene y se hallan en su poder, que son cuentas blancas, quentrellos las había antiguamente, y plumajes y otras maneras de galanías hechas de pluma de aves de diversas colores; y puesto en este estado le revuelven por mortaja una estera al cuerpo; y conclusas estas cerimonias del amortajamiento, por algún espacio de tiempo todas las mujeres questán presentes le lloran con una manera dendechas y cantares dolorosos y que incitan a tristura, dichos por buen concierto y compás; pero en sólo esto parece que tienen policía estos bárbaros. Lo que los cantares dicen es las fuerzas de quel difunto había usado en su vida, loándole de virtuoso, bien acondicionado y hombre trabajador y sustentador de su casa y familia y de la honra, buen guerrero y animoso; y por aquí van discurriendo hasta acabar de decir todo lo que dél saben y han oído y entendido, y con esto lo llevan a sepultar; y al tiempo dechalle en la sepultura se hace otra cerimonia en el muerto no menos bárbara que las demás. Llégase a él un viejo así como de los de su familia y el más principal della,

y con una flecha que trae en la mano da tres punzadas al difunto en el labio bajo de la boca, y en las axilas, entre los hombros y el pescuezo, le da cada tres punzadas, y en los lomos hace lo mismo, y luego le atraviesa la flecha por entre la barriga y la mortaja, lo cual dicen hacer porquel demonio, debajo de llevar consigo el difunto estas ceremonias y flechas, está obligado a hacerle hallar todo buen tratamiento y amistad. Y conclusa esta última superstición, lo entierran en su sepultura y le cubren el cuerpo con tierra.

Entrestos indios hay ansimesmo algunas bárbaras opiniones acerca de los lugares donde van a parar las ánimas destos sus difuntos, las cuales dicen ellos conoscer en cierta forma que cuasi quieren atinar con lo que es ánima; pero todas estas cosas miden ellos conforme a sus entendimientos y juicio, que son bien torpes y terrestres. Y para que mejor se entiendan es de saber que los indios cuasi generalmente de las cosas interiores de su cuerpo de que más memoria o mención hacen es el corazón, y en estando para hacer o no hacer alguna cosa dicen que su corazón les dice que la hagan o no la hagan, y para saber de uno si tiene voluntad de ser bueno y de ser christiano y amar a Dios le han de decir si tiene buen corazón con Dios y con el bautismo, de suerte que cualquiera cosa de virtud o no virtud que hayan de hacer ha de ir guiada por el corazón. Pues preguntándoles a estos bárbaros si saben que tienen ánima, que es inmortal y que no muere, sino que permanece para siempre, dicen que saben y entienden que dentro en el corazón hay una cosa que es como el hombre a quien ellos llaman *tip*, lo cual es como aire o cosa impalpable, lo cual sale del cuerpo de cualquier hombre que muere, y es lo que vive y permanece; y quel cuerpo bien ven que se convierte en tierra y gusanos. Sobrel paradero destas ánimas tienen diversas opiniones, porque

unos dicen que van a parar a las riberas del río Grande de la Magdalena, donde hay mucha caza montería y pesquería y de todos otros géneros de mantenimientos y bebidas. Porque como la principal felicidad destes bárbaros sea el comer y beber, aplican por lugares aptos y cómodos para las ánimas de sus difuntos aquellos dondellos les parece que hay más abundancia y fertilidad de comidas y bebidas. Otros tienen por opinión que estas ánimas de sus difuntos van al otro hemisferio y parte del mundo a quien comúnmente solemos llamar antípodas. Y para significar esto dicen que van dondel Sol va a dormir o está cuando donde ellos habitan es de noche, lugar que ellos figuran ansimesmo abundantísimo de todos géneros de comidas; porque, como he dicho, su fin destes miserables es dar a las ánimas lugar de mantenimientos, y esto dicen haber sabido de muchos difuntos, parientes y hermanos suyos que volviendo a este mundo se lo han dicho, cosa no menos por cierto de reír y aun de llorar que las demás; quel malvado demonio, tomando forma de hombre, se les aparezca a estos miserables figiendo ser sus parientes difuntos, y para dalles más priesa a que aborrezcan esta vida y vayan a gozar de los tormentos infernales les diga y dé a entender que los lleva adonde hay mucha abundancia de comidas y bebidas; y esto tienen tan creído los indios que, como en lo atrás escrito se sabe y ha visto, muchos por irse con tiempo a gozar destas falsas promesas se ahorcaban en tiempo de necesidad, y aun sin ella por cualquier leve enfermedad se dejaban morir con decir: "Voy a ver a mis hermanos y parientes, y a comer y beber sin trabajar."

CAPITULO XVII

En el cual se escribe algunas varias opiniones que los indios Patangoras tienen acerca del diluvio y creación del hombre, y de los pactos y tratos que con el demonio tienen y han tenido

Con toda curiosidad se ha procurado inquirir y saber destes naturales si tienen alguna noticia de la creación del hombre y del mundo o del diluvio, y si tienen alguna noticia del verdadero Dios; pero no se halla entrellos ninguna razonable noticia destas cosas, sino una manera de rastro y vestigio, que ni es noticia ni lleva camino de serla, aunque a algunos les ha parecido que sí; y desto yo no me maravillo ni culpo a estos bárbaros, pues quentrellos no hay ni ha habido ningún género de escrituras, ni caracteres ni figuras ni otras antiguallas que pudiesen retener en sí la memoria de semejantes maravillas, ni de otros ningunos antiguos acontecimientos; ni menos deben por nosotros ser culpados estos bárbaros, pues nos consta y sabemos claramente quentre los romanos, griegos y troyanos y macedonios y otras muchas naciones que, demás del arte del escribir, que siempre tuvieron, florecieron entrellos personas dotas en todas facultades y costumbres morales, y ninguna cosa alcanzaron enteramente destas. Y aun el pueblo judaico, escogido de Dios, con venir decendiendo por religiosa generación desde Adam hasta Abraham, y de Abraham hasta que Moisés

escribió el Génesis, donde dió entera noticia destas cosas tocantes a la creación y destrucción del mundo, siempre carecieron algunos dellos, no por no ser enseñados, sino por su perversidad y olvido de Dios, los más destes descendientes de Noé, desta noticia entera, aunque no dejaron de tener un rastro della; pero en cuanto toca a tener entero conocimiento del verdadero Dios Todopoderoso, siempre, por su misericordia, desde que creó el mundo hasta el diluvio general, y desdel diluvio general hasta Abraham, ques donde tuvo principio el pueblo hebreo, hobo personas que tuvieron conocimiento de su deidad e omnipotencia divina, y como a tal verdadero Dios le hacían sacrificio, y éstos fueron los a quien por su misericordia quiso predestinar y predestinó, los cuales, naturalmente, vivían conforme a las inspiraciones divinas. Pero en estos bárbaros se apoderó tan de golpe el demonio, que, cegándolos de todo punto el uso de la razón y del entendimiento y haciéndoles inferiores y sujetos al apetito sexual que los hace tan semejables a los brutos animales cuanto es notorio, les hizo y causó que perdiesen la noticia de semejantes cosas, si alguna tenían, que no podrían dejar de tener, sus primeros decendientes; porque, como la Sacra Escritura claramente nos lo muestra, todos los hombres generalmente, después del primer origen que de Adam, primer hombre criado por la omnipotencia divina, tuvimos, siguiéndose por la maldad de los hombres el castigo del general diluvio, donde solamente Noé y su mujer con sus tres hijos y nueras fué reservado, a quien atribuimos la segunda progeneración nuestra, es llano que de allí procedemos todos. Y questos naturales generalmente quen las Indias se han hallado, sus antepasados o progenitores no pudieron, pues de Noé procedieron, dejar de tener noticia y relación del diluvio y del castigo que Dios hizo en los hombres, de donde habían de

tener conocimiento de que había Dios y de que hobo diluvio; pero, como he dicho, esta noticia se perdió por dos causas: la una, por carecer de letras y escrituras, figuras o caracteres con que conservasen la memoria de semejantes grandezas; la otra fué el poder que dije haber el demonio de su propia autoridad, aunque permitiéndolo así Dios, por la maldad destes bárbaros, de quen ellos tuviese tanta mano como tiene para hacelles, mediante sus engaños y fraudes y el haber sujetado la razón al apetito, que careciesen de todo entero conocimiento de las cosas dichas; y así lo que acerca dellas tienen y creen son o se pueden tener por niñerías; porque preguntándoles algunas personas si saben o tienen que hay Dios Todopoderoso que crió el cielo y la tierra y los hombres, dicen que no saben nada desto ni lo alcanzan ni entienden, más de que han oído decir quen lo alto del cielo está uno, que ni declaran si es hombre, ni si es espíritu, ni lo que es, más de que como viento, el cual dicen que lo tienen por cosa muy buena, pero no se extiende a más su entendimiento, y con esto juntan un perverso y bárbaro error, diciendo quel demonio, de quien ellos tienen muy particular conocimiento, por su común trato, también está en lo alto con aquella persona que he dicho que allá imaginan, a la cual llaman Am, y al demonio Chusman.

Y entrestos bárbaros hay otros que no le atribuyen al demonio este lugar, ni tampoco ninguna bondad, porque dicen causarles algunas veces horribles espantos y visiones, y enfermedades y hambres y otras calamidades desta suerte, juntamente con los truenos y relámpagos, a quien ellos no tienen por cosa buena, y así no le ponen en la altura del cielo, porque lo tienen por lugar bueno, respeto de estar en él el Sol y la Luna, a quien los que siguen esta opinión tienen por dioses, pero tibiamente y sin hacerles ningún suntuosos ni

señalados sacrificios, como otras muchas naciones de gentiles los suelen hacer a los que tienen por simulacros o dioses. Los otros bárbaros desta nación que constituyen o atribuyen bondad o virtud al demonio se la dan por respeto de decir que les anuncia y declara muchas veces por mano de sus farautes e intérpretes, que son los médicos, de quien atrás he tratado, las enfermedades, pestilencia, muertes y otros casos fortuitos, y, como en otra parte he dicho, les dice y manifiesta qué es el que ha llevado las ánimas de sus parientes y antesoires y ha de llevar las suyas a unos lugares abundosos de todo género de comida y bebida; y con estas cosas y otras noticias dudosas que les da, que muchas veces salen ciertas, las atribuyen a la virtud y bondad dicha.

Y lo que acerca del diluvio dicen estos Patan-goros es que de sus mayores supieron y entendieron que generalmente toda la tierra se había cubierto de agua, con la cual se habían ahogado los hombres que había en aquella sazón, sin escapar de varones y hembras más que un solo hombre, el cual despues de abajadas o congregadas las aguas y descubierta la tierra se andaba por ella comiendo hojas y fruta de árboles silvestres, y quen esta sazón bajó el Am del cielo, ques aquella persona aquellos allá imaginan, y trujo un palo envuelto en una estera, con lo cual hizo una chozuela, y en ella metió al hombre que del diluvio escapó, y con él una guadua, ques cierta manera de caña hueca, y una vasija o botija; y quel hombre se echó a dormir, y en la mañana halló de la guadua hecha una mujer, la cual luego tomó el vaso y fué por agua y empezó a servir al hombre y tuvo su principio en servidumbre. Y hecho esto, el Am, persona que, como he dicho, imaginaban en el cielo, les dijo que de lo alto les había de llamar, y cuando oyesen su voz le respondiesen y obedesciesen, y con esto se volvió el Am al cielo, por cuya

ausencia les apareció a este hombre y mujer, en la forma dicha criados, una espantosa culebra, la cual les habló y dijo: “Mirad no os creáis de lo que el Am os ha dicho, ni le respondáis cuando os llamare, porque os hago saber que os quiere engañar como a mí me engañó, y os ha de acaescer lo que a mí me acaesció, que porque le respondí llamándole, me hizo mudar la piel en culebra, y si vosotros hiciéredes lo que os manda, ansimesmo os engañará y os convertirá en lo que a mí, y hará que no tengáis cuero ni andéis con la carne y huesos de fuera.” Y pasadas estas pláticas entre la culebra, el hombre y la mujer, llamó el Am de lo alto, y ellos, por consejo de la culebra, callaron y no respondieron, y así se quedaron desnudos y con necesidad de muchas cosas. Y por aquí van discurriendo por otras barbaridades y locuras tan indignas describirse como las que he referido que cuentan acerca de la creación del hombre y mujer, aunque a mí no me pareció cosa muy errada tratarla aquí; porque por ninguna de las escrituras de arriba se conocerá más particular y claramente que por ésta la torpeza, rudeza y bajeza dentendimiento destos bárbaros, a la cual añadiré otra no menor locura e infidelidad que las dichas.

Háseles preguntado, tratando de su conversión que se vuelvan christianos, porque mediante el bautizarse y hacer las otras obras que los religiosos les enseñan de la ley de Dios irán al cielo a gozar de la bienaventuranza de que los bienaventurados que allá están gozan, a lo cual responden o preguntan que si en el cielo hay bien qué comer y beber, y como se les diga que no, porque mediante la esencia divina allí no hay necesidad destas cosas terrestres de que para el sustento de la humana naturaleza usamos, sino que sin comer y beber viven allí los hombres más contentos y hartos de lo que se puede imaginar, disparan como gente que, a imitación de los brutos animales, tienen

puesta toda su felicidad en el vientre y en el comer y beber, de quien dice la Escritura Sacra, *quorum Deus venter est*. Y dicen que, pues en el cielo no hay abundancia destas comidas y bebidas materiales, que no quieren ir allá, sino con el Chusman, ques el demonio, que les promete abundancias destas cosas; y así con esta ceguedad y brutalidad y otras muchas quentrellos hay y tiene muy arraigadas el demonio, pocos éstos se convierten, aunque bien creo que si sus encomenderos pusiesen alguna parte de la diligencia que ponen en sacar oro y otras granjerías que con estos indios tienen en darles entera doctrina y poner personas religiosas entrellos que, apartándolos destes y otros errores que tienen, les diesen a entender la verdad de la religión christiana, no dejaría de hacer algún fructo en ellos, porque, aunque no es gente curiosa por saber ni deprender el curso y trabajo ordinario de las tales personas religiosas y sacerdotes, no dejarían de hacer algún buen fructo, aunque ello se tardasen.

Esto es lo que he podido saber acerca de las costumbres y religión de la gente quen estas dos provincias o cibdades de Vitoria y los Remedios llaman comúnmente Patangoros.

CAPITULO XVIII

En el cual se escribe algunas diferencias de costumbres que los indios Amanies tienen aliende de las referidas en los Patangoros, así en los casamientos y adulterios y penas quen ellos se dan como en su orden de vivir

Las poblazones de Amanies, así los de dentro como los de fuera, según atrás queda dicho, es gente que, aunque está en estas propias provincias de Vitoria y los Remedios, difieren en mucho de las costumbres y manera de vivir de los Patangoros, aunque las cosas de sus idolatrías y supersticiones, trato y pactos con el demonio todos siguen una opinión; y así trataremos aquí poco acerca desto.

Es gente los Amanies de más razón en su vivir y orden de sus repúblicas que los Patangoros, los cuales tienen sus pueblos trazados con concierto, las casas juntas y las calles por orden y compás, y pueblos formados, aunque no muy grandes, sino lugares de ochenta o noventa casas. Es gente desnuda y de buena dispusición y tratamiento de sus personas, casi de la forma que los Patangoros pintándose y engalanándose. Hay entrellos señores a quien respetan y temen y obedescen, los cuales son eletos en cada pueblo por los moradores o vecinos dél, los cuales las más veces eligen en este cargo el indio más emparentado y grave y valiente que hay en aquella república; el cual los manda como señor

y ellos le obedescen como súbditos, y así hay mejor orden en el vivir entrestos Amanies quentre los Patangoros. Son gentes grandes trabajadores y bebedores y comedores de carne humana, la cual cuando les sobra y tienen en abundancia la tuestan y muelen, y en polvo la guardan. Los casamientos se hacen entrestos por vía de trueques, como entre los Patangoros, ecepto que, después de concertado un casamiento, para efetuarse y venirse a juntar los dos ha de pasar término y espacio de cuatro meses, que comúnmente es el discurso de cuatro conjunciones de lunas, en los cuales el varón inquire y sabe la manera del vivir de su mujer: si ha tenido o tiene buena o mala fama; si es cuidadosa y trabajadora y si se da para criar sus hijos y gobernar y mandar su casa, y otras muchas cosas que la mujer es obligada a saber hacer para el servicio y contento de su marido, como es pintarle galanamente, ques la principal cosa quentrestos bárbaros se usa, y el aderezar de comer en casa. La mujer, por el contrario, en el tiempo dicho se informa e inquire y sabe quién es y ha sido el que ha de ser su marido, y si es hombre trabajador y tal que mediante su industria pueda y sepa sustentar su casa y familia; si es buen guerrero y valiente batallador, y otras cosas que a ellas les conviene saber para su contentamiento, como si es bien acondicionado, afable y bien quisto con sus deudos o parientes o vecinos, ques señal que lo será con su mujer y con los de su casa. Y pasados los cuatro meses, si los dos están satisfechos de la información quel uno del otro ha habido, se efetúa y celebra su casamiento en una casa que para este efeto tienen diputada y hecha, donde se congregan todos los del pueblo a cantar y bailar y beber, con que regocijan sus bodas; y allí estos desposados residen cierto tiempo señalado, en el cual un indio que para ello hay diputado les hace en cada un día cierta exhortación o parla-

mento induciéndoles a que vivan bien y en paz y amistad, y quella no haga adulterio ni traición a su marido, sino que le sirva y críe sus hijos como es razón y haga las otras cosas que debe hacer en utilidad y pro de su marido, casa y familia. Y ansimesmo particularmente al desposado encarga el buen tratamiento de la mujer y el no ser disoluto ni absoluto, ni desmandarse en tener aceso con ella cuando está preñada y cría, porquen este caso y en lo del tener muchas mujeres guardan estos Amanies la orden y regla que los Patangoros, ecepto quen el sujetarse las mujeres y hacellas vivir casta y limpiamente usan todo rigor estos Amanies; porque después o en la hora quel marido prueba o averigua el adulterio que la mujer le hace, y aunque no lo pruebe, sino que a él le sea notorio, que nunca falta quien se lo dice, toma la mujer y pónela en la casa donde se celebró el casamiento, en la cual tienen hechos ciertos retretes o apartamientos algo oscuros, y allí están personas que la guarden y miren no se salga y huya; al cual lugar han de acudir todos los indios de aquel pueblo que quisieren ir a tener aceso carnal con la adúltera, la cual ha de obedescer sus apetitos a los impúdicos y lujuriosos sin excusarse, aunque mucho número de indios acudan a ella al día; y si con este uso y trabajo bestial dentro de cierto tiempo, questá limitado y señalado, la tal adúltera no muriese, las guardas que allí están le van estrechando el comer, de suerte que se va consumiendo, hasta que de hambre y cansada de sus lujuriosos actos viene a morir en aquella pena. Y aunquel marido ame mucho a la tal mujer y la quiera reservar desta pena y tenérsela consigo, no lo puede ni osa hacer, porque, demás de ponerse a peligro de que sus parientes le maten, es habido por público infame; en tal manera, que dende en adelante no puede entrar en sus acuerdos ni borracheras y es menospreciado y abatido de todos; y

si su adúltera mujer le falta, no se puede casar con otra, porque no se la darán, y así vive con mucha miseria y vituperio y menosprecio de todos hasta que muere. Y es costumbre entrestos bárbaros que a la adúltera y al cornudo de su marido, después de muertos, no se les dé sepultura ninguna, mas llevándolos fuera del pueblo les ponen los cuerpos en un lugar público y pasajero, donde sean comidos de las aves y consumidos de los gusanos, y allí les ponen cierta señal que permanece y tura por mucho tiempo, por lo cual los pasajeros y viandantes conocen estar en aquel lugar los cuerpos de las personas dichas; y con estos ejemplares castigos, como he dicho, viven estos bárbaros entre sí casta y honestamente; demás y aliende que tienen por costumbre que ciertos días del mes o de la semana se hacen en el lugar donde están los cuerpos muertos cierto parlamento por un indio que para ello está diputado, a cuyo auditorio se llegan todas las gentes de aquel pueblo donde subcedió el adulterio, así varones como mujeres, muchachos y niños, y aun de los pueblos comarcanos, y allí se les explica y dice el delito de aquellos difuntos y su mala vivienda y el castigo que se les dió y el que se les dará a todos los que lo cometieren, y la infamia en que todos los descendientes de aquel linaje caen, y otras muchas cosas, excitando al buen vivir a los oyentes; cosa cierto para bárbaros nunca oída hasta agora.

Si acaso alguna doncella sin casarse, sino sólo por sus desordenados apetitos, se echa con algún indio, a esta tal se le da y tiene por pena el no poderse casar jamás, sino vivir en perpetua servidumbre de sus padres o parientes más cercanos; y al indio que cometió el estupro se le da por pena quen la casa pública de la borrachera y casamientos esté por espacio de seis meses, sin salir della a ninguna parte, haciendo los reparos de que la casa tuviese necesidad, en el cual tiem-

po no se le da a comer ni beber más de una vez al día, lo cual dicen hacer por castigo de los delinquentes y para ejemplo de los presentes, quescarmienten y no cometan semejantes delitos.

En el curar, como dije, casi es toda una usanza destos Amanies y Patangoros, ecepto quéstos al médico no le dan tan mal pago si muere el enfermo como los Patangoros; porque dicen éstos, como gente de más razón, quel médico no tiene ninguna culpa en la muerte del enfermo, sino el demonio, a quien ellos tienen por principal autor de su salud, con el cual los principales tienen sus particulares coloquios y pláticas en ésta forma: Júntanse estos principales y los médicos con ellos en las casas de borracheras y pasatiempos, y allí se asientan en ciertos asientos que llaman Duhos, y el médico y mohán que ha de interpretar sus hablas y las del demonio se ponen fuera del buhío o casa junto a una saetera o ventanilla que para este efeto tienen hecha, cubierta con unas esteras; y algunas veces ponen a este mohán o médico en un lecho o barbacoa que tienen hecha junto a la cumbreira del buhío o casa. Uno destos principales quen esta casa son congregados, el más antiguo y grave, habla con el mohán lo que quiere tratar con el demonio o saber dél, y los demás que allí están le dan a este anciano sus preguntas, el cual las da y dice todas al mohán questá escondido, y el mohán hace allá sus conjuros y cerimonias y da a entender a los circunstantes que habla con el demonio, del cual comúnmente pretenden saber estos bárbaros si será el año de muchas aguas y si los christianos o españoles están bien con ellos, y si se han de salir o ir de la tierra, o qué remedio tendrán para echarlos della, o, si alguna india de sus mujeres les hace adulterio a sus maridos, que les declare con quién y cómo y qué personas lo saben, y si tales y tales indios han de vivir mucho tiempo o en breve han de morir o de qué muertes, y si fu-

lano y fulano, indios, han de tener muchos hijos en sus mujeres, y si sus contrarios hacen junta de gentes para venir sobrellos, y si les han de acometer de noche o de día. Y por aquí van discurriendo por otras muchas particularidades, y las más veces el demonio les da la respuesta de suerte que no la entiendan y estén dubdosos en sus interpretaciones, como él lo suele hacer.

Los entierros y cerimonias dellos son conformes a los de los Patangoros, ecepto que los varones no acostumbran a llorar los muertos. En solas estas cosas referidas he hallado que los Amanies hacen diferencias a los Patangoros, y por eso no hay necesidad de referir aquí las otras particularidades, pues tan cerca están escritas. También la gente quen estas provincias llaman Zamanaes, aunquen el nombre difieren de los Patangoros, en la lengua y costumbres son toda una gente, y ansí no hay que tratar cosa alguna dellos particularmente.

CAPITULO XIX

En el cual se escribe los árboles fructíferos que en esta provincia había, así domésticos como agrestes, y los que después que Vitoria se pobló han puesto y plantado los españoles

El tiempo puede tanto en toda cosa, que muchas veces lo que se tiene por permaneceder y al parecer y juicio de los hombres turará por algunos siglos, los consume y acaba en breves días, de suerte que no se halla vestigio ni rastro dello; y en lugar de lo que consume añade y pone de nuevo cosas que claramente saben ser muy desemejables a las pasadas, y muchas veces las compuestas y artificiales y advenedizas de fuera se tiene entre los hombres por naturales, sólo por no hallar escrito lo que semejantes casos usaron y tuvieron sus mayores, cuya memoria está de todo punto puesta en olvido; y así claramente vemos que nuestra España no se sabe hoy por entero qué árboles o frutales eran naturales y producía la tierra, ni cuáles fueron traídos de Asia, Africa y otras partes del mundo; y lo mesmo es acerca de las costumbres y manera de vivir que tuvieron, porque aunque se halle escrito quera una gente robusta e indómita y que con pertinacia siguieron los ritos de su gentilidad, no se halla por extenso escritas todas las costumbres que tenían, y, como he dicho, los árboles y frutas de que usaban para su sustento, y jumentos y otros animales que para su ser-

vicio tenían, ni cómo usaban dellos, lo cual ciertamente en este tiempo, donde tanta pulicía, erudición y dotrina hay, nos diera muy gran contento saber y leer, con lo cual nos conociéramos más claramente esta fuerza del tiempo que todo lo muda y revuelve. Y considerando yo este mudamiento quel tiempo ha de hacer en todas las cosas de las Indias, he presupuesto, aunque, como algunas veces he dicho, no pensaba meterme en tanto trabajo, escribir todo lo que pudiere acerca de las costumbres y barbaridad de los indios, y ansimesmo las cosas que en su tierra habían y se daban y criaban y la tierra producía en la sazón que los españoles entraban en ella; pues los que en los siglos venideros fueron hallando en su tiempo las cosas más asentadas y enmendadas y en todo mudadas, se holgarán de ver y leer la diferencia que deste tiempo al suyo en todo habrá; y así he ido escribiendo las cosas que a mi noticia han venido aprobadas por ciertas y verdaderas en los libros pasados, donde tratando de las conquistas he tratado también de los naturales, y lo mesmo he hecho en el presente libro, en el cual sólo me resta tratar y escribir algunas particularidades, así de los indios como de árboles que la tierra producía y los que de nuevo han plantado los españoles; animales y culebras y otras sabandijas que la tierra produce, que cierto son cosas dignas de notar, aunque para darse a entender se han de escribir con alguna prolijidad.

En esta provincia de Vitoria se han hallado entre los naturales della algunos indios y aun muchos que, natura errante, se hallan con dos sexos de hombre y de mujer, cosa cierto que pocas partes se han hallado ni visto tan en general como en ésta. Estos tales acostumbran usar y ejercer los oficios mujeriles tocante al servir con sus personas, porque lo demás que toca al uso de sus naturas, de ninguna dellas usan, antes viven muy tris-

te y vergonzosamente, por ver en sí aquel yerro de naturaleza. El sexo varonil no lo tienen formado como lo tiene cualquier hombre, ni aun en él tienen ningún movimiento ni alteración viril, por lo cual muchas veces he presumido ser ajuntamiento o superficie de carnes, y como está puesto en lugar tan conjunto al sexo mujeril, impídeles el ajuntamiento y el usar estas tales personas de su oficio, quenteramente son mujeres, porque por el vaso quéstas tales tienen desaguan la vejiga, y las queste ajuntamiento de carnosidad tienen tan pequeño que no les impide ni estorbe la cópula, usan de sus personas enteramente con los varones, y las que, como he dicho, lo tienen crecido, ni usan de lo uno ni de lo otro, porque la carnosidad de quien impropiamente llaman algunos sexu viril les impide el usar del mujeril, y ansí entiendo que andan errados los que han afirmado ser estas dos cosas dos naturas o sexos en una persona; y aunque entré diciendo quen esta provincia de Vitoria las había, es conforme a la relación que los vecinos de aquel pueblo me han dado por cosa muy cierta; pero mi opinión es otra, porque ya quen algunos errase la naturaleza, como en algunas partes y tiempos pasados se ha visto en Europa, pero no tan generalmente como entrestos naturales hay destas personas tales de quien tratamos.

Entre las otras brutalidades brutales notables questos bárbaros tienen, es el carecer de cuenta, que ni saben contar por días ni por lunas, que son los meses, ni por los años, ni por ningún número que pase de diez, y éste cuentan por los dedos con harto trabajo, y en llegando a diez luego dicen "mucho" o "muchos", conforme a lo que se les interroga. Esta ignorancia debe causar la poca contratación que unos con otros tienen, que ni por vía de ferias ni de mercados ni por otro interés ninguno no saben vender nada los unos a los otros. Los tiempos de la sementera miden y trazan y

conocen en esta manera. Presumen estos bárbaros que las estrellas a quien llamamos Cabrillas son hermanas de los Astillejos, a quien ellos tienen por sus hermanas, y estas estrellas hacen labranzas y cavan y siembran, y se siguen por ellas desta suerte: por el mes de diciembre, que a prima noche van las Cabrillas sobre el medio de su horizonte, dicen que empiezan ya a cavar sus labranzas y a rozallas, y así ellos en este tiempo hacen lo propio, aderezando, desmontando y rozando la tierra para sus sementeras; porque por la flaqueza de la tierra no siembran estos indios en una parte dos sementeras una tras otra, y si la siembran, en la segunda no cogen casi nada de maíz y todo se les convierte en hierba; y la han de beneficiar y cultivar con demasiado trabajo, y con todo esto no cogen maíz, y así cada vez que han de sembrar han de rozar de nuevo la tierra y desmontarla, porque como es montuosa y las aguas son muy cotidianas, cresce el monte mucho en ella, y así vienen a tener rozadas y desmontadas y acabadas sus labranzas a tiempo que a la media noche las Cabrillas van ya bajas y los Astillejos en medio del cielo, y entonces dicen que ya las hermanas de las Cabrillas, que son los Astillejos, siembran los maíces en la tierra que las Cabrillas tienen cavada, y así ellos luego juntan sus hermanas, las cuales les siembran el maíz; porque, como atrás queda escrito, entrestos indios la mujer no sirve al marido más de para su lujuria y carnalidades y hacelles de comer, y en todo lo demás han de servir a los hermanos. Para esta sementera tienen otra señal, y es que por fin de enero o principio de febrero atraviesan por esta región y provincias grandísimo número de aves a manera de grullas volando por lo alto, que dos o tres días no cesan de pasar; y cuando estas aves pasan ya ellos tienen cavada su tierra, y luego siembran su maíz. Estas aves, aunque parecen y tienen hechura de grullas, no lo

son, porque tienen el pecho blanco y van todas volando sin concierto y tendidas a todas partes, lo cual no hacen las grullas, que vuelan por orden y por escuadrones, como es notorio.

Por este mismo tiempo vienen de hacia la Florida a la Isla Española de Sancto Domingo muchas bandas de ánsares silvestres a ciertas lagunas quen aquella isla hay, y delante de cada escuadrón va por guía un halcón, tras de quien los ánsares siguen, y por bajo y a los lados van otros muchos halcones y pájaros de rapiña que se van cebando en los ánsares, y por daño quen ellos hagan, nunca dejan de seguir el halcón que los va guiando, lo cual hacen con tanta atención, que si el halcón que las guía se abate a tierra, todas se abaten, y cuando él se levanta, todas se levantan y le siguen; cosa cierto de admiración; y así dicen quen esta isla andan tan cebados los halcones, quen el campo no osan criar los vecinos ánsares.

Escribí esto aquí porque algunas personas han presumido destas aves quen este tiempo pasan por esta provincia de Vitoria ir con ellas halcones que las guían y destruyen porque después no las ven volver.

Hacen estos indios la otra sementera por agosto, y la tienen por la mejor y de más fruto y más cierta. El tiempo desta conocen en ciertos árboles de una muy menuda hoja, los cuales por este mes de agosto retoñan o echan flor con gran furia, y en viendo los indios a estos árboles hacer esto, luego con toda presteza ponen manos en sus labores y hacen su segunda sementera, que dos veces cogen maíz en cada un año. Echan estos árboles unas vainillas como de frísoles con una semilla a manera de arbojacas, y conforme a los mudamientos deste árbol hace después que comienza a echar la hoja así van los indios rigiéndose en sus labores, rozando y quemando y cavando y sembrando; y la mesma orden quen el maíz guardan en el

sembrar los frísoles, que se dan en esta tierra de los pequeños, quen España hay gran cantidad.

Estos Patangoros no hacen por el ají ni lo tenían en mucho, como comúnmente lo suelen hacer todas las naciones deste Reino, que, sembrado en sus tierras o habido por resgates, nunca los hallaron sin ello; y la mesma flojedad usaban acerca de tener en sus pueblos otros árboles de fruta, porquen ellos no se halló más de solamente guayabos muy altos y crecidos, y éstos daban unas muy hermosas guayabas, tan agrias como naranjas, ecepto quel agrio destas era muy gustoso, y estos guayabos y guayabas tenían para echar en el vino, con que lo hacían de muy buen gusto y olor. Tenían ansimesmo curales, que son árboles crecidos y grandes; tienen la hoja casi a la manera de la de cidro; la fruta destes algunos la llaman peras, por tener alguna similitud dellas, y otros las llaman curas, y otros paltas. Es fruta que pocas dellas maduran en el árbol, sino desque están crecidas y de sazón las cogen y las ponen en parte abrigada, donde maduran. Tienen dentro un gran cuesco que ocupa la mayor parte della, el cual no es de comer, sino la carne quentrel cuesco y el cuero se cría, ques, si está en sazón y bien madura, de muy buen gusto, aunque es comida ventosa y pesada y húmida.

Sólo estos dos géneros de árboles tenían los indios en sus pueblos. Otros había silvestres por los arcabucos o montañas, que la tierra de suyo producía, como son unos muy altos árboles y de gran copa y rama y de muy dura y turable madera y trabajosa de cortar. Nunca le entra carcoma ni se pudre, aunquesté debajo de la tierra o del agua muy mucho tiempo. La fruta destes árboles son unas almendras o cuescos de la forma de los duraznos, y mientras están verdes están cubiertos de un erizo como el de la castaña, aunque las puyas son más duras; y hay otro género destes ques-

ta cáscara o cobertura es como la de la nuez en el nogal propiamente en el parecer y el sabor. Estos cuescos tienen dentro en sí un meollo o carne mayor que una almendra y de singular gusto y sabor; atribúyeseles, para dar a entender y conocer mejor el gusto desta fruta, al que hacen la nuez y la almendra comidas entrambas juntas. Es fruta seca y cálida en tanta manera, que comiendo en abundancia della luego sienten calor en el estómago y en los lomos, y sus humos y vapores suben luego a la cabeza. Por su gran substancia dicen ser buena y substancial y provechosa para hombres viejos más que para los jóvenes.

Hay otros muy crecidos árboles quechan otra fruta a manera de cocos, ecepto que la hechura la tienen de una pequeña ollita, porque tiene la boca y borde retornado como cualquier olla hecha en España, y mientras está verde está tapada la boca con la tapa de que naturaleza la dotó, y en madurándose y en secando despiden la tapa y queda el vaso abierto, y dentro tienen cinco cuescos a manera de gordas habas con sus vainas verdes, y abren estas vainas y sacan dellas y de cada una una fruta blanca del tamaño del dedo pulgar, y ésta se come asada, y es muy dulce y sabrosa, y si se come cruda, causa alteración y revolución en el estómago y promueve a vómito, y, demás desto, dentro en el coco o ollita, en el hondo se cría al pie de cada cuesco o haba otra frutilla blanca sin cuesco. Sirven de jarros y no tienen cáscara o cuero. Esta comida tiene sabor de manteca de vaca. Estos cascos, como tengo dicho, sirven de jarros y vasos para otros servicios, porque son casi tan recios como el coco.

Otros árboles hay que la fruta que dan les nace pegada a los palos de la rama. Es colorada como cerezas; son muy sabrosas y apetitosas, tienen una punta de agro muy graciosa y lustrosa, y aunque se coma desta fruta en mucha cantidad, no hace

mal ni da en rostro. La madera deste árbol es blanca y de la suerte que la del cerezo.

Otros árboles hay quechan una fruta cubierta de una cáscara como de nuez verde, y es del propio tamaño y grandor, ecepto que tiene mal parecer. Esta fruta partida tiene dentro un meollo como la yema de un huevo, ecepto que es blanca, y esta yema tiene otra cáscara muy delgada y muy tierna. Cocida esta fruta en agua y comida, es de singular sabor y gusto, en lo cual excede a todas las otras quen esta provincia hay.

Arboles para maderas y otras cosas necessarias y provechosas a los pueblos hay en mucha diversidad, que yo no los puedo aquí decir e nombrar todos. Sólo diré que hay cedros muy gruesos, y éstos aunque no tan finos como los de la Isla de la Madera, pero huelen bien. Otro género de cedros hay de corazón amarillo, y ansí tiñen y son muy recios y turables, y ansí los procuran los españoles para hacer sus buhíos. Otro género de cedro hay bien recio y tiene el corazón pardo, y algunos quieren decir ques de generación de ébano. Otro árbol hay muy recio que tiene el corazón más colorado quel brasil, y ansí tiñe y da la color. Hay muchos y muy altísimos árboles de bálsamo, como los de la Nueva España. No se saca dellos aquel licor porque los españoles en ser perezosos y poco curiosos en semejantes cosas van ya imitando la flojedad de los naturales.

Después que Vitoria se pobló han plantado los españoles en esta provincia naranjos dulces y agrios, cidras, limas, limones y plátanos, a quien más propriamente dicen llamarse avenanas, porquel plátano, según dicen personas que lo han visto, tiene la hoja de hechura de una adarga, y este árbol la tiene larga, según claro se ve, pues tan general es ya en todas partes; y tiene más la hoja del plátano, que, demás de ser de la forma dicha, son muy delgadas y muy labradas de plateadas

labores. Han plantado piñas de las de las Indias, que no las solía haber entrestos naturales, y dánse muy buenos granados de los de España, que ya empiezan a dar y llevar fruta, y cada día irán plantando otro género de árboles, aunquen este Reino hay muy pocos de los frutales de España, porque se han dado los pobladores primeros poco por ello, y por aquí podrán ver los que adelante fueren lo que habrá acrescentado estas cosas y aumentado la tierra.

CAPITULO XX

En el cual se escribe de algunos animales y todo género de reptiles quen esta provincia se crían, y de alguna diversidad de culebras ponzoñosas, y sus efetos y propiedades, y el remedio o cura que para ellas se hace

Aunquesta provincia de Vitoria es tierra tan montuosa y cubierta quanto de lo escrito se colige e infiere, se crían en ella muy pocos animales, que parece cosa quen pocas partes de Indias se ha visto; como la tierra sea caliente y montuosa y poblada, nunca dejan de haber tigres, leones, osos y otros muchos géneros de animales, de lo qual, como he dicho, carece esta tierra. Algunos gatos o micos se crían, pero pocos y en pocas partes; sólo se hallan por estos montes grandes bandos de ratones, los cuales cazan los indios y los comen, y unos animalejos pequeños a manera de zorras, que se comen las gallinas que pueden haber, y hacen tanto daño, que por causa desto y de los morciélagos no se crían en esta tierra casi gallinas, y así vale una comúnmente entre los españoles deste pueblo un peso de buen oro, ques bien subido precio. También se halla en estos montes aquel animalejo pequeño que trae o camina con sus hijos metidos en los senos o bolsas que naturaleza para este efeto le dió, y los españoles y aun los naturales desta provincia tienen quen aquellas proprias bolsas engendran y conciben los hijos, y allí los

traen después de questán reformados de todo punto, de lo cual se ha visto clara señal, porquen diversos destos animales que los españoles han tomado o muerto les han hallado en los senos los hijos muy pequeños y sin pelo, aunque formados, y con una tripilla a manera de cuerda de vihuela, que procede y sale de dentro del vientre de la madre y los atraviesa a todos por las bocas, por donde les da el nutrimento y substancia de las entrañas de la madre para su reformación y creación. Paréceme ciertas señales estas de quen los senos o en algún escondido vaso quen ellos tienen recibe este animalejo la simiente del macho para engendrar; cosa cierto, a mi parecer, de las más notables que naturaleza ha hecho. Lo que yo sé cierto y he visto destos animalejos es que la hembra tiene su natura en la parte que otros animales de cuatro pies la tienen.

También se crían en esta tierra muy pocos géneros de aves, que con ser el papagayo pájaro muy general y quen todas partes, especialmente en tierra caliente y montuosa, suele haber muchos y muy gran cantidad, aquí los hay muy raros y pocos, pero de buen distinto y naturaleza, porquen breve tiempo deprenen la lengua que se les enseña y la hablan graciosamente, en especial unos papagayos pequeños a quien llaman periquitos. Críanse unos pájaros negros, de quien en otra parte desta historia hemos escrito, que son del grandor de una picaza y tienen el pecho y los encuentros de las alas amarillos, y el pico muy grande y disforme, con que hace gran estruendo y ruido. Suelen amansarse estos pájaros y tenellos en casa domésticos y ser perjudiciales en las cocinas, porque para sacar la carne de las ollas no han menester otro instrumento más de los picos. Andan continuo a saltos como picazas o cuervos.

Hay algunos ruseñores mayores que los de España, de poca voz y música, y ansí casi parecen

contrahechos. De los pajarillos a quien llaman tomines hay en esta tierra muchos. Susténtanse de mosquitos quen el aire cogen, y cuando los toman hacen con el pico, que lo tienen muy largo, más ruido del que de ave tan pequeña se presume. Es de veloz vuelo y muy súpito, y por eso hace con las alas algún estruendo. Hay algunos que afirman que este pájaro al tiempo que se le acaba el vivir y está propincuo a la muerte se afierra con las uñas de la hoja de cierto árbol, y allí se queda colgado y se consume. Es muy galana la pluma deste pájaro, toda ella junta, porque tiene un verde oscuro con muchas aguas cuasi chamelotadas, que le hacen lucir muy bien. Un pajarillo destes acabado de matar, con sus tripas y plumas y sangre así como anda volando, se halla pesar dos tomines, que bien pequeño peso.

También se hallan paugíes, que son, como he dicho atrás, unas aves poco mayores que gallos y todos negros; el macho es más galán que la hembra; tiene unas pequeñas barbillas coloradas como las de un gallo, y por cresta una corona hecha de unas pequeñas plumas negras que lucen muy bien, y las puntas dellas todas retorcidas para adentro, que le hacen tener forma de corona. Otros hay que, como atrás he dicho, tienen sobre la cabeza una piedra azul más alta que la cresta de un gallo. Críanse y andan continuo por arcabucos o montañas. Susténtanse de frutas silvestres y de lombrices y algunos gusanos que la tierra produce. Andan siempre juntos macho y hembra, y jamás se apartan el uno del otro, y si acaso no se ven, luego dan voces, y por ellas se vienen a juntar. Hacen sus nidos en altos árboles, donde ponen dos huevos azules cuasi de grandor de los de gallina, y dellos sacan dos pollos, macho y hembra, y allí los crían y sustentan hasta que ellos son para volar e ir a buscar que comer. Los indios de Vitoria tienen por opinión que estas dos aves paugíes no tie-

nen ajuntamiento, según su propio género, el macho con la hembra, sino que cuando la hembra está en disposición de recibir sustancia para que los huevos no sean defetuosos o ingenerativos, abaja o arrastra la cola y parte trasera al suelo, y que se le mete una lombriz por aquella parte de su generación, y que desta lombriz reciben virtud generativa los huevos. Y este error les nació a los indios de que, aunque han tenido y tienen en sus casas destos paugies domésticos, no se ha visto jamás quentrellos haya ningún ajuntamiento, ni que pongan huevos ni hagan nido ni cosa que toque a su multiplicación. Tómanse pequeños en el nido y críanse en las casas, ansí de indios como de españoles, y esta experiencia de no juntarse ni criar los paugies domésticos la han notado muy particularmente los españoles. Es ave que después de doméstica no se va ni ausenta aunque pueda. Tiene muy buen comer y sabrosas y muy hermosas pechugas.

Algunas aves hay nocturnas, como morciélagos y lechuzas y otras que aun no son conocidas por los españoles.

La limpieza questa tierra tiene de tigres, leones y otros fieros y dañinos o perjudiciales animales se le convirtió en abundancia de ponzoñosas y grandes culebras de muchos géneros y maneras, y aunque algunas de las que por esta tierra hay y se crían se han visto en otras partes, de que atrás hemos escrito, referirla he aquí por tratar más particularmente de sus propiedades, quen esta parte han sido más experimentadas por los españoles y por los indios.

Entre otras grandes culebras quen esta tierra se han visto y hallado fué una que acaso toparon un día ciertos soldados, que tenía veinte pies de largo y la cabeza como de una gran ternera, y lo grueso del cuerpo como el anchor a través de un hombre de buena estatura y disposición. Metié-

ronle en la boca una lanza jineta para herilla con ella, y la royó y quebró con las presas que tenía, quera su ponzoña. Un género de culebras hay quen la boca tienen cuatro presas, dos altas y dos bajas. Las de abajo son huecas y encajan en ellas las de arriba, y destas presas huecas echa esta culebra una ponzoña a manera de aceite, tan pésima y nocible, que si acierta a morder a alguna persona, en la mesma hora le fuerza a que se ensucie y orine sin sentillo, y le hace echar o reventar sangre por las narices, ojos y oídos y boca y aun por las uñas. Los naturales dicen desta culebra que acosándola y apretándola no puede hacer daño en quien la daña, y si acierta a echar los dientes en cualquier verde y vicioso árbol, en la hora comienza a hacer sentimiento el árbol y se va secando y perdiendo la fuerza hasta que de todo punto se seca, cosa cierto inaudita hasta nuestros tiempos y de grande extrañeza.

Hay otras culebras pardas y crecidas y muy ponzoñosas. Estas tienen en las encías unas carnosidades que las abren y cierran como bolsas; cuando quieren morder abren aquellas carnes y descubren unos dientes como delgadas puntas de espigas, con que muerden y hacen harto daño. Son estas culebras muy nocibles, porque salen a buscar por los caminos a quién morder.

Otras culebras hay como un brazo, que tienen en la punta de la cola dos uñas o gavilanes, con que pican y donde tienen recogida toda su ponzoña, que es muy perjudicial. Cuando éstas se hallan a punto de hacer salto, sacuden o hacen golpe con la cola y pican con las uñas o gavilanes quen la punta tienen, por donde vierten la ponzoña, y es mortal su perjuicio y daño.

Hay otras culebras bien largas y gruesas que si las fatigan se encogen en el suelo y hacen una rosca de muchas ruedas, dejando la cabeza en el centro salida para arriba con palmo y medio o dos

palmas de pescuezo, y de allí se arrojan con tanta velocidad y presteza al rostro del hombre a morderle, que pone temeridad, y así suelen alcanzar gran distancia y arrojarse con gran furia sin que dellas quede cosa alguna en el suelo. Son también éstas ponzoñosas y perjudiciales, y muchas veces, cuando se enroscan, con estar el hombre apartado dellas más distancia de veinte pies, piensa questá seguro de recibir golpe dellas, y allá le van a alcanzar de un solo salto que desde el centro de sus ruedas hacen. Tienen otra propiedad estas culebras, que no de cualquier golpe quen la cola les dan las matan ni quitan sus fuerzas, ni aun las dañan en cosa ninguna, y si les dan en el colodrillo, aunque el golpe sea liviano, las aturden y matan.

Para las mordeduras y ponzoña destas culebras usaban estos naturales de diversos remedios, algunos de los cuales escribiré aquí. En la hora que de cualquier culebra era mordido cualquier indio, si podía haber la culebra, cortábanle la cabeza, y seca y molida se la daban a beber, y con esto dicen que remediaban mucho su ponzoña. Y cuando esto no podían hacer, tomaban la cáscara de tres hierbas que cada una traían de su parte, las cuales aun hasta agora no son conocidas de los españoles, y dábanselas a beber al mordido, y con este remedio algunos escapaban y otros perescían, y con esto se pasaban; pero después que los españoles están en la tierra se hacen las curas en esta manera: Si la parte mordida es pierna o brazo, por cima de la mordedura le atan con un cordel reciamente, de suerte que la ponzoña ni sangre no puedan subir arriba, y luego le sajan el lugar de la mordedura y le van rayendo toda la sangre que va saliendo, por que, cuajándose allí no impida el salir de la sangre y ponzoña quen el cuerpo está, y así le tienen opreso hasta que por las sajaduras ha salido toda la sangre que ha po-

dido y puede salir y ella de suyo se estanque, y hecho esto hacen un hoyo en el suelo y allí le entierran el brazo o pierna con su mordedura, donde lo tienen por espacio de veinte y cuatro horas, y con esto escapan muchos con la vida y se mitiga y remedia la ponzoña; pero por más acertada cura se tiene otra que de poco acá han usado: Atan la herida y sájanla en la forma dicha, y después de haberse desangrado bien, pónenle encima de la picadura lo que les parece de la inmundicia del hombre, y átansela allí con una venda, y tiénela espacio de veinte y cuatro horas, en el cual tiempo se halla por experiencia perder la ponzoña toda su furia y aplacarse cualquier hinchazón y alteración que haya sobrevenido.

Hállase por cosa cierta quel principal sustento de las culebras ponzoñosas en esta tierra son los sapos, que hay muchos y en gran abundancia, a los cuales también, como a los otros animales, proveyó naturaleza de distinto para buscar su defensa y remedio contra los que les persiguen; y cuasi sintiendo esto, el esforzado Agesilao, lacedemonio, dijo no haber animal que si se puede vengar no se vengue, porque acaso vió un muchacho que tenía por la cola un pequeño ratón que, procurándose librar de las manos de quien le tenía preso, revolvió la cabeza y le mordió y forzó que le soltase. El sapo conoce y sabe ya que la culebra es quien le ofende y consume la vida. El cual en estas partes es más ligero quen Europa, porque corre y salta cuasi de la manera de un conejo, y tiene su cueva en caverna hecha, donde se recoge; y en sintiendo que la culebra viene sobrel para matarlo, si está cerca su acogida o cueva se alonja en ella con la ligereza que puede, que no es mucha, y en continenti revuelve su cabeza a la puerta de la cueva por donde entró, y si ve que la culebra todavía va en su alcance y seguimiento, abre la boca de suerte que con ella ocupa toda la

entrada de la cueva, y como la culebra va en seguimiento y rastro del sapo, le parece que la entrada está desocupada, arrójase sin más mirar y mete la cabeza por la boca del sapo, el cual al momento la cierra y aprieta con tanta fuerza que por mucho que la culebra haga no se puede soltar, y allí la tiene hasta que la mata, donde paga su gula y es muerta por la industria de otro más vil animal quella.

CAPITULO XXI

En el cual se escriben y notan algunas sabandijas ponzoñosas quen esta tierra se crían, y los remedios de que contra su ponzoña usan, y algunas cosas quen los ríos se hallan y la tierra cría y produce

La ponzoña desta tierra o la constelación della es tal, questas nocibles ponzoñas no sólo se extienden a las culebras referidas, pero a los sapos, arañas, alacranes y gusanos y otras sabandijas quen esta tierra se crían muy abundosas de ponzoña, pero no tan empecibles como las de las culebras, mas tales que hacen temer con su dolor y furia a los mordidos. Tienen en esta tierra particular cuenta con unos gusanos que se crían y andan por los árboles e hierbas. Son vellosos y de diversos colores. Hay verdes y negros, cuya ponzoña se extiende hasta el vello o lana que los cubre, y causa tal operación en el hombre, que a la hora se envara y siente muy particular e intrínseco dolor en todas las coyunturas y miembros de su cuerpo, de suerte que pocas otras ponzoñas de culebras llegan en sus primeras operaciones a hacer el dolor y alteración que la deste gusano. Al principio que los españoles entraron en esta tierra fueron algunos picados dellos, y como se hallaban en poco tiempo envarados y atormentados de un muy grandísimo dolor, presumiendo ser irremediable su mal y más nocible, disponían sus ánimas y con-

ciencias haciendo lo queran obligados, como si estuvieran en verdadero artículo de la muerte, mas después que conocieron de dónde les procedía el daño, lo remediaron con facilidad por diversos modos.

En la hora que se siente el hombre mordido deste gusano, a quien en esta tierra llaman sabandija por su mala propiedad, luego acude a buscallo, y si lo halla mátaló y sácale las tripas, y con el herbaje que dentro dellas halla se unta la picadura, con que ataja todo el dolor y alteración; y si acaso subcedió mordelle de noche y en parte donde no puede haber el gusano para remediarse con él, si la picadura fué en el dedo o en parte semejante métela en el sexo de la mujer, y con aquesto ataja la furia de la ponzoña, de suerte quen esta manera de curar me parece que con una ponzoña se cura otra, y no sólo la deste gusano o sabandija se cura con este remedio, pero la de los alacranes, que los hay en esta tierra muy grandes y negros y muy ponzoñosos, y arañas. Y acerca desta manera de curar certifican algunos españoles quen cierta parte destas Indias hay una provincia cuya tierra produce y cría cantidad de víboras y otras ponzoñosas culebras, cuyos naturales jamás caminan sin llevar consigo mujeres para que si en el camino fueren picados de alguna víbora o culebra ponzoñosa hallar a la mano la cura y remedio; y aun hay personas questa medicina la han entendido ser provechosa contra la flechadura de la hierba, si está en parte donde puede usar della.

Otra manera de plaga hay en esta provincia, que se halla en otras muchas de las Indias, y es quen el cuerpo de cualquier persona se crían unos gusanos a manera de los quen España se crían en los bueyes y vacas flacas, que llaman vermes o vermibus. Estos por la mayor parte se congelan en los hombres que andan en el campo. Su principio es en el cuero de la carne, y vase entrando

por él sin ser sentido hasta questá algo crecido. Deja un pequeño agujerillo por donde respira y resuella y purga, y allí va creciendo hasta hacerse grande. Tiene la cola muy delgada y lo demás del cuerpo se le para grueso y la cabeza negra. Nada desto se ve dél hasta que le han sacado del lugar donde se cría. La cura contra este gusano es ponerle encima un parche de diaquilón o de trementina, y como con esto se le tapa el respiradero, ahógase y muere allí, y otro día le sacan pegado al parche, y si no sale queda dentro muerto, y apretando y esprimiendo el lugar donde está metido lo echan fuera; no da dolor ninguno a la persona, más de pesadumbre de verse con gusanos.

Parésceme que, pues he dado cuenta de las ponzoñas y de sus fuentes, que también la debo dar de la forma y manera cómo se hace della la ponzoñosa hierba a quien impropriamente han dado este nombre de hierba, pues en toda la mezcla que destas ponzoñosas sabandijas y animales se hace no lleva ninguna hierba ni zumo della, pero el nombre le vino de la que los ballesteros usan en España, con que matan la caza.

Esta ponzoña o hierba para untar las flechas, en cada provincia se hace de diferentes maneras, según quen otras partes he dicho; y por eso la orden que aquí refiero es la que se tiene entrestos Palenques o Patangoros. En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañeros de hombre, los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados; y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo

junto se pudre y corrompe; y después desto toman algunos sapos y tiénelos algunos días encerrados en una vasija sin que coman cosa alguna; después de los cuales lo sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto atado con cuatro cordeles de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte quel sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte quel sudor caiga en la cazuela, y por esta orden van pasando todos los sapos que para este efeto tienen recogidos; y desde se ha recogido el sudor de los sapos que les pareció bastante, juntarlo o échanlo en el vaso donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosas, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño; y cuando por el discurso del tiempo acierta esta hierba a estar feble, échanle un poco de leche de ceibas e de manzanillas, y con esta solamente cobra su fuerza y vigor.

El oficio de hacer esta hierba siempre es dado a mujeres muy viejas y questán hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que deste ponzoñoso betún sale.

Atrás dije cómo esta tierra de Vitoria era rica de minas de oro, y es cierto que si la espesura de las montañas y aspereza de la tierra no fuera tan grande impedimento como es para poderse buscar, descubrir y hallar los mineros quen ella hay, fuera una de las más felices provincias de las Indias; porque, demás del oro quen los ríos se ha sacado y saca, se ha hallado en ellos plata y rubíes, aunque no mayores de granos de mostaza, pero en muy gran cantidad, alabastro, mármol y púrfi-

do, todo lo cual, como he dicho, impide y estorba que no se labre, halle y saque las montañas y aspereza de la tierra; y aunque los mineros del alabastro y mármol y púrfido están descubiertos y vistos, están puestos en tan hondas quebradas, que hacen perder la esperanza de tener entero aprovechamiento de todo ello.

Demás destas cosas, llevan y crían los ríos muchos géneros de pescados, pero no se pueden aprovechar dellos los españoles por las grandes peñas y despeñaderos por donde los ríos caminan, y si no es alguno que a tiempo pescan con anzuelos, de otro ningún artificio de pesquería se pueden aprovechar en estos ríos, en los cuales ansimesmo se crían mucha cantidad de nutrias como las de España, y lo peor quen esta tierra se ha hallado es que certifican los quen ella habitan que jamás se ha visto en ella diez días sucesivos de sol o serenos y sin llover, lo cual causa que los ríos sean tan malos y vayan continuo tan crecidos y furiosos, y los hombres que los han de pasar se sujeten a las flacas y frágiles puentes de bejuocos por donde las han de pasar forzosamente.

LIBRO ONCE

En el libro undécimo se escribe la fundación y poblazón de la cibdad de Mérida, hecha por el capitán Juan Rodríguez Juárez. Trátase la ocasión que este capitán tuvo para juntar gente y salir en descubrimiento de Sierras Nevadas, y lo que el camino le subcedió hasta llegar al propio valle donde están las Sierras Nevadas.

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo vinieron en esta cibdad de Pamplona a tener noticia de la provincia de Sierras Nevadas, y cómo salieron en demanda dellas Juan Maldonado y Andrés de Acevedo con junta de soldados

En la cibdad de Pamplona del Nuevo Reino había algunos vecinos hombres antiguos, que habían estado en Venezuela y della habían pasado al Reino por la alda de la cordillera y sierra que cae sobre los llanos de Venezuela, en la cual vía habían visto ciertos mogotes o cumbres de sierra metidas en la propria cordillera nevados, de suerte que por la mucha nieve que sobrellos caía y todo el año había se vían y divisaban desde muy lejos tierras. Juntamente con esto habían tenido noticia que junto o en la comarca de aquella sierra nevada había gran cantidad de indios; y como Pamplona estaba puesta más cercana a la gobernación de Venezuela que otra ninguna, y aun, como he dicho antes de agora tratando de la poblazón de la dicha cibdad de Pamplona, los primeros españoles que por sus tierras anduvieron y las descubrieron fueron de Venezuela, con el gobernador micer Ambrosio, parecíales a estos isleños que habían venido de Venezuela que la sierra nevada aquellos habían visto no podía estar muy apartada de Pamplona, aunque entre sus naturales no se hallaba ninguna noticia dellas; y ansí habían sido ocasión

quel cabildo de la propia cibdad de Pamplona eligiese caudillos, con título y color de ir a buscar minas de plata o de oro, y se extendiesen y alargasen a descubrir y buscar estas sierras nevadas y las poblaciones dellas, y con los que fuesen poblarlas.

El primero que eligieron fué el capitán Juan Maldonado, vecino de la propia cibdad. Este salió con ciertos soldados y vecinos por la vía del Norte, e yendo a dar al pueblo de la Carrera, desde allí atravesó a cierta provincia que caía fuera de términos de Pamplona, llamada Los Despoblados, que antes había sido vista por el capitán Pedro de Orsúa cuando, después de haber poblado a Pamplona, salió con gente a hacer algunos descubrimientos y pacificaciones. Llamóse Los Despoblados justamente porque en más de veinte y cinco leguas de tierra rasa y pelada había tan pocos y raros naturales, que cuasi no se echaban de ver.

Maldonado con sus soldados llegó hasta la mitad deste valle, poco más adelante de donde dicen la Labranza Grande, y no paresciéndole buena disposición ni manera de tierra la que por delante vía, no quiso seguir aquella derrota, sino túvose a mano derecha, y caminando desde la Labranza Grande por una quebrada arriba cuasi en derecho al Nordeste, en el segundo alojamiento que por esta vía estuvo rancheado con sus soldados, habiéndose dividido en dos partes e idos los unos a descubrir tierra por la derrota dicha, vinieron sobre los quen el alojamiento quedaron, queran bien pocos, todos los indios quen aquella comarca se pudieron juntar, que serían pocos más de trecientos, y acometiendo con sus rústicas armas a los pocos españoles que había pretendieron desbaratarlos y llevárselos en las manos, según el denuedo que traían; pero como el capitán Maldonado cabalgase en su caballo y otros algunos con él, metiéronse

briosamente por entre los indios, y alanceando a una y a otra parte, en breve tiempo los desbarataron y ahuyentaron, porque viniendo los bárbaros como venían desnudos y confiados en las útiles armas que traían, con las cuales ningún daño en los nuestros hicieron, y vieses quel Maldonado era muy buen jinete, y los que le seguían tan osadamente se metían entrellos y derribaban con las lanzadas y heridas que daban algunos de los indios quencontraban, perdían antes de tiempo la furia con que habían acometido, cuasi arrepentidos y confusos de haberse tan temerariamente arrojado entre sus enemigos, volviendo las espaldas huían apresuradamente por partes donde los caballos no pudiesen llegar ni los jinetes hacelles mal ni daño,

De aquí siguió su jornada Maldonado teniéndose siempre sobre la mano derecha, descubriendo todo lo que a una y a otra parte había, y halló que todo lo que por la parte de mano izquierda tenía era todo muy extendidas y grandes montañas, y que aunque sobre la mano izquierda había tierras peladas, eran pocas y de pocas poblaciones, y así no halló en qué detenerse ni entretenerse por esta vía ni con qué dar de comer o repartimientos a los que con él iban, y así fué a salir a las sabanas y llanos de Cúcuta, tierras que al presente están en el camino y vía de Mérida, donde reconocieron haberse vuelto a entrar en términos de Pamplona y haberles salido en vano todo su trabajo; por lo cual luego comenzaron los soldados a murmurar y blasfemar del capitán Maldonado y a decir que por ser tan libre y amigo de seguir su voluntad y en esto muy pertinaz había errado la jornada y descubrimiento en que iban; porque si al tiempo quisieron alojados en Los Despoblados, en la Labranza Grande, el capitán quisiera, como debía y era obligado, seguir la opinión de algunos de sus soldados y caminar la vía derecha al Norte, quera

ir el río abajo de Los Despoblados, diera en tierra rica y próspera y de muchos naturales, según ellos lo habían imaginado por haber visto desde algunos altos collados por aquella parte quel río caminaba cierta serranía de tierra pelada, que se les figuraba que tendría lo que deseaban, pero no porquen ella hubiese más poblaciones ni naturales quen la demás tierra que de aquel valle habían andado, según después pareció, cuando, siguiendo aquella derrota que los soldados dudosamente afirmaban ser próspera, Francisco Hernández, vecino de la propia cibdad, que salió en demanda de brazos de herina con cierto color y cautela, como adelante se dirá, vió claramente lo quen aquella tierra había.

Maldonado, haciéndose sordo y disimulando con las quejas y detracciones de sus soldados, por haber días que había salido de Pamplona, no quiso tomar otra vía ni derrota, sino volverse a su casa, y siguiéndole los soldados se vinieron todos a la propia cibdad.

Después deste capitán Maldonado, salió con gente, por elección y nombramiento del cabildo de la propia cibdad, con la mesma cautela y color de ir a buscar minas, Andrés de Acevedo, con cierta gente y soldados a descubrir la vía de Oriente, saliendo por el valle que llaman de los Locos, que por aquella parte son los últimos términos de Pamplona, y atravesando el río que llaman de Bochagua y en sus nacimientos es llamado Chitagua y en los llanos Zarare, pasó por algunos poblaciones bien raras y apartadas unas de otras, y fué a dar en una montaña muy espesa y llena de manglares, que con la superficie y bascosidad de las raíces de los árboles que juntándose en la haz de la tierra causan que no puedan caminar por lo fijo, sino que siempre vayan a partes uno y dos estados levantadas del suelo por sobre las raíces de los árboles, por donde muchas veces se sumen los caba-

llos y aun los hombres, y no pueden caminar los jumentos, si no es aderezándolo y allanándolo.

Quiso Acevedo atravesar esta montaña por tener esperanza que adelante della hallarían tierra y naturales en qué poblar, y ocupóse en abrir por ella camino para los caballos con muy gran trabajo de los soldados, quen todo el día no se les caían las hachas y machetes de las manos, cortando árboles y allanando los manglares, con que se fatigó demasadamente la gente; y pareciéndole que primero perecerían todos en el trabajo que se acabase de abrir y aderezar el camino, dejáronle comenzado después de haber más de cincuenta días que andaban en ello, y desandando lo que habían andado en el tiempo dicho algunos soldados, en menos de seis días se volvieron a Pamplona, con pérdida del dinero y tiempo quen la jornada habían gastado.

CAPITULO II

Cómo Juan Rodríguez Juárez fué elegido por caudillo para ir a buscar minas de oro, y juntó gente y se alojó con ella en el llano de Cúcuta, de donde envió a descubrir camino para subir a la Loma Verde

Había en Pamplona un soldado y vecino llamado Juan Rodríguez Juárez, natural de Mérida de España. Este, por haber tenido siempre y alcanzado loa de buen soldado para las guerras dentre los indios, y viendo que los dos capitanes Acevedo y Maldonado no habían acertado con la tierra que habían salido a buscar, propuso de haber licencia y comisión para juntar gente y salir como tercero competidor en demanda de Sierras Nevadas por diferente camino y vía que los demás habían seguido, e intentólo a tan mal tiempo, que fué para ruina y destrucción suya aquello qué procuraba para perpetuidad de su fama; porque como poco tiempo antes que lo intentase y pretendiese hobiese tenido competencia y otras mohinas y desabrimientos con Ambrosio Ordoño, hermano del capitán Juan Maldonado, y con el propio capitán, vínole de aquí que después procurase Maldonado deshacer lo que Juan Rodríguez pretendía obrar; porquendría Juan Maldonado que los secretos designios de Juárez eran dar a entender que lo qué no había hecho ni acabado lo había de hacer y efetuar en disminución de la fama y loa de Mal-

donado; pero Maldonado en público decía lo quen el pecho tenía, descubriéndolo con palabras que claramente daban señal de estar lleno de cólera y pasión contra el Juárez.

El origen destas emulaciones y enemistades antes de lo dicho procedió de que como viesen desigualdad en la calidad de persona y linaje y en otras cosas tocantes a la soldadesca y jineta dentre los dos, en todo lo cual hacía ventaja Maldonado a Juárez, procuraba el Juárez con demasiada arrogancia y soberbia, de quera muy tocado, no sólo quen todo quería y había de ser igual a Maldonado, sino que se entendiese que lo había de exceder y sobrepujar y pasar muy adelante, y así en muchas cosas se jactaba vanamente en perjuicio del capitán Maldonado; el cual como sintiese muy mucho la desenvoltura y libertad con que el Juan Rodríguez, favorecido de muchos plebeyos, trataba estas cosas, ningún sufrimiento tenía para tolerar y pasar cuerdamente con ello; mas, como poco ha dije, daba en todo señales y demostración de la pesadumbre con que sentía lo que Juárez decía y procuraba; y así entrellos subcedió con estos principios unos medios fines muy perjudiciales.

La orden que Juan Rodríguez Juárez tuvo para salir a su jornada y juntar gente fué ésta. Era este el tiempo en que, como en otras partes he dicho, estaba prohibido el hacerse nuevas poblaciones ni el salir con gente a descubrir y buscar nuevas tierras, por lo cual estaba perdida la esperanza de que la Audiencia daría licencia ni facultad para ello; por lo cual Juan Rodríguez procuró con muchos amigos quen el pueblo y en el cabildo tenía que le eligiesen por alcalde ordinario el año de cincuenta y ocho para con la vara más cómodamente juntar la gente que hobiese menester, sin que ninguno del pueblo se lo pudiese impedir ni estorbar. Hízose la elección; diéronle la vara, como él la pretendía, y en sa-

liendo con ella día de Año Nuevo, pues cuando se hacen semejantes elecciones, hobo personas que, por conocer la soberbia, presunción y ambición de Juárez, le pronosticaron que había de ser para su perdición y destrucción la alcaldía que le habían dado, y así claramente se lo dijeron; pero él no presumía sino que había de ser para sublimación suya y de su linaje. Luego dende a pocos días el propio Juárez dijo que había necesidad de irse a buscar minas de oro para el pro y utilidad de la República, ofresciéndose él de irlo hacer como hombre que tenía mucha experiencia en ello; y como para este caso tenía hablados a los del cabildo y le habían prometido de hacer en él el nombramiento de caudillo para ir a buscar las minas, cumplieronle la palabra y eligieronle por tal por virtud de cierta comisión y provisión que de la Real Audiencia tenían para este efeto denviar a descubrir minas y nombrar personas para ello; para lo cual le dieron su mandamiento y nombramiento como se requería y él lo quiso pintar.

Puso luego en ejecución la jornada, porque con el color dicho la había de hacer; y comenzó a juntar y llamar soldados de unas y otras partes, prometiéndoles grandes repartimientos y gratificaciones por su trabajo. Gastó y empeñóse en muchos dineros que dió a algunos pobres soldados de los que con él habían de ir para cosas y en cosas necesarias para semejantes jornadas y descubrimientos. Juntó cincuenta y cinco soldados, y con ellos, según algunos afirman, se ofresció fingidamente al capitán Maldonado, diciendo que si quería ir por capitán qué y los soldados que tenía juntos le seguirían y obedecerían, para con esto dar a entender quera más moderado y humilde de lo que dél algunos habían entendido, y con una profunda humildad matizar su soberbia y presunción. Entendió Maldonado su fingido ofrescimiento y así lo menospreció, diciendo qué no quería

hacer jornada por mano de quien no tenía poder para darla ni hacerla, y qué esperaba salir en breve tiempo en su seguimiento con gente y soldados por mandado de quien se lo podía mandar, quera el Audiencia, y quentonces él le gratificaría su fingido ofrescimiento en otra forma. Juárez, acelerándose desta respuesta y de ver quel Maldonado todavía moraba una intrínseca pasión y enemistad, le replicó que fuese en buena hora, que todo se había de allanar con un albazo. Y con esto se despidieron el uno y el otro, aunque algunos quieren decir que todo esto pasó por terceras personas y no del uno al otro.

Sea como fuere, Juan Rodríguez Juárez salió con su gente de Pamplona y la juntó en los llanos de Cúcuta, en la quebrada o río que llaman de Tachira, ques por cima de donde al presente están los hatos y estancias de ganados; y allí estuvo alojado algunos días, donde tuvo muchas quejas de vecinos de Pamplona porque sus soldados, para ir mejor aviados, habían tomado algunos indios e indias en Pamplona de vecinos que hacían gran falta a sus dueños; pero Juan Rodríguez, no queriendo desaviarse a sí por aviar a los extraños, no consintió que a sus soldados se les quitase ninguna pieza, de donde le sobrevino quedar algo más mal visto de lo que antes estaba. Concluso esto, envió a Juan Esteban por su caudillo a descubrir la vía y camino que todos juntos habían de seguir. Este fué con los soldados que le dieron por compañeros, y entrando por una quebrada que sale a dar al propio río y llano de Cúcuta, que llamaron la quebrada de las Danzas, siguió por ella arriba poco más trecho de media legua, y acostándose sobre la mano derecha de la propia quebrada, subió por una cuchilla arriba, por la cual fué a dar a cierta poblazón que los de Pamplona solían llamar la Loma Verde y después se dijo el pueblo e loma de la Guazabara, por la causa que adelante se dirá.

Juan Esteban, como llegó a lo alto y vido cierta poblazón que allí había y que los indios le habían sentido y empezaban ya a mover bullicio para tomar las armas y seguirlo, con la presteza que pudo se retiró y volvió adonde Juan Rodríguez estaba alojado.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo Juan Rodríguez y la demás gente salieron del alojamiento de Cúcuta y fueron al Valle de Sanctiago, y lo que el camino le subcedió hasta alojarse en el pueblo de los Corrales

Después de vuelto Juan Esteban de haber descubierto el camino y pueblo dicho, questaría del alojamiento donde Juan Rodríguez estaba alojado en Cúcuta poco más de dos leguas, mandó apercebir y aderezar los soldados para caminar toda la gente junta, y estando todos a punto, levantaron sus toldos y caminaron con buen concierto, porque Juárez, quera el capitán, preciábase mucho de que le tuviesen por plático soldado y experimentado capitán, y que no se notase en él ninguna falta de las quexcediendo de la disciplina militar se le podía notar; y así, aunque los soldados eran pocos en número, repartiólos en vanguardia, batallón y retaguardia, de suerte que donde entonces había mayor peligro, quera en la vanguardia, por haber forzosamente de acudir allí antes que a otra parte los enemigos, puso los mejores y más sueltos soldados, con algunos hombres de a caballo que si fuese menester rompiesen los escuadrones de los bárbaros; porque como la gente deste pueblo donde habían de entrar eran todos los más indios retirados de otros pueblos más cercanos a Pamplona y quen su primera conquista habían tenido guerras

con españoles, entendían los nuestros que no había ni podía excusar de tener con ellos recuento ni guazabara.

Subidos a lo alto Juan Rodríguez Juárez y los que de vanguardia con él iban, hallaron tan a punto a los enemigos, que los salieron a recibir con las armas en las manos, repartidos con sus escuadrones de ciento en ciento, todos con paveses en las manos que les cubrían lo más del cuerpo, y arcos y flechas y algunos dardos y macanas, y juntamente con esto, todos, aliende de salir, conforme antigua y general costumbre, hartos de vino o chicha, questaban los cuerpos desnudos muy untados y engalanados con bija y jagua y otras colores. Su acometimiento fué con tan buen brío y furia que, aunque caían algunos pasados de las espadas y pelotas de los arcabuces y alanceados de los jinetes, no por eso se retiraron con la presteza que otros indios lo suelen hacer, hasta que de todo punto, viendo el gran daño que se les hacía, reconocieron la ventaja que los nuestros les tenían, y ansí, aunque tarde, subiendo por unas laderas arriba que sobrel proprio pueblo estaban, dejaron el campo y lugar a los españoles, poniéndose en lo alto a hacer muy grandes fieros y desgarrros de que volverían con más pujanza de gente sobre los nuestros; mas después que de todo conocieron el estrago quen ellos se había hecho, e indios quen la guazabara habían muerto, no sólo ellos quedaron castigados, pero el escarmiento y ejemplo se extendió por muchos pueblos que adelante estaban, en los cuales no sólo no osaron esperar sus naturales, pero ni aun dejar sus casas en pie.

Alojóse Juan Rodríguez con toda su gente y carruaje en el proprio pueblo de la Guazabara, dicho ansí en adelante por respeto deste recuento con poco daño, porquen la guazabara solamente le flecharon a Rodrigo del Río y le mataron un caballo de ciertos flechazos y lanzadas que le dieron, al

cual después de muerto hizo quemar en un buhío y convertirlo en polvo y ceniza, de suerte que los indios no hallasen rastro dél ni de su muerte, porque los caballos no perdiesen la reputación que cerca destes bárbaros tenían, que por verlos de tan terribles y feroces aspectos, que doblado cuando andan en guazabaras, por andar cubiertos con unas colchadas de algodón que los hacen muy espantables, entendían ser los caballos cosa inmortal y que no les empecían acechanzas ni heridas que les daban. Estuvo poco en este pueblo Juan Rodríguez, porque deseaba engolfarse y meterse bien la tierra adentro por usar libremente de su oficio con los soldados, porque con temor de que por estar en tierra de paz no se le volviesen, daba bien contra su voluntad muestras de bien moderado y manso ánimo, y ansí caminando adelante deste pueblo de la Guazabara se fué a alojar a la loma del Viento, llamada deste sobrenombre por la gran tempestad quen ella continuo corre de vientos de muchas partes, de tal suerte que ansí Juan Rodríguez como Juan Maldonado, el tiempo questuvieron alojados en esta loma no pudieron tener toldo ni tienda armada que todas no se las derribase o rompía la furia del aire.

Comiénzanse desde esta loma las vertientes del valle de Sanctiago, donde está poblada la villa de San Cristóbal, de quen adelante tractaremos, cuyas aguas van a dar a los llanos de Venezuela y son el río que allá abajo llaman de Apure; y por la otra parte de la propia loma vierten las aguas y corrientes a la laguna de Maracaibo. Viéronse desde este alojamiento algunos pueblos de indios quen las chapas fronteras y altos había, y desseando haber algunos naturales para guías y adalides que más seguramente los llevasen adelante, envió a Juan Andrés Varela, de nación gallego, con gente a que, dando de súbito en los pueblos que se parecían, procurase tomar algunos indios dellos.

Caminó Juan Andrés lo que pudo de noche, y en amanesciéndole sobrel pueblo que se había visto y hallando descuidados los moradores dél, tomó muchas personas y túvolas como presas hasta que Juan Rodríguez, quen amanesciendo salió con la demás gente, llegó adonde el caudillo estaba. Iba Juan Rodríguez muy airado y enojado porquen el camino queste guía había llevado se le había estacado y lastimado un caballo en ciertas estacas o dardos que para este efeto tenían los indios puestas por junto al camino, entre altos pajonales, y queriendo apeteer a su ira y cólera con hacer un abominable castigo, tomó de los indios quen poder de Juan Andrés halló presos, y con las propias flechas quen su casa se habían hallado, teniéndole los indios seguramente algunos soldados, él con su propia mano los flechaba y metía con crueldad de bárbaro las flechas por el cuerpo, sin merecerlo el delito ni saber si estos indios habían sido los autores de qué rescibiese el daño que su caballo había recibido; pero parte deste daño y crueldad vino dende a poco a pagar justamente Juan Andrés, que siguiendo las pisadas por donde su capitán le encaminaba, e yendo a dar en otra poblazón, cayó en un hoyo, donde se torció una pierna, de quen muchos días ni pudo andar ni tenerse sobrella, y aun quedó algo cojo.

Prosiguió Juan Rodríguez por el valle de Santiago adelante, y discurriendo por él lo anduvo todo en espacio de un mes. Los indios habían cobrado miedo a los españoles, por algunas crueldades que dellos habían oído decir, y no osando esperar en sus poblazones y casas, les pegaban fuego, retirándose ellos a lugares montuosos, donde les parecía tener seguridad, y ansí casi todos los pueblos deste valle donde Juan Rodríguez llegó a alojarse los halló quemados y arruinados de sus propios naturales, los cuales nunca después de la primera guazabara quen la Loma Verde dieron aco-

metieron a los nuestros, si no fué yéndolos a buscar a sus rancherías y lugares escondidos donde se habían recogido; porque Juan Rodríguez, deseando que entre éstos bárbaros fuese su nombre temido por sus crueldades, antes que amado por misericordia, envió diversas veces a Juan Esteban con gente de noche a buscar las rancherías de los indios, donde los pobres, como gente que por todas vías los perseguían, procuraban defenderse con sus flechas y otras armas, donde algunas veces, por la desorden y cobdicia de los soldados, los hobaran de matar; porque como algunos de los españoles que Juan Rodríguez llevaba eran chapetones, que tanto como decir bisoños o novicios, al tiempo que habían de estar más sobre el aviso y al alerta y juntos, se desmandaban en ranchar cosas de poco valor e importancia, y viéndolos los indios así revolviendo sobrellos y poniéndolos en aprieto, y así hirieron a algunos; mas bien lo pagaban los que cogían y habían a las manos, porque, o acuchillados o flechados o comidos de perros, nunca dejaban de pagar justos por pecadores.

Después de haber andado Juárez con su gente todo lo que el valle se pudo andar, se vino a alojarse a un pueblo que llamó de Arcabuco, y después fué llamado de los Corrales, que el último para subir al páramo de San Bartolomé, donde tuvo algunas grescas y desabrimientos con algunos de sus soldados porque, no pudiendo sufrir el trabajo de la guerra ni la elación del capitán, se querían volver a Pamplona y desampararle, lo cual fué descubierto y presos los culpados, con los cuales usó de algún rigor por atemorizar a los demás, pero no para que afrentase a ninguno.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo desde el pueblo de los Corrales envió el capitán a Juan Esteban con gente a descubrir, y descubrió el valle de San Bartolomé, donde le mataron a Cisneros, español, y el valle de la Grita, al cual se fué alojar Juan Rodríguez con toda su gente

Había Juan Rodríguez mirado y considerado toda la serranía que cercaba el valle de Sanctiago, y ninguna le había contentado para alojarse por ella, porque la mano derecha del propio valle como en él entraron, que hacia la parte del Sur, hacia la tierra demostración de muy ásperas y montuosas sierras, que amenazando desde lejos con la altura y empinamiento de que naturaleza las había dotado, con las grandes y espesas montañas de que estaban cubiertas se hacían y figuraban muy dificultosas a los ojos de quienes las miraban para por ellas pasar. A la parte oriental tenían certidumbre que estaban los llanos de Venezuela, de donde no esperaban haber ningún buen fruto, demás de que ansimesmo las sierras que por aquella parte se vían también eran muy arcabucosas. La tierra que a la parte del Norte se mostraba era pedrada y más apacible que otra ninguna de la que por allí se vía; y así se determinó Juan Rodríguez, y aun le fué forzoso, pues la incomodidad de la tierra no le daba lugar a más, seguir aquella vía del Sur.

Desde el pueblo de los Corrales, dondestaba alojado, envió a Juan Esteban con soldados que, subiendo a lo alto de un páramo que por delante tenían, descubriese y viese lo que de la otra parte había. Juan Esteban, cumpliendo lo que su capitán le mandaba, atravesó por ciertas manchas de arcabuco que le fué forzoso pasar con algún trabajo suyo y de los que con él iban, y puesto en lo alto del páramo y viendo la disposición de mucha tierra que desde allí se vía y señoreaba, se derribó y dejó caer sobre la mano izquierda, adonde las primeras aguas del páramo vertían, y siguiendo su declinación fué a dar en unas indias que apartadas poco trecho de su poblazón estaban, las que, alborozadas a la vista de los españoles y soldados, comenzaron a dar muy grandes voces, con que alborotaron los indios quen el pueblo había, questaba cerca, y los españoles, por respeto de una seja o lista de arcabuco que por delante tenían no lo vían; mas siguiendo el camino que llevaban, con todo cuidado y diligencia dieron de súbito en el pueblo, cuyos moradores hallaron con las armas en las manos, queran mucha y muy buena flechería, con la cual rescibieron a los nuestros, que con muy buen brío se arrojaron entrellos y comenzaron a herir los que pudieron y a hacerlos retirar y dejar el pueblo, siguiéndolos siempre hasta meterlos en cierta montaña que de la otra parte del pueblo tenían. Pero esta vitoria no dejó de costarles a los nuestros sangre, porque como al entrar del pueblo los soldados no tuviesen tanto cuidado de mirar el daño que por los lados de través se les podía hacer, uno de los bárbaros questaba emboscado, entre otras flechas que tiró, dió con una a Cisneros, soldado español, en el lado izquierdo, de que cayó luego muerto en el suelo; y aliende déste que mataron fué herido Juan Esteban de otro flechazo malamente; y por que los indios no sintiesen ni conociesen el mal que habían hecho, por que no

les fuese causa de cobrar brío, se salieron los españoles lo más presto que pudieron, y metiéndose por una montaña enterraron en ella a Cisneros, que habían llevado cargado en una hamaca sobre los hombros, y de allí atravesando una loma alta que sobre la mano derecha se hacía vinieron a dar a un valle o quebrada que hoy es llamada el pie del páramo de San Bartolomé, porque bajando dél la víspera deste santo entró en el pueblo y valle donde le mataron a Cisneros, a quien ansimesmo llamaron valle de San Bartolomé; pero en lengua de los propios naturales es dicho este pueblo y valle Vanegara.

Después que Juan Esteban se vió alojado en el lugar y quebrada dicha y vió quen ella no había ninguna poblazón, acordó por su indisposición quedarse allí y enviar diez soldados a que desde cierta cuchilla y loma quel río abajo sobre la mano derecha se hacía viese lo que adelante se parecía. Fué por caudillo dellos Rodrigo del Río, el cual siguiendo el camino con sus compañeros hasta donde le fué señalado, descubrió ciertas poblazones de indios en una caldera, que fué llamado el valle de la Grita, nombre puesto por los españoles a causa de que los moradores de aquellas poblazones toda la furia y brío quen las armas habían de poner la pusieron en dar muy grandes voces y alaridos al tiempo que vieron a los españoles cerca de sus pueblos; mas el nombre proprio de la poblazón de que sus naturales usan es Humugría y Cariquena.

Los diez españoles se volvieron adonde Juan Esteban estaba, y aquella propria noche que llegaron fueron muchos indios de las poblazones referidas en su seguimiento, bien pertrechados de armas, haciendo ademanes de querer hacer y tomar toda la gente española a manos; pero como en ninguna cosa sean los indios perseverantes, salvo en su gentilidad y costumbres, no hicieron más que cer-

car a los nuestros y dar muy gran grito y vocería, sin que osasen llegar a ofender, ni menos los nuestros quisieron salir a rebatillos ni a echarlos de sobre sí, por respeto destar Juan Esteban herido del flechazo quen el valle de San Bartolomé le habían dado, antes temiendo que venido el día no les pusiesen los indios en aprieto y riesgo, antes que amanesciese se subieron por una cuchilla que tenían para subir a lo alto del páramo, aunque algunos quieren decir que por respeto de ser estos indios más vocingleros que guerreros pretendieron con solas voces echar los españoles de su tierra, y que la pretensión no haya sido esta en efeto, ellos salieron con ella, pues con solas voces los hicieron retirar antes de tiempo.

Pasado el páramo, que, aunque templado, es algo largo, Juan Esteban se bajó al pie dél en parte donde le pareció estar seguro de los naturales, y por ahorrar trabajo envió a decir a Juan Rodríguez, su capitán, lo que había descubierto y cómo podía caminar con toda la demás gente hacia dondél quedaba. Sabido por Juan Rodríguez la quedada de su caudillo Juan Esteban, paresciéndole quera mucha libertad para soldados, lo envió a llamar y le hizo que volviese adonde él estaba, donde fué reprehendido de su pereza.

Partió Juan Rodríguez con toda la gente que consigo tenía y caminó la vía del valle de la Grita, cuyos moradores, viendo que los nuestros se acercaban a su poblazón, les pusieron en un camino que apartado della atravesaba adelante por la loma que agora se sigue para Mérida, por donde forzosamente habían de pasar los nuestros, muchas y muy grandes mucuras o cantaros de chicha, y maíz y otras comidas de aquellas aquellos usan; y con esto se volvieron a sus pueblos y lomas cercanas, desde donde estaban a la mira, dando de continuo voces. Juan Rodríguez no se deteniendo en lo quen el camino estaba puesto, pasó de largo

y se fué al pueblo que más cerca tenía, quedaba sobre la mano derecha de la loma y cuchilla donde los indios habían puesto las comidas, en el cual pueblo estaban sus moradores y otros que con ellos se habían juntado con determinación de defenderlo, pero fueron presto ahuyentados con el ímpetu y llegada del capitán y de sus soldados y de los caballos y jinetes, que alancearon y alcanzaron algunos indios, con que los demás cobraron harto temor, y así se alojó en este pueblo propio toda la gente, con designio de holgarse en él algunos días.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo Juan Rodríguez descubrió desde el valle de la Grita las Sierras Nevadas, y fué caminando hacia ellas, hasta llegar al río de Chama, y lo que el camino le subcedió. Trátase aquí de los nacimientos deste río y de dónde le vino este nombre

Desde el alojamiento de la Grita comenzó Juan Rodríguez, así por su persona como por mano de sus soldados y caudillos, a correr de una parte a otra la tierra, subiendo a la cumbre y superioridad de los más altos cerros y montañas a ver y descubrir la disposición de la tierra que por delante tenían, para determinar entre sí la vía y derrota que habían de llevar, por no ir caminando ciega-mente y sin lumbre de lo que a su camino se podía anteponer, questo suele ser muchas veces causa de la perdición de muchas compañías de gente y soldados, cuyos capitanes, queriéndose regir y gobernar por sus solos pareceres, que pocas veces suelen ser suficientes para ello, sin guardar orden ni concierto de la disciplina que semejantes jornadas se debe seguir y guardar, no teniendo consideración a lo que adelante les puede subceder, caminando con toda su gente junta y cuando no piensan se hallan en parte que ni pueden ir adelante ni volver atrás.

Pues explorando y atalayando en la forma dicha, fueron descubiertas y vistas de cierta cumbre que

junto a este valle de la Grita se hace las Sierras Nevadas, casi a la parte del Norte de aquel lugar donde se hallaban, y aun la laguna de Maracaibo, algo más apartada hacia el Poniente; y como el capitán Juan Rodríguez diese vista a lo que iba a buscar, determinó pasar adelante y no parar hasta llegar a ellas; porque aunque por la mucha nieve quen todo el año hay sobre el pináculo y cumbre destas tierras, se veía muy claramente questaban apartados dellas más de veinte y cinco o treinta leguas, y el camino que por delante se ofrescía y parecía daba muestras de ser muy dificultoso y trabajoso de caminar y pasar, pero con todas estas dificultades que claramente vía prosiguió adelante con toda su gente, y pasando por todo el valle que llaman del Alarde, que va poblado de raras poblaciones, cuyos naturales salieron a él con mano armada pretendiendo restaurar el daño y afrenta que sus vecinos y amigos los del valle de la Grita habían recibido, comenzaron a pelear con los españoles dando muestras de muy briosos; porque con sus rústicos ademanes y bárbaras griterías se llegaban muy cerca de disparar y emplear sus flechas en los nuestros, lo cual les turó muy poco; porque luego que a ellos salieron los españoles y comenzaron a herir algunos con arcabuces y con las espadas, volvieron las espaldas, y encaramándose y subiéndose a los altos y cerros que más cerca hallaban, cada cual pretendía asegurar su vida y apartarse de la severidad de los nuestros, que, por parecerles de poca estimación esta tierra, se pasaron adelante y se fueron a alojar al pueblo hondo questá junto al páramo alto.

Los indios deste pueblo, aunque se alborotaron con la vista de los españoles, no por eso se atrevieron a venir contra ellos; mas desde lejos y lo más apartado que podían despendían su enojo y alboroto de ver en sus casas gente nunca por ellos vista, en darles voces y grita con que mostraban

tomar entera venganza del daño que vían recibir en sus casas y haciendas. De aquí atravesó Juan Rodríguez la altura del páramo que por delante tenía, que por ser tanta fué llamado el páramo Alto, y fué a dar al valle de los Bailadores, tierra despoblada, aunque labrada en algunas partes por indios quen poblaciones cercanas hay, como son los propios Bailadores, questán poblados en este valle abajo al principio de la montaña que dos leguas más abajo se empieza y va seguida y muy cerrada hasta el río que llaman de Chama, por el cual valle abajo caminó Juan Rodríguez, ques llano y escombrado hasta llegar al arcabuco y poblazón de los indios Bailadores, llamado deste nombre por respeto de que cuando salen a flechar o dar guazabara nunca están seguros con el cuerpo, sino meneándose y moviéndose y saltando de una parte a otra, y haciendo otros visajes brutales. Estos indios, desde sus casas, questaban en un lugar alto y escombrado, aunque metido en la montaña, vieron ir los españoles hacia donde ellos vivían, y como gente que de su natural más que otra ninguna de aquella comarca es muy bellicosa y asalteadora, salieron al camino al principio del arcabuco a esperar a los españoles con sus arcos y flechas y macanas, muy emplumajados de plumas de muchas colores y embijados y enjaguados de colorado y negro, y se pusieron así en celada a esperar a los nuestros, que no iban en nada descuidados y les era forzoso para seguir su viaje y derrota pasar por el mismo paso y lugar por donde los indios estaban esperándolos.

Los unos y los otros lo hicieron tan cuerdamente que, aunque algo apartados se vieron, nunca usaron de sus armas hasta que se acercaron y aun juntaron los unos con los otros; porque como estos bárbaros jamás habían visto españoles ni tenían noticia de su valor en el guerrear, aunque les ponían algún pavor los terribles aspectos quen ellos

y en sus caballos vían, no entendían que les podían dañar tan perjudicialmente como luego lo experimentaron, y ansí pretendían arrojarse entre los nuestros y tomarlos a manos vivos, porque cada cual de los bárbaros traía consigo una gruesa cabuya ceñida al cuerpo para llevar atado al español que le cupiese de parte o suerte; pero desque comenzaron los nuestros a herirles con las espadas en aquellos cuerpos desnudos, y a ver que no les daba lugar que los tomaran a manos, hiciéronse algo afuera y comenzaron a disparar sus flechas contra los soldados, con las cuales hirieron a algunos, pero no de suerte que muriesen. Y visto esto por los españoles, comenzaron a disparar algunos arcabuces de los que llevaban contra los indios, con que de todo punto les arredraron y echaron de sí, después de haber peleado buen rato y haber muerto en la pelea algunos indios que, queriéndose señalar por más valientes y esforzados, aunque vían a sus compañeros heridos del primer ímpetu y arremetida, se acercaban y allegaban a los nuestros, ofresciéndose ellos propios de su voluntad a la muerte. Ahuyentados de todo punto los indios y conclusa la guazabara, los nuestros se fueron alojar a su propio pueblo, el cual hallaron bien bastecido de comida de toda suerte, dondestuvieron algunos días por curar los españoles quen la guazabara se habían herido, y aun por ver y considerar el camino que habían de llevar, porque vían que de aquí para abajo en este río no había ninguna poblazón más de la questaban alojados, ni camino que los llevase y guiase y los pudiese sacar de la espesura de la montaña y estrechura del río en questaban. Finalmente, viendo Juan Rodríguez quel arcabuco y montaña que por delante tenía no era turable, porque desde lo alto del páramo que poco antes atravesó había visto grandes sabanas de la otra parte de la montaña hacia las Sierras Nevadas, más con temeridad que con prudente osa-

día se arrojó el río abajo, tomando por guía y camino del propio río la corriente y canal, por la cual caminó con harto trabajo suyo y de todos sus soldados algunas jornadas, donde, demás del excesivo trabajo que abría el camino llevaban, cortando muchos y gruesos árboles donde la necesidad lo requería, y otras veces caminando por la propia canal y corriente del río el agua a la cinta, les vino a faltar la comida y mantenimiento, de suerte que, como hombres que casi tenían perdida la esperanza de salir adelante ni acabar de pasar aquella montaña por su maleza y espesura, se quisieron volver atrás, paresciéndoles que si el trabajo y falta de comida que tenían pasaba adelante, les consumiría y acabaría de todo punto. Pero a Juan Rodríguez, su capitán, no le parecía cosa honrosa volverse atrás, pues con sufrir con buen ánimo un poco de más tiempo los trabajos que entre manos tenía, saldría a tierra rasa y que desde lejos había dado muestras de muy poblada; y así animando lo que pudo a sus soldados y tomando él siempre la mano y delantera en el trabajo del descubrir, se salió del río con su gente y se tuvo sobre la mano derecha, y atravesando una pequeña sierra que por esta parte apretaba y enangostaba el río, lo pasó con harto trabajo, haciendo casi toda la subida y aun bajada el camino a pala y azadón y cortando árboles para que pudiesen subir y pasar los caballos, y así fué Dios servido que, permanesciendo en el trabajo, fuese a dar en una quebrada y pequeño arroyo que de la otra banda de la cordillera se hacía, que, caminando por él abajo, la misma corriente y agua del arroyo los sacó a tierra rasa a las riberas del río de Chama, cerca del pueblo de los Estanques, que de la otra banda deste río está poblado.

Nasce este río de Chama como quince o diez y ocho leguas deste paraje de los Estanques, entre el Norte y el Oriente, en aquella parte que los ma-

reantes llaman y señalan Nordeste, en la cumbre de unos páramos que llaman los españoles del Puerto y del pueblo de la Sal, que son en la propia cordillera de Sierra Nevada, y desgalgándose por las faldas de la propia cordillera corre hasta este paraje de los Estanques casi derecho al Sur, pasando por debajo de la propia Sierra Nevada y por junto adonde está poblado el pueblo de Mérida, y casi desde sus propios nascimientos, por ser tierra frigidísima, viene poblado unas veces en los bajos y otras en los altos, hasta entrar en la laguna de Maracaibo, donde es su paradero.

Llamó a este río Juan Rodríguez el río de Guadiana, a imitación de otro río que deste nombre hay en España, y después por respeto de pasar por cerca de un pueblo quen los llanos de la laguna está, llamado Chama, de quien españoles han tenido noticias y vístolo muchos años antes en tiempo de micer Ambrosio y de otros, que llamaban abajo este río el río de Chama, fué, como he dicho, llamado nombre de Chama y perdido el que Juan Rodríguez le puso de Guadiana. Los naturales quen sus riberas están poblados, como son muchos, cada cual lo llama en su tierra como quiere, y por esta causa no se pone aquí su nombre propio.

CAPITULO VI

En el cual se escribe cómo atravesando los españoles el río de Chama entraron en el pueblo de los Estanques, y de allí fueron al pueblo Quemado, del cual volviendo el valle arriba fueron a dar a la poblazón de la Lagunilla

De la parte del río de Chama donde los españoles habían llegado, que aguas arriba sobre mano derecha, no había ninguna poblazón ni labranza donde pudiesen proveerse de comidas, de las cuales llevaban gran necesidad; y así les fué forzoso y necesario pasar luego el río, que en este tiempo les era favorable por ir algo manso y humilde, lo cual le suele acaecer pocas veces en el año, a causa de las muchas aguas y nieves que los altos caen lo más del tiempo, que hacen ser continua su creciente.

Habían visto los españoles de la parte del río dondestaban el pueblo de los Estanques, que daba muestra de haber en él mucha gente, por las muchas casas y labranzas que en él se vían, por lo cual el capitán no quiso dividir su gente, sino llevarla toda junta para con presteza socorrer a la necesidad que se le ofresciese y la fortuna le pusiere en las manos; y así pasando el río recatadamente por algo arriba de donde la poblazón de los indios estaba, puso la proa por su vanguardia Juan Rodríguez contra el pueblo de los Estanques, cuyos naturales casi se estuvieron en sus casas hasta

que vieron bien cerca dellas a los nuestros; porque por ser la gente deste pueblo señalada en guerrear entre sus comarcas, estaban confiados de que no les llegaría ninguna gente a quien ellos no diesen licencia a sus casas y tierra. Mas desde que reconocieron la audacia de los españoles y vieron sus terribles rostros y personas y la fiereza de sus caballos, comenzaron con presteza a desamparar sus casas y huir cada cual con pesado temor por donde podía. Diéronse los españoles a seguir su alcance, y en él tomaron algunas personas que, pretendiéndose defender con sus rústicas armas, se volvían contra los que les seguían dando muestras de hombres feroces y de gran vigor; pero como toda era gente desnuda y sin ningunas armas defensivas que amparasen sus cuerpos de los golpes que les tiraban con las espadas, eran con facilidad heridos y muertos en el alcance, y hobo en este pueblo mujer que, viéndose opresa del temor que por ver junto a sí un español que la iba alcanzando tuvo, no hallándose con armas para defenderse, recogió en sus propias manos la purgación e inmundicia de su cuerpo, y con ella ofendió al que la seguía, de suerte que, aunque no herido ni descalabrado, dejó de seguir el alcance; porque en esta tierra, como en otras muchas de las Indias, corren y tienen quasi tanta soltura las mujeres como los varones y son para tanto trabajo.

Hallaron los españoles quen este pueblo había a la puerta o junto de cada buhío una poza grande y bien hecha y honda, en que los indios recogían el agua que podían para regar sus labranzas y legumbres; porque como en esta parte, por causa del mucho calor del sol, sea la tierra muy seca, hay gran necesidad de ser socorridas las labores con agua de pie, lo cual hacen estos indios fácilmente por medio destes estanques o aljibes, y por causa dellos fué el pueblo llamado de los Estanques. Holgáronse en él los españoles porque había aparejo

de comida para toda la gente, y dende a ciertos días se metieron por la montaña, caminando hacia la laguna de Maracaibo, la cual estaba al Poniente, por la cual vía vieron un pueblo que al principio que lo vieron lo llamaron el pueblo del Arcabuco, por estar metido y escondido entre aquellas montañas, y después fué dicho el pueblo Quemado, y así se llama hoy, a causa de que al tiempo que los españoles se acercaron y entraron en este pueblo los moradores y naturales dél, queriendo probar su fortuna, se recogieron e hicieron fuertes en sus propias casas, las cuales defendían con ánimos obstinados, de suerte que sin notorio peligro los soldados no se atrevían a entrar en ellos. Los soldados y la otra gente lo quemaron y destruyeron y caminaron los españoles la vía del valle arriba por donde el río de Chama baja y corre, y dando de camino vista a la poblazón que llamaron de la Sabana por estar en tierra rasa cercada de arcabucos, se fueron derechos a las poblazones que los españoles llamaron de la Lagunilla, al principio de ella, quen lengua de los propios naturales es llamada Jamú, y allí se alojaron con mucho contento y alegría, porque, demás de hallar los indios de buena disposición y pacíficos, sin alterarse ni salirse de sus casas ni hacer otra resistencia ninguna a los nuestros, daba muy gran alegría y contento ver la mucha poblazón que por allí había, toda junta por sus barrios, muy acompañada de grandes y fructíferos árboles, en quentraban curas, guayabas, gaimaros, caimitos, ciruelos, piñas y otros géneros de árboles que sólo servían de acompañar y hermostear los pueblos, y juntamente con esto tenían junto a sus casas hechos muchos corrales en que criaban paugies, pavas y tórtolas y otros muchos géneros de aves de diversas colores, que a las puertas de sus casas tenían, que daban muy gran lustre a la poblazón destos bárbaros. Demás desto, los indios en su manera de

vivir traían sus personas ricamente aderezadas con mucha plumajería y cuentas blancas y verdes, y mantas de algodón, y cierto género de chagualas de hueso, y grandes collarejos hechos ansimesmo de hueso, que con la negrura de sus cuerpos, que son muy morenos, y la blancura de los aderezos que sobre sí traían, les hacía parecer muy bien y daba muestras de ser gente aventajada y respetada de los demás indios desta provincia de Sierras Nevadas, como en la verdad lo son, por respeto de cierto lago o laguna questos indios tienen en su tierra, la cual por las muchas tierras salobres que las cercan y hacen lagos se cuaja en el asiento y suelo della un género de salitre muy amargo, que ni es sal ni salitre, ni para el uno ni el otro efeto nos podría servir a nosotros, y deste género de salitre se hace todo el suelo de la laguna o lo más dél una costra que a partes es muy gruesa y a partes es delgada, de la cual los indios van quebrando y sacando para vender a todos los que se la vienen a comprar, que, como he dicho, son todos los indios desta provincia de Sierras Nevadas y de muy más lejas tierras; porque sus resgates llegan hasta la laguna de Maracaibo y poblaciones del Tucuyo y llanos de Venezuela.

El efeto para el que los indios quieren este salitre es principalmente para comer, aunque en diferentes maneras se come. Porque unos lo comen con echallo en lugar de cal, y otros lo comen con las demás comidas en lugar de sal, y otras hacen cierto betún dello a manera de meloja, y aquello lo comen lambiendo y dando muestras de saborearse en ello mucho; y así son todos feudatarios y contribuyen a los que tienen esta laguna y sacan este salitre, quen su propria lengua llaman jurao, y es moneda muy principal entrestos indios que he dicho; porque por ella dan y venden todo lo que tienen y les piden. También se apro-

vechan los españoles deste salitre o jurao para dallo a los caballos, que los purga y engorda muy mucho; pero no se lo dan más de hasta ponellos en carnes, porque si los hacen a ello aflojan mucho y pierden parte del brío los caballos a quien de ordinario se acostumbra a dar, y también lavan con ello la ropa de lienzo, aunque se ha hallado por averiguado que a pocas veces que con él la lavan la quema y pudre y echa a perder.

En esta poblazón de Jamú se estuvieron los españoles descansando algunos días, donde no dejaron de dar alguna ocasión a los indios para que, aborreciendo su vecindad y amistad, desamparasen sus casas y poblazones y se fuesen a partes remotas con sus mujeres e hijos, lo cual sintió mucho el capitán Juan Rodríguez, porque quisiera desdeste pueblo o poblazones llevar trabada la paz por todo el valle arriba, que pretendía ir descubriendo, y así nunca más pudo atraer a sí los indios al efeto de no tener lenguas e intérpretes con quien hablarles, que fué harto daño y ruina para los propios naturales; y toda esta poblazón desdeste pueblo de Jamú hasta la Quebrada Sucia, ques toda una gente, y la más cercana a la laguna dicha, fué llamada la poblazón o pueblo de la Lagunilla, aunque cada barrio o poblazón tenía su nombre diferente.

CAPITULO VII

Cómo el capitán Juan Rodríguez se mudó adelante y pobló la cibdad de Mérida y envió a dar noticia dello y a pedir socorro al Audiencia del Nuevo Reino, y una guazabara que los indios de la Lagunilla le dieron

Con el alzamiento y rebelión destes indios de la Lagunilla pasó adelante Juan Rodríguez Juárez con su gente a otra poblazón más amplia y llena, que cae dentro de los límites que he señalado de la Lagunilla, donde se alojó, y desde allí el valle de arriba daba la tierra gran muestra de buena, aliende de otras muchas poblazones que de la otra banda del río en lugares altos y bajos se parecían, por lo cual tuvo gran deseo de poblar; y paresciéndole que no era cosa acertada fiarse de lo que su propria cogitación le representaba, porque para haberse de sustentar el pueblo que quería poblar era necessario que hobiese muy más copia de naturales que los que hasta allí se habían visto, porque le era notorio quel principal fundamento y sustento destes pueblos de indios son los naturales, que sustentan y proveen a los españoles de todo lo necessario, y por este justo respeto quiso enviar antes de poblar a Juan Esteban, el valle arriba, que llegase hasta el paraje de la pro-

pria Sierra Nevada y viése y considerase las poblaciones quen comarca della había, y si la tierra desde allí adelante daba demostración de ir poblada; porque a esta sazón Juan Rodríguez y los demás españoles estaban apartados del paraje de la Sierra Nevada cuasi hacia el Poniente poco más de cuatro leguas.

Juan Esteban salió con los compañeros que le fueron señalados, y pasando por algunos pueblos de indios subió algo más arriba del paraje de las Sierras Nevadas, y hallando por allí muchas poblaciones en las vertientes y riberas del propio río de Chama, y en quebradas y arroyos que a él bajaban, dió la vuelta el valle abajo, y atravesando con harto trabajo y riesgo suyo el río, que ya a esta sazón iba crecido, atravesó la propia cordillera de la Sierra Nevada por más abajo de donde está la nieve, y por allí dió vista y descubrió el valle de las Acequias, que llamó de Nuestra Señora, el cual, aunque muy doblado y áspero, era muy poblado de naturales, la mayor parte de los cuales y de sus poblaciones se vían y señoreaban desde el alto de donde el valle fué descubierto.

Bajó Juan Esteban a los primeros buhíos que más cercanos a sí tenían, y en ellos tomó alguna gente, y dió la vuelta adonde su capitán había quedado.

Los indios deste valle de Nuestra Señora de quien voy tratando, por causa de ser su tierra seca de pluvias y no tener a sus tiempos la abundancia de aguas que para sus labores han menester, enseñados de la sabia naturaleza y de su propia necesidad, se dieron desdel tiempo de sus mayores a abrir la tierra y a hacer por ella muy largas vías y acequias por donde el agua que muchos arroyos avarientamente llevan se despenda y reparta entre toda la tierra aquellos cultivan y labran. Y en esto han sido tan curiosos, que por partes bien ásperas y dificultosas y por peñas du-

ras abrían y hacían estos caminos y acequias, de suerte que pone admiración el mirar y considerar que gente tan bárbara y que carecen de herramientas y otros ingenios que para semejantes edificios son necesarios tuviesen hechas tantas y tan buenas acequias como tienen, las cuales fueron ocasión de que después los españoles, estando en este valle y hallándolo y viendo lo que he dicho, le llamasen el valle de las Acequias, y hasta agora no se ha hallado que todo este valle tenga nombre propio sino como poco ha dije cada barrio o pueblo de indios tiene su nombre y apellido.

Juan Esteban y los demás españoles, llegados que fueron adonde su capitán estaba, le dieron tan buenas nuevas de la tierra que habían visto, que cuasi no hallaban a quién compararla; y así le confirmaron en el propósito y opinión que tenía de poblar; y por su inducimiento se juntaron todos los soldados, y pidiéndole por escrito quera cosa necesaria al servicio de Dios y del rey que aquesta tierra se poblase despañoles, para que mediante el estar allí ellos fuesen los indios convertidos y traídos a la subjeción y dominio real, y otras cosas y circunstancias quen semejantes escritos se suelen aplicar, el capitán Juan Rodríguez, que, como he dicho, se lo tenía en gana, luego lo puso por obra, y en aquel proprio sitio dondestaba alojado, ques cuasi la última parte de la Lagunilla yendo hacia la Sierra Nevada, pobló un pueblo con sus cerimonias acostumbradas, al cual llamó la cibdad de Mérida, con aditamento de mudarla si le pareciese convenir; y luego nombró sus alcaldes y regidores y otros oficiales en quien consiste el nombre de república. Lo cual hecho celebraron la fundación de su pueblo con mucho regocijo, que fué por Todos Santos del año de cincuenta y ocho; y luego determinó Juan Rodríguez de dar aviso de lo que había hecho a la Real Audiencia,

so color de que, demás de haber sido forzado a ello, enviaba a pedir socorro y ayuda de más españoles, porque, por las muchas poblaciones y naturales quen aquella tierra había, no se podían seguramente sustentar los quen ella estaban poblados; y para significar esta necessidad y la groseedad y frigidad de la tierra, y dar a entender a los que no la habían visto quen descubrirla y poblarla había hecho muy señalado servicio al rey, tuvo modos y maneras cómo hacer a todos sus soldados quen las cartas quescibían a sus amigos y conocidos conformasen y no discrepasen en tratar de la bondad de la tierra y muchos naturales della; y así hobo entre sus soldados hombre que por contentarle escribió que, aunque había andado toda la Nueva España, le parecía que antes excedía y subrepujaba la tierra y provincia de Mérida a aquel muy felice reino y región que se le igualaba, y que de su parte pretendía haber de repartimiento más de quince mill indios, y en toda la provincia no había diez mill; y así cada cual pretendía escrebir estos y otros semejantes disparates por contentar y aplacer a su capitán, quen extremo era lisiado porque sus cosas fuesen sublimadas en más de lo quera justo. Diputó y señaló por mensajero a Juan Esteban, a quien por ser de su tierra y tenerle particular afición había hecho alcalde, y a Diego de Luna y Rodrigo del Río y a Juan Román, y con ellos escribió al Audiencia del Nuevo Reino las cosas que tengo referidas, que le fueron causa de más daño que provecho, como adelante diré.

Partiéronse estos cuatro mensajeros y con ellos otros veinte soldados para que los pasasen de la otra banda del río y los sacasen del peligro que tenían en las poblaciones que antes de pasar el río había. Y a este tiempo los indios de las poblaciones de la Lagunilla se juntaron, y con otra mucha cantidad de bárbaros que de pueblos comarcanos

coadunaron y convocaron vinieron de mano armada sobre el alojamiento y cibdad de Mérida a matar los españoles quen ella habían quedado; porque como estos bárbaros vieron dividir los españoles parecióles tiempo acomodado para haber entera vitoria; pero como ella sea gente laxativa y de poco brío en la guerra, por no ser hechos a ella, no fueron menester más españoles que los quen el pueblo se hallaron, que serían poco más de veinte y cinco, para debaratallos, de lo cual dió clara muestra lo que hicieron, que habiéndose sabido aprovechar de la ocasión que la fortuna les ofrescía en las manos, y para esto usado de un muy buen ardid, lo uno ni lo otro no bastó a recuperar la falta natural que de bríos tenían.

El acometimiento que hicieron fué que, después de juntos y determinados de dar en los españoles, se acercaron de noche sin ser sentidos al pueblo y alojamiento, dondestuvieron mirando lo que los nuestros hacían hasta que amanesció; y en esclareciendo el día se hicieron los que habían de hacer el primer acometimiento un círculo redondo, de suerte que tomaron en medio a los españoles; pero, como he dicho, la poca audacia destes bárbaros les fué freno para que de tropel no acometiesen cuando más descuidados y dormidos estaban los nuestros, hasta que por las rondas y velas fueron sentidos y vistos, y dado aviso al capitán y a los soldados, los cuales con la presteza que la necesidad lo requería se armaron y salieron al encuentro a los enemigos a tiempo que ya estaban por las puertas de sus casas; pero como las armas de los indios fuesen solamente macanas y los bríos los que he dicho, en hiriendo los primeros dellos comenzaron los demás a rendirse y retirarse y los nuestros a seguirles, sin que la multitud de los bárbaros que presentes tenían les impidiesen ni hiciesen resistencia ni aun les pusiesen ningún temor, y así en breve tiempo los esparcieron y ahuyentaron

bien lejos de sí, siguiendo el alcance ansí los hombres de a caballo como los de a pie, con que hicieron harto estrago en los indios, dejando por aquel campo muchos dellos muertos y mal heridos, con lo cual quedaron tan hostigados y amedrentados, que nunca más osaron hacer ningún acometimiento contra españoles.

CAPITULO VIII

Cómo Juan Rodríguez, por sí y por sus caudillos, se dió a hacer algunas correrías por la tierra, usando de alguna severidad con los indios, y cómo mudó el pueblo de Mérida más arriba de dondestaba, y de allí se fué a descubrir y ver la laguna de Maracaibo

Vueltos los soldados que habían ido al vado con los mensajeros que iban al Reino, luego Juan Rodríguez se dió a hacer correrías a unas y otras partes por su persona y por sus caudillos, a quien él ya tenía pervertidos a que fuesen imitadores de su crueldad; porque uno de los mayores defectos deste capitán tenía era ser cruel con los indios, y así no había soldado entre los que su compañía llevaba que no le imitase, por contentarle y aplacerle; porque daba a entender que lo principal de la soldadesca era la crueldad, y así paró en lo que paró, que fué morir a manos de indios, como adelante se dirá. Estaban en esta sazón todos los indios, con el temor de los españoles, recogidos en algunas partes escondidas y apartadas de la presencia de los nuestros, y no había indio que osase parecer ni llegar a vista del pueblo. Solamente de noche se acercaban a quitar el agua a los españoles, para que con la falta que de ella tendrían se fuesen de su tierra, porque toda la tierra de la Lagunilla es muy cálida

da y en ella no se da cosa alguna si no es de riego; y así el agua que habían de tener los españoles les había de venir por acequias para la provisión del pueblo. Los indios intentaron diversas veces este quitar del agua, quebrando y desbaratando la madre o principio de la acequia donde el agua se tomaba en el río y encaminaba al pueblo, por lo cual mandó algunas noches que se pusiesen soldados en lo alto en el propio lugar donde los indios solían acudir a quebrar la madre del agua, y que si viniesen los castigasen. Lo cual hicieron tan bien los soldados, que como llegasen los indios, como solían, a quebrar el agua, dieron en ellos y matando algunos los atravesaron en el río para que con sus propios cuerpos muertos hiciese presa el agua y fuese encaminada al pueblo, para con este abominable ejemplo de crueldad poner terror y castigo en los indios que otra vez acudiesen a desbaratar la madre o guía del agua.

Habiendo Juan Rodríguez andado y visto mucha parte de la tierra que por delante tenían, como fué subir por el valle arriba dondestaba, hasta sus propios nacimientos, y aun hasta dar vista al valle de Sancto Domingo, que de los propios páramos y cumbre nasce y, vertiendo o corriendo a los llanos de Venezuela, hace su declinación entre el Este y Nordeste, anduvo ansimesmo y vió el valle de las Acequias, que corre por la espalda de las Sierras Nevadas hasta juntarse sus aguas con las del río de Chama, y de allí subió sobre las cumbres que de la otra parte del propio valle había, desde donde vió el valle que llamó de Sancta Lucía, que después fué llamado de las Cruces, sin bajar ni entrar en él, y dando la vuelta sobre su pueblo y paresciéndole que no estaba en parte cómoda para participar de todas las poblaciones con menos trabajo de los españoles, acordó mudar el pueblo cuatro leguas más arriba de donde lo tenía y había poblado, que fué en una sabana

llana, alta, questá frontero de la propria Sierra Nevada.

Es esta sabana una mesa muy llana, cercada de tres ríos a manera de isla, que sin pasar agua no pueden salir della a ninguna parte, y aunquestá en la forma dicha, está la mesa tan alta, quen ninguna cosa le perjudican las aguas de los tres ríos, que son: por la parte dela sierra, el río principal, llamado Chama, y por la cabeza corre otro río que, nasciendo hacia la parte del Norte, se junta por la frente de arriba con el proprio río de Chama, y por aquí es la barranca de la mesa muy alta, más de cien estados; y por la otra parte la va ciñendo otro río ques llamado de los españoles Albarregas, que nasce en unos páramos que confrontan con las Sierras Nevadas, y ciñendo, como he dicho, por aquel lado la mesa, la va cortando y haciendo de muy altas barrancas, hasta que, después de haber pasado por la otra frente de la parte de abajo, se junta con el río de Chama, y después de haber fortificado estos ríos, en la manera dicha, la sabana y mesa donde Mérida está poblado, se van juntando la vía de la laguna de Maracaibo con otra infinidad de aguas que de aquí para abajo se le juntan a la parte de abajo desta sabana. Mudó Juan Rodríguez su pueblo en aquel lugar ques dicho la Ranchería Vieja, en unos buhíos de indios que allí había poblados; porque, demás de las causas dichas, le parecía el lugar muy fuerte y de gran ventaja para si los indios le acometiesen estando la gente dividida. El temple deste sitio es más caliente que frío, y algo enfermo por estar en lo íntimo y más bajo de la sabana y mesa, donde no gozaban por entero de la frescura de los aires quen lo alto de las sierras y páramos corren, que son muy sanos; y ansí este lugar y sitio era muy abochornado y de muchos mosquitos, que daban gran pesadumbre a los soldados. En él hicieron los españoles

sus casas, aunque fuera de la traza del pueblo, sino en ranchería, porque la falta de los indios que no les servían no daba lugar a más, aunque ya los tenían encomendados; porque Juan Rodríguez, como los iba descubriendo, los iba encomendando de su propia autoridad, sin tener comisión para ello, que le hizo después en su residencia mucho daño, y dado asiento en las cosas del pueblo y desta su segunda traslación, acordó Juan Rodríguez ir a dar vista y descubrir la laguna de Maracaibo, y tomando consigo treinta hombres y dejando los demás en custodia del pueblo, se fué por la vía de la laguna, pasando por la Lagunilla y sus poblazones y por el pueblo que llamaron de la Sabana, por donde bajó a los llanos y fué a dar al pueblo de Chama, cuyos moradores halló huídos y alzados, en lo cual gastó algunos días y se holgó de las buenas muestras que de sal y oro halló en aquella tierra.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo a pedimento del fiscal fué proveído el capitán Maldonado que fuese a prender a Juan Rodríguez, y lo que le subcedió hasta ser preso Juan Rodríguez Juárez

Pocos días después quel capitán Juan Rodríguez salió de la cibdad de Pamplona con sus soldados en demanda de Sierras Nevadas, tuvo noticia el Audiencia Real de su salida y de cómo, so color de ir a buscar minas, iba a poblar y había prometido muchos repartimientos de indios a los que con él iban, de lo cual y otras cosas le acusó el fiscal, que a la sazón era el licenciado García de Valverde, pidiendo que se enviase tras dél una persona que lo prendiese, lo cual con facilidad proveyeron los oidores, y para el efeto nombraron al capitán Juan Maldonado, vecino de Pamplona, procurándolo y deseándolo el proprio Maldonado por las emulaciones y discordias pasadas quentre los dos había habido.

Dióse la provisión dello al capitán Maldonado, con la cual juntó hasta ochenta hombres, más con designio de ir él también a buscar tierra para poblar que de seguir las pisadas y vestigios de Juan Rodríguez y de los suyos; pero todo esto fué resfriado por la arrogancia del capitán Juan Rodríguez y de los suyos; porque como en tiempo que Juan Maldonado estaba para salir de Pamplona con sus soldados y tomar otra derrota llegasen los

mensajeros de Juan Rodríguez y representasen muchas cosas de la tierra que habían descubierto y de su felicidad, tomó a muchos soldados de los de Juan Maldonado codicia de ir donde Juan Rodríguez estaba, especialmente que les parecía que una tierra donde figuraban haber tanta cantidad de naturales les parecía y con justa razón y causa que no podía dejar de haber indios para los demás soldados que estaban de camino; y así persuadieron a su capitán Maldonado que caminase y fuese donde Juan Rodríguez estaba, el cual determinó hacerlo.

Algunos amigos de Juan Rodríguez, sabiendo la enemistad que entre él y Maldonado había, procuraron impedir y estorbar la ida de Maldonado a Mérida, porque les parecía que dello no podía resultar ningún bien, porque conocían la contumacia del uno y la soberbia del otro, que, como he dicho, Juan Rodríguez era hombre de grande elación y arrogancia, y Juan Maldonado era hombre muy vindicativo y contumaz y que por salir con lo que pretendiese había de hacer todo lo que pudiese; pero todo les aprovechó poco, porque aunque lo pidieron y significaron, en el Audiencia mandaron que se efetuase lo mandado con el menos escándalo que pudiese ser.

Partióse Maldonado con sus ochenta compañeros, todos o los más dellos gente muy lucida y de mucha estimación y valor, así por el linaje de sus personas como por sus propias obras y hechos; los cuales llevaban por su cura y vicario a Antón de Escámez, clérigo natural de Mula, que ansimesmo había entrado con el adelantado Jiménez de Quesada en el primer descubrimiento del Nuevo Reino. Allí trabajó como clérigo y soldado valerosamente, y llevando Maldonado por guía a Rodrigo del Río, soldado de los que Juan Rodríguez había enviado a pedir socoro, fué sin mudar derrota hasta entrar en el propio pueblo de Mé-

rida, sin subcederle en el camino cosa notable más de haber tenido alguna turbación en el río de los Bailadores; porque como el arcabuco fuese tan cerrado y el río tan estrecho, casi la guía no hallaba los vestigios y pasos por donde las otras veces había andado, y presumiendo Maldonado y algunos de los suyos que de industria la guía los había echado fuera de camino, estuvo algo turbado y airado y tuvo mala sospecha de que a Juan Rodríguez se le hobiese dado aviso de su ida y estuviese puesto en defensa. Mas como Rodrigo del Río, caminando a una y a otra parte del río, hallase las cortaduras viejas de la vía que Juan Rodríguez había llevado, y por ellas metiese a Maldonado y a sus soldados, perdióse toda la sospecha que contra él había, pero con todo esto no dejó dende en adelante de caminar el capitán Maldonado con mucho concierto y cuidado, como si cada hora hobiera de verse con los enemigos. Pero de que, como he dicho, llegó al pueblo de Mérida y lo halló tan sosegado, y a Juan Rodríguez fuera dél, que había ido al descubrimiento de la laguna de Maracaibo, de que poco ha dije, holgóse muy mucho, porque le parecía quera coyuntura ésta de no haber ninguna discordia, a lo menos pelea, entre los dos, a lo cual le ayudó mucho que de los soldados que Juan Rodríguez había dejado en su pueblo y Juan Maldonado había hallado en él le dieron noticia de muchas cosas subcedidas en la tierra, con que daban a entender estar mal con su capitán y no desearle bien ninguno, y haberles venido nuevo remedio y resgate; porque como Juan Rodríguez era hombre severo y soberbio, trataba a los soldados con demasiada arrogancia, y ansí era dellos muy aborrescido, y habían querido poco tiempo antes algunos soldados dejarlo y desampararlo y volverse al Reino donde habían salido.

El capitán Maldonado, como supo por extenso dónde Juan Rodríguez había ido, y el camino que

había llevado y el que había de traer, luego en lugar conveniente puso sus guardas y espías y atalayas, unos para que mirasen no se le diese mandado ni aviso a Juan Rodríguez, y otros para que tuviesen cuenta con su venida y le diesen a él noticia della, para que con menos tumulto se efetuase lo que el Audiencia mandaba. Y tomando en sí la jurisdicción de toda la tierra hizo cesar la administración de los alcaldes y justicias que Juan Rodríguez había puesto, quen esta sazón lo era Juan Andrés Varela; y así dende en adelante no consintió que se llamase la cibdad de Mérida, sinó la ranchería de las Sierras Nevadas.

Dende a pocos días Juan Rodríguez Juárez vino de la laguna, y acercándose a su pueblo fué visto de los espías de Maldonado, los cuales luego dieron aviso de cómo habían visto venir gente hacia el pueblo, pero que no habían conocido si eran indios o españoles; pero como con su apresurado caminar se fuesen acercando a las espías, fueron claramente conocidos Juan Rodríguez y los que le acompañaban, queran otros tres o cuatro soldados españoles. Y habíase hecho dudar a las atalayas en esto, porque no vían venir toda la gente de Juan Rodríguez junta; porque como al tiempo que Juan Rodríguez entró en el camino real vió rastro de caballos que poco tiempo antes habían pasado por él, estando dubdoso y sospechoso de lo que podía ser, tomó consigo los compañeros que he dicho, y caminando apresuradamente se acercó y vino al pueblo de Mérida y a vista dél muy noche, y como vió quen el pueblo había más bullicio de gente que la que había dejado, por las muchas lumbres que se parecían, que daba muestras de ser de indios, como en la verdad lo eran, estuvo perplejo y tuvo sospecha de que indios no hobiesen desbaratado y muerto los soldados que él allí había dejado; porque los soldados que con Maldonado habían ido habían llevado mucha cantidad de indios chontales de

Pamplona que les llevaban las cargas, y éstos estaban alojados fuera del pueblo, donde tenían de noche grandes bailes y lumbres, y habían causado la sospecha dicha en Juan Rodríguez.

Después quel capitán Maldonado fué certificado de cómo Juan Rodríguez era el que se iba acercando al pueblo, puso en orden sus soldados para que no le hallase descuidado; y como ya muy noche le dijesen que venía cerca del pueblo, salió él con algunos de sus amigos, y como el Juan Rodríguez no traía voluntad de alterarse ni amotinarse, aunque poco antes que llegase al pueblo fué certificado de lo que pasaba y de cómo le venían a prender, había dejado la rodela y dado muestras de querer obedecer lo que los superiores mandaban. La resolución deste negocio fué quel propio Juan Rodríguez se metió entre la gente y soldados que con Maldonado estaban, diciendo qué él estaba presto de obedecer lo que le era mandado por la Real Audiencia, y dando las armas a los que con él venían, se entregó y dejó prender del capitán Maldonado y de los que con él estaban. Pero esta prisión no fué tan pacíficamente hecha ni tan sin tumulto como pudiera ser, porque como Luis Sánchez, hombre sedicioso, y otros de su propia profesión quisiesen, aprovechándose desta ocasión, tomar venganza de ciertos sinsabores y agravios quel capitán Juan Rodríguez les había hecho, allegábase al capitán Juan Rodríguez, diciéndole palabras con cólera desmesurada y mal criada, dando a entender que le querían y pretendían ofender; lo cual visto y entendido por el capitán Maldonado y por Pero Bravo de Molina, hombre entre los otros tenido por principal y de quien se hacía mucho caso, les quitaron las armas a estos quejosos y los aprisionaron en sus posadas, y al capitán Juan Rodríguez lo llevaron preso a su propia casa, y allí honrosamente le pusieron la custodia y guardia quera menester de hombres leales y fieles.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado envió preso al capitán Juan Rodríguez Juárez a la Audiencia, y él por una parte y Pero Bravo de Molina por otra salieron con gente a descubrir lo quen la provincia había

Había el capitán Maldonado tenido propósito de confederarse con Juan Rodríguez y que ambos juntos prosiguiesen la jornada y se aprovecharen, a lo cual no dieron lugar algunos soldados, ansí de los de Juan Rodríguez como de los de Maldonado, que por todas las vías que pudieron encendieron el odio y enemistad entre los dos y los indignaron de suerte que ni el uno quiso usar de clemencia ni el otro aprovecharse della, antes hallando el capitán Maldonado aparejo en los propios soldados de Juan Rodríguez que se le ofrescían a declarar todo lo que había pasado, hizo informaciones bien rigurosas de las muertes y otros malos tratamientos quen la provincia se habían hecho, y con ellas envió preso al capitán Juan Rodríguez a la cibdad de Sancta Fee, y quedándose él con toda la gente, determinó de ir a enviar a descubrir lo quen la provincia había.

Pero Bravo de Molina salió por su mandato con

cuarenta hombres la vía del valle de las Acequias, y el mismo capitán con otros cincuenta caminó el valle arriba hacia el valle de Sancto Domingo a ver lo quen aquel valle había; porque aunque antes fué descubierto por Juan Rodríguez Juárez, no entraron en él más de parescerles desde lo alto tierra poblada y escombrada.

Estuvo el capitán Maldonado alojado algunos días con los que consigo llevaba en una poblazón de indios que Juan Rodríguez había dado a Juan de Morales, que después le confirmó el Audiencia, y de allí envió a Bartolomé Maldonado con gente que, atravesando la cordillera de la Sierra Nevada más arriba, viesen lo que de la otra banda había. Caminaron algunos días por aquel paraje y páramo, quera bien ancho y despoblado, y en acabándolo de pasar dieron vista a los llanos de Venezuela, mas no para que reconociesen ser ellos, antes se les figuró un valle de gran felicidad y prosperidad, por el cual entendían haberles Dios puesto en las manos otra tierra de más estimación quel Pirú y la Nueva España; y dando por aquella parte las Sierras señal de no poderse bajar por ellas a causa de ser muy derechas y empinadas y llenas de montaña, dieron la vuelta adonde el capitán Maldonado había quedado con mucha alegría y contento, del cual dieron grandes muestras al tiempo que desde lo alto de una loma descubrieron el alojamiento dondel capitán estaba. Fué con la nueva questos descubridores trujeron promovida toda la gente a gran contento y alegría; porque según la representación que del valle hacían, de más felicidad se juzgaban que los descubridores del Pirú y Nueva España, como poco ha dije.

El capitán Maldonado se informó de la manera quel valle corría, y diéronle por nueva cierta que daba la vuelta sobre el valle de Sancto Domingo, por lo cual y por la dificultad dicha que para entrar en el valle por aquella parte había caminó

luego el capitán con toda la gente y se metió en el valle de Sancto Domingo, el cual halló poblado de gente desnuda y de cabello corto, pero muy crecida y versuta; y después de haber visto lo que aquel valle había, quera bien poco, a causa de enangostarse luego e ir desde la quebrada de los Carboneros abajo muy estrecho el río y de pocas poblaciones, acordó hacer asiento y enviar a descubrir el río abajo camino para el valle que Bartolomé Maldonado había descubierto. Envió en la demanda a Alonso Pueyes de Esperanza con cierta gente, el cual, siguiendo la vía que mejor le pareció, fué a dar a los llanos de Venezuela, quera lo que desde los páramos de atrás habían visto Bartolomé Maldonado y los que con él habían ido. Topó al principio de los llanos Esperanza algunos indios, aunque pocos, que, so color de paz y amistad, se le atrevieron y desvergonzaron a hacer daño en algunos indios ladinos de los que consigo llevaban, y viendo el poco provecho que daquela tierra tan mala se podía sacar, dió la vuelta por el propio camino que había llevado adonde el capitán había quedado, con menos alegría de la que al principio pensaba; porque el valle donde tantas prosperidades esperaban haber se les convirtió en la más pésima y mala tierra que hay en las Indias, que son estos llanos de Venezuela, de quien en otra parte trataremos largo.

El caudillo Pero Bravo casi corrió la misma fortuna que su capitán; porque después qué l atravesó el valle de las Acequias, fué a dar al valle de Sancta Lucía, al cual llamaron después el valle de las Cruces por la causa que adelante se dirá. Y caminando el valle abajo fué encaminado por antiguas sendas de los indios al valle de Aricagua, cuyos naturales estaban muy descuidados de la ida destes españoles a su tierra, porque entrellos no había ninguna alteración de tener tan cerca los enemigos. Bravo se asomó desde una cuchilla ques-

tá sobre los pueblos de Muchachi, desde donde vió que lo que alcanzaba a señorear con la vista deste valle era un poblado de muchos buhíos, y que los naturales y sus mujeres y hijos se estaban en las puertas de sus casas. Estuvo dudoso Pero Bravo en si daría en los pueblos que más cercanos tenía; y aunque por algunos soldados fué persuadido a ello, no lo quiso hacer, a causa de que no llevaban caballos, y si la gente era bellicosa y le herían algunos soldados, no tendría con qué cargar los enfermos; y, demás desto, no se excusaba para evadirse de los indios que no los siguiesen de usar de alguna severidad con ellos; y así sin descubrirse ni dar muestra a los indios de su llegada allí se volvió a la ranchería de Sierras Nevadas o cibdad de Mérida, donde habían quedado algunos soldados en guarda del pueblo y ganado y otras cosas que allí tenían, y con ellos el comendador Martín López, de la Orden de San Juan, por teniente y sustituto del capitán Maldonado.

Entendió Bravo y los que con él habían ido que el principio desta poblazón que habían visto se extendía y amplificaba por mucha tierra; y, en la verdad, si como hizo el principio de la desmostración y aún como estaba poblado todo el valle de Coricagua estuvieran las otras tierras que junto a él había comarcanas, sin duda era un muy buen pedazo de tierra y de muchos naturales; y así de parecer de todos los que con él habían ido fué concertado Bravo a enviar mensajeros al capitán Maldonado para que, dejando de seguir la derrota que llevaba, volviese con toda la gente a entrar y seguir la poblazón quél había descubierto. Los que a este efeto fueron alcanzaron al capitán Maldonado en el valle de Corpus Christi, que del valle de Sancto Domingo teniéndose a la mano siniestra se subió al Pueblo Llano, llamado así de los españoles por la llaneza y bondad de su sitio, y atravesando unos páramos quentre los dos valles había

fué a dar al fuerte Grande, que hoy es términos de la cibdad de Trujillos, de la gobernación de Venezuela, en el cual fuerte le alcanzó la voz y nueva del recaudo que Pero Bravo le enviaba, y sin pasar de allí se volvió atrás con la gente que consigo tenía y se fué derecho a la ranchería sin haber en todo el tiempo que había andado descubriendo tenido ni habido ninguna refriega ni guazabara con los indios, antes le habían salido de paz en el valle de Sancto Domingo los indios que fueron llamados Carboneros, a causa de salir a los españoles todos tiznados los rostros y cuerpos y en la cintura atados muchos calabazos, con que bailando y meneándose hacían muy grande estruendo.

En el páramo deste valle de Sancto Domingo subcedió una cosa muy de notar, y por parecerme tal la quise escrebir aquí. Dos soldados, hombres de bien y de fee y crédito, llamados Juan del Rincón y Juan de Maya, subieron a lo alto del páramo a cazar o matar venados con los arcabuces, donde después de algo cansados del camino que habían llevado se les puso delante una cierva a tiro de arcabuz y aun a tiro de ballesta, y tan cerca, que claramente vían dar las pelotas en ella; y aunque le dieron muchos arcabucazos, no sólo no la mataron, pero ni aun parecía haberle herido, antes por momentos se les hacía invisible y visible, donde los soldados vinieron a conjeturar no ser aquella cierva sino algún maligno espíritu que, transformado en la figura de aquel animal, se les había puesto delante; y estando ellos en esta confusión y consideración, oyeron dar grandes voces desde lo alto de un cerro que cerca de sí tenían, quen lengua española o castellana llamaban a estos dos españoles por sus nombres, y cobrando doblado espanto de oír las voces desde un lugar quera imposible entonces haber subido españoles a él, dejaron la caza y espantados y admirados de lo que habían visto y oído se volvieron adonde su capitán

estaba alojado, y procuraron inquirir y saber si aquel día había algún español andado de aquella parte donde habían oído las voces; pero ningún rastro dello hallaron, lo que de todo punto les hizo creer andar algún espíritu maligno por aquellos páramos y desiertos.

CAPITULO XI.

En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado con la más de la gente fué al valle y desiertos de Aricagua, y estuvo en él cierto tiempo, después del cual, por no hallar los naturales que quisiera, se volvió a Mérida; y de cómo el comendador Martín López mudó el pueblo una legua más arriba de dondestaba

Después quel capitán Maldonado se vió con toda la gente junta, que serían ciento y diez hombres, y fué certificado del principio de la buena tierra que Bravo había visto, tomó consigo ochenta hombres de a pie y de a caballo y, dejando la demás gente en la ranchería con el comendador Martín López, siguió la vía que Bravo le dijo que había de seguir para ir a Aricagua, que ansí es llamado aquel valle por sus propios naturales, y al tiempo quentró en el valle de Sancta Lucía halló que todos los naturales se habían ausentado y, dejando sus puertas cerradas, tenían en ellas puestas cruces muy bien hechas y formadas, de dondeste proprio valle tomó el apellido del valle de las Cruces, las cuales los indios no las ponían porque antes que los españoles entrasen en sus tierras las tuviesen ni usasen dellas, mas porquel capitán Maldonado tenía por costumbre de a todos los indios que se tomaban por los españoles soltarlos y darles una cruz en la mano, por lo cual conosciesen

cualquier español o indio ladino quel que la cruz llevaba lo enviaba el capitán y no le habían de tocar ni hacer mal ni daño; y como los indios deste valle o algunos dellos conocieron el respeto que se les tenía por causa de llevar consigo la cruz en la mano, quisieron que a sus casas se les tuviese el mesmo respeto y miramiento. Y aunquello era ansí muy justo que se hiciese, los soldados no quisieron tener esta consideración, mas lo que hallaron en los buhíos y casas de los indios eso llevaron o tomaron. Y deste valle de las Cruces caminó el capitán Maldonado con su gente hasta llegar al valle de Aricagua y poblazones de Muchachi, cuyos naturales, teniendo ya aviso de la ida de los españoles, estaban esperándolos con las armas en las manos.

Maldonado, después que llegó a vista de los buhíos, hizo armar su gente, y bajando a ellos con buen concierto y orden, los unos arremetieron a los otros sin ningún temor; porque los indios, como jamás habían visto españoles ni tenido guerra con ellos, no conocían su ímpetu y ferocidad, ni lo conocieron hasta que se vieron lastimados y descalabrados; y aunque con buen brío procuraban emplear sus flechas, no hacían con ellas daño ninguno a los nuestros, por ir todos amparados de los escudos y sayos de armas que llevaban. Y era tanto el coraje destes bárbaros y su fuerza, que yendo Guillermo de Vergara, sobre un buen caballo que tenía, en seguimiento y alcance de algunos indios que iban pasando el río deste valle, que caudaloso, se volvió un indio a él, y después de estar herido de una lanzada se abrazó con las manos del caballo de suerte que lo hizo caer en el agua, y si no fueran socorridos, allí perescieran el caballo y el jinete. El fin desta guazabara fué que los indios fueron ahuyentados con pérdida de muchos dellos quen el conflicto de la guazabara perescieron y fueron muertos, y en los nuestros solamente se

rescibió de daño un caballo que los indios mataron a Martín de Rojas con un dardo que le atravesaron por bajo las faldas del propio caballo. Y con esto quedaron tan quebrantados los indios, que nunca más osaron acometer a los nuestros ni salir a ellos de paz ni de guerra.

Y después de haber allanado Maldonado estas cosas prosiguieron su descubrimiento el valle abajo de Aricagua, y a pocas leguas se le ensangostó y cerró de suerte que no pudo pasar adelante, ni aun había poblaciones de quien se hiciese mucho caso; y aunque procuró dar vista desde los altos que de la una y otra parte del río había, no pudo descubrir ni ver poblaciones de la calidad y condición que eran las del valle, sino algunos buhíos y lugarejos tan raros que resfriaba y quitaba a los españoles la cobdicia de llegar a ellos. Volvióse a la población de Muchasi con toda la gente, y de allí vió y descubrió los nascimientos de aquel valle y río que estaban bien cerca y bien poblados, sino que eran pocos, por lo cual el capitán Maldonado quiso enviar a descubrir a lo largo hacia la parte del Sur que de cara tenía; pero hallando alguna tibieza en los soldados o en algunos dellos para hacer lo que pretendía, quera enviarlos a descubrir las tierras que hacia la parte del Sur tenían, le fué necesario usar más de maña que de fuerza. Cabalgó un día en su caballo y dijo que quería salir a cierto cerro alto que hacia aquella parte parecía, que con sus armas le siguiesen los que quisiesen. Muchos soldados, que deseaban y pretendían ganarle la voluntad, se fueron tras dél con el aparato que pudieron, que fué bien poco; y después que lo alto con todo se vió, envió a los que le pareció que fuesen a ver y descubrir, lo cual quería y pretendía; y dándoles por caudillo a Alonso de Esperanza se volvió al alojamiento.

Los soldados, como vieron que tan desapercibidos los enviaba fuera, comenzaron a murmurar del

capitán y de su severidad y a indignarse ásperamente contra él; pero no por estas causas dejaron de proseguir y hacer lo que les había sido mandado; y pasando por cierta poblazón de indios llamada Guacamama, atravesaron un alto páramo que por allí se hacía, y desde lo alto dél descubrieron el valle que llamaron de la Ascensión, por haberse descubierto cerca desta fiesta. Y comenzando a bajar y entrar en el valle, vieron cierta poblazón de indios que hoy es llamada de los Valientes, y reconocieron no haber sido vistos ni sentidos de los naturales, por lo cual les pareció al caudillo y a los soldados que para evitar algún daño y muertes, que debían esperar a la madrugada siguiente, para que, tomando a los indios en sus casas descuidados, no tuviesen lugar de venir a las manos. Pero esto fué para más daño de los unos y de los otros; porque como la gente de aquella poblazón fuese muy bellicosa y acostumbrada a guerrear con sus comarcanos, dormían muy sobre el aviso y tenían sus casas fortificadas con troneras y saeteras, de suerte que no fácilmente les podían entrar; y así al tiempo que los españoles, antes que amaneciese, se acercaron a los buhíos de los indios y quisieron entrar en ellos, fueron con gran pres-teza rebatidos y apartados con las lanzas y flechas que de dentro de sus casas tiraban, de tal suerte quen breve tiempo hirieron, tirando a tientto donde oían hablar, algunos soldados, y ni bastaba a retirarse y darles lugar a que saliesen, ni enviarles dentro algunas personas de las propias naturales que allí se habían tomado, antes con una bárbara y necia determinación, creyendo questaban cercados de sus contrarios los indios comarcanos, de su propia voluntad, así varones como mujeres, se ahorcaban de las varas y cimbreras de sus buhíos; e hizo más miserable su suerte el incendio que de unos ranchos se pegó en las casas principales, donde la más gente estaba recogida,

sin que los españoles lo pudiesen remediar, porque estándose los indios dentro con su loca obstinación se dejaban abrasar y quemar de su voluntad en el fuego, y si no eran algunas pequeñas criaturas y muchachos que, deseando vivir, no querían imitar la abominación de sus padres y se salieron de los buhíos y se metían entre los españoles, todos los demás perecieron cuasi de su propia voluntad. Y después de amanescido se vió claramente el daño que los propios indios con sus propias manos se habían hecho.

Dió muestras del gran ánimo y brío destes bárbaros un indio que, viniéndose descuidadamente hacia donde los españoles estaban, salió a él Jorge de Alvear, buen soldado, que después fué fraile de Sancto Domingo, con el cual el indio peleó tan briosamente con una larga macana que traía, que si no fuera socorrido Alvear de otros soldados, allí peresciera a manos del bárbaro, que amagándole con la macana a la cabeza hizo el golpe en las piernas y dió con el soldado en el suelo; pero, como he dicho, con ayuda de otros soldados escapó con la vida.

Los españoles que del rebate de la madrugada salieron heridos salieron tan fatigados de las heridas, que creyeron estar tocados con hierba ponzoñosa, por lo cual no pudo ni le pareció al caudillo pasar adelante con su descubrimiento, y así dió la vuelta a Aricagua, donde el capitán había quedado, llevando con harto trabajo los que más mal heridos estaban, cargados en sus propios hombros; pero con todo desde lo alto del páramo vieron claramente ser aquella tierra de raras poblaciones, aunque bien largas.

El capitán Maldonado, visto el mal subceso de los soldados y la nueva que de la tierra le traían, quera de poca utilidad, dió la vuelta con toda la gente a Mérida con designio de volver a proseguir su descubrimiento al valle de Sancto Domin-

go. El comendador Martín López, quen la ranchería había quedado por justicia y teniente de Maldonado, dejádoselo así mandado el propio capitán, por parescerle cosa necessaria a la salud común de los españoles e indios, mudó la ranchería y pueblo a la parte más alta y superior de la mesa y sabana dondestaban alojados, fronteros de la propia Sierra Nevada, en parte muy acomodada y de mejor temple que donde la había asentado el capitán Juan Rodríguez, y en este propio sitio donde Martín López mudó la ranchería está al presente poblada y edificada la cibdad de Mérida, y el sitio de abajo donde Juan Rodríguez la puso segunda vez es llamado de los españoles la Ranchería Vieja, y el sitio primero donde fué poblada en la Lagunilla es llamado el Realejo, quen este último sitio halló el capitán Maldonado a los españoles cuando volvió del valle de Aricagua.

CAPITULO XII

En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado salió de Mérida con cincuenta hombres el valle de Chama arriba, y desbaratando un fuerte de indios quen el camino había, descubrió el valle de la Sal, y de allí vió la laguna de Maracaibo, a la cual envió un caudillo con gente

Pasados pocos días que la gente había ya descansado en este último alojamiento, quentonces llamaban la ranhería de San Juan de las Nieves, porque la de antes se había llamado por Maldonado la ranhería de Sierras Nevadas, el capitán salió con pocos más de cincuenta hombres y caminó el valle arriba, donden los indios que llamaron de Morales halló que los naturales sobrel proprio camino a la mano siniestra habían en una muy alta cuchilla hecho un fuerte en el cual se habían recogido, para de allí ofender y saltear a los que pasasen. La fortificación deste fuerte era que, demás de la aspereza y empinamiento y mucha altura con que la naturaleza había fortalecido aquel sitio, lo habían los indios por algunas partes cortado con agua y hecho en él muy hondas cavas, de suerte que por las partes que desde lejos parecía estar entero y acomodado para entrar estaba más dificultoso y trabajoso, y por quetos bárbaros no hiciesen el daño que podían y fuesen destrucción y ruina de los caminantes, determi-

nó Maldonado no pasar de allí hasta descomponerlo y debaratarlo y echar los indios de lugar tan peligroso para los españoles. Y haciéndoles ante todas cosas sus requerimientos, y viendo que los indios estaban obstinados en defenderse y no dar la paz, repartió los soldados para que por dos partes asaltasen y acometiesen el fuerte; la mitad, tomando un pequeño rodeo, se pusieron en el lugar más alto del donde los indios estaban, y la otra parte de los soldados tomaron una derecha subida algo provechosa, porque por ella no les podían ofender las piedras grandes y galgas que los indios contra ellos echasen a rodar.

Fué tanta la turbación de los bárbaros de verse cercados de todas partes y que con tanta osadía se les llegaban los españoles, que, como gente que de todo punto tenían perdido el vigor y brío, ninguna resistencia hicieron de la que muy a su salvo pudieran hacer en muy dificultosísimos pasos, con que no sólo rebatieran los españoles, mas los pudieran despeñar por muy hondos despeñaderos, donde se hicieran pedazos. Los nuestros, aprovechándose con presteza de la ocasión, no fueron punto perezosos, mas encaramándose y trepando los más sueltos y ligeros por donde podían, asegurándoles la subida los arcabuceros desde afuera, en breve espacio fueron todos dentro del propio fuerte, donde hallaron que los indios, espantados de ver dentro de su alojamiento los españoles, se escondían en partes muy lóbregas y oscuras y mataban las lumbres que dentro en sus casas tenían para no ser vistos de los nuestros, sin osar de menear armas contra ellos, y así no hobo en este lugar ningún derramamiento de sangre.

Deste fuerte pasó el capitán Maldonado adelante con su gente, y subiendo el valle arriba dejó la vía y camino del páramo y valle de Sancto Domingo, questá a mano derecha, y teniéndose a la izquierda se metió por una muy angosta quebrada,

que a la entrada la estrechaban dos cerros de peña muy altos, y caminando por ella, quera todo páramo muy frigidísimo, atravesó su cumbre, quedaba toda cubierta de nieve y de muchos hielos que sobre la tierra estaban cuajados, y subiendo una pequeña senda que sobre la mano derecha desta culata de la quebrada subía a lo alto della, se derribó por el propio camino a un valle muy frío que sobre la laguna de Maracaibo se hacía, que llamaron el valle de la Sal, a causa de que muchos naturales de aquel valle salían de paz a Maldonado y le traían de presente ciertas cargas de sal, quen aquellas partes son llamados adoretos. Había también en este valle cierto fuerte como el de atrás, que los indios tenían hecho, pero no curaron usar dél, antes se estuvieron en sus casas pacíficos.

Desde el lugar donde en este valle se alojó Maldonado vió la laguna de Maracaibo, que le pareció tenerla muy cerca, y deseando que por allí se descubriese parte y se viesen los naturales quen sus riberas había poblados, envió a ellos a Alonso Puelles de Esperanza con treinta hombres, que caminando tres o cuatro días nunca pudo llegar a las propias riberas, ni gozó de la vista de aquel ancho lago, porque como, siguiendo el más ancho camino que halló, fuese a dar a la tierra más baja que la laguna tiene junto a sí, hallóla toda anegada, de suerte que le fué necesario caminar por algunos esteros de agua, con harto trabajo suyo y de los que con él iban; pero como últimamente se quisiese, con deseo de no volver sin llevar claridad de lo que se le había encargado, meter por un muy cenagoso y hondable estero quentraba en la propia laguna, fuéle contradicho por algunos soldados, que les parecía cosa terrible y temeraria querer caminar por un lago que, demás de llevar el agua por los pechos, llevaban el cieno a las rodillas, y con dificultad podían moverse ade-

lante. El caudillo, entendiendo el murmullo de los soldados, volvióse a ellos, porque no iba de los traseros, y díjoles que los que se quisiesen volver a descansar a ciertas labranzas que poco atrás habían quedado lo hiciesen, y los que le quisiesen seguir le siguiesen, porque no pensaba volver atrás sin ver la laguna. Algunos soldados, como le vieron tan obstinado en esta honrosa aunque temeraria determinación, le siguieron, y otros que claramente vían y consideraban el peligro en questaban, se salieron del estero y se volvieron a las labranzas; porque, demás de lo dicho, vían que tenían presente una guía que de la propia tierra llevaban, y les decía por señas que se entendían que no había para qué pasar de allí, porque cuanto más entrasen dentro más les habría de cubrir el agua.

Esperanza, no dándose nada por estas cosas, pasó adelante con hasta quince hombres que le siguieron, que ya todos iban llenos de cieno y mojados, que cuasi no llevaban cosa de que poderse aprovechar para su defensa; porque los arcabuces y rodelas, queran de cuero, y las armas, queran de algodón, todo iba muy bañado en el agua. Pero todos estos designios y brio de Esperanza fueron atajados y frustrados bien presto con daño suyo, porque como siguiese el camino por dentro del agua, halló que le estaban esperando puestas en celadas muchas canoas de indios que pretendían matallos y dar cabo dellos. Descubrióse desde algo lejos la celada de las canoas, por donde los nuestros tuvieron lugar de arrimarse a tierra a guarecerse tras los árboles de las flechas que los indios les tiraban, porque ya no tenían rodela que para este efeto prestase, y esto no lo hicieron con tanta presteza que no le hiriesen tres o cuatro soldados muy mal heridos, y ciertamente le hicieran mucho más daño y los hirieran los indios con obstinación si un perro de ayuda que llevaban no hiciera un

lance bueno y admirable. Porque una canoa algo pequeña, en que venían ciertos indios, y entrellos dos muy emplumajados y señalados, se llegase y acercase a tierra cuanto pudieron los dos principales a arrojar a los nuestros unos dardos quen las manos traían, fué soltado el perro contra ellos, el cual arrojándose al agua con gran ímpetu, fué nadando hasta llegar al bordo de la canoa, a la cual se abalanzó, y asiendo con la boca de las piernas del uno de los dos indios, que debía de ser principal, lo derribó en el agua, y apoderándose en él como en cosa que ya tenía rendida, sin matarlo lo trajo vivo a poder de los españoles. Las otras canoas, espantadas de ver lo que aquel animal había hecho, sin curar de seguir más a los nuestros se retiraron e hicieron atrás, temiendo no les subcediese lo mesmo. Los españoles, visto que los indios les daban lugar, porque hasta entonces ninguna ofensa les habían hecho, más siempre habían procurado guardar su persona con el amparo de los árboles, que todo era montaña en este lugar, se retiraron a las labranzas que poco atrás habían dejado, dondestaban los otros españoles algo alborotados y con temor de su mal subceso; porquen el punto que los españoles y el caudillo y los demás que le seguían vieron los indios, oyeron los otros el estruendo de los fotutos y cornetas, quera señal del conflicto de guerra en questaban, y luego otro día por respeto de los heridos y flechados, que no daban lugar a detenerse más por aquella tierra, dieron la vuelta al valle de la Sal, donde había quedado Maldonado, sin hacerse más efeto de lo dicho, antes volviéndose hobieron de recibir más daño, porque como trajesen necesidad y falta de comida y algunos soldados, con hambre intolerable, se metiesen por el arcabuco y montaña, a coger y buscar algunas frutas que comer, Cervantes, mancebo canario, se desmandó más que otro ninguno a correr y meterse por la espesura y lla-

neza de la montaña, pretendiendo atajar y tomar la delantera a los compañeros, los manglares y chaparrales bajos que por delante se le ponían, le desviaron y apartaron de la vía que los demás llevaban, de suerte que todo el día no pudo volver a tomar el camino, ni aun lo tomara y allí peresciera neciamente si sus compañeros y el propio caudillo, echándolo menos el propio día ya muy tarde, no enviaran en su busca algunos soldados, que dando voces por la montaña fueron lumbre y guía para que el perdido saliese a luz.

En esta vuelta se pasó mucho trabajo, porque como cuasi todo el camino era cuesta arriba y los flechados no podían caminar, érales forzoso al caudillo y a los demás que iban sanos llevar cargados sobre sus propios hombros a los enfermos, en que trabajaron muy mucho hasta llegar a la cumbre donde el capitán Maldonado estaba alojado.

CAPITULO XIII

En el cual se escribe cómo Maldonado salió del valle de la Sal y fué descubriendo hasta encontrarse con el capitán Ruiz, que con cierta gente había salido del Tocuyo a reedificar Trujillo, y lo que entrambos hicieron.

Ya quel capitán Maldonado hobo visto todas las poblaciones quen este valle y sus comarcas había, se movió con la gente que consigo tenía, y saliendo dél por diferente camino del que a la entrada había llevado, fué a salir al valle de Corpus Christi, donde por la vía del valle de Sancto Domingo pocos días antes había entrado. Es este valle poblado de gente desnuda, a quien por ser más bellicosos y guerreros y más robustos y dispuestos que otros ningunos de aquella provincia llaman Timotos, y es gente desnuda, que no acostumbran traer el cabello largo, sino cortado en coletas por junto a las orejas. Están poblados en fuertes quellos tienen hechos aposta para su conservación y vivienda. No se sabe la causa dello, si es por guerras que unos con otros tuviesen o si por temor de los españoles; porque poco tiempo antes estos indios Timotos y otros muchos que con ellos se juntaron habían despoblado con continuas guerras un pueblo que por vía de Venezuela había entrellos poblado Diego García de Paredes; y esto se tiene por más cierto, que temiendo estos indios el cas-

tigo de los españoles se habían corroborado y fortalecido con ponerse en estos lugares altos.

Discurrió Maldonado por este valle abajo con algún desabrimiento de muchos soldados que no quisieran tanta itineración y trabajo, y puesto en una angostura que bien abajo hace el valle, se apartaron del río sobre la mano derecha y, atravesando una alta cuchilla o loma que por aquella parte se hacía, fueron a dar a un valle bien labrado y poblado, cuyos naturales esperaron de paz como gente que ya conocía españoles por los de Venezuela. Este valle fué llamado las Quebradas de Diego García, por haber sido deste capitán, y por Maldonado fué llamado el valle de las Máscaras y Calavernas, por haberse hallado en un sanctuario questos indios tenían muchos bultos enmascarados que de lejos daban muestras destar bien hechos.

Tuvo en este valle Maldonado algún desabrimiento con los más de los soldados, en confirmación del que atrás habían tenido, y así siguiéndose por su cólera y pasión, dejando en él rancheados los más soldados, tomó consigo hasta veinte compañeros a la ligera sin que llevase ningún carruaje, y atravesando por algunos poblezuelos de todas suertes, en los cuales hallaba algunos vestigios de haber ido por allí españoles, por lo cual los propios indios le salían de paz, fué a dar a un valle muy poblado que hoy es llamado Tostos, en cuyos remates y fines hacia la parte dél más cercana al Tocuyo halló questaba alojado el capitán Francisco Ruiz, que con hasta cincuenta hombres había entrado, por mandado del gobernador Gutiérrez de la Peña, que después fué mariscal, a reedificar y poblar el pueblo de Trujillo, que poco antes se había despoblado.

Como Maldonado por lengua de un soldado quen el camino al pasar de un río encontró tuvo noticia de lo dicho, detúvose sin querer pasar adelante

por la poca gente que consigo llevaba, antes para seguridad de su persona y de los que le acompañaban buscó el más fuerte sitio y lugar que le pareció para señorear a los contrarios si sobre él viniesen; y luego envió a Jorge de Alvear que fuese a tratar con Ruiz que se viesen los dos capitanes y hablasen otro día siguiente con cada cuatro compañeros para determinar lo que se debía hacer, de suerte que no viniesen en rompimiento; porque como Maldonado se hallase con sólo veinte hombres temía venir a las manos con Ruiz, que traía más de cincuenta. Alvear fué al alojamiento del capitán Ruiz e hizo el concierto según le fué mandado, y dejó concertado que partiendo el camino que enmedio había se hablasen a solas con cada dos compañeros; pero como Francisco Ruiz tuviese aviso de la poca fuerza que Maldonado traía consigo, determinó de prenderle a él y a los que le acompañaban; pero para esto no usó de ninguna astucia ni ardid de hombre de guerra, mas a otro día a vista de Maldonado se movió con toda su gente y carruaje, con que hacía grande ostentación y muestra, adonde Maldonado estaba; el cual, indignándose de lo que había, por parecerle que le quebraban la palabra que por medio de Alvear le habían dado, envió al propio Alvear a que tratase y supiese la causa de no cumplir lo concertado; y juntamente con esto comenzó a poner en orden los soldados que consigo tenía y a animarles y decirles que antes muriesen que se rindiesen. Y juntamente con esto, aprovechándose de todos ardidés, pues la necesidad presente le daba consentimiento y licencia para ello, a muchos indios que consigo tenía vistió y cubrió con ropas despañoles, y a algunos ponía sobre los caballos para que diesen muestra a los contrarios de haber más gente de la que presumían.

Alvear, quera persona de buenos medios y bien hablado y entendido, persuadió a Ruiz que la gen-

te no pasase adelante de donde la había encontrado, pues en ley de buen capitán estaba obligado a no quebrar la palabra qué le había dado. Ruiz lo hizo así. Tomando consigo cuatro soldados de a caballo, los más escogidos, se acercó con ellos al lugar donde el capitán Maldonado estaba alojado, el cual con solos dos compañeros salió al camino a hablar con su contrario, y desde que se acercaron, el capitán Ruiz quisiera con cautela de salutación abrazar a Maldonado y abrazándolo tenerlo fuertemente hasta que los demás que lo acompañaban echasen mano; pero como Maldonado era hombre avisado, no dió lugar a nada desto; mas al tiempo que Ruiz por vía de congratulación tendió los brazos para abrazarlo, le puso la lanza delante diciendo quen tiempo que habían de tener bregas sobrel derecho de aquella tierra en quedaban no debían llegarse a dar paz el uno al otro en aquella forma; y como esta ocasión se le pasó a Ruiz, no curó de alterarse, mas llanamente trató de su negocio, quera dar a entender que toda aquella tierra era de la gobernación de Venezuela y que la venía a poblar y reedificar el pueblo quen ella había estado poblado por Diego García en cierta poblazón y sitio que por sus propios naturales es llamado Escuque, y sin concluir cosa ninguna cada cual se volvió a su alojamiento. El capitán Ruiz, como consigo tenía soldados que sabían muy bien aquella tierra, por haber estado poblados en ella, envió luego soldados que se fuesen a meter en el lugar donde había estado poblado Diego García, que aun todavía tenía algunas casas en pie; y el propio Ruiz, saliendo con presteza tras dellos, reedificó el pueblo y mudándole Santiago nombrólo y llamólo Mirabel.

El capitán Maldonado luego despachó mensajeros a llamar la otra gente que atrás había dejado en el valle de las Quebradas, y después de anochecho, con parescer de los que con él estaban, se

retiró y por diferente camino del que había llevado volvió al segundo día a juntarse con los suyos, porque muchos soldados creyeron que la gente que Ruiz consigo tenía fuese más briosa y lustrosa de lo que después pareció, y que si usaban de la disciplina que debían aquella noche habían de dar en ellos y debaratarlos, que lo pudieran bien hacer. Dejó Maldonado donde había estado alojado muchas lumbres encendidas que hiciesen ostentación y muestra de estar allí gente, y con esta invención se retiró más seguramente, atravesando con una muy frigidísima noche, aunque clara, la alteza de un muy helado páramo que por delante se les puso, en donde tuvieron más peligro de helarse algunas personas que no el día antes habían tenido en tener tan cerca los enemigos.

Luego que Maldonado se juntó con los demás soldados que atrás había dejado y les dió noticia de lo que pasaba, les dijo que le había parecido muy buena tierra aquella donde estaban y de muchos naturales, con que se podían muy bien sustentar; que si todos viniesen en ello, qué poblara allí un pueblo y les repartiría los naturales y daría orden cómo Ruiz y sus soldados, por fuerza o de grado, se saliesen de la tierra, y él por su persona les ayudaría a sustentar el pueblo todo el tiempo que fuese necesario; pero como desde atrás los más principales soldados viniesen algo estomagados de algunas palabras que con el capitán habían habido, no les pareció bien nada de lo que decía; y así mostrando contrarias voluntades y opiniones y dando claras muestras de lo que sus pechos tenían, le respondieron no ser cosa acertada quitar la tierra cuya era y echar los españoles de sus casas, demás de ponerse a peligro de tener contra sí a toda una gobernación, y que ellos no querían hacer asiento ni parar en aquella tierra ajena aunque Maldonado poblase en ella. Otros hubo que dieron parecer de que se pobla-

se; pero como éstos eran los menos y de menor reputación, no hobo lugar de seguir sus votos, y así Maldonado se despidió de los soldados y de la plática que había propuesto con decir qué tenía de comer y muy buena hacienda e indios en Pamplona, y que sólo pretendía el provecho y utilidad de los soldados que estaban presentes, los cuales no lo querían recibir de su mano, que con aquello quedaba cerrada la puerta a cualesquier quejas que contra él pretendiesen fulminar y dar en cualquier tiempo adelante.

CAPITULO XIV

En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado pobló en los Cuicas, que una provincia, la cibdad de Sanctiago de los Caballeros, y después de haber estado en ella tres meses la mudó y trasladó a la ranchería de San Juan de las Nieves, que donde hoy está Mérida

Viendo el capitán Maldonado la confusión que entre sus propios soldados había, no curó de tratar más en poblar; mas recogiendo dentro en su pecho la postema que de la desenvuelta respuesta que le dieron había engendrado, se retiró atrás de donde estaba cierto poblezuelo de indios que estaba junto a las quebradas de Diego García una pequeña leguezuela dellas, y de allí envió a Mérida mensajeros con cartas a llamar a Pero Bravo de Molina, a quien él había dejado por su teniente, para que con la más gente y presteza que pudiese se viniese adondél estaba, porque ya que Maldonado no hallaba en los soldados voluntades de permanecer y poblar en aquella tierra, quería con pujanza de gente ponérsele delante a Ruiz y hacelle otro semejante acometimiento quel que le había hecho en Tostos, porque Maldonado de su natural era hombre vengativo y procuraba que ninguno se la hiciese que no se la pagase; y ansí luego que Bravo con los más de los que con él en Mérida habían quedado llegó a aquel alojamiento donde Mal-

donado estaba, se puso en concierto para ir de mano armada a dar en el pueblo de Mirabel, donde Ruiz estaba; pero como Bravo era hombre afable y muy mañoso para hacer confederaciones y otras amistades, no sólo hizo amigos al capitán Maldonado y a los que con él habían quebrado, pero persuadió y pudo tanto con todos los soldados, que les hizo que, juntándose todos y firmándolo de sus nombres, tuviesen por cosa muy necessaria a Maldonado que poblase en aquel lugar dondestaban, aquellos sustentarian el pueblo, con ciertas protestaciones y requerimientos contra el proprio capitán si en ello fuese remiso.

Maldonado, vista la petición de los soldados, hizo hacer informaciones de la necesidad que de poblar había y la utilidad que dello se seguía a los naturales, y de otras cosas necessarias para su descargo y justificación, y hechas otras diligencias y autos que necessariamente habían de anteceder, pobló un pueblo allí dondestaba, al cual puso la cibdad de Sanctiago de los Caballeros, con protestación de mudarla cuándo y adónde conviniese. Y luego, pasando adelante con su propósito primero, hizo apercebir ochenta hombres y que se aderezasen lo más ricamente que pudiesen, y con ellos se partió para donde Ruiz y sus soldados estaban; y entrándoseles por el pueblo puestos en concierto, dieron a entender que de su propria voluntad usaban de equidad con ellos, no prendiéndolos ni quitándoles lo que tenían, lo cual pudiera Maldonado hacer sin derramar ninguna sangre, porque, demás de llevar consigo gente muy aventajada en todo, los más que con Ruiz estaban era gente bisoña o chapetona y de vil parecer, y aquellos propios por el aspecto de sus personas daban muestras de ser para poco y algo faltos de brío, y que por la influencia y constelación de la tierra donde habían salido y de la de donde estaban traían las colores de los rostros tan amarillas y deslus-

tradas cuanto sus propias personas lo estaban en los trajes. Traían los más destos soldados una invención de sombreros hechizos de paño bien de reír y de notar; porque, demás de ser cada sombrero de diversas colores, la copa era de cuatro esquinas o paredes, como bonete de clérigo, y el ruedo y faldamento del sombrero muy ancho y de cuatro colores, y por la fimbria dél puesto un delgado arquillo que lo tuviese tieso, cosa cierto de que mucho se maravillaban los del Reino, quen las Indias hobiese españoles tan rústicos que tuviesen por cosa curiosa y pulida una invención tan basta y mazorral.

Alojóse Maldonado con sus soldados en una parte del proprio pueblo de Mirabel, por dar mayor disgusto a los vecinos, y allí se estuvo alojado dos o tres días sin consentir que se hiciese ningún daño en cosa ninguna de los contrarios, ni por fuerza se les tomase nada, antes les compraron algunos caballos y ganado para comer, de que los unos tenían abundancia y los otros falta. Y volviéndose a su pueblo de Santiago, dende en adelante se trataron amigablemente; pero cada cual decía que la tierra era suya y que se la desocupase; mas los naturales, quera sobre quien llovían estas discordias, por haber de sustentar a su costa a los unos y a los otros, se habían de su voluntad inclinado y acostado a la parte de Maldonado, y a él y a sus soldados les servían ordinariamente, y ningunos querían acudir adonde Ruiz estaba, por lo cual se padecía en el pueblo muy gran falta y necesidad de comida de maíz, ques el principal sustento en semejantes tierras y tiempos; y ansí algunas veces el proprio capitán Ruiz enviaba a sus soldados adonde Maldonado estaba que se les diese licencia para tomar maíz de algunos pueblos de indios que por allí cerca había; y ansí se estuvieron los unos y los otros esperando a que cada cual se saliese de la tierra más tiempo de tres me-

ses, hasta que al capitán Maldonado le fué nueva que a Mérida había llegado Molina, receptor de la Real Audiencia, que iba a hacer ciertas informaciones contra Juan Rodríguez Juárez de malos tratamientos de indios, por lo cual, aunque había enviado a Alonso Rodríguez de Mercado y a otras personas principales de las de su pueblo a hablar al gobernador de Venezuela, que ya era Pablo Collado, y no habían vuelto con la respuesta, no curó desperarlos, sino incontinentemente se volvió a Mérida, y para que adelante algunos émulos suyos no le pudiesen calumniar que había despoblado el pueblo, hizo información quera cosa conviniente pasarlo a la ranchería de San Juan de las Nieves, donde tenía el resto de la gente, que agora es Mérida, y algo más arriba de donde está edificada la poblazón, en un repecho un poco alto que allí se hace, puso la picota e hizo autos de que allí fijaba y trasladaba el pueblo de Sanctiago de los Caballeros, quen la provincia de los Cuicas, que ansí se llama aquella tierra, había poblado; y dejando con apellido de equidad la gente que allí quedaba, dende a pocos días se salió della con otros muchos que le siguieron, y sin querer repartir huertas, estancias, ni solares, ni los indios quen la tierra había, se volvió al Reino a dar cuenta al Audiencia de lo quen aquella tierra había.

CAPITULO XV

*Cómo el Audiencia proveyó por justicia mayor a Pero Bravo de Molina, de Mérida, el cual repar-
tió los indios de Mérida; y cómo el capitán Juan
Rodríguez Juárez se huyó de la cárcel y, por co-
brar fama de alzado o amotinado, envió el Audien-
cia tras dél a prenderlo a Alonso de Esperanza,
vecino de Pamplona*

Habían, como he dicho, quedado neutrales los indios de Mérida, porquel capitán Maldonado, por no agraviar a nadie, ni que dél hobiese quien se quejase con esta color que le había quitado los indios por darlos a sus amigos, no los quiso repar- tir ni depositar, que fué un bien pesado daño para los naturales, por causa de los muchos mudamien- tos y removimientos quen ellos hobo. Y visto esto por algunos de los soldados quen aquella tierra ha- bían entrado con Juan Rodríguez, pretendieron, por virtud de las encomiendas que Juan Rodríguez les había hecho, servirse de los indios, y aun lo pidieron ante Bernardo de Ledesma, persona a quien Maldonado había dejado en su lugar para el gobierno de la tierra y que después fué confir- mado en él por el cabildo del proprio pueblo, que, como he dicho, a esta sazón se llamaba Sanctiago de los Caballeros, el cual no sólo no se los quiso consentir, mas sobrello envió presos a algunos dellos a la Real Audiencia, a fin de evitar algún

tumulto que de intentar este negocio se podía recrecer.

Los oidores, que a la sazón eran Grajeda, Maldonado, Tomás López y Artiaga, para dar algún asiento en estos negocios y otros que cada día en esta tierra se recrecían, enviaron por justicia mayor della a Pero Bravo de Molina, no adjudicándole ni poniéndole al pueblo título de cibdad, sino solamente le nombraban la poblazón de Sierras Nevadas. Porque como en este tiempo había con mucho calor el rey mandado que no se hiciesen nuevas poblaciones, no querían los oidores admitir la fundación desta cibdad ni de otras que casi de la propria manera se habían fundado, sin que primero tuviese el rey y los de su Consejo Real de las Indias noticia dello.

Pero Bravo, con la conducta de justicia mayor que se le dió, se fué a Mérida, y luego se determinó a repartir los naturales entre los soldados que lo habían trabajado; pero primero envió a Bartolomé Maldonado con cierta gente a descubrir lo que había a las vertientes de la laguna por aquella parte más cercana a la culata de la quebrada que llaman de Pernia o de los Alisares, donde descubrió entre grandes montañas ciertas poblaciones que fueron llamadas de las Galgas y Capas, porque los indios, teniendo aviso de cómo los españoles iban a sus pueblos, y forzosamente habían de subir por una derecha cuesta, pusieron en lo más alto della muchas piedras y muy crecidas y grandes, que lo que llaman galgas, y dejándolas caer sobre los españoles que iban subiendo, los pusieron en condición de descalabrarlos y maltratarlos, y así, si no fueran amparados de los árboles que por junto al camino había, no dejaran de recibir daño, aunque algunos soldados hobo que con más temor del que debían tener, dejando las armas, se dieron a huir por entre la montaña forzosamente, que después fué necessario mandarlos a buscar; y

por este respeto fué el un pueblo dellos llamado las Galgas. En el otro se hallaron ciertos cobertores de hoja de palma tejidas en cierta forma, que casi cubrían un hombre de alto a bajo, aunque muy angostas, de las cuales se le dió al pueblo esta denominación.

No tuvieron estos españoles otra refriega que de contar fuese, y así dende a ciertos días que hobieron visto y andado estas poblaciones y otras a ellas comarcanas, se volvieron al pueblo donde Pero Bravo, que ya tenía título de capitán, se dió a repartir los indios entre los soldados, después de haber partido términos entreste pueblo y el de la gente de Ruiz, que ya era llamado Trujillo, y estaba en él Diego García de Paredes, que antes lo había poblado. No pudo el capitán Bravo hacer el apuntamiento y repartimiento de la tierra tan a su gusto como quisiera ni tan a contento de todos como era razón, porque los naturales eran pocos y los pretensores muchos, y así hobo más quejosos que contentos; pero con todo esto concluyó y acabó de repartir la tierra como mejor le pareció. Y metiendo en posesión de los indios a los que los querían recibir, envió el apuntamiento a la Real Audiencia, dando cuenta de lo que había hecho y las causas por qué se había movido a ello. Tras del apuntamiento se fueron muchos quejosos a representar sus agravios y a que no se confirmase lo hecho por Pero Bravo.

En este mesmo tiempo los oidores habían visto las causas criminales que contra el capitán Juan Rodríguez el fiscal había culminado y acusado, por lo cual le tenían puesto en prisión, aunque la causa principal deste rigor fué el haberse desmandado a hablar contra algunas personas principales y aun de la propria Audiencia, y como Juan Rodríguez entendiése que los jueces estaban indignados contra él y questando el proceso para sentenciarse no podía dejarse de usar de severidad en la sentencia,

acordó no esperar a oírla, y rompiendo una noche las prisiones, se fueron él y Juan Esteban y otros presos de la cárcel, y viniéndose hacia Pamplona con algunos amigos escondidamente se anduvo algunos días por los repartimientos de aquella cibdad amenazando a unos y a otros vecinos con la muerte; y como él era hombre arrogante y soberbio, hizo que contra él se engendrarse sospecha de que andaba fuera del servicio del rey, y así Tomás López, oídor, que a la sazón andaba visitando en Pamplona, envió cuadrillas despañoles por diversas partes a buscarle y a prenderle. Y no pudiendo por esta vía ser habido, el Audiencia nombró por juez a Alonso de Esperanza, vecino de aquella cibdad, que con gente lo siguiese y prendiese; pero Juan Rodríguez, temiendo su perdición, se apartó de Pamplona y, pasando por Mérida sin hacer daño ninguno, se fué a la gobernación de Venezuela, donde después murió en manos de los indios Corracas. Esperanza le siguió hasta Trujillo, y como las justicias y vecinos de aquel pueblo no se lo consintiesen prender, por no ser sufraganos al Audiencia del Nuevo Reino, se volvió a Sancta Fee a tiempo quel apuntamiento que de los indios había hecho Bravo se había presentado y que los quejosos habían reclamado los desagraviasen; y por desechar los clamores de muchos que de Mérida en aquella cibdad de Sancta Fee se habían congregado y pedían que los desagraviasen y mandasen dar indios, el Audiencia nombró por juez para ello al mesmo Alonso Pueyes de Esperanza, que, yendo a Mérida y haciendo información de lo que cada uno había servido, repartiese de nuevo los indios, desagraviando a los agraviados; y con esto echaron los oídores de sí las importunidades y pesadumbres de los que se quejaban.

CAPITULO XVI

En el cual se escribe cómo el Audiencia envió a Mérida a Alonso de Esperanza que repartiese de nuevo los indios, y cómo no confirmó lo que Esperanza había repartido y los propios oidores hicieron de nuevo el apuntamiento

Fué de muy gran contento y alegría para los quejosos y agraviados ver que habían salido con su interés y que, a su petición, se había anulado el apuntamiento que Bravo había hecho y mandado que de nuevo se hiciese; y así todos juntos se fueron acompañando al nuevo comisionado, quera, como he dicho, Alonso Pueyes de Esperanza, a quien cada cual pretendía contentar por tenerle propicio para el tiempo del repartimiento.

Pasábase en este tiempo para ir a Mérida por entre muchos indios de guerra, como eran el valle de Sanctiago y el valle de la Grita y los Bailadores, donde más peligro había y aun hoy en día lo hay, porque como estos indios Bailadores están en montaña y al principio della los españoles forzosamente han de pasar por medio del río de aquel valle, ques harto angosto, los indios se ponen en lugares altos y acomodados y seguros para ello, que llaman flechaderos, y de allí sin peligro ninguno suyo, ni aun sin que puedan ser vistos de los caminantes, disparan y emplean sus flechas en los que pasan. Y así en esta jornada le hirieron a Esperanza mu-

chos indios e indias y caballos. Y otras muchas veces han hecho mucho daño en ganados vacunos que por aquí suelen pasar; saliendo de noche a ellos y hurtándoles el ganado que pueden lo llevan a sus casas y se aprovechan dello para comer y criar; pero este daño del ganado les perdonarían con que dejasen pasar seguramente a los pasajeros, los cuales ya no osan pasar de día por cerca desta poblazón, sino esperando a que anochezca caminan con escuridad llevando por guía y camino el proprio río, por no ponerse en peligro de que los flechen.

Llegó Esperanza a Mérida, donde los españoles estaban con algún contento de que ya los indios empezaban a servir y conocer a sus depositarios o administradores, y como vieron el nuevo removimiento que había de haber, comenzáronse a turbar todos, de suerte que ni los indios querían ya servir ni los españoles hacerles que sirviesen; pero con todo su disgusto y desabrimiento obedescieron lo quel Audiencia les mandaba y dieron lugar a quel nuevo juez, Alonso de Esperanza, usase de su comisión, el cual, para que hobiese menos quejosos y con qué contentar a más, envió a Juan Díaz de Atena con ciertos españoles a que descubriese y viese un valle que a las espaldas de las Acequias se hacía, a quien los naturales llamaban Macaria y los españoles llamaron después el valle de la Paz; porque como en él entrasen los naturales, con ser muchos y estar muy juntos, nunca se alborotaron ni espantaron ni dejaron sus casas, antes con mucha afabilidad trataban con los españoles; y así siempre estuvieron de paz.

Vista la poblazón quen este valle había, que serían quinientas casas en poca tierra y muy acompañadas de arboledas fructíferas, se volvieron al pueblo sin abajarse mucho abajo, porque, según hacía la tierra demostración, parecía estar cerca de allí los llanos de Venezuela; y con estas pocas

casas que de nuevo se habían visto y acrecentado Esperanza comenzó a hacer informaciones de los servicios que cada uno había hecho, cosa por cierto de ver y notar y aun de reír que no hobiese soldado, por paupérrimo que fuese y hobiese sido, que no probase y averiguase que había sustentado una casa y en ella a otros soldados, y por ventura nunca el pobre había alcanzado qué comer solo; item, que había metido muchos caballos; que había trabajado muy principalmente en la conquista y pacificación de aquella tierra, y, lo que más era de llorar, no había hombre, por cruel y malo que fuese, rústico y torpe y que apenas por ventura sabía rezar ni gobernar su persona, que no probase y averiguase quera capaz de tener indios encomendados, y que por la encomienda que en él se hiciese estarían los indios bien tratados y dotrinados y la conciencia del rey descargada.

Pues por lo que a Esperanza le constó destas informaciones, repartió los indios, y no tan a contento de todos, porquisto es imposible que no quedasen algunos quejosos y descontentos, pero pocos e interesables.

Concluso el apuntamiento, se volvió con él a la Real Audiencia, dejando a los que había dado los indios en posesión dellos. Los quejosos se fueron con él al Audiencia, y allá se dieron tan buena maña con otros quen el camino se les juntaron, que hicieron que no se confirmase ni aprobase. A esto se juntó quen esta sazón subcedió el alzamiento del traidor López de Aguirre, con cuyo desbarate y muerte le convino al capitán Bravo y a otros ir a Sancta Fee a dar noticia al Audiencia de lo que en este subceso y muerte de Aguirre había pasado; los cuales llegaron a tiempo que los oidores estaban indeterminables y dubdosos en el deshacer lo que Esperanza había hecho; pero al fin lo vinieron a anular todo y a tornarlo ellos a hacer de su propria mano y a repartir los natura-

les por la orden quel capitán Bravo y otros les dijeron, y dello dieron provisión real para que se guardase lo que habían ellos repartido y señalado, y cada vecino poseyese lo quellos de nuevo le daban y no otra cosa. Pero después que llegó este apuntamiento y provisión a Mérida fué mayor el daño que con él se siguió; porque, demás de haber nuevos removimientos y que se habían quitado indios a unos y dádose a otros, despojaron de todo punto a algunos vecinos que lo habían trabajado de todo lo que tenían y poseían y los habían dejado sin ninguna suerte de indios, por lo cual les fué necessario a estos tales volver a la Audiencia a pedir que sus agravios se deshiciesen.

CAPITULO XVII

En el cual se escribe cómo los oidores enviaron a Hortún Velasco que tornase a repartir los naturales, y cómo el presidente Venero, que a la sazón vino, los encomendó; y los corregidores que después hobo en Mérida, con la manera de los naturales y temple de la tierra

La rectitud y celo de los que en esta sazón gobernaban y administraban justicia en el Audiencia era tanta que, siendo informados que con el apuntamiento que habían hecho habían agraviado a algunos soldados, quisieron más que la reputación de hombres constantes que deseaban sustentar lo que hacían se perdiese, que no que sus conciencias se encargasen; y así, deshaciendo lo que ellos propios habían hecho, nombraron de nuevo al capitán Hortún Velasco, vecino de Pamplona, que fuese a Mérida y, haciendo una masa toda la tierra, desagraviase los agraviados y tornase a dar de nuevo los indios e hiciese nuevo apuntamiento y repartimiento; y aunque Hortún Velasco era ya hombre anciano y muy cargado y enfermo de gota, no rehusó la carrera por complacer y tener propicios a los que se lo mandaban; y juntamente con esto le encargaron que tomase residencia al capitán Pero Bravo de Molina del tiempo que había sido justicia en aquel pueblo y a todos los otros oficiales de república, como eran alcaldes y regidores y alguaciles.

Ido a Mérida Hortún Velasco, luego procuró enviar a descubrir por la vía del valle de la Paz, que había noticia que por la parte de abajo dél estaban ciertas poblaciones; mas en la verdad, aunque fueron a buscarlas españoles, solamente hallaron cierta tierra que llamaron el valle de los Mogotes, de pocos naturales y esos muy apartados del pueblo. Ansimesmo subcedió quen este mesmo tiempo ciertos indios del valle de las Cruces y de Mochachi, questaban rebeldes, vinieron a dar de mano armada sobre unos poblezuelos de las Acequias de la otra parte del río, donde hicieron el estrago que pudieron; porque de la gente quen los buhíos hallaron ninguna dejaron con la vida, y pegándoles fuego a los buhíos dejaron de todo punto asolado y abrasado aquel pueblo, que después vino a ser de Agustín de Cáceres, y aun en la sazón queste daño se hizo en él lo eran; y no quiso el capitán Hortún Velasco enviar a castigar los que habían hecho esta crueldad, por ver que los propios vecinos de Mérida ponían por capítulos y cargo al capitán Bravo el haber enviado a castigar algunas rebeliones y muertes despañoles que los indios de la provincia habían hecho, con que pretendieron tomar venganza de la enemistad que contra él tenían con haber sido lo que Bravo había hecho cosa muy necessaria y conviniente a la quietud y paz de toda la provincia; porque con castigar a algunos de los delincuentes y culpados habían escarmentado los demás y estaban de paz; pero teníalos tan ciegos el deseo de vengar sus particulares pasiones, que ninguna destas cosas miraban ni consideraban, antes deseando hallar muchas ocasiones de que hacer y fulminar cargos, le oponían cosas muy feas y bajas, procurando por esta vía deshacer y aniquilar la buena reputación que Bravo por el valor y ánimo de su persona había cobrado en todo el Reino y fuera dél. Lo cual les aprovechó muy poco, porque viendo después su residencia el presidente

Venero y odores, y mirando con atención cierta información que Bravo había hecho para su descargo y abono de lo mucho que había servido al rey en la alteración y desbarate del traidor Aguirre, fueron tantas y tan loables las cosas que dél allí se leyeron, que no pudo el presidente dejar de dar a entender por palabras lo mucho que el rey y aun todo aquel reino y gobernación de Venezuela le debían y eran a cargo; pues mediante su industria y mucha diligencia que en ir a servir al rey contra aquel traidor había puesto, había cesado y habido fin su alteración y rebelión.

Conclusos los negocios de residencia que llevaba a cargo Hortún Velasco, luego de nuevo tomó en sí la tierra y la repartió como mejor le pareció, desagraviando a unos y descontentando a otros, y por mucho que lo procuró no pudo evitar que no hobiese quien se quejase de lo que él había hecho; y perpetuamente hobiera quejosos y hombres que pidieran removimientos en los naturales si con la venida del doctor Venero, presidente, no cesaran estas cosas; por que como Hortún Velasco, yendo a dar cuenta de lo que había hecho a la Audiencia, hallase ya en ella al presidente, a cuyo cargo estaban semejantes negocios, tomó en sí lo que Hortún Velasco llevaba hecho, e oyendo a los presentes que se quejaban, e informándose de la justicia de los ausentes y de lo que cada uno merecía, hizo nuevo apuntamiento y repartimiento, por el cual encomendó a los indios, y con esto, como he dicho, tuvo asiento y reposo el andar los indios de un día para otro mudando amos, que les causó harto daño y menoscabo; porque como de la primera conquista todos o los más habían dejado sus casas y pueblos e indios, e ídose a partes remotas e incógnitas, tenían después los españoles gran trabajo en tornarlos a juntar y volver a poblar en sus propios pueblos, y como vían que con los removimientos de los nuevos apuntamien-

tos quitaban a unos los indios que con tan gran trabajo habían llegado y juntado y se los daban a otros, parecíales cosa dura y grave, como en la verdad lo era, llevar adelante semejantes trabajos; y así no se les daba ya nada por poblarlos ni juntarlos, hasta que, como he dicho, el doctor Venero los encomendó y cada cual tuvo certidumbre de que por virtud de las encomiendas habían de permanecer con él los indios que le daban.

Envió el presidente por primer corregidor de Mérida a Juan del Rincón, para que hiciese cumplir lo que su apuntamiento se contenía. Rincón fué a Mérida y estuvo en ella algunos días hasta que lo que el presidente mandaba hobo efecto, y como era vecino de Pamplona y tenía su hacienda en aquel pueblo, volvióse a su casa dejando de sí buena loa de haber bien gobernado entre los vecinos de aquel pueblo; y después que el presidente tuvo noticia de su ausencia proveyó por corregidor a Juan Andrés Varela, vecino del propio pueblo, al cual le turó poco tiempo la jurisdicción, porque como tuviese noticia el presidente de los bandos de aquel pueblo, que entre primeros y segundos había, pareciéndole que por ser Juan Andrés uno de ellos no podía dejar de andar la justicia parcial, revocóle la conducta que de corregidor le había dado, y en su lugar proveyó por corregidor deste pueblo y de la villa de San Christóbal a Bernardino de Villamisar, al cual los vecinos deste pueblo no quisieron recibir ni admitir en el cargo, pareciéndoles que se les había hecho agravio y ofensa en darles por corregidor a este soldado, que, demás de ser de muy mala condición, había cobrado mala fama por haber vivido ociosamente en el Reino. Los vecinos se quejaron con ello, sin que les costase cosa alguna, y por esta causa fué proveído en el cargo Juan Ortiz de Olmos, que gobernó el pueblo, aunque con disgusto de algunos, poco más tiempo de un año, y dejando el cargo de su pro-

pria voluntad se volvió a salir de Mérida, y fué tornado a proveer en el cargo dicho Juan Andrés. Y es de saber que desde que Juan Maldonado entró en esta tierra, que no hobo cuasi guerras ningunas entre los naturales y españoles, antes siempre, como se ha dicho, andaban los indios huyendo de unas a otras partes de temor que tenían; mas después que vinieron a entender el poco daño que se les hacía, ellos mesmos se vinieron a convidar con la paz y a sujetarse a la servidumbre en que hoy día están.

El provecho quen esta tierra tienen hoy los españoles es unas pobres minas de oro, de donde tienen una miserable pasadía. Con el ganado que crían, que vale barato, y con el pan de trigo que cogen, ques principalísimo sustento y entretenimiento en semejantes pueblos, hanse dado a buscar minas de plata y han hallado algún rastro dellas; pero como los metales que se sacan corresponden con muchísimo trabajo y poco provecho, hales salido en vano todo lo quen buscarlas y descubrirlas han gastado.

Los naturales desta provincia es gente toda en general desnuda y cuasi una lengua; pero la Sierra Nevada y el pueblo de los Españoles dividen o distinguen y apartan dos maneras de gente: de la del pueblo para arriba toda o la más es gente de tierra fría, de buena dispusición y muy crecidos, los cabellos cortados por junto a las orejas, y los miembros genitales sueltos y descubiertos; las mujeres traen cierta vestidura sin costura, hecha a manera de saya, que llaman los españoles samalayetas, que les cubre cuasi todo el cuerpo; tráenlas asidas por sobre un hombro y ceñidas por la barriga para que hagan unos senos o alforjas, en que meten todo lo que pueden haber y coger.

Son poblados desta gente el valle todo para arriba del pueblo hasta los páramos con otra poblazón questá a mano izquierda del pueblo de la otra ban-

da de la quebrada o río que llaman de Alvarregas, con la poblazón del valle de Pernia, y los valles del Pabuey, Pescahuey y otros sus comarcanos, y el valle de Sancto Domingo y Corpus Christi, y el de la Sal, con todas aquellas vertientes de la laguna por los altos hasta cuasi el pueblo de la Sabana.

La gente del pueblo para abajo es más menuda y muy ajudiada. Traen los cabellos largos, andan desnudos como los demás y son para menos trabajo. Traen los genitales atados y recogidos a un hilo que por pretina se ponen por la cintura; y las mujeres tienen o traen vestidas las samalayetas que las demás que arriba he dicho, que son de algodón. Hay entrellos principales, a los cuales llaman cepos, pero son de poca estimación y respeto, que no son tan obedecidos como en otras partes, ecepto aquellos que por su tiranía y valentía se apoderaban con ayuda de sus parientes en otras gentes; estos eran de gran veneración entrellos.

Algunos buhíos se hallaban en que idolatraban y ofrescían de todo lo que tenían. Otros muchos ritos y cerimonias usan que aun hasta agora no se ha habido claridad dellas, quen habiéndolas se escribirán.

La tierra cuasi está de mediada, que la mitad es fría y la mitad caliente; y la que está y cae en medio destes dos extremos, como lo está el propio pueblo de Mérida, es muy templada. Las frutas que los naturales tenían eran las ordinarias y generales, como son guayabas, guaimaros, caitos, pijivaos, curas, ciruelas, piñas, pitahayas y otras, cuyos nombres no me acuerdo. Después acá los españoles han puesto parras, higueras, naranjos, limas, cidras, granadas, plátanos, todo lo cual se da muy bien, con todo género de hortaliza, y, como he dicho, trigo, que es el principal sustento del pueblo.

Han muerto los indios desta provincia pocos es-

pañoles en guerra ni fuera della, e solamente algunos años después de poblada sus propios indios del Pabuey mataron a un Juan Baptista de Céspedes y otro español que con él estaba por querer con demasiada cobdicia quitarles cierto ajuar de cuentas blancas aquellos estimaban en mucho. Esto fué a las vertientes de los llanos de Venezuela, y a las vertientes de la laguna mataron a Hernán Gil, también sus propios indios, por algunas demasías que les hizo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO II

Páginas

LIBRO SEPTIMO

- CAPÍTULO PRIMERO.**— Cómo fué nombrado por el Audiencia del Nuevo Reino el capitán Galarza para que pacificase y poblase el valle de las Lanzas y los demás indios que hay entre Tocaima y Cartago, y las causas dello, y la gente que juntó y salida que con ella hizo. (Fol. 317 vto.)..... 6
- CAPÍTULO II.**— De cómo los españoles, saliendo del alojamiento del valle de las Lanzas, se metieron la tierra adentro hasta llegar al pueblo del cacique llamado Laembiteme. Cuéntase la bestialidad que estos indios usan en comerse unos a otros. (Fol. 321 vto.)..... 12
- CAPÍTULO III.**— Cómo los indios prosiguieron su paz y Galarza su descubrimiento, y pasó al valle de Anaima, donde tuvieron cercado a Salcedo los indios, y tuvo noticia de los indios de Buga y Gorrónes. Escríbese el modo de las armas con questa gente pelea. (Fol. 327 vto.)..... 20
- CAPÍTULO IV.**— Que trata de cómo Galarza entró en la provincia de Ibaguè y pobló en ella la cibdad de Ibaguè, que hasta hoy permanece, y cómo reparó la tierra entre sus soldados. (Fol. 333 vto.)... 28

CAPÍTULO V. — Que trata de una rebelión o alzamiento que los indios de Ibague hicieron y del socorro que al capitán Galarza le vino de Sancta Fee. (Fol. 336 vto.).....	33
---	----

LIBRO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo por el licenciado Miguel Díaz fué dada comisión al capitán Pedroso para ir a poblar a las provincias de Mariquita, y cómo entró en ellas y determinó pasar al Cenú. (Fol. 339 vto.).....	38
---	----

CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso y sus soldados se salieron de las provincias de Mariquita y entraron por la de los Palenques, donde tuvieron ciertas refriegas con los indios del Palenque, de Ingrina y de la población llamada Guacona. (Fol. 342 vto.).....	42
---	----

CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso con treinta y cinco soldados fué a dar en una población que estaba sobre una loma, cuyos naturales se defendieron e hicieron fuertes en sus casas, en las cuales perecieron todos quemados. (Fol. 346.).....	47
--	----

CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe cómo Pedroso pasó adelante con su gente y entró en los valles de Camana y Punchina, que fué llamado valle de Corpus Christi, en cuyo río le resistieron los indios el pasajé, y cómo a la noche pasaron los españoles el río e hicieron una emboscada, donde cayeron muchos indios. (Fol. 349 vto.).....	53
---	----

CAPÍTULO V. — En el cual se escriben dos guazabarras que los indios del valle del Corpus Christi dieron a los españoles en las riberas del río del propio valle llamado Guatate, y el valor con que los españoles pelearon. (Fol. 353 vto.).....	59
--	----

CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo el capitán Pedroso entró en las sabanas de Aburra,	
--	--

- donde tuvo noticia del capitán Hernando Cepeda que con gente andaba en ella, y a esta causa pobló allí un pueblo y envió a requerir a Cepeda que saliese de la tierra. (Fol. 356.)..... 63
- CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe cómo el capitán Cepeda fué avisado de la poca gente que Pedroso tenía, y cómo vino con su compañía sobrel alojamiento de Pedroso y lo prendió y quiso cortar la cabeza. (Fol. 359 vto.)..... 68
- CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe cómo el capitán Cepeda salió a descubrir con ochenta hombres, y de la grande hambre quen el camino se padesció, y de las muertes que los indios dieron a Juan, portugués, y a Limpias, español. (Fol. 366.) 73
- CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe cómo Cepeda envió por los dos españoles muertos y los mandó enterrar, y los indios, juntándose, vinieron sobre el alojamiento y les hirieron muchos soldados, de los cuales murieron algunos, y quedando los nuestros vitoriosos, se tornó a salir Cepeda y se volvió a juntar con Pedroso. (Fol. 366 vto.)..... 78
- CAPÍTULO X. — En el cual se escribe cómo algunos soldados de los de Pedroso, con consejo de su capitán, se salieron de noche la vuelta del Reino, y cómo Cepeda envió tras ellos a Narváez, su maese de campo, con cuarenta hombres y los alcanzó, y matando algunos en cierta refriega que tuvieron volvió a los demás a poder del capitán Cepeda. (Fol. 369 vto.)..... 83
- CAPÍTULO XI. — En el cual se escribe cómo Pedroso quiso matar a Cepeda por la muerte y prisión de sus soldados, y Cepeda quiso ahorcar algunos de los soldados presos, y cómo fué aplacada esta sedición por mano e industria de los sacerdotes y otras personas, y Narváez volvió las armas a los questaban presos para que se soltasen e huyesen. (Fol. 372.)..... 89
- CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo Cepeda, para asegurarse, envió a Pedroso a Cartago, y

él se quedó con toda la gente; y cómo después los soldados de Pedroso, tomando por su caudillo a Narváez, maese de campo, quisieron matar a Cepeda y apalearon a su alcalde mayor, Prado, y se salieron la vuelta del Reino, y el gran temor que los pueblos de la gobernación tuvieron de que Narváez anduviese rebelado. (Fol. 375 vto.)..... 94

CAPÍTULO XIII. — En el cual se escribe cómo vuelto Pedroso al Nuevo Reino pidió comisión al Audiencia para ir a poblar en las provincias de Guali, Guasquira y Mariquita, donde pobló la cibdad de San Sebastián de Mariquita, y lo que subedió en el interin quen ella estuvo Pedroso. (Fol. 380.)... 101

CAPÍTULO XIV. — En el cual se escribe cómo en el alzamiento general que hobo el año de cincuenta y seis se alzaron también los indios de Mariquita y los de la Isleta de río Grande, y cómo fueron todos pacificados. (Fol. 383.)..... 106

LIBRO NONO

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo el capitán Juan de Avellaneda Temiño, por comisión quel Audiencia del Nuevo Reino le dió para buscar minas de oro, entró con ciertos españoles en la provincia de los Guayupes. (Fol. 388.)..... 116

CAPÍTULO II. — En el cual se escribe la principal causa por qué los indios Guayupes no tuvieron guerras con el capitán Avellaneda y con los que con él entraron, y las causas por qué entre otros naturales, después de dada la paz, se intentaron novedades, y cómo Avellaneda envió un caudillo a descubrir minas de oro y fueron descubiertas. (Fol. 392.)..... 122

CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda da noticia de las minas y tierra de los Guayupes al Audiencia del Nuevo Reino, y le fué dada comisión para que poblase, el cual pobló la cibdad de San Juan de los Llanos; y cómo fué mudada diversas veces hasta ponerla donde al

- presente está, y la venida de Avellaneda al Audiencia a dar cuenta de lo que había hecho y a pretender comisión para hacer otra jornada. (Folio 396 vto.)..... 129
- CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe la diversidad y monstruosidad de culebras, tigres, osos y otros animales quen esta tierra se crían, y de algunas aves y de su proporción. Trátanse algunos daños que tigres en indios han hecho. (Fol. 400 vto.) 136
- CAPÍTULO V. — En el cual se escribe la manera de la gente Guayupe y sus casamientos, y lo que hacen con los primeros hijos que les nacen, y las ceremonias de que usan, y la manera de curarse, y las preeminencias de los médicos y otras particulares quentrellos se usan. (Fol. 406 vto.)..... 145
- CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe la manera de los entierros y sucesión de los caciques de los indios Guayupes, con algunas opiniones que tienen acerca del haber Dios, y de la creación del hombre, y de la Luna y Sol, y temblor de tierras, y otras particularidades. (Fol. 411.)..... 152
- CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe algunas costumbres quen los casamientos y enterramientos tienen los indios Saes, que son en esta provincia de San Juan, diferentes de los Guayupes. (Folio 415 vto.)..... 159
- CAPÍTULO VIII. — En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda volvió a la cibdad de Sancta Fee a pedir nueva conduta para poblar otro pueblo, la cual le fué concedida, y juntando sesenta hombres, se volvió a San Juan de los Llanos, de donde salió a su jornada y descubrimiento. Cuéntase todo lo que le subcedió hasta pasar el río de Oma, en donde se alojó y envió a Hernando de Alcalá a descubrir cierta noticia. (Fol. 418.)..... 163
- CAPÍTULO IX. — En el cual se escribe cómo el capitán Avellaneda se partió del alojamiento del río Oma y pasó con su gente el río Guayare y se alojó a las riberas dél, y de allí fué con algunos

de sus soldados a ciertos pueblos de indios, donde le dieron algunas guazabaras, las cuales escribiré aquí. (Fol. 423 vto.).....	172
CAPÍTULO X. — En el que se escribe cómo el capitán Avellaneda con toda su gente se partió del alojamiento del río Guayare y se metió la tierra adentro por montañas hasta llegar al Valle de San Jerónimo, donde pobló la cibdad de Burgos. Cuéntase aquí todo lo quen la dicha cibdad subcedió durante el tiempo que los españoles estuvieron en ella. (Fol. 429.).....	180
CAPÍTULO XI. — En el cual se escribe cómo por no poderse sustentar el capitán Avellaneda con su gente en la cibdad de Burgos, que había poblado, la desamparó y caminó hasta llegar a un alto páramo. Trátase de la facilidad con quen las Indias pueblan y despueblan un pueblo por no mirar al principio las circunstancias que se deben mirar. (Fol. 434.).....	187
CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo Avellaneda atravesó el páramo y cordillera del Reino hacia la parte de Neiva, sin saber por donde iba, y fué a salir al valle de la Tristura, ques en Neiva, y allí se esparcieron sus soldados y cada cual se fué por su parte, donde tuvo fin su jornada. (Fol. 438.).....	194

LIBRO DECIMO

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe en suma las causas y ocasión por donde, estando prohibido por Cédula del rey el hacerse nuevas poblazones, los licenciados Briceño y Montañó dieron licencia a Asensio de Salinas, vecino de Tocaima, que hiciese cierta gente y pacificase ciertas provincias de naturales rebeldes y poblase un pueblo despañoles. (Fol. 21 vto. del tomo II.).....	202
CAPÍTULO II. — En el cual se escribe cómo, después de haber pacificado el capitán Salinas los indios que había rebeldes en las provincias de Ibague,	

Tocaima y Mariquita, se metió en la tierra de los Palenques, saliendo de términos de Mariquita, y pobló la cibdad de Vitoria con aditamento de que se pudiese mudar y las causas dello. (Fol. 25 vto.) 208

CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo después de haber poblado la cibdad de Vitoria, el capitán Salinas, con toda la gente que tenía, se metió la tierra adentro de los Palenques a buscar sitio en que fijar el pueblo, y lo que a él y a sus soldados les subcedió hasta llegar al río de la Miel, y lo que los naturales hicieron desque vieron que los españoles entraban por sus tierras y por qué causa. (Fol. 28 vto.)..... 213

CAPÍTULO IV. — En el cual se escribe cómo, queriendo el capitán Salinas pasar el río de la Miel, con su gente, los naturales se lo defendieron; y cómo, hallando parte cómoda, asentó y fijó la cibdad de Vitoria donde al presente está. Escríbese aquí la manera y modo cómo estos españoles curaban las heridas que con flechas y puyas enherboladas recibían de los indios. (Fol. 32 vto.)..... 219

CAPÍTULO V. — En el cual se escribe cómo los indios, además de las puyas, hacían para la defensa de sus alojamientos trampas y hoyos y otras invenciones, con que ofender a los españoles, los cuales, sin embargo de todo esto, los siguieron mucho tiempo con gran trabajo, hasta que los forzaron a ser amigos. (Fol. 38.)..... 227

CAPÍTULO VI. — En el cual se escribe cómo, hecha la paz, el capitán Salinas envió a Francisco de Ospina a descubrir puerto al río Grande, y que fuese por socorro de cosas de que tenían necesidad a Mariquita, con lo que les subcedió en el camino; y cómo los indios, debajo de la paz que tenían dada, quisieron dar en el pueblo y matar los españoles. (Fol. 41 vto.)..... 232

CAPÍTULO VII. — En el cual se escribe qué lo que llaman los españoles haber dado la paz y el dominio los indios al rey, y cómo usan della; y cómo el capitán Salinas y Hernando de Zafra salieron

- a pacificar ciertas poblaciones de indios, con los cuales se acabó de pacificar la provincia y región de Vitoria y naturales della. (Fol. 47.)..... 240
- CAPÍTULO VIII.** — En el cual se escribe cómo los indios Amanies, después de algunos años, por inducimiento de un indio ladino, se rebelaron y mataron muchos españoles y esclavos e indios quen las minas estaban sacando oro, sin quescapasen más de cuatro españoles con la vida. (Fol. 52.)..... 248
- CAPÍTULO IX.** — En el cual se escribe cómo la justicia de Vitoria nombró a Lorenzo Rufas, soldado que se escapó de las manos de los indios, por caudillo y comisario para que fuese a castigar la traición y rebelión de los indios, y cómo se alojó a vista del palenque de Mercado dondestaban recogidos los indios. Escríbese la forma y traza y fortaleza deste palenque. (Fol. 55 vto.)..... 254
- CAPÍTULO X.** — En el cual se escribe cómo el siguiente día, después de haber hecho los españoles ciertos requerimientos a los indios, les quisieron asaltar el palenque, lo cual no pudieron hacer y fueron rebatidos, y luego otro día, con harto riesgo y trabajo, le pegaron fuego, mediante lo cual lo tomaron, hallándolo desamparado de los indios. Trátase de la orden de los requerimientos que los españoles hacen a los indios cuando van a poblar. (Fol. 59 vto.)..... 260
- CAPÍTULO XI.** — En el cual se escribe el gran temor quen Vitoria tuvieron de que los naturales, persuadidos del indio don Alonso, se juntasen y viniesen a dar sobrel pueblo, y cómo teniendo noticia de cierta junta y borracheras quen Amani el de Afuera se hacían, enviaron allá a Hernando Quejada con ciertos españoles para que los desbaratase. Escríbese aquí lo quen semejantes borracheras cantan los indios. (Fol. 64 vto.)..... 268
- CAPÍTULO XII.** — En el cual se escribe cómo después de haber estado los españoles algunos días alojados en el palenque de la loma de Mercado, se pasaron al pueblo de Juan de Llano, de donde

enviaron por socorro de gente y munición a Vitoria, y después de venido el socorro fueron sobrel fuerte de Juan de la Peña, el cual hallaron sin ninguna gente que lo defendiese. (Fol. 69 vto.)... 275

CAPÍTULO XIII.—En el cual se escribe cómo Rufas y los demás españoles se pasaron del palenque de Peña a un pueblo de indios llamado Zarara, donde se estuvieron hasta que atrajeron a sí los indios pacíficos y los dejaron de paz y se volvieron a Vitoria. Escribense aquí algunos subcesos acaecidos en el interin que los indios daban la paz. (Fol. 74.)..... 282

CAPÍTULO XIV.— En el cual se escribe la disposición de la tierra de los términos de Vitoria y los Remedios, por ser todos una gente y lengua. Escríbese la manera de los naturales della y la diferencia de gente que hay, y algunas generales costumbres que a todos los Patangoras se extienden, y la causa por que son llamados Patangoras. (Fol. 79.) 290

CAPÍTULO XV.— En el cual se escribe los modos y maneras cómo los indios Patangoras celebran sus casamientos, y del parentesco quentrellos se guarda por parte de las madres, por muchas ceremonias y particularidades de questos bárbaros usan tocantes a estos casamientos y parentescos. (Fol. 84 vto.)..... 298

CAPÍTULO XVI.— En el cual se escribe la elección quel demonio hace entrestos bárbaros de médicos y mohanes e intérpretes para que con él hablen, y la manera de curar, y cómo son enterrados y llorados los muertos, y las opiniones que tienen sobre la inmortalidad del alma y lugar donde va a parar. (Fol. 88.)..... 304

CAPÍTULO XVII.— En el cual se escribe algunas varias opiniones que los indios Patangoras tienen acerca del diluvio y creación del hombre, y de los pactos y tratos que con el demonio tienen y han tenido. (Fol. 92 vto.)..... 310

CAPÍTULO XVIII.— En el cual se escribe algunas di-

ferencias de costumbres que los indios Amanies tienen aliende de las referidas en los Patangoras, así en los casamientos y adulterios y penas quen ellos se dan, como en su orden de vivir. (Folio 96 vto.).....	316
CAPÍTULO XIX. — En el cual se escriben los árboles frutíferos quen esta provincia había, así domésticos como agrestes, y los que después que Vitoria se pobló han puesto y plantado los españoles. (Fol. 100 vto.).....	322
CAPÍTULO XX. — En el cual se escribe de algunos animales y todo género de reptilia quen esta provincia se crían, y de alguna diversidad de culebras ponzoñosas y sus efetos y propiedades y el remedio o cura que para ellas se hace. (Fol. 106 vto.)	331
CAPÍTULO XXI. — En el cual se escribe y notan algunas sabandijas ponzoñosas quen esta tierra se crían, y los remedios de que contra su ponzoña usan, y algunas cosas quen los ríos se hallan y la tierra cría y produce. (Fol. 111 vto.).....	339

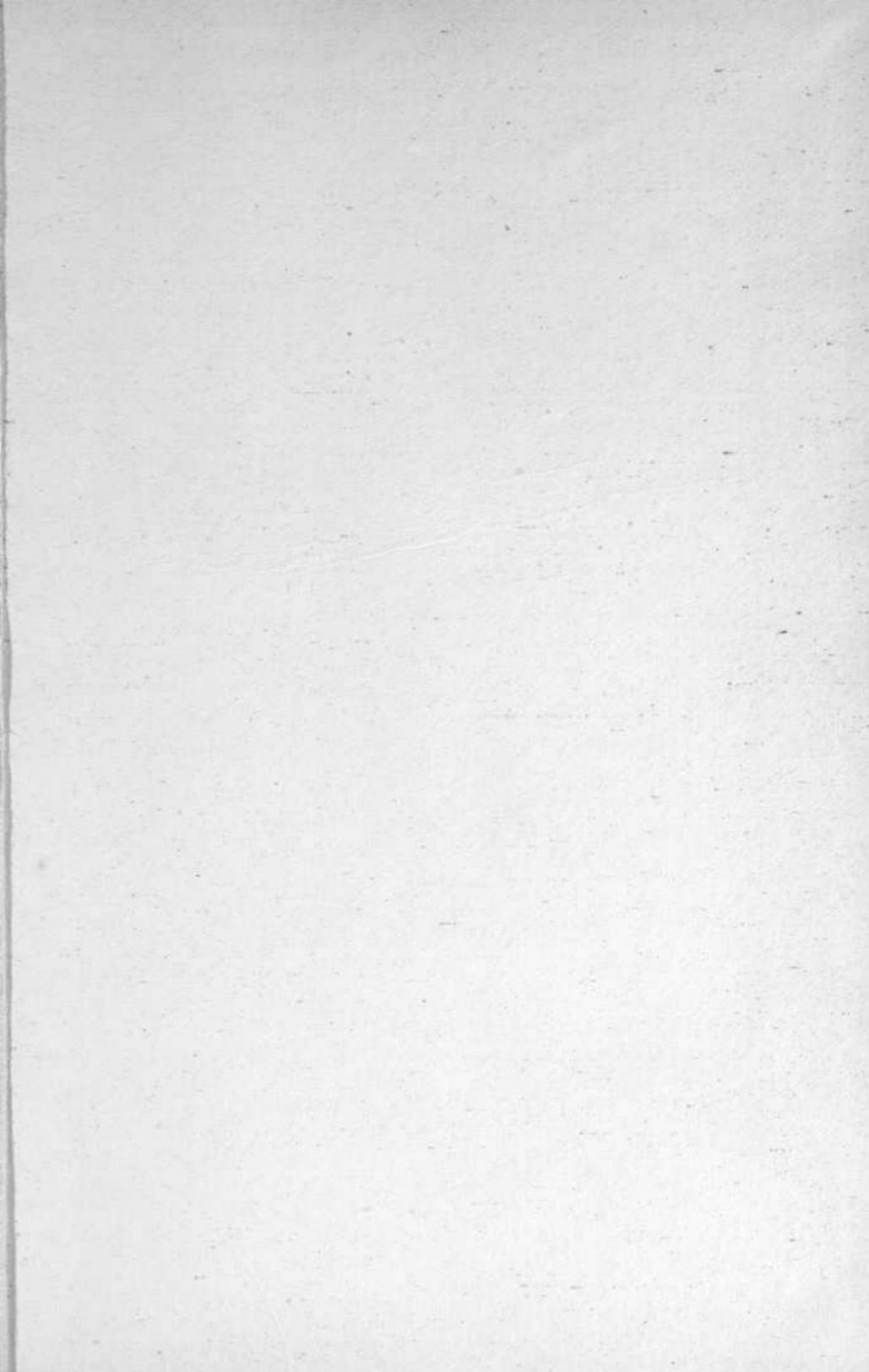
LIBRO UNDECIMO

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual se escribe cómo vinieron en la cibdad de Pamplona a tener noticia de la provincia de Sierras Nevadas, y cómo salieron en demanda della Juan Maldonado y Andrés de Acevedo, con junta de soldados. (Fol. 115.)...	346
CAPÍTULO II. — Cómo Juan Rodríguez Juárez fué elegido por caudillo para ir a buscar minas de oro, y juntó gente y se alojó con ella en el llano de Cúcuta, de donde envió a descubrir camino para subir a la Loma Verde. (Fol. 118.).....	351
CAPÍTULO III. — En el cual se escribe cómo Juan Rodríguez y la demás gente salieron del alojamiento de Cúcuta y fueron al valle de Sanctiagó, y lo quen el camino les subcedió hasta alojarse en el pueblo de los Corrales. (Fol. 121.).....	356

- CAPÍTULO IV.— En el cual se escribe cómo desdel pueblo de los Corrales envió el capitán a Juan Esteban a descubrir con gente, y descubrió el valle de San Bartolomé, donde le mataron a Cisneros, español, y el valle de la Grita, al cual se fué a alojar Juan Rodríguez con toda su gente. (Fol. 124 vto.)..... 361
- CAPÍTULO V.— En el cual se escribe cómo Juan Rodríguez descubrió desdel valle de la Grita las Sierras Nevadas y fué caminando hacia ellas hasta llegar al río de Chama, y lo quen el camino le subcedió. Trátase aquí de los nacimientos deste río y de dónde le vino este nombre. (Fol. 127 vto.) 366
- CAPÍTULO VI.— En el cual se escribe cómo atravesando los españoles el río Chama entraron en el pueblo de los Estanques, y de allí fueron al pueblo Quemado, del cual volviendo el valle arriba fueron a dar a la poblazón de la Lagunilla. (Fol. 131 vto.)..... 372
- CAPÍTULO VII.— Cómo el capitán Juan Rodríguez se mudó adelante y pobló la cibdad de Mérida, y envió a dar noticia dello y a pedir socorro al Audiencia del Nuevo Reino, y una guazabara que los indios de la Lagunilla le dieron. (Fol. 135.)..... 377
- CAPÍTULO VIII.— Cómo Juan Rodríguez, por sí y por sus caudillos, se dió a hacer algunas correrías por tierra, usando de alguna severidad con los indios; y cómo mudó el pueblo de Mérida más arriba de dondestaba, y de allí se fué a descubrir y ver la laguna de Maracaibo. (Fol. 138 vto.)..... 383
- CAPÍTULO IX.— En el cual se escribe cómo a pedimento del fiscal fué proveído el capitán Maldonado que fuese a prender a Juan Rodríguez, y lo que le subcedió hasta ser preso Juan Rodríguez Juárez. (Fol. 141.)..... 387
- CAPÍTULO X.— En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado envió preso al capitán Juan Rodríguez Juárez al Audiencia, y él por una parte y Pero

- Bravo de Molina por la otra salieron con gente a descubrir lo quen la provincia había. (Fol. 144 vto.) 392
- CAPÍTULO XI. — En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado, con la más de la gente, fué al valle de Aricagua y estuvo en él cierto tiempo, después del cual, por no hallar los naturales que quisiera, se volvió a Mérida; y de cómo el comendador Martín López mudó el pueblo una legua más arriba de dondestaba. (Fol. 148.)..... 398
- CAPÍTULO XII. — En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado salió de Mérida con cincuenta hombres al valle de Chama arriba y, desbaratando un fuerte de indios quen el camino había, descubrió el valle de la Sal, y de allí vió la laguna de Maracaibo, a la cual envió un caudillo con gente. (Fol. 152.)..... 404
- CAPÍTULO XIII. — En el cual se escribe cómo Maldonado salió del valle de la Sal y fué descubriendo hasta encontrarse con el capitán Ruiz que con cierta gente había salido del Tucuyo a reedificar Trujillo, lo quentrambos hicieron. (Fol. 156.)..... 410
- CAPÍTULO XIV. — En el cual se escribe cómo el capitán Maldonado pobló en los Cuicas, ques una provincia, la cibdad de Santiago de los Caballeros, y después de haber estado en ella tres meses la mudó y trasladó a la ranchería de San Juan de las Nieves, ques donde hoy está Mérida. (Fol. 160.)... 416
- CAPÍTULO XV. — Cómo el Audiencia proveyó por justicia mayor a Pero Bravo de Molina, de Mérida, al cual repartió los indios de Mérida; y cómo el capitán Juan Rodríguez Juárez se huyó de la cárcel y, por cobrar fama de alzado o amotinado, envió el Audiencia tras dél a prenderlo a Alonso de Esperanza, vecino de Pamplona. (Fol. 162 vto.)..... 420
- CAPÍTULO XVI. — En el cual se escribe cómo el Audiencia envió a Mérida a Alonso de Esperanza a que repartiese de nuevo los indios, y cómo no confirmó lo qué Esperanza había repartido, y los

propios oidores hicieron de nuevo el apuntamiento. (Fol. 165 vto.).....	424
CAPÍTULO XVII. — En el cual se escribe cómo los oidores enviaron a Hortún Velasco que tornase a repartir los naturales, y cómo el presidente Venero, que a la sazón vino, los encomendó, y los corregidores que después hobo en Mérida, con la manera de los naturales y temple de la tierra. (Fol. 168.).....	428

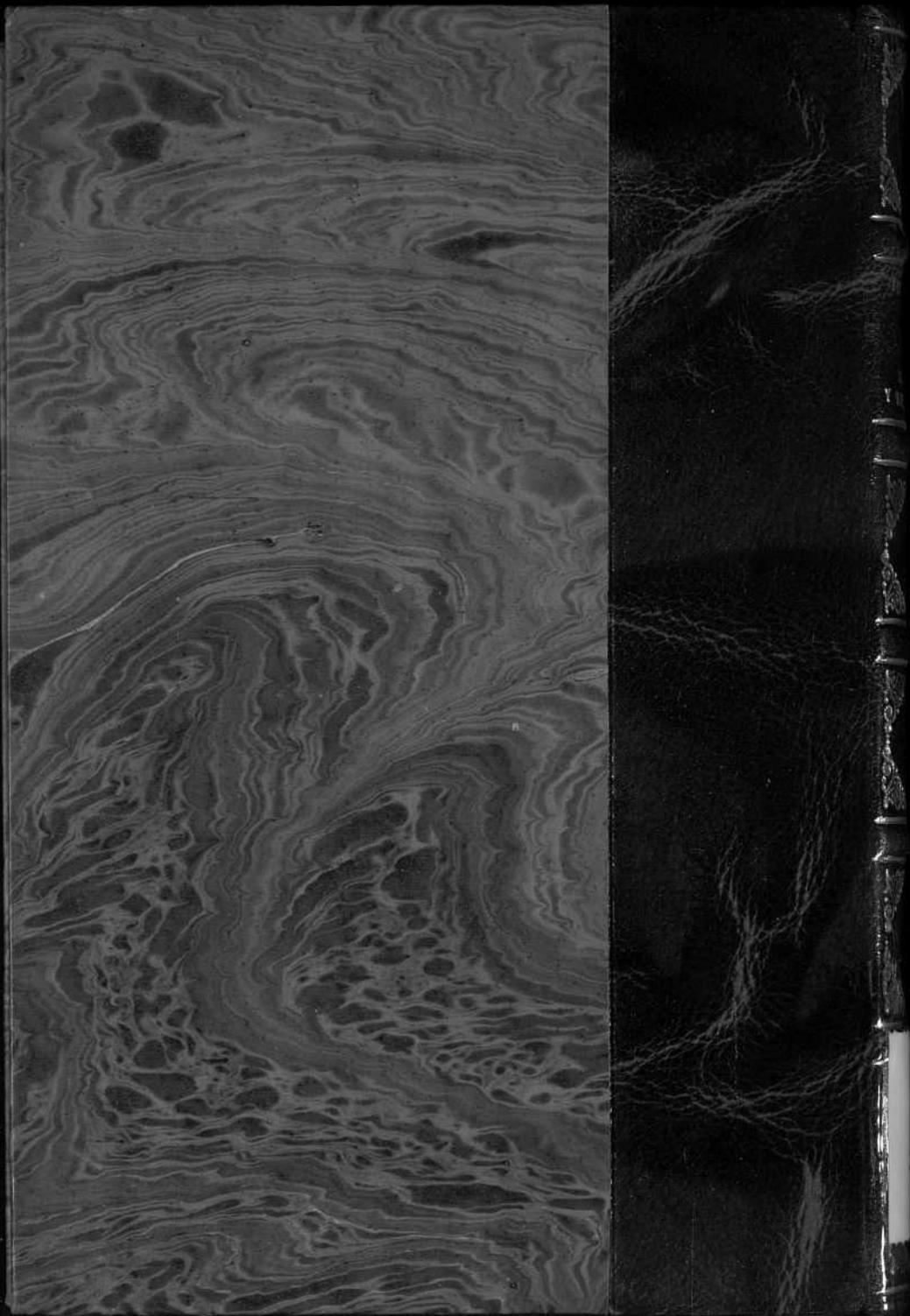




B.P. de Soria



61176554
DR 5206





PEDRO DE AGUADO
—
PROVINCIA
DE
SANCTA MARTA
Y REINO DE GRANADA



II II



DR
5206

